



Revista
Internacional
Perspectiva
Marxista

#1 año 1

Noviembre 2011

dossier

La crisis de Medio Oriente
y la actualidad de la
Revolución Permanente

Chile: la decadencia
semicolonial

La lucha de Europa por
su futuro es la lucha
contra la descomposición
imperialista

Sobre la mecánica del
programa de transición

La Crisis Mundial:
el desequilibrio
capitalista se acentúa

Crisis del sistema monetario mundial
y desarrollo de fuerzas productivas
bajo la descomposición imperialista

Los desbalances en el mercado
mundial: consideraciones sobre
el problema del comercio exterior

Equilibrio, estatismo
y política económica
burguesa ante la crisis

Dedicamos este número a nuestro camarada
Eduardo Méndez, quien vivió y murió como un
trotskista, es decir, enfrentando las condiciones
objetivas y subjetivas con entereza y convicción
revolucionarias

ÍNDICE

Por qué Perspectiva Marxista?
pág 3

La crisis en Medio Oriente y
la actualidad de la
Revolución Permanente
pág 7

Chile: la dependencia
semicolonial
pág 17

La lucha de Europa por su
futuro es la lucha contra la
descomposición imperialista
pág 23

Sobre la mecánica del pro-
grama de transición
pág 95

DOSSIER

La crisis mundial:
el desequilibrio capitalista se
acentúa
pág 31

Equilibrio, estatismo y política
económica burguesa ante
las crisis.
pág 45

Los desbalances en el mer-
cado mundial: considera-
ciones preliminares para
el análisis del problema del
comercio exterior
pág 63

Crisis Del Sistema Monetario
Mundial Y Desarrollo De Las
Fuerzas Productivas Bajo La
Descomposición Imperialista
pág 75

Por qué Perspectiva Marxista?



Por: Carolina Vidal

El abandono del internacionalismo y la adaptación de la mayoría de los grupos trotskistas a los sistemas democrático-burgueses de los principales países imperialistas ha significado, a lo largo de estos años, una fuerte crisis del movimiento marxista mundial y las corrientes de izquierda en particular.

Sin embargo, no es la voluntad de un puñado de militantes, sino el imperio de las fuerzas objetivas de la economía mundial lo que nos obliga a todos aquellos que hemos abrazado las banderas de la revolución obrera y socialista por un lado a “volver” a las premisas básicas del marxismo, retomando la experiencia histórica y la generalización teórica de varias generaciones de revolucionarios, y

por el otro, enriquecer la teoría y el programa comunista a la luz de los nuevos acontecimientos a nivel mundial.

La segunda posguerra marcó a fuego el destino de la IV internacional, que terminó desmembrada y sin apenas visos de la organización revolucionaria mundial que pretendía ser en tiempos de Trotsky. Ciertas corrientes morenistas han dicho que la causa es que los trotskistas “no pasaron la prueba de la lucha de clases” pero jamás han determinado concretamente de qué “prueba” se trató, o en qué examen se sacaron mala nota.

Y esto constituye un grave problema, ya que es un balance necesario del cual algunos pretenden huir proclamando la construcción de la V o la VI o quizás ya vayan por

la VIII. Otros, prefieren proclamar más y nuevas Cuartas Internacionales Reconstruidas mediante acuerdos endebles y como simple sumatoria de programa nacionales.

Un balance sobre la IV Internacional no es propiedad de un grupo aislado, y sólo se podrá encontrar a la luz de la intervención en los procesos de masas que ha abierto la fenomenal crisis capitalista a la cual estamos asistiendo, que definitivamente marcará nuestra época y nuestra praxis revolucionaria.

Sin embargo, creemos pertinente recalcar que a nuestro entender las tendencias trotskistas de la IV de la posguerra hicieron agua en dos aspectos fundamentales que marcaron dicha etapa: los procesos de masas en los países de la ex URSS, el glacis, China y Oriente Medio y, por el otro, el boom capitalista en los países centrales luego

el objetivo de impedir que estas capas medias en los países centrales se identificaran con una idea socialista, no sólo las sostuvo artificialmente sino que fueron incorporadas a las instituciones del estado de bienestar, llevándolas a posiciones reaccionarias y constituyéndose como base social, junto con las capas de aristocracia obrera que surgían de las democracias imperialistas.

Porque a pesar de haber logrado un cierto desarrollo de fuerzas productivas a la salida de la segunda guerra, el imperialismo, como paradoja, desarrollaba sus tendencias a la descomposición y demostró ser, una vez más “reacción en toda la línea”.

Este fenómeno, inesperado y novedoso, produjo dos tipos de reacciones en el trotskismo de la posguerra. Hubo quienes vieron en el florecimiento de la aristocracia obrera



de la reconstrucción de Europa.

En el primer punto, se priorizó el análisis de las tendencias subjetivas de las masas –sin dirección revolucionaria– que intervenían en los procesos, por sobre las tendencias objetivas mismas, producto de la presión del imperialismo sobre la región. Pero, justamente, es el segundo aspecto de la confusión de los grupos dirigentes de la IV lo que no sólo los imposibilitó de una caracterización aproximada de los fenómenos, sino que los llevó a la adaptación absoluta a los regímenes imperantes en la posguerra. Una primera etapa de crecimiento económico, marcada por un singular desarrollo de fuerzas productivas no sólo en los países centrales de Europa y EEUU sino también en los países del bloque del “socialismo real”, que desarrolló una inédita y enorme masa de capas medias y pequeño burguesía, que en la URSS y sus satélites fue el talón de Aquiles de esos estados obreros degenerados y burocratizados y la base social de la reconstrucción.

En una pelea entre dos sistemas, el imperialismo, con

y la burocracia sindical la comprobación del apequeñamiento de la clase obrera y el traslado de los procesos revolucionarios del centro a la periferia. Por eso vieron en la revolución cubana y los movimientos nacionales en el tercer mundo la posibilidad de crear un marxismo latinoamericano, carente de los vicios del europeo que, basado en el campesinado y el semiproletariado rural, pusiera en marcha un proceso de liberación continental “anti-imperialista” mediante bloques y frentes únicos con corrientes burguesas democráticas, es decir, viendo al capital imperialistas como una agente externo que podría ser derrotado por la acción de movimientos nacionales.

Otros llegaron a la conclusión de que las necesidades materiales básicas del proletariado de los países centrales estaban satisfechas y que la actividad política partidaria debía partir de los aspectos culturales, de género, identidad sexual, etc. De esta manera, se extrapolaba el problema de la consciencia de la explotación capitalista, y el socialismo llegaría de la mano del desarrollo de un ejercicio

democrático en el seno de las masas.

Pero todos por una u otra vía, abandonaron el nudo de la teoría marxista: la preeminencia de los factores objetivos por sobre los subjetivos. Ya sea en la versión mandelista de la consciencia, la defensa de la democracia de Lambert, el fetichismo de las direcciones nacionalistas de Pablo o Lora o la inversión de la causalidad histórica de Moreno, las corrientes trotskistas de la posguerra llegaron a la conclusión de que en esa etapa histórica se podía desorganizar a la burguesía en el terreno del régimen capitalista y no en el terreno de la producción. Y esto los condenó a constituirse como corrientes centristas, oscilando de manera constante entre la reforma y la revolución, entre el programa nacional y el programa comunista.

Por eso creemos, retomando la idea que introducíamos al comienzo de esta editorial, que esta crisis capitalista



que se desarrolla, nos obliga a volver a las premisas marxistas abandonadas por el trotskismo de posguerra. No para utilizar la “letra muerta” de Lenin o Trotsky, para encubrir el oportunismo de la política -vicio común en nuestros días- sino para construir una organización mundial que pueda asestar un golpe mortal al capitalismo en descomposición y conducir al proletariado a la victoria.

Porque es esta relación entre las clases que se estableció en la posguerra la que se derrumba, junto a los sistemas y coaliciones de la democracia imperialista y sus instituciones, con la crisis capitalista.

Nuestra corriente batalla contra todo subjetivismo. Volvemos al marxismo revolucionario para desorganizar a la burguesía en el seno de la producción y organizar al proletariado en el seno de sus organizaciones de masas -los sindicatos- y volvemos a hablar de la necesidad de la dictadura del proletariado, palabras que tanto asustan a los vacilantes. Y, también por eso, queremos analizar la descomposición imperialista y la crisis retomando el nudo de la teoría marxista y la mecánica del programa de transición elaborado por León Trotsky.

Creemos que la reconstrucción de la IV internacional vendrá de la mano de una nueva generación de revolucionarios, que surja de la entrañas del proletariado y que supere los errores de la vieja generación -desmoralizada e impotente- para volver al pensamiento vivo del marxismo y tomar en sus manos la revancha.



La crisis en Medio Oriente y la actualidad de la Revolución Permanente



Por: Joaquín Morelli – Isabela Arana

El proceso en curso en los países árabes está abriendo un nuevo momento histórico. En este sentido, nace como efecto de la profundización de la crisis capitalista mundial, que está destruyendo el “equilibrio de posguerra”. En estos países el equilibrio se fundaba en el ordenamiento imperialista establecido luego de la derrota de los procesos de descolonización¹. Los países de Oriente Medio (OM) y del Magreb se conformaron tardíamente. Lo que caracteriza el desarrollo de OM es el atraso.

El atraso histórico los configuró como formaciones sociales combinadas caracterizadas por su inestabilidad y por lo artificial de sus fronteras. Estas for-

maciones han condensado la existencia de conquistas recientes de la técnica y la estructura capitalista con relaciones feudales, transformándolas, y creando una relación peculiar entre las clases. Son el producto más claro del desarrollo desigual y combinado.

Su constitución tardía como estados se dio en plena disputa interimperialista e incluso durante la “guerra fría” que también los determinó.

La configuración tardía de OM se dio en una situación de gran temor yanqui de que las ex colonias quedaran expuestas a la influencia comunista. La permanente presión imperialista sobre estas ex colonias europeas los convirtió en semiestados que nunca pudieron

encontrar cierta estabilidad más que a través de bonapartismos sui generis que los gobernaban.

Y es que las tareas de constituirse como estados nación, solucionar los problemas de independencia, cohesión nacional y cuestión agraria, sólo podían ser resueltas con una revolución socialista y una economía planificada.

El capitalismo en su fase de descomposición no podía dotar a estos países de estados nacionales en el sentido burgués estricto del término. Muchos de estos países se ubicaron por ello bajo la tutela de Rusia o de EEUU para poder sobrevivir.

La configuración de estos países dentro de la cadena imperialista mundial propia de la segunda posguerra cambió violentamente en los últimos 20 años a partir de la caída de la URSS y continúa haciéndolo a partir de la crisis de hegemonía norteamericana.

La crisis capitalista mundial, y la de los estados imperialistas en particular, junto al atraso económico y el retraso del desarrollo político de las semicolonias ha debilitado las tendencias “centralistas” inherentes al capitalismo.

La crisis de la hegemonía impuesta por el imperialismo en la posguerra está determinando el desarrollo de innumerables crisis nacionales desatadas en diversos países cuya expresión más aguda se haya hoy en Medio Oriente y en el norte de África y está provocando asimismo la atenuación de la dependencia recíproca de las mismas regiones que conforman tales semiestados que se manifiestan por ejemplo en conflictos entre tribus, etnias, religiones, etc.

La descomposición imperialista es lo que ha impedido a estas regiones (incluidos los países de América Latina, Asia Central e inclusive algunos eslabones débiles de la cadena imperialista) superar las tendencias centrífugas presentes en varias de sus regiones.

La crisis actual ha agravado la virulencia de tales tendencias. La dependencia de las economías nacionales al mercado mundial, el sentimiento de malestar en sectores importantes de las masas y las disputas interimperialistas pueden alimentar las tendencias separatistas en varios países y zonas.

El imperialismo es reacción en toda línea. El estancamiento y dependencia económica de las semicolonias árabes y africanas surgidas tardíamente, al mismo tiempo que no permitía que se formara la nueva sociedad burguesa, descompuso a las viejas clases dominantes, muchas de las cuales sólo lograron sobrevivir dado el “statu quo” que impuso la posguerra².

La advertencia de Trotsky respecto a que los estados nacionales tardíos ya no podrían contar con un desarrollo democrático independiente adquiere hoy notable validez.

Era inevitable que los regímenes políticos de la región, bajo la influencia de las contradicciones internas de clase y la represión externa, se basaran en la dictadura contra el pueblo.

La Crisis Imperialista Y Su Manifestación En Oriente Medio

La profundidad de las crisis nacionales de OM y la importancia de esta región en el armado del orden imperialista hegemonizado por EEUU determinan no sólo el carácter “prerrevolucionario” del proceso en estos países, sino también el comienzo de una fase distinta en el proceso de la misma crisis mundial. La crisis capitalista, con la exacerbación de la competencia interimperialista, y particularmente la crisis de la hegemonía de EEUU, y de la UE como proyecto burgués, es determinante para la seguidilla de estallidos que se inició en Túnez y que se ha extendido a Egipto, Libia, Yemen, Argelia, Siria, Jordania, Omán, Bahréin, Irán e incluso en Irak y Arabia Saudí y que ha recrudecido asimismo el conflicto palestino-israelí. Es importante destacar que la dinámica que adquieran respecto de este proceso los países más influyentes de la región, Turquía e Irán, será una de las piezas clave para el desarrollo futuro del proceso abierto.

Durante los últimos meses la represión violenta de las protestas ha aumentado en su brutalidad, alcanzando el extremo más terrible en las masacres en Libia aunque también en Siria. Esta situación ha obligado a los países imperialistas a tener una línea de acción mucho más ofensiva y aguerrida.

Finalmente, huelga remarcar que la crisis abierta en la región no tiene su origen inmediato sólo en el descontento social generado por la crisis capitalista mundial sino que también viene desarrollándose desde que el imperialismo comenzó su ataque sistemático contra las masas árabes a comienzos de la última década. Por otra parte, la garantía para la superexplotación de los trabajadores que brindaban los bonapartismos sui generis al capital imperialista, propició una expansión económica que también fortaleció al movimiento obrero como clase social.

Justamente en el resquebrajamiento del “statu quo” que implementó el imperialismo en la región estriba la dificultad para la burguesía para detener los actuales estallidos. Ahí reside también la incertidumbre del imperialismo y sus instituciones sobre las posibles líneas a implementar en la región -agravada por la inexistencia de mediaciones burguesas serias y el cuestionamiento abierto hacia su gendarme sionista en la región: el estado de Israel.

Crisis En El Magreb Y En El Corazón Del Mundo árabe

Es importante recordar que el proceso estalló con la chispa de la insurrección espontánea de masas que comenzó a expresarse en las calles a partir de los sucesos de Túnez. En este sentido debemos reconocer aquí el accionar de fuerzas elementales, que aún sin dirección ni programa claros irrumpieron en la escena política. Pero justamente estas fuerzas sociales que estallan a partir de las contra-

dicciones profundas que afectan al país no son suficientes en sí mismas para plantear el problema del poder a la burguesía. Por otra parte, también el desarrollo de los hechos en Egipto desde el inicio de las protestas hasta la renuncia de Mubarak y la imposición del gobierno militar, muestra que sólo cuando el movimiento obrero organizado comenzó a actuar sobre las palancas de la economía que controla, el imperialismo comenzó a temer realmente por perder completamente el control de la situación, teniendo que reemplazar al Bonaparte Mubarak, por la intervención directa del ejército en el control del Estado.

Es por todo esto que decimos que la insurrección espontánea de las masas, iniciada en Túnez y profundizada en Egipto, fue la chispa que abrió una situación prerrevolucionaria a partir de las profundas contradicciones del equilibrio imperialista en Medio Oriente.

Crisis Estatales: el Semiestado Egipcio

A nivel histórico es necesario considerar también la especial debilidad del Estado egipcio –que comparten los demás semiestados de Medio Oriente– el cual nunca pudo solucionar ni las más mínimas necesidades históricas de su pueblo. Si se quiere, podríamos decir que sólo el nasserismo pudo establecer un equilibrio relativo y un régimen para el semiestado, en medio de la disputa fundamental entre el imperialismo y el socialismo durante la “guerra fría”. Pero décadas de descomposición produjeron la degeneración del régimen bonapartista iniciado por Nasser hasta convertirse en el bonapartismo de Hosni Mubarak, que realizó pactos con el imperialismo que le aseguraron la dominación en Medio Oriente. La existencia de este régimen bonapartista como único sostén del semiestado denota la debilidad del equilibrio del mismo y a su vez su carácter fuertemente represivo. La sumisión criminal ante el imperialismo del régimen de Mubarak denota el límite infranqueable que siempre tuvo el nacionalismo árabe: la claudicación ante el imperialismo.

Ahora bien esta debilidad del semiestado hizo siempre del ejército la única institución verdaderamente fuerte del orden burgués. De ahí el rol directo que tomó tras la dimisión de Mubarak. La ocupación del gobierno por parte del ejército se dio justamente como resultado de la profunda crisis de este semiestado, surgido de forma tardía y profundamente ligado al ejército, siendo además éste último la única institución burguesa sólida del país. De ahí también la confianza de sectores de las masas en el mismo por sus orígenes nacionalistas. La larga existencia del bonapartismo sui generis en Egipto es en todo caso la determinante más fuerte del hecho de que el ejército ocupe el gobierno del

Estado burgués directamente, es decir sin “Bonaparte”.

Lamentablemente, muchos sectores del trotskismo celebraron esta ocupación militar de forma abstracta y erróneamente lo consideraron como un “triunfo” en sí mismo, llamando a mantener la “movilización permanente” por las reivindicaciones inmediatas democráticas. Conscientes sin embargo del carácter reaccionario de un gobierno militar como el que se impuso, se preguntaron sin embargo por qué un alzamiento “progresivo” de las masas terminó en un copamiento militar del gobierno. Nosotros consideramos que es una pregunta mal planteada porque parte de una errónea comprensión etapista de la dinámica de la revolución y a partir de ahí, del carácter de la democracia burguesa.

El desarrollo de la lucha contra el imperialismo en Egipto y en el resto de los países árabes no guarda lamentablemente tales “comodidades” para la clase obrera y las masas alzadas contra la opresión.

En realidad lo que se pretende perpetrar en Egipto y en el conjunto de la región es el aplastamiento del proceso por parte de la burguesía y el imperialismo. Las movilizaciones de las masas egipcias y las huelgas obreras vienen poniendo enormes escollos a esta línea del ejército y los capitalistas. Las masacres en Libia y la represión sistemática registrada en la mayoría de los países de la región son expresión de la profundidad del proceso y la amenaza que siente la burguesía y el imperialismo.

Por Una Salida Revolucionaria Para Egipto

El proletariado egipcio, por su centralidad e historia, está llamado a desempeñar un papel de vanguardia en la actual situación.

Durante el último quinquenio se desarrollaron importantes huelgas obreras contra la política entreguista de Mubarak que pusieron en el tapete la enorme sujeción de los sindicatos y de la federación nacional al estado burgués. La ETUF (aglutina a más de 20 sindicatos y tiene más de 2 millones de representados) es la única federación reconocida “legalmente” la cual mantiene estrechos lazos con el estado egipcio. Durante la crisis nacional en curso mostró su vil complicidad con el gobierno de Mubarak. Recientemente sectores opositores han proclamado la conformación de una nueva federación la cual aglutina a sectores de empleados públicos, servicios y de la industria. El movimiento obrero debe luchar incansablemente por la unidad de sus filas, ganándose a los sectores vacilantes en disputa con la política claudicante de la burocracia de la ETUF y con las líneas más conciliacionistas que puedan tener algunos sectores de la oposición sindical. La lucha del proletariado necesita un comando único que se rija bajo los principios de

la democracia obrera. Los sectores sindicales combativos podrían impulsar el llamado a asambleas al interior de las fábricas y en los sindicatos para aglutinar a los sectores más decididos a combatir por una verdadera salida a la crisis desatada. Es necesario entonces que el movimiento obrero comience a reorganizarse con sus sindicatos alrededor de un programa que plantee la cuestión al nivel que lo plantea la misma burguesía y el imperialismo, es decir, respecto del problema del poder. Las masas egipcias que salieron a la lucha necesitan ser conducidas para la realización de una serie de tareas tendientes a desarticular el poder de la burguesía y organizar a la misma clase obrera, para poder plantear ofensivamente el problema del poder a los capitalistas.

Existe una necesidad imperiosa de que el movimiento obrero se dé a sí mismo instancias resolutorias sobre las tareas a seguir por parte de los trabajadores y también hacia los campesinos y la pequeña burguesía urbana.

El proletariado egipcio es el único que puede terminar con las barreras que impusieron los gobiernos burgueses para evitar la lucha conjunta del movimiento obrero industrial y las masas oprimidas egipcias con el proletariado de Medio Oriente.

Libia: Derrotar La Intervención Imperialista

El desarrollo de los acontecimientos en Libia ha demostrado en su violencia y su rápido desarrollo la importancia de las fuerzas centrífugas que se expresan hoy en Medio Oriente. Y es que Libia con sus extremas particularidades representa en pequeña escala lo que podría ocurrir en la región si las fuerzas de la crisis se desatan fuera de control. Es importante señalar dos características propias de este país para analizar la dinámica que adquirió la crisis en su territorio, aún siendo parte de la que se abrió en toda la región. En primer lugar su débil semiestado, casi sin instituciones (habiendo tomado prestadas algunas formas políticas del arsenal de experiencias del siglo XX, tales como los comités pero bajo una forma absolutamente distinta a los soviets rusos) y con un bonapartismo sui generis como el de Gadafi que fue virtualmente el único régimen posible para el estado libio subsumido en disputas tribales que nunca pudo solucionar. Por otra parte, el otro elemento fundamental es el hecho de poseer una economía completamente dependiente de la exportación de crudo (de primera calidad, con destino a Europa principalmente) el cual es intercambiado por bienes de capital y de consumo. A partir de esto, la centralidad objetiva de los trabajadores petroleros ha sido directamente controlada por la fuerte estatización con que el régimen de Gadafi (el “estado del pueblo” según su “libro verde”) mantuvo inmovilizados a los débiles sindicatos. Sumado a esto, la escasa población de Libia (cerca de 10 millones de personas) hicieron del país una verdadera excepcionalidad que refleja

sin mediaciones (aparte de lo que fue el régimen de Gadafi) las tensiones inmensas que azotan a la región.

Por lo demás, siendo uno de los estados más débiles, sobre todo si se lo considera desde el punto de vista de su base económica exclusivamente petrolera, se ve más claramente esa dinámica de los bonapartismos sui generis de la región de virar sucesivamente entre diferentes posiciones completamente antagónicas, como lo fue el viraje desde su posición “pro URSS”, a “pro China”, y finalmente, luego de la “guerra fría”, a posiciones ligadas al imperialismo europeo.

El estallido del proceso de levantamientos armados de un sector importante de las masas en contra de la dictadura bonapartista, justamente respondió más a la realidad de las relaciones interestatales, la situación económica y la lucha de clases a nivel internacional, que exclusivamente a una crisis en la dinámica interna de la política nacional de Libia. Sin embargo esta respuesta de las masas a las presiones tendientes al fin del equilibrio imperialista impuesto en la zona en las últimas décadas no se corresponde directamente con el carácter de clase de la crisis, en el sentido de expresar las contradicciones insuperables del capital imperialista y de los bonapartismos sui generis de la burguesía nativa. Es decir, las masas libias se levantaron en armas, quedó al desnudo la debilidad del ejército, se combatió por el dominio de ciudades e instalaciones petroleras importantes, pero todo este movimiento tuvo al proletariado como furgón de cola de la situación. Esto que por supuesto se debe a la carencia de una organización efectiva del proletariado por medio de sus sindicatos (amordazados y disgregados por décadas por el régimen cuyos principales líderes formaban parte de los comités regionales de la “república de masas”), determinó el desarrollo de los hechos, y sobre todo la fisonomía heterogénea y la política de la “oposición rebelde” a Gadafi. Esto pone de manifiesto que las fuerzas subterráneas presentes en el proceso libio se deben a una interacción entre fuerzas inmensas desarrolladas entre la contradicción entre el capital y el trabajo, que se deriva luego en la superficie en el conflicto entre el imperialismo en descomposición y los estados semi-coloniales y sus respectivas dinámicas de clases. Es por esto que la situación en Libia ni se explica ni puede resolverse prescindiendo de la lucha política del proletariado de los países más importantes de la región, más incluso cuando la mayoría de los trabajadores residentes en Libia son oriundos de Egipto, Turquía, etc. como también de la intervención internacionalista del proletariado europeo y sus organizaciones.

El levantamiento armado cuasi espontáneo, la indiferenciación de clase y la preocupante falta de una guía programática, y finalmente la intervención militar imperialista expresan la presencia de los elementos arriba señalados y la complejidad de un proceso inserto como una particularidad dentro de la totalidad, un proceso abierto de crisis del sem-

estado libio inserto en el proceso más amplio de destrucción del equilibrio imperialista en la región y en el mundo.

Hoy, luego de los bombardeos de la OTAN y la muerte de Gadafi, la situación en Libia continúa siendo inestable y caótica.

Lo que las potencias imperialistas están discutiendo en realidad es cómo se aseguran posiciones de privilegio en el “nuevo” país. Los grandes pulpos multinacionales, particularmente franceses, aunque también ingleses, norteamericanos y algunas empresas italianas, están en una carrera de velocidad para definir quién se queda con el botín de la reconstrucción.

Frente a la intervención imperialista, la posición de los revolucionarios internacionalistas es la de apoyar todo levantamiento contra el imperialismo y sus socios menores de la burguesía semicolonial. Pero esto no a partir de una visión de apoyo a una supuesta “autoactividad de las masas”, un culto a la espontaneidad, sino porque como vanguardia obrera comprendemos que los intereses de la lucha antiimperialista de la clase obrera y de las masas trabajadoras oprimidas a nivel mundial se ponen en juego en procesos como éstos. Es por esto que desde una política revolucionaria son incompatibles tanto los compromisos formales con cualquier gobierno burgués como la defensa a partir de supuestos valores humanitarios, de las acciones imperialistas. Pero más aún, la vanguardia obrera de Medio Oriente, de los países capitalistas desarrollados y del resto de las semicolonias debe discutir y establecer los pasos para superar la falta de una dirección revolucionaria en estos procesos. La intervención espontánea, desarticulada entre los diferentes países de la región, sin la imposición de la centralidad económica y la disciplina de las organizaciones obreras ha costado mucha sangre a las masas y ha dado lugar a la intervención de grupos reaccionarios islamistas y/o proimperialistas. En este sentido, los trabajadores y los jóvenes libios no deben depositar la mínima confianza en la dirección de la pro-imperialista “oposición” ni en su consejo provisional ya que ninguno de ellos lucha ni luchó nunca contra el imperialismo. Los únicos capaces de derrotar a las fuerzas de la reacción son las fuerzas revolucionarias del proletariado. La clase obrera es la única clase que puede ofrecer una salida verdadera a los padecimientos de las masas, disolviendo las fuerzas armadas y represivas y poniendo en pie su propio estado. Es fundamental que las masas levantadas en armas confíen en sus propias fuerzas, pero que a su vez, se logre mediante la lucha política la dirección del movimiento por parte de los elementos conscientes de la clase trabajadora. Es necesario reconfigurar las fuerzas revolucionarias, dotarlas de un programa, de métodos centralizados y de una fuerte delimitación de clase. El control de las armas y de las palancas de

la producción es fundamental para cualquier cuestionamiento revolucionario.

Echar Al Imperialismo De La Region

El desarrollo del proceso tunecino y egipcio muestra que sólo cuando el movimiento obrero organizado comenzó a actuar sobre las palancas de la economía que controla, el imperialismo comenzó a temer por perder completamente el control de la situación, apoyando la intervención directa del ejército egipcio en el control del Estado y movilizándolo sus fuerzas militares en la región.

Es necesario que el movimiento obrero de la región continúe reorganizándose en sus lugares de trabajo, con sus sindicatos, echando a sus burócratas, alrededor de un programa que plantee la cuestión al nivel que lo plantea la misma burguesía y el imperialismo, es decir, respecto del problema del poder luchando por liberar a las naciones del yugo imperialista. La ausencia de perspectivas revolucionarias de las direcciones no se puede sustituir con inventos organizativos si no se apuesta a centralizar la fuerza del movimiento obrero organizado. Por ello los trabajadores en lucha y la nueva generación que está surgiendo deben imponer congresos sindicales nacionales de delegados mandados que se planteen desestabilizar aún más al poder burgués, alterando el funcionamiento de los resortes del Estado con acciones directas del proletariado sobre las estructuras económicas más importantes, dando respuesta a las necesidades inmediatas de las masas, y dividiendo al ejército así como también garantizando el armamento para sostener y defender esas luchas, y poder imponer las expropiaciones necesarias.

La necesidad acuciante de petróleo por parte de las potencias imperialistas, se combina en estos países con elementos atrasados, generando regímenes que en su crisis pueden salirse de la relación de fuerzas así como también arrastrar a su fin a todo el orden de posguerra para la región, que no se dará de forma pacífica. La construcción de fracciones revolucionarias clandestinas al interior de los sindicatos y la creación de milicias de auto-defensa que garanticen el control de las estructuras fundamentales para la economía, así como también la seguridad y defensa contra toda irrupción armada del imperialismo y de Israel se tornan tareas fundamentales.

La liberación de las naciones árabes del yugo imperialista sólo puede darse transformando la base económica de las sociedades. Sólo el poder obrero podrá imponer un programa socialista en la región, para superar el atraso y la miseria y para combatir y expulsar de una vez por todas al imperialismo. ¡Por una Federación de Repúblicas Socialistas de OM y el Magreb!

El futuro de las masas de Medio Oriente y el Magreb depende de la respuesta que pueda dar el movimiento obrero de los países más desarrollados de la región. El triunfo de la lucha del proletariado y las masas egipcias sería un duro golpe para la política imperialista y de Israel. ¡Por un Congreso Sindical Regional con delegados mandatados que discuta un programa obrero para imponer el poder obrero en la región! Los trabajadores y jóvenes de los países imperialistas, los trabajadores inmigrantes deben imponer congresos sindicales a las centrales de EEUU y la Unión Europea donde participen delegados de Medio Oriente y África que voten un programa obrero y medidas concretas en solidaridad para derrotar la intervención imperialista en Libia, luchar mancomunadamente por la destrucción del estado de Israel y echar al imperialismo de Irak, Afganistán y de toda la región.

A Modo De Breve Polémica Con La Izquierda

Ante este proceso histórico que se abre los comunistas debemos recuperar la tradición del debate programático entre las distintas corrientes, polemizando certeramente respecto de las líneas políticas que los diferentes grupos han definido respecto de la situación en Medio Oriente. Como hemos visto, la discusión principal debe darse alrededor de qué se entiende por revolución permanente, y a partir de ahí, recuperar la importancia y profundidad de la cuestión programática, tan superficialmente tomada por los grupos en la actualidad.

La profundidad que está implicando el desarrollo de los acontecimientos exige el abandono mecánico de hacer analogías históricas directas y abstractas entre este proceso y lo que ocurrió en la revolución rusa. Ante esto podemos citar a Trotsky, quien conocía este error y afirmaba: “La historia no se repite. Por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la gran revolución francesa, no por eso se convierte la primera en una simple repetición de la segunda. El siglo XIX no ha transcurrido en vano.”

El proceso prerrevolucionario que se ha abierto en varios países de Medio Oriente debe ser comprendido en su propia dinámica, es decir, atendiendo a la fisonomía de las propias fuerzas motrices de cada país y de la relación que establece el imperialismo con los mismos y con la región en general. Muchas corrientes, al aplicar sus esquemas formales, y basándose en la deducción de la política a partir de las premisas de tales esquemas, está demostrando la debilidad de sus concepciones respecto de la revolución permanente.

La revolución socialista, en su dinámica permanentista, es un proceso contradictorio. Es decir, todos sus momentos contienen en germen a los subsiguientes, que niegan a los primeros. En este sentido, podemos hacer una primera objeción metodológica a las visiones sobre la revolución que la izquierda plantea en sus notas sobre el pro-

ceso abierto. No existen tipos abstractos de revoluciones (como dice el morenismo, “de febrero” o “de octubre”, ni el eufemismo de las “transiciones democráticas”), sino un desarrollo permanente de la revolución. El resultado (abierto) de un proceso revolucionario no depende de una clasificación esencial, sino del desarrollo de las contradicciones a través de la lucha de clases y en particular, de la efectividad y justeza de la política del partido revolucionario.

En Medio Oriente y el Magreb existe hoy una situación en la cual la extrema debilidad de los semiestados, acosados por las contradicciones generadas por la crisis y la histórica penetración imperialista, se combina con la inexistencia de un partido revolucionario de la clase obrera que organice no sólo a la clase obrera, sino que acaudille al conjunto de las masas oprimidas.

Esta situación de desfase entre la “madurez” de las condiciones de la revolución, dada por el grado de desarrollo del capitalismo y la magnitud de su crisis, y la situación de la clase obrera del país no debe sorprender a nadie. Sin embargo, muchas de las corrientes se impone a partir de esta situación concreta la idea de que es necesaria una etapa de realización del programa democrático que levantan las masas para poder luego plantear el problema del poder. A esto se refiere la izquierda cuando habla de “transiciones democráticas”.

Esta lógica ha llevado a varios grupos a plantear versiones refritas de las etapas de la revolución, del “estado combinado” y de la llamada “autoactividad de las masas”. La combinación que la izquierda hace de la acción de las masas en su visión absolutizada y el esquema preconcebido y ahistórico de la revolución rusa, con su “febrero” y su “octubre”, abandona la teoría de la revolución permanente.

Por ejemplo, respecto de la visión de la “autoactividad de las masas”, los artículos sobre Medio Oriente escritos por autores como Woods y Callinicos terminan absolutizando a las “masas en sí” como sujetos de la revolución y sobrevalorando la idea de que éstas se autoorganicen por sí mismas para desbordar a las direcciones burguesas. SR³, que interviene en Egipto y es parte de la CIT, redobla la apuesta respecto de esta idea del sujeto-masa, combinándola con la línea de PT⁴ que unifique a la clase trabajadora, los pequeños campesinos y los oprimidos “tras un estandarte socialista”. Para este grupo incluso existe un peligro de que se realicen por parte de la burguesía líneas de conciliación de clases tras un gobierno de unidad “como en Rusia en febrero de 1917 y España de 1936” que dicen intentará quebrar la revolución. La combinación indiferenciada de la clase obrera con los pequeños campesinos en ese partido de la clase obrera y los pobres, pasa luego a la idea de “Estado combinado” en el que el nuevo parlamento y la Asamblea Constituyente se combinen con el control de los “consejos de los lugares de trabajo y los de vecinos”. Esta idea se deriva de su concepción indefinida respecto de la dinámica de las clases, ya que cambian el par-

tido revolucionario por un planteo abstracto de PT.

Contra todo este formalismo erróneo de la revolución, que abandona la lógica permanentista por un “etapismo” estéril, es necesario decir que por la profundidad de la crisis capitalista mundial y del equilibrio de la posguerra, no existe posibilidad real de reforma que satisfaga las demandas actuales de las masas. Es decir, no hay para Egipto ni para el resto de los países árabes un más allá (como una reforma política y social) dentro de la influencia del imperialismo, más que lo que ya las masas conocen y están decididas a no seguir soportando. Parafraseando a Trotsky, podríamos decir que “el siglo XX no ha pasado en vano”. Así, toda la discusión de posibles “reacciones democráticas” en Medio Oriente carece de fundamento teórico e histórico.

Tomemos por ejemplo la consigna de “Asamblea Constituyente” (AC). Para gran parte de la izquierda viene siendo vital, desde principios de año, el planteo de una AC para evitar el “desvío” del proceso democrático, al que ven como una etapa previa al planteo del poder y la dictadura proletaria. Así plantean esta táctica como objetivo que deberían levantar en todo momento y para todo lugar las masas (sin tener en cuenta los enfrentamientos entre las clases, la organización del proletariado y su vanguardia ni la intervención imperialista; tampoco las fuerzas políticas existentes ni las que se están configurando;) y que debería “culminar” en la instauración de un gobierno obrero y campesino. Nosotros consideramos, sin embargo, que una convocatoria semejante confunde actualmente a la vanguardia respecto del problema del poder y de la construcción del partido. De nuestra parte, en los materiales que sacamos como organización planteamos que es vital organizar al movimiento obrero y su vanguardia alrededor del cuestionamiento de la propiedad privada. A partir de esa conciencia, forjada en la acción concreta contra la propiedad capitalista, se podrá alcanzar la flexibilidad táctica necesaria.

La cuestión de la AC es muy cara a la izquierda, pero no por la importancia que deba darse a la táctica, sino porque significa, en el esquema etapista, la encarnación misma de “transición democrática”.

Los bolcheviques reconocían el uso que podían hacer, para la política revolucionaria de su partido, de las contradicciones inherentes a esta institución. Ahora bien, la máxima institución democrática de la burguesía era contradictoria no por sus mecanismos formales, no por su convocatoria masiva, sino por cómo se establecían las relaciones de fuerza entre las clases fundamentales en la lucha por la hegemonía de clase. Pero justamente, y esto es lo que confunde a la izquierda, esta dinámica no se daba en la superficie del régimen, como tampoco se iniciaba con la convocatoria y la realización de la misma. La AC sólo era una parte, una expresión eventual de las relaciones de fuerza entre la bur-

guesía y el proletariado. Al respecto dice Trotsky, cuando discutía en China sobre la posibilidad de convocar a la “asamblea nacional”, estableciendo cuál era la esencia de la cuestión:

“Si carecemos de las fuerzas suficientes para reemplazarla, es decir, para tomar el poder, es obvio que entraríamos. Esa etapa no nos debilitaría en lo más mínimo. Por el contrario, nos ayudaría a reunir y desarrollar las fuerzas de la vanguardia proletaria. En esta asamblea espúrea, y sobre todo fuera de la misma, desarrollaríamos nuestra agitación por una nueva asamblea más democrática. De existir una movilización revolucionaria de masas, simultáneamente construiríamos Soviets. (...) Aunque existieran soviets en China -y no es así-, ello no constituiría por sí sólo una razón suficiente para abandonar la consigna de asamblea nacional.

(...) Una vez lograda, contrapondríamos el programa de los soviets al programa de la asamblea nacional, (...) En Rusia la Asamblea Constituyente duró un solo día. ¿Por qué? Porque apareció demasiado tarde; el poder soviético ya existía y entró en conflicto con ella. En este conflicto, la Asamblea Constituyente representaba el ayer de la revolución”⁵.

Esta misma cita podría ser usada, con el método deductivo al que está acostumbrada la izquierda, para justificar la elevación a tarea estratégica de la táctica del llamado a AC por parte de los revolucionarios. Sin embargo, aquí mismo puede verse que para Trotsky lo importante no es el mecanismo formal que oficia “mágicamente” de puente entre el partido y las masas. Dicho de otra manera, la cuestión de la convocatoria está planteada de forma táctica, atendiendo a la relación de fuerzas que el partido posee en relación a los reformistas y a los partidos burgueses y pequeño burgueses.

El carácter táctico respecto de la AC que manejaba Trotsky queda claro en diversas discusiones desarrolladas Lecciones de Octubre. Sin embargo, citamos un pasaje de Trotsky discutiendo contra la concepción errónea y basada en un evolucionismo etapista de la revolución. Dice Trotsky a tres dirigentes italianos que habían manifestado su solidaridad con la Oposición de Izquierda:

“La ‘asamblea republicana’ es, obviamente, una institución del estado burgués. ¿Qué son, en cambio, los ‘comités obreros y campesinos’? Es obvio que son una especie de pariente de los soviets obreros y campesinos. (...) las organizaciones de clase de los obreros y campesinos pobres, llámense soviets o comités, siempre constituyen organizaciones de lucha contra el estado burgués (...) ¿cómo es posible que una asamblea republicana - organización suprema del estado burgués - se ‘base’ en organizaciones del estado proletario?”⁶

Esta discusión contra el “Estado combinado”, es decir del aborto de la combinación de instituciones estatales burguesas con instituciones estatales proletarias, señala directamente esa visión que se tiene de lo “transicional”, propia de la pequeña burgue-

sía. Trotsky da cuenta de la lógica evolutiva que posee el pensamiento que se abstrae de las verdaderas luchas a muerte que se dan entre las clases fundamentales durante un proceso revolucionario.

*“Quisiera recordarles –prosigue Trotsky– que en 1917, antes de Octubre, Zinoviev y Kamenev, al oponerse a la insurrección, se pronunciaron a favor de esperar que se reuniera la Asamblea Constituyente para crear un “estado combi-nado” mediante la fusión de la Asamblea Constituyente y los soviets de obreros y campesinos. En 1919 fui-mos testigos de la propuesta de Hilferding de inscribir a los soviets en la Constitución de Weimar. Hilferding, igual que Zinoviev y Kamenev, llamó a esto el “estado combinado”. Como pequeño burgués de nuevo tipo quería, en el momento mismo en que se producía un abrupto viraje de la historia, “combinar” un tercer tipo de estado mediante el casamiento de la dictadura proletaria con la dictadura de la burguesía bajo el signo de la constitución.”*⁷

Como puede apreciarse, el problema de la fisonomía popular de la revolución termina, desde Trotsky, aclarando la cuestión del valor de las tácticas en su flexibilidad, atendiendo a las relaciones de fuerza, los ritmos y los tiempos, y la importancia de la intransigencia estratégica respecto de la lucha por el poder que el partido proletario siempre debe plantearse como principio, más allá que no esté planteada la cuestión de la insurrección en lo inmediato. Justamente, para Trotsky la idea de un Estado combinado, era la reedición luego de la experiencia de los soviets del “Estado popular libre”, es decir, del Estado policlasista. Como es sabido, para Trotsky como para todo marxista semejante abstracción de las verdaderas fuerzas motrices de la revolución es algo característico del pensamiento pequeño burgués y sus partidos. Como dice Trotsky:

“Toda gran revolución es popular en el sentido de que arrastra a todo el pueblo. Tanto la Gran Revolución Francesa como la Revolución de Octubre fueron netamente populares. Sin embargo, la primera fue burguesa porque instituyó la propiedad individual, mientras que la segunda fue proletaria porque abolió la propiedad individual. Sólo unos pocos revolucionarios pequeño-burgueses irremediamente atrasados pueden seguir soñando con una revolución que no sea burguesa ni proletaria sino “popular” (vale decir, pequeño-burguesa).

Ahora bien, en la época imperialista, la pequeña burguesía es incapaz no sólo de dirigir una revolución sino incluso de desempeñar un papel independiente en la misma. De manera que la fórmula de “dictadura democrática del proletariado y el campesinado” constituye una cortina para la concepción pequeño-burguesa de la revolución transicional y el estado transicional, es decir una revolución y un estado que no pueden tener cabida en Italia, ni siquiera en la India atrasada. Un revolucionario que no tenga una posición clara e inequívoca respecto de la cuestión de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado está condenado a caer en un error tras

*otro.”*⁸

Trotsky discutía de esta manera contra una concepción errónea basada en un evolucionismo etapista de la revolución. Una concepción abstracta y mecánica es la que levantan actualmente corrientes como la LIT, FT, CRCI-PO, CIT, TMI, UIT-CI que, con diferencias de matices, acaban por reducir el permanentismo a un “álgebra” vacío donde las tácticas se convierten en fines y finalmente en etapas de la revolución tal como ocurre con la táctica de la AC, que se convierte en sus planteos en “la” institución que encarnaría la revolución democrática y que daría paso (o coexistiría) a la instauración de soviets y donde terminan diluyendo al proletariado como un actor más del proceso. Lo mismo ocurre con la huelga general, que se convierte casi en la encarnación de la insurrección misma, pero del proletariado como clase indiferenciada.

El planteo táctico de los bolcheviques en 1917 respecto del problema de la AC no era etapista, como fase necesaria de compromiso con el aparato estatal burgués, sino con la forma en que el partido hacia llegar su política a las masas ante los problemas profundos y urgente del país. El planteo de la AC no implica por supuesto un error “de principio”. Si lo es, en cambio, confundir la expresión de la táctica en las consignas y las maniobras del partido, con un cambio de rumbo en la estrategia de poder que toda clase revolucionaria debe tener para triunfar.

Permanentismo Y Partido

Varias de las corrientes, y más allá de ciertas diferencias, establecen una idea común respecto de la revolución permanente y la construcción de partido. Desde el SWP a la LIT morenista, desde los mandelistas a los lambertistas, todos comparten una misma comprensión del proceso como un proceso de desarrollo de la autoactividad de las masas, inserto en un “contexto” de crisis capitalista mundial. A partir de esto cobran sentido las líneas etapistas, pero más importante aún, dicha comprensión abstracta y desclasada, es la base de una determinada concepción de la revolución, del programa y de la construcción del partido revolucionario.

Para Trotsky la revolución permanente podía comprenderse desde la relación dialéctica de los tres aspectos fundamentales de la misma: la actualidad de la dictadura del proletariado como condición para la realización de los objetivos democráticos de las naciones atrasadas; el carácter permanente de la transformación social durante la revolución como tal en un movimiento que no permite a la sociedad en transición alcanzar el “equilibrio”; y finalmente, el carácter internacional de la revolución y la concreción del internacionalismo proletario, basados en la extensión y profundidad de las relaciones capitalistas a nivel mundial.

Así definido el esquema de Trotsky, no es posible la absolutización de los elementos y los mo-

mentos del proceso en curso. La dinámica que se establece así depende de una noción de totalidad imperialista que da concreción a lo contradictorio de proceso. Sólo así puede seguirse e incluso prever la dinámica de la lucha de clases. Esto también es cierto en los países atrasados supuestamente “inmaduros” donde el movimiento obrero, el campesinado y los sectores medios luchan por sus reivindicaciones chocando con los intereses del imperialismo y los intereses de la propiedad privada del propio país.

Pero lo fundamental es que este accionar de acuerdo a las reglas del proceso de crisis abierto sólo puede ser realizado por un partido revolucionario internacionalista, que organice a la vanguardia obrera, la única capaz de realizar un programa de resolución de las demandas urgentes e históricas de las masas.

Sin esta centralización consciente de las múltiples y contradictorias manifestaciones de la crisis del orden burgués, el proceso revolucionario queda expuesto a la posibilidad de ser aplastado, luego de un tiempo mayor o menor, pero lleno de sacrificios por parte de las masas.

El abandono de la revolución permanente se expresa en este seguidismo y en una fe irracional en la “autoactividad de las masas”, es decir, la supuesta dinámica consciente que las masas indiferenciadas (es decir, sin considerar la existencia de corrientes antagónicas organizadas a su interior), podrían alcanzar. Hoy esa noción goza de una reverencia injustificada, ya que es una lógica contraria a la tarea de construcción y acción centralizada y conspiradora del partido revolucionario dentro del movimiento revolucionario.

Esta idea de “sujeto masa” no es manifiesta, pero es la única noción de sujeto que puede deducirse de las líneas políticas que establece el centrismo. La masa indiferenciada es el único “sujeto” que puede combinarse con las políticas etapistas de transición democrática. La izquierda debe dejar de “crear en su cabeza” al sujeto-masa y comenzar a concretizar la relación entre el accionar de las masas y la construcción del partido, es decir, la importante relación dialéctica entre lo espontáneo y lo consciente.

Reconstruir La IV IC Para Luchar Por El Poder

La crisis imperialista recién está mostrando sus primeras manifestaciones. El proceso en Medio Oriente y el Magreb no está cerrado. Es de largo aliento, y trasciende la dinámica de cada país en particular, aunque no significa esto que no existan particularidades y a partir de ahí dinámicas diferenciadas. Es necesario prepararse para años de enfrentamientos, insurrecciones, guerras civiles, breves intervalos de tregua, nuevos enfrentamientos e

insurrecciones. Las jóvenes generaciones revolucionarias que surgirán deben apoyarse en esta perspectiva. Parafraseando a Trotsky, la historia le dará suficientes oportunidades de probarse, acumular experiencia y madurar. Cuanto más rápidamente se fusione la vanguardia más breve será la etapa de las convulsiones sangrientas. Este proceso histórico exige la conformación de una dirección revolucionaria, el único tipo de dirección que puede buscar el objetivo de derrotar al imperialismo. Es imprescindible que la clase obrera tenga en sus propios dirigentes a los elementos más combativos y clarificados respecto de las grandes tareas históricas que se imponen a las masas árabes en este proceso: la liberación nacional a través de la revolución socialista. Es innegable el papel de los sindicatos en esta tarea, como organizaciones existentes del proletariado y que en los últimos años han llevado adelante importantes luchas contra los distintos regímenes. Es imprescindible que en el transcurso de la lucha se foguee una vanguardia que extraiga lecciones del proceso abierto. Los sectores obreros más decididos son los que pueden ponerse a la cabeza de esta tarea poniendo en pie fracciones revolucionarias al interior de las organizaciones sindicales que le dispute el poder a los capitalistas, que se plantee la conformación de organizaciones de obreros, campesinos y soldados que “amplíen las funciones de los sindicatos” y que sean la base del nuevo estado obrero. Que prepare una ofensiva revolucionaria del proletariado tras una política de “insurrección y conspiración” dirigiendo a los mejores elementos de la pequeñoburguesía que hoy se movilizan.

El problema de los ritmos y los intervalos es de gran importancia pero no altera la orientación de la política de los trotskistas: la lucha contra las variantes nacionalistas burguesas y el desarrollo del programa revolucionario que realice la liberación nacional va de la mano de la reconstrucción de la IV Internacional Comunista. Sólo ésta combatirá consecuentemente al imperialismo en todos los países del mundo. Preparar tal reconstrucción es la tarea de la nueva generación de revolucionarios que está surgiendo.

Notas

[1] Este artículo fue escrito en octubre de 2011. Las primeras versiones fueron publicadas en El Impreso n° 30 y 31, 2011.

[2] Ver Tesis Internacionales COR 2010

[3] Tesis Internacionales COR 2011

[4] Socialismo Revolucionario

[5] Partido de Trabajadores

[6] Trotsky, La consigna de la asamblea nacional en China”

[7] Trotsky, Problemas de la revolución italiana

[8] Ibidem

[9] Ibidem

Chile: La Dependencia Semicolonial



Por: Maximiliano Cortéz

En la historia nacional las crisis económicas internacionales han impactado con fuerza provocando estragos sobre el aparato productivo y la economía general. La inflación y la desocupación han sido unas de las principales consecuencias de las mismas.

En esto no difiere del resto de los países semicoloniales. Sin embargo, la escuálida burguesía nacional chilena ha parasitado y parasita al capital imperialista sin llegar a tentar con alguna suerte de independencia relativa, apoyándose en la población para regatear de mejor modo las migajas de la explotación. Si bien, en su historia, han exis-

tido distintos periodos políticos en los que algunos gobiernos brindaron concesiones a las masas, éstos fueron más bien un producto derivado de ascensos en la lucha de clases y de procesos de ruptura del equilibrio capitalista, más que de alguna suerte de orientación estratégica de la burguesía chilena.

La penetración y dominación imperialista temprana de la vida nacional, trastocó todas las relaciones sociales para darle su fisonomía particular al país, combinando el atraso y la miseria con elementos avanzados de la técnica y la ciencia. Sobre esta base híbrida deformada, se levantaron las clases y sus relaciones.

La estructura de la economía chilena basada en la industria extractiva (primero del salitre, luego reemplazado por el cobre) configuró una clase obrera concentrada en grandes faenas productivas que siempre ha constituido una verdadera amenaza para el dominio del imperialismo. Por ello la clase dominante debió dotarse de un fuerte aparato represivo como el alma al cuerpo del Estado semi-colonial.

Su sistema político se ha basado en esta característica del "bonapartismo sui géneris" donde los distintos gobiernos se apoyan en el imperialismo por medio de las represión y la botas para poder gobernar.

El Chile Modelo

Chile ha sido elogiado en las últimas décadas por los think tank de los países imperialistas como el "modelo" a seguir por el resto de las semicolonias. Esto se debe a las reformas estructurales que se implementaron durante la dictadura militar, continuadas y profundizadas por los posteriores gobiernos de la Concertación. Dichas reformas pusieron en práctica los principales fundamentos expuestos en el "Consenso de Washington", colocando a Chile a "la vanguardia de las políticas de liberalización". Las principales ramas productivas como la minera, forestal, celulosa y pesquera fueron puestas en función de la exportación y la inversión extranjera. Los Tratados de Libre Comercio con países como EE-UU, Japón, China, México, Australia o Turquía han facilitado los negocios de los monopolios. Los decretos sobre la inversión extranjera garantizaron y garantizan las condiciones de explotación y giro de utilidades al capital imperialista.

Las reformas del "Mercado de Capitales" facilitaron la especulación, la afluencia de inversión, las sociedades accionarias que alimentan a la burguesía rentista parasitaria, y el control bancario por medio de cinco grandes bancos de las finanzas (entre ellas el sistema de pensiones completamente privatizado, dependiente de la timba financiera mundial). El desarrollo de entidades crediticias, de sectores bancarios, del retail, de las Administradoras de Fondos de Pensión, del sector servicios (ligado a la tercerización extrema), compenetraron todas las esferas de la economía creando burbujas especulativas (como es el caso de acciones de entidades ligadas a las universidades privadas, sobrevaluadas por el pago futuro de créditos por aranceles) y nichos de negocios insostenibles en una semicolonia.

Las condiciones de extrema tercerización laboral hacen de Chile uno de los países con mayor rotación de trabajadores en Latinoamérica. Esto posibilita la existencia de miles de pymes (dibujadas en muchos casos por el "multi-rut" grandes conglomerados con muchas "razones sociales") que se reparten alcuotas de plusvalía sobre la base de disminuir el salario, desmembrando las filas obreras en trabajadores de primera, segunda y tercera categoría (no por calificación o función, sino simplemente por ingreso). Sólo en Codelco se puede ver que de un total que bordea los 50 mil trabajadores, 30 mil son subcontratados.

Esta extrema dependencia vuelve a Chile com-

pletamente vulnerable a los ritmos del desarrollo de la crisis económica. Teniendo a China como el principal consumidor de Cobre en el mundo (40% del total) y EEUU como segundo destino de exportaciones, los pronósticos de ralentización del crecimiento chino o la apreciación del dólar por corridas especulativas vuelven completamente inestable los mismos cimientos de la economía chilena.

El actual gobierno de Piñera se prepara para afrontar la crisis manteniendo un "equilibrio presupuestario", manteniendo la compra de dólares de parte del BC y la variación controlada de las tasas de interés. Es decir, pretenden utilizar las mismas medidas monetaristas que vienen aplicando los países imperialistas de reducción del gasto y ajuste de tasas, para controlar la inflación y disponer de fondos estatales para el salvataje de empresas. Si éstas medidas son de por sí estériles en los países imperialistas, ya que son incapaces de dar respuesta a las causas de la crisis, menos efecto pueden tener en países semicoloniales como Chile.

Una declarada recesión económica mundial aceleraría la crisis impactando directamente sobre el empleo. Las cifras de desempleo no superan el 8%. Sin embargo, esto se debe al crecimiento de un importante sector de trabajadores por cuenta propia y un 56% de trabajadores con empleo de jornada parcial, lo que el desarrollo de la crisis sería lo primero que destruiría.

En este plano comienzan a abrirse distintos sectores al interior de la burguesía planteando la necesidad de una reforma tributaria. Un ala más dura de la misma defiende la actual estructura tributaria que garantiza estabilidad al capital imperialista. Más allá de su utilización demagógica, este debate está cruzado por la forma en la que harán para que los trabajadores paguen la crisis, dado el alto grado de movilización de distintos sectores sociales previo a una manifestación abierta de la misma.

En carpeta tienen también preparadas una serie de reformas laborales, al estilo de la última que se implementó en España, para ir a un mayor grado de flexibilización laboral, fortaleciendo el seguro de desempleo y destruyendo o amortiguando la indemnización por despido.

La crisis internacional limita enormemente la disputa por la orientación de la política fiscal entre oficialismo y oposición, o la reduce a su mínima expresión en un convulsionado escenario político marcada por la intervención radicalizada de la juventud y la oposición de amplias capas de la pequeñoburguesía.

La Crisis Del Bipartidismo

Sobre esta base inestable se coloca el agotamiento o crisis del bipartidismo. Los pilares sobre los que se asentó el retorno a la forma democrática del régimen burgués fue dejar intacto y en funciones el personal y la estructura de la maquinaria represiva, junto con las con la estructura jurídico-económica moldeada por el imperialismo. Sobre esta base la "democracia" chilena se apoyó, entre otras cosas, en la incorporación

en masa de todo un estrato de militantes "socialistas" "miristas" "comunistas", como parte integrante del aparato burocrático, (incluso de inteligencia) reconvertidos varios de ellos en nuevos burgueses.

El discurso concertacionista de impulsar la "democracia social de mercado" significaba que asumían un determinado rol del Estado, garante de la propiedad privada imperialista, regulada con medidas de corte monetaristas y de mercado, utilizando además la posesión de Codelco y otras empresas estatales como forma única de establecer estándares de producción y salarios. El manejo del fisco (otorgando el 10% de las ventas totales del cobre a las FFAA) fue reducido a la utilización de fondos de estabilización para otorgar algunas dádivas a los sectores que quedaran marginados, subproducto de la privatización de la educación, la salud, las pensiones, etc.

La Concertación como coalición se erigió sobre la base de excluir al Partido Comunista como símbolo del rechazo "democrático" al "socialismo real", y al mismo tiempo éste mantuvo su influencia y organización al interior de la clase obrera y organizaciones sociales.

El control de la CUT (refundada como pilar del régimen democrático burgués) por parte del PS y el PC fue fundamental en esta transición política, parte del "modelo" adulado por el imperialismo.

De éste modo el bipartidismo se erigió sobre las condiciones de salida a "la guerra fría" intentando recrear de modo bufonesco el sistema bipartidista de algunos de los países imperialistas, con una "centro derecha" dura y una coalición socialdemócrata, brindando una estabilidad aparente.

El proceso de ruptura del equilibrio capitalista mundial ha colocado en crisis a los partidos y las instituciones trastocando las relaciones entre las clases.

Diferentes procesos se combinan evidenciando la naturaleza inestable del país semicolonial. Una transición de 20 años de Concertación hacia un gobierno de Centroderecha, cuyos principales dirigentes no sólo son los verdaderos artífices del "modelo" sino que pertenecen socialmente al mismo sector burgués nacional asociado al gran capital imperialista. Una crisis cada vez más aguda en la oposición burguesa de la Concertación que no es capaz de pretender refundarse como coalición opositora sin que esto acelere su propia desintegración.

La crisis histórica del capitalismo vuelve caótica la transición política para la burguesía y sus partidos. La crisis del bipartidismo es de una profundidad tal que resulta insalvable, aunque traten de reeditar eventualmente ante algún que otro tema la política de los grandes acuerdos nacionales. Esta cuestión no es menor ya que compromete al conjunto del personal político de la institucionalidad burguesa y de la misma burocracia del Estado.

La democracia burguesa semicolonial ha perdido sus fundamentos más históricos de la post-guerra. Su transición democrática basada en la continuidad de

todos los partidos de la "guerra fría", aggiornándose al burgués y "civilizado" discurso socialdemocratizante de la connivencia parlamentaria entre progresistas y reaccionarios, ha sobrepasado su fecha de vencimiento

La Batalla Por La Educación

El conflicto educacional que estalló en abril del 2011, se extendió nacionalmente con tomas de colegios y universidades. Se realizaron masivas movilizaciones que tuvieron un peak en el paro convocado por la CUT del 25 y 26 de Agosto, reuniendo a más de 600 mil personas en las calles. De forma permanente se han producido en cada manifestación enfrentamiento y barricadas con carabineros, así como la resistencia al desalojo de colegios tomados y retomas luego de los desalojos.

El sistema educativo chileno es uno de los de mayor segregación social. Los recursos del fisco colocados para incentivar el desarrollo de negocios en el área educativa, descentralizando la administración de colegios y subsidiando el lucro, dejó a los colegios municipales (educación pública) completamente desfinanciados. Todos los partidos políticos del régimen burgués tienen personeros en directorios de colegios y universidades o manejan fundaciones. El presupuesto educativo va a financiar las utilidades de estos conglomerados educativos y a los bancos que sostienen el crédito en las universidades. La Iglesia Católica es el principal sostenedor de colegios particulares.

La lucha contra las consecuencias de este sistema educativo data del año 2006, donde surgió el "movimiento pingüino" enfrentando un gobierno de la Concertación, y tuvo continuidad con distinto grado de radicalidad todos los años. En el transcurso se crearon comisiones de expertos; se derogó la LOCE (ley orgánica constitucional de educación) reemplazándola por otra con el mismo maquillaje: la Ley General de Educación; y se gestaron "grandes acuerdos" educativos nacionales entre oficialismo y oposición. La crisis económica abierta en el 2008 puso en evidencia la fragilidad incluso del "negocio" educativo, acelerando la quiebra de la Universidad República y provocando el cierre de decenas de colegios municipales. El gobierno intentó reforzar a los sostenedores privados aumentando el monto de los subsidios y beneficiándolos con el cierre y fusión de los colegios públicos.

La actual lucha en curso se ha intentado desarticular con propuestas como el aumento del número de becas para los sectores más empobrecidos, el subsidio de la tasa de interés de los créditos con aval del Estado y la democratización de escuelas y universidades (con la propuesta de derogación de decretos restrictivos a la participación estudiantil en los gobiernos universitarios y el reconocimiento estatal de centros y federaciones secundarias). Aunque esta respuesta ha sido bien acogida por la burocracia estudiantil, el cuestionamiento generalizado de todo el sistema edu-

cativo junto con el carácter de la movilización, que ha desbordado los estrechos marcos reivindicativos (en el sentido del economicismo), han impedido que ésta cierre la lucha aceptando algo que no cambia nada.

El proceso más interesante de lucha lo constituyen las tomas de universidades y en particular de los colegios, que han otorgado un elemento de continuidad a la lucha estudiantil. Éstas han sido la forma de mantener el control de los establecimientos desafiando la autoridad de directivos y de profesores reaccionarios. Aunque solo indirectamente, plantea un elemento de cuestionamiento al Estado y al ordenamiento de la educación burguesa. Por ello el gobierno ha sacado el proyecto de ley (como una verdadera provocación), que prohíbe las tomas, la movilización que obstaculice el tránsito o cualquier actividad que interrumpa los servicios como el transporte o la salud. Esta es llamada por algunos sectores como "la nueva ley maldita", en referencia a la ley de defensa de la democracia de 1948 que persiguió durante una década la actividad de la militancia comunista y la sindical en particular.

A grandes rasgos se puede ver que se está expresando toda una nueva generación. Importantes sectores de la misma ya han hecho su experiencia política con la Concertación como coalición gobernante y con las recetas aplicadas por el régimen para desarticular la movilización y llevarla a los estériles causes de la charlatanería parlamentaria.

Esta generación es hija de la generación del 80 que resistía o temía a la dictadura militar. La nueva generación se choca con los límites de la democracia de esa forma de Estado, preferida por la burguesía, pero no tan buena para una semicolonía en medio de la turbulencia internacional. Como planteaba el sociólogo Alain Touriène a principios de los 90 (para aconsejar a los burgueses algunas recetas socialdemócratas) existen dos estratos en la juventud, uno hijo de las clases medias insertado en las universidades y con aspiraciones de ascenso social y otro marginado que vive en las poblaciones y no aspira más que a conseguir un trabajo o salvarse de algún modo. Esta diferenciación "sociológica" de clases se ha profundizado y es lo que hoy se expresa de conjunto en las luchas y en las calles.

Si bien el carácter de clase del movimiento es heterogéneo, la desestabilización política y social, provocada por manifestaciones de envergadura y una lucha sostenida de carácter nacional, exterioriza movimientos entre las clases sociales, donde el estudiantado y sectores juveniles ocupan el proscenio. La continuidad de las tomas y movilizaciones va radicalizando un sector a la izquierda de la pequeñoburguesía y en el otro extremo un sector más reaccionario, donde pretende apoyarse el gobierno como su base social "natural". La crisis económica va socavando las bases de las clases medias proletarizando a sus estratos inferiores y quitándole expectativas a los sectores intermedios que hoy están topando con la degradación gradual de su status social.

Así como la crisis del imperialismo tiene como actor principal en distintos puntos del planeta a la juventud, en nuestro país la juventud viene capitalizan-

do una valiosa experiencia con los gobiernos y con el Estado, y puede constituir un importante laboratorio de discusión política y organizativa. El capitalismo no tiene nada que ofrecer al futuro de esta generación ni de las venideras, más que miseria y superexplotación

Sindicatos Y Tendencias Frentepopulistas

Los movimientos entre las clases y el conflicto capital-trabajo que prevé la crisis, puede traer consigo la crisis de las direcciones sindicales.

La burocracia de la CUT ligada a los partidos PS-PC, corriendo la misma suerte que sus coaliciones políticas, intenta consolidar un ala izquierda del régimen reducida a escuetos ámbitos de negociación parlamentaria. Sin embargo la misma crisis puede llevar a que se acentúen las luchas políticas al interior de los sindicatos abriéndose alas, rupturas o luchas de tendencias, que contradictoriamente pueden empujar el accionar de la clase obrera. Hablamos aquí también de los dirigentes sindicales, una amplia capa al interior de la clase obrera producto de la fragmentación, ligada habitualmente al funcionamiento de una u otra coalición política y que están educados por las leyes sindicales y el Código del trabajo. Al acentuarse la ruptura de este equilibrio de clases se hallarán a la deriva buscando confluir con grupos y tendencias, apoyándose en ocasiones sobre la misma base obrera. Esto no quiere decir que por sí mismos vayan hacia posiciones revolucionarias, por el contrario, la mayoría constituye una capa importante de burócratas o semi-burócratas obreros acostumbrados a mendigar alguna que otra migaja a la burguesía y a defender valiente y resueltamente a los trabajadores con el blindaje de los inspectores del trabajo y los juzgados laborales. Sin embargo, la propia crisis puede fortalecer en un sector una tendencia sindicalista opuesta a la burocracia histórica, constituyendo alguna suerte de sindicalismo revolucionario.

La misma lucha estudiantil está fortaleciendo a corrientes del populismo de izquierda, quienes son devotos de las coaliciones políticas de tinte frentepopulista. Así como el PC desea ganarse a un estrato de la "inteligentzia" de la pequeñoburguesía que se reivindique heredera del legado del gobierno de Unidad Popular, éstas orgánicas intentarán fortalecer mediaciones de nuevo tipo como partidos de trabajadores o movimientos populares. La lógica general de estas direcciones es la del avance orgánico del movimiento, no como una expresión espontánea, sino producto del accionar paciente de una minoría activa en los sindicatos y organizaciones sociales que iría generando "conciencia de clase" y avanzando con "independencia política". La mayoría de estas direcciones políticas tuvieron su escuela en la resistencia a la dictadura pinochetista y en muchos casos son un subproducto de las traiciones del PC, formados en su lógica populista y destilados por el burocratismo de éste. Si bien podremos encontrar muchos elementos honestos en esta unificación con sectores juveniles y elementos de la pequeñoburguesía radicalizada, serán

tentados recurrentemente por ideologías frentepopulistas y orientaciones hacia el estatismo, como forma de salvaguarda ante la crisis.

Dado el carácter de clase heterogéneo de los sectores movilizados, se fortalecen transitoriamente tendencias políticas pequeño-burguesas. Esto explica el rol dirigente de las figuras del PC, que aunque resulte una formación burocrática bastante pestilente para la clase media, su rol de ala derecha de la clase obrera y su política conciliadora lo hace moverse con relativa facilidad sobre esta base social. Desde aquí el PC intenta capitalizar alguna expresión superestructural a la izquierda de la concertación, a la espera de la ruptura o apertura de la misma. El PC vuelve a reproducir, esta vez como farsa, su discurso de construcción de movimiento popular que acompañe su trabajo parlamentario y su fortalecimiento como partido. Pese a que es cuestionado permanentemente por las tendencias más autonomistas y radicalizadas del estudiantado, logra captar la sensibilidad de los sectores más reformistas. Su otrora consigna de “revolución democrática” toma expresión en la defensa de gobiernos como el de Cristina Kirchner en Argentina, que lo señala como un movimiento popular integrador de las expresiones de izquierda. La pervivencia del PC de la post “guerra fría” tiene que ver más con la necesidad de la burguesía de contar con mediaciones hacia la clase obrera, aunque éstas estén debilitadas.

Algunas Conclusiones Preliminares

La alta dependencia del imperialismo, dada tanto por el peso de la industria minera como por la penetración del capital financiero, hace de Chile un país donde la crisis estructural del capitalismo puede desatarse con fuerza inusitada por los vasos comunicantes de la economía mundial. La misma crisis internacional es un limitante para cualquier reforma estructural que pretenda la clase dominante. Más bien ésta se prepara para resolver el problema como lo ha hecho históricamente, descargando la crisis sobre el conjunto de las masas y por medio de feroces represiones. Una reconversión productiva que permita una mayor diversificación económica, para con ello lograr disminuir el grado de dependencia, no puede ser conducida por la burguesía. Este problema solo puede ser resuelto por la liberación de las ramas productivas del corsé de la propiedad privada y la reorganización internacional de la economía, cuestión que le cabe sólo a la clase obrera y su vanguardia.

El terremoto de febrero del 2010 abrió coyunturalmente un escenario de catástrofe económica y social que fue respondido por sectores de masas con saqueos y posteriores movilizaciones por la reconstrucción. Dicha situación dejó al desnudo la esencia misma del Estado burgués chileno, militarizando las zonas devastadas y cerrando filas con la alta burguesía de la construcción, las finanzas y la distribución. La ínfima y limitada respuesta de la burguesía para resolver la

catástrofe constituye una experiencia importante para las masas que aún se encuentra latente.

Contrario a lo que opinan muchas corrientes, (de reformistas, de izquierda e incluso de varias que se reivindican parte del movimiento “trotskista”) el actual proceso de movilización no puede abrir un período o etapa de democratización, dada la naturaleza semicolonial del país y la acuciante crisis internacional. Cualquier reforma institucional que ensaye el régimen para contener centralmente a las clases medias tendrá como principal limitante esta dependencia central del imperialismo y la debacle general de la democracia burguesa como forma política en el mundo.

La crisis del bipartidismo, la aceleración de contradicciones entre las clases, y la movilización de masas puede decantar en la formación de mediaciones frentepopulistas que intenten contener preventivamente el cuestionamiento generalizado de la dominación imperialista.

La política del imperialismo hacia el conjunto de América Latina de descargar la crisis, sea vía inflación, reducción de gastos o desocupación, puede acelerar el enfrentamiento entre las clases fundamentales, entre la clase obrera y la burguesía. Al mismo tiempo, el proceso centrífugo de descomposición imperialista puede avivar disputas entre imperialismos rivales por el control de los recursos o su posicionamiento en la región, de acuerdo a los ritmos de la crisis internacional.

La actual lucha del estudiantado y la juventud en general puede estar preparando el terreno para la entrada en escena del proletariado. Por lo mismo se vuelve más actual la lucha por un Plan de Lucha Unificado que prepare las filas de la clase obrera y la juventud para la lucha contra el imperialismo. La relación histórica entre partidos y sindicatos en la vida nacional, vuelve más urgente la necesidad de desarrollar la lucha política contra las direcciones contrarrevolucionarias para recuperar las organizaciones obreras. La misma crisis volverá obsoleta la fragmentación sindical impuesta de forma contrarrevolucionaria por la burguesía, teniendo el proletariado que pasar necesariamente por encima de toda la legalidad burguesa para poder derrotar a la burguesía. Para ello hay que recuperar los sindicatos como organismos de lucha antiimperialistas y foguear a la vanguardia obrera en esta pelea.

Si bien el PC, y el más aburguesado PS, no cuentan con la fuerza orgánica y política de otras décadas, estas direcciones jugarán un rol contrarrevolucionario central en los futuros procesos. Las direcciones populistas de izquierda serán un complemento a las políticas de éstos, dado su estrategia de carácter restringido al ámbito nacional y sus parámetros de gobierno como el de Cuba, Bolivia o Venezuela.

Solo una dirección revolucionaria e internacionalista puede organizar a la vanguardia proletaria y otorgar un programa revolucionario para acabar con el imperialismo y luchar por la revolución mundial.

La Lucha De Europa Por Su Futuro Es La Lucha Contra La Descomposición Imperialista¹



Por: Isabela Arana y Joaquín Morelli

El estallido y las convocatorias de huelgas en Grecia, España, Italia y Gran Bretaña, la aparición de sectores de la juventud manifestándose en España e Inglaterra contra el desempleo y contra el régimen político (al cual sin embargo creen posible reformar) es parte de los muchos efectos que la crisis capitalista está provocando en los países imperialistas.

El desarrollo de esta crisis hace cada vez más difícil la situación de Europa. Al colapso de Grecia, Irlanda, Portugal se suman las potenciales caídas de España, Italia y Bélgica. Pero lejos de representar casos específicos, como la prensa burguesa afirma,

el actual proceso representa la crisis terminal de proyecto imperialista que Europa intenta construir desde la posguerra: la UE, o más específicamente, la unidad capitalista de Europa.

El capitalismo europeo sigue siendo, a pesar de dos guerras mundiales y el crecimiento de la segunda parte del siglo XX, la región donde el capitalismo se muestra más enfermo y descompuesto. Su continuidad se sustenta en la excepcionalidad que significó la existencia de la URSS, a partir de la cual se establecieron relaciones interimperialistas muy particulares - que la crisis está eliminando - así como el fuerte peso de la intervención estatal en la

economía, cuya expresión parcial fue el llamado “estado de bienestar”. Este capitalismo imperialista que ya no puede sostenerse sin caer nuevamente en desequilibrios mayores, encuentra ante la crisis estructural del imperialismo yanqui, su propia crisis aún más virulenta y más antigua que la que sufre los EEUU.

La Quimera Reaccionaria De La Unidad Capitalista De Europa

El estallido de las burbujas especulativas en EEUU tuvo su contraparte del otro lado del Atlántico en los “PIIGS”, pero también en Inglaterra e incluso en Alemania y Francia. El desarrollo capitalista de Europa se ha sostenido desde el fin de la segunda guerra mundial a través de una serie de eventos particulares, primero el “plan Marshall” y luego la relación especial que supo establecerse entre el imperialismo yanqui y las metrópolis europeas que constituían la “primera barrera contra la amenaza comunista”. Luego, tras la caída de los estados obreros del Este, se abrió para la Europa imperialista la posibilidad de ampliar su influencia económica y política hacia estos territorios. Esta política, que comenzó ya en los ’80, permitió al capital imperialista expandirse a través del poder de su sistema financiero, asimilando a los países del Este mediante la exportación de capitales excedentes y aislando a Rusia, la cual no ha podido ser incorporada al sistema capitalista plenamente a pesar de la gran destrucción de fuerzas productivas que sufrió en los últimos 20 años.

Esta política estratégica es la que también se aplicó a los países más rezagados del continente, que desde los ’80 comenzaron a desarrollarse intempestivamente de la mano de la entrada de capitales provenientes principalmente de Alemania y el Reino Unido. Entre estos países se encuentran justamente Grecia, España e Irlanda. Pero toda esta superestructura económica era expresión de un desarrollo de las fuerzas productivas acaecido en Europa con la reconstrucción luego de la guerra, sobre la cual las burguesías europeas, en particular la francesa y la alemana, intentaron recrear la idea de la unificación de Europa bajo el capitalismo. Esto marcó el nacimiento de la Comunidad Económica Europea (CEE), que constituyó un intento no sólo de equiparar fuerzas con el hegemónico imperialismo yanqui, sino también un intento de fortalecer a la Europa capitalista ante el llamado “bloque socialista” aglutinado alrededor de la URSS bajo el COMECON. Pero esta “integración” no era más que una vuelta a la integración económica previa a las guerras mundiales. De hecho nunca la UE alcanzó una verdadera unidad económica más que a partir de una serie de mecanismos financieros que son hoy la base de las profundas contradicciones que recorren a Europa.

Todo esto constituyó el fundamento de la Unión Europea. Por décadas, y bajo el paraguas del imperialismo yanqui, los derrotados imperialismos

europeos buscaron recrear su poder reconstruyendo sus economías e intentando una integración económica.

A la base de toda esta superestructura que intentaba asemejarse ficticiamente a una especie de “ultraimperialismo”, se reeditaban los viejos problemas del capitalismo europeo, pero en un contexto diferente, donde los viejos problemas no habían hecho otra cosa que agravarse. La tendencia al conflicto interestatal en Europa, entre los Estados imperialistas, y luego entre éstos y los países más rezagados siguieron desarrollándose. La relación actual entre Alemania y Grecia, Portugal o España muestra que incluso estas contradicciones se exacerbaban.

El Fracaso De La UE

La expansión capitalista de Europa no se basó en una mejora de la productividad del trabajo en el conjunto de la región (con excepción de Alemania), sino, por un lado en la exportación de capitales excedentes alemanes, ingleses e incluso franceses hacia los eslabones débiles y los países de la periferia europea primero (España, Portugal, Grecia, Irlanda) y luego hacia los países del ex “bloque soviético”, y por otro lado en la extracción de plusvalía de las semicolonias africanas, árabes y latinoamericanas. Es por esto que la causa del colapso de estas economías no debe reducirse a la política interna de cada uno de los países afectados, sino en las relaciones económicas y políticas que las principales potencias europeas impusieron a los países de su periferia.

Una mirada a la situación de los bancos puede dar una perspectiva de la situación. Mientras que los bancos de Grecia, Irlanda y Portugal sólo constituyen el 5% del PBI de la zona euro, con esta crisis y sus inyecciones terminaron ocupando el 55% del capital líquido del que dispone el BCE. Este “sacrificio” es realizado por las potencias europeas debido a que todo el edificio que construyeron en las últimas décadas se caería si colapsan estos países “periféricos”. Esto es lo que está a la base del debate entre las distintas facciones alemanas que se debaten qué medidas imponer ante el default griego y cómo evitar un “efecto dominó” y ante la amenaza de un escenario de crisis política generalizado que agravaría el ya precario desequilibrio mundial.

El crecimiento “hipotecado” de los eslabones débiles y de la periferia europea, basado en la especulación financiera, inmobiliaria, en la expansión de los servicios y en infraestructura redundante fue siempre una bomba de tiempo a los pies de la UE, que fue alimentada por décadas de parasitismo capitalista. En este sentido, los bancos son los principales elementos del desastre, pero no conocen otra forma de actuar. El mismo “euro” es hijo directo de estas políticas. Los debates interminables acerca de la posibilidad de su supervivencia ante la crisis deberían centrarse en el hecho de que Europa ya

no puede sostener el crecimiento de Alemania o Inglaterra a costa del inmenso endeudamiento de los países de su periferia. La crisis de deuda que hoy estalla en cadena en los países más débiles de Europa sólo expresa el estancamiento de las principales potencias europeas, que sólo pudieron crecer a costa de sus vecinos, la Alemania exportadora neta y la Inglaterra especuladora, que son las dos caras de la misma moneda: la crisis terminal del capitalismo europeo que se ha agravado a pesar del llamado “boom de posguerra” y de la creencia ficticia sobre el “fin de la historia”.

Crisis Políticas Y Lucha De Clases

El efecto contagio de una posible bancarrota ya se sintió con los temblores acaecidos en Italia y Francia, ante lo cual los principales Bancos Centrales debieron a salir a inyectar liquidez al mercado. Las caídas bursátiles están perturbando



impetuosamente a las acciones de los bancos con fuertes acreencias en los países en zona de riesgo. La magnitud de la crisis económica internacional está generando nuevas contradicciones políticas que pueden debilitar y generar rupturas dentro de la coalición del gobierno alemán, profundizar la crisis del sistema de partidos españoles e ingleses y traer a la palestra viejos problemas nacionales y conflictos irresueltos entre distintas regiones en países como Irlanda, Italia y en Europa Central y del Este. Las tendencias recesivas, la inestabilidad financiera y monetaria preanuncian duros enfrentamientos interestatales y de clases.

Estado De Bienestar E Imperialismo

Los Estados imperialistas europeos cultivaron para sí mismos y hacia afuera una imagen de de-

mocracias ejemplares. Esta política estaba destinada a ser un ariete en contra del llamado “socialismo existente”. La influencia decisiva de este último durante el siglo XX y su supervivencia tras la segunda guerra mundial constituyeron siempre el gran peligro ante el cual el gran capital europeo buscó un sostén en la burocracia sindical, tanto del Partido Socialista como del Partido Comunista.

La forma democrática que tomaban los estados imperialistas adquirió entonces formas complejas y muy costosas, que buscaron establecer una dinámica de control e intervención estatal, así como también arraigar una ideología estatista en las masas. Dentro de estas formas particulares que tomaron las instituciones del Estado imperialista en Europa se halla el “estado de bienestar”, presentado como el “árbitro” de la lucha de clases, como guardián de una no menos “universal” democracia dentro de la cual podía darse todo pero nada por fuera de la misma.

Lo cierto es que esta institución de la conciliación de clases fue por décadas el principal argumento para la regeneración de una aristocracia obrera y de una amplísima capa de sectores medios que constituye, aún en el momento del ocaso de esta política, su principal base social.

Basado en las superganancias que rinde el capital imperialista en detrimento de las semicolonias, y luego a través de la explotación del trabajo de los “inmigrantes ilegales” y las masas de los ex estados obreros, el decadente imperialismo europeo se las ingenió para sostener mecanismos para la cooptación de sectores medios y de las capas superiores de los trabajadores. Esta fue desde entonces la base de la democracia europea en la posguerra.

La Democracia Burguesa “Lle- vada Hasta El Final” Una Discusión Necesaria Con La Izquierda Europea

La caída de los frágiles fundamentos del crecimiento europeo de las últimas décadas también ocasiona que la democracia burguesa muestre su verdadera naturaleza de clase. Esto se ve tanto respecto de la crisis de las relaciones interestatales,

como con los ataques de clase que ejecuta la burguesía para saldar la crisis capitalista. Estas fuerzas centrífugas actúan sobre las instituciones de la sociedad capitalista, entre ellas el Estado burgués y su democracia. Este es el lugar que ocupan las diversas expresiones de protesta que surgen por toda Europa. Es vital reconocer en estas expresiones las diferentes líneas políticas. De ahí podemos decir que lo que es común a los movimientos como el 15M español es su intención más o menos manifiesta de reformar al sistema en crisis mediante una mayor participación democrática. Más aún, lo que prevalece como horizonte es una idea de que el gobierno vuelva a las políticas del “estado de bienestar” en contra de lo que entienden como “tendencias neoliberales” que hoy, ante la emergencia capitalista, generan desempleo y un grave retroceso del nivel de vida de las masas. El estatismo se ha convertido en Europa en sinónimo de democracia imperialista.

Si las masas europeas y norteamericanas sólo luchan por recuperar el “estado de bienestar” o el “sueño americano” estamos ante una situación donde los comunistas debemos dar una lucha programática implacable para imponer un programa de lucha contra el Estado, contra la propiedad privada de los medios de producción y contra la burocracia sindical. Un programa que haga parte fundamental a los trabajadores inmigrantes, y que levante en su bandera la lucha de las semicolonias

de la vanguardia obrera, cambiándola por las viejas nociones abstractas sobre la democracia y la ciudadanía que tienen los sectores medios, y que se fundamentan en ideologías que ocultan el carácter de clase que posee el Estado.

La disputa de los revolucionarios por convencer a las masas que ansían una vuelta al estatismo imperialista es parte esencial de la tarea permanentista de la vanguardia obrera: luchar por el poder a pesar de la confusión e impulsividad de sectores de masas que se encuentran postrados ante la “traición” que les aplica la burguesía con sus ajustes y su represión.

Superar la democracia burguesa es luchar contra el estado capitalista. Sobre la pertinencia de la revolución permanente

Los decadentes estados imperialistas europeos demuestran a cada paso cómo en los últimos sesenta años, si bien conservaron todas las prerrogativas de la reacción, ni siquiera pudieron llevar adelante su propio proyecto sin la asistencia de los EEUU. Ante la crisis esta debilidad senil se manifiesta en toda su decadencia. La política europea ante la crisis es sólo un muestrario de todos los lugares comunes más vulgares del arsenal de la reacción, como hoy podemos ver con el castigo a la nación griega a manos de las “potencias” de la UE., o también en el sistemático desmantelamiento, ex-

poliación y explotación de la mano de obra “barata” de los países del este.

Ante esta decadencia, lamentablemente pueden surgir (o ya lo están haciendo) sentimientos nacionalistas retrógrados por parte de amplios sectores de la pequeña burguesía arruinada e incluso de los sectores de desocupados crónicos. Sectores burgueses oportunistas pueden aprovechar esta energía política en su favor y a favor de la reacción. La lucha programática contra el estatismo imper-

ante, y el grave peligro de una derivación en las masas asimilando el egoísmo nacionalista de las respectivas burguesías imperialistas a medida que se deteriore el comercio exterior e interior, es la expresión misma de la dinámica de la revolución permanente en Europa.

La Europa capitalista en crisis no pudo evitar encontrarse con los problemas de su propio desarrollo histórico. Aún luego de dos guerras mundiales el capitalismo europeo sigue chocándose contra las fronteras nacionales de los pequeños territorios que la componen. Pero en un plano más inmediato que la tarea de la unificación socialista de Europa, se encuentra, como condición necesaria, la cuestión de la organización, programa y di-



que se rebelan contra la opresión imperialista, tal como sucede en Medio Oriente y el Magreb hoy.

En los países desarrollados es fundamental que la vanguardia lleve adelante una lucha antiimperialista, es decir, una lucha contra su propio Estado. Esto significa oponerse al sentido común estatista que afirma que es necesario luchar contra las políticas neoliberales para restaurar el “estado de bienestar.”

Es por esto que la izquierda centrista incurre en un grave error al hacerse eco de las demandas de estos sectores de forma completamente acrítica y oportunista. De esa manera la izquierda incorpora en su programa una política que no es la propia

rección de la clase obrera. En este sentido la lucha contra la penetración del estado imperialista en las organizaciones obreras es fundamental. La burocracia sindical y los partidos obrero-burgueses de los países imperialistas no sólo son los garantes de la explotación asalariada dentro de las filas del movimiento obrero, también lo son de los intereses imperialistas dentro de los sectores más centralizados de la clase. La cooptación y regeneración de una aristocracia obrera, enfrentada a sus hermanos de clase es la misión más importante de la burocracia sindical. Ante esto, el problema de la inmigración ilegalizada por el capital cobra una relevancia inusitada. Primero, porque esta inmigración es la fuente de la mano de obra barata con la que el capital obtiene tasas de explotación mayores que mejoran su competitividad, y segundo, porque estas masas de trabajadores inmigrantes son la expresión viva de las relaciones de opresión que las potencias imperialistas ejercen sobre las semicolonias bajo su órbita. Tenemos así en Europa (y también en los EEUU) una situación altamente contradictoria para la estabilidad del régimen burgués y su Estado. La lucha de la clase obrera organizada por su supervivencia debe comenzar por la lucha por lograr la unidad de clase bajo la misma organización y la emancipación política de toda estrategia ajena a los verdaderos intereses históricos de la clase trabajadora. Esta lucha por la unidad representa dentro de los países imperialistas un accionar subversivo contra el orden imperialista, tanto fronteras adentro como hacia los demás países. Pero esta lucha deberá tener la perspectiva de la lucha por el poder, sin la cual no es posible organizar ante los difíciles combates que la burguesía y la burocracia sindical impondrán a la clase obrera. El desarrollo de la táctica, del programa, de la organización son los pasos fundamentales para la necesaria preparación de la lucha por el poder y la imposición de la dictadura del proletariado en cada uno de los países de Europa. Las fuerzas motrices de la revolución en Europa surgen de la descomposición del capitalismo en Europa, la opresión y explotación de los trabajadores inmigrantes y de las semicolonias. Esto plantea inmediatamente la necesidad imperiosa de que el movimiento obrero se emancipe de la influencia burguesa en sus organizaciones, su programa, su política y su ideología.

Es necesario que la izquierda que se reivindica trotskista comience a desarrollar discusiones programáticas en clave permanentista respecto a estas cuestiones arriba mencionadas. Desde nuestra óptica lo antes dicho sería la expresión táctica de la dinámica permanentista ante la situación actual de Europa.

Internacionalismo Proletario

La clase obrera debe cerrar filas y comenzar la

lucha contra las ideologías extrañas a sus intereses. En este sentido se entiende la importancia de la lucha contra el Estado y los elementos que constituían la base de su equilibrio: la expropiación de las semicolonias y la superexplotación de la mano de obra, en particular de los inmigrantes condenados a la ilegalidad. Ambas cuestiones brillan por su ausencia en las manifestaciones contra los ajustes de los gobiernos burgueses y dejan impotente a la clase obrera ante el crecimiento de sectores reaccionarios que comienzan a aparecer como hongos por toda Europa y que se postulan como grupos de choque contra los trabajadores, en particular contra los inmigrantes. Los políticos pequeño burgueses se alarman y se afirman impotentes ante el crecimiento de estas expresiones radicalizadas de su propio chovinismo estatista.

En primer lugar, la situación impone la tarea de la unidad concreta de toda la clase y la unidad internacionalista del MO europeo, para así luchar contra las ideologías políticas nacionalistas-pequeñoburguesas incorporadas al movimiento obrero. Es vital que los sindicatos incorporen en sus filas a los inmigrantes indocumentados que trabajan en el país. Organizar a los trabajadores inmigrantes junto con los trabajadores nativos sería un hito fundamental contra el chovinismo del Estado imperialista que siempre impuso esta división entre los trabajadores. Esta unidad de clase con los trabajadores inmigrantes debe acompañarse de la incorporación programática de las reivindicaciones en contra de la expropiación hacia los países semicoloniales, del este europeo y de los Balcanes. Los trabajadores inmigrantes serían un nexo fundamental para avanzar en la unidad obrera internacionalista.

Reconstruir La IV Para Luchar Por La Dictadura Del Proletariado

Es imprescindible luchar contra las visiones "movimentistas" que imperan hoy en día. Un ejemplo de estas concepciones sobre la organización son las diferentes líneas de "partido de trabajadores" (PT) que surgen como compromiso con el sentido común sindicalista y la presión de la democracia burguesa. La tarea de la revolución exige la independencia política y organizativa de la clase obrera, no sólo en contra de las ideologías de conciliación con la burguesía, sino también por una delimitación respecto de los sectores pequeño burgueses, sus políticas y sus organizaciones. La ideología del número, de la atomización de la clase en una sumatoria de individuos es lo que está a la base de las concepciones idealistas y abstractas de la democracia. De hecho, esta ideología refleja la posición social de la pequeño burguesía, que careciendo de poder real sobre la economía, cuenta con un número importante de individuos que siempre

buscan imponerse a través del voto en las instituciones de la democracia burguesa.

La tarea del movimiento obrero y su vanguardia dista mucho de esta lógica política. Lo que cuenta para el proletariado es la unidad de clase, la claridad programática y la organización fuerte y centralizada. Estos elementos, reflejo de su situación de clase, son lo que constituyen la principal amenaza para la burguesía monopolista que ya cuenta con esas cualidades.

El movimiento espontáneo no debe ser concebido como un objetivo de la clase obrera. Dentro del movimiento, la vanguardia debe llevar adelante su lucha programática delimitándose y denunciando a los portavoces abiertos o encubiertos de los intereses burgueses. Debe mostrarse la perspectiva de salida a la crisis mediante la abolición de los fundamentos del orden burgués. La acción política del partido dentro de los movimientos debe plantearse el objetivo de la alianza de clase con la pequeña burguesía. Debe ser el escenario donde se demuestre la mayor concreción y seriedad del programa revolucionario de la clase obrera, para así convencer a sectores de la pequeña burguesía de la necesaria lucha contra el Estado capitalista.

El movimientismo que hoy impera en la izquierda lamentablemente se adapta a las expresiones de los movimientos espontáneos donde impera el sentido común pequeño burgués del reformismo. La fórmula mágica (y abstracta) de la izquierda de democracia y huelga general no constituye de por sí ningún avance programático, ya que repite lo que afirma la pequeña burguesía radicalizada. De ahí el “revival” que ha tenido el cadáver político del anarquismo en Grecia y España. Peor aún, esta política tampoco arma a la clase obrera en contra de las políticas de cooptación de la burocracia sindical. Una huelga general por la restitución de los beneficios del estado de bienestar constituye el máximo logro de la burocracia en contra de los sectores revolucionarios, ya que constituiría en los hechos una afirmación de las ideologías reaccionarias como el nacionalismo, que la burguesía busca imponer a la pequeña burguesía y a la “aristocracia obrera”. Hacer perder el tiempo a la vanguardia obrera con tales ilusiones sería criminal, ante una burguesía que no dudará en imponerse con la violencia de clase.

La huelga general debe ser preparada en cada país con una claridad estratégica que dista mucho del movimiento policlasista que vemos en las calles. En realidad, tal acción debería plantearse barrer a la burocracia sindical y constituiría de por sí la necesaria declaración de guerra hacia la burguesía y su Estado.

El proceso histórico que se abre a nivel mundial exige la conformación de una dirección revolucionaria, el único tipo de dirección que puede buscar el objetivo de derrotar al imperialismo. Es vital que la juventud y la clase obrera europea tenga en sus propios dirigentes a los elementos más combativos y clarificados respecto de las grandes tareas históricas que se imponen a las masas en

este proceso: la lucha por la dictadura del proletariado. En el transcurso de este proceso se probará una vanguardia que deberá extraer lecciones del proceso abierto. El desarrollo de una perspectiva revolucionaria para este movimiento progresivo de la juventud y para los sectores obreros que vienen protagonizando huelgas y medidas contra las políticas patronales, dependerá de la lucha política, de la organización bajo un programa de enfrentamiento de clase y de llevar adelante las tareas revolucionarias y antiimperialistas que la crisis impone. La gravedad de la crisis europea refuerza la necesidad de una organización internacional que intervenga en todo el mundo ante la crisis capitalista. La IV IC reconstruida es fundamental para que la clase obrera internacional pueda trazar una salida revolucionaria a la descomposición que ofrece el imperialismo. Hay que oponer a la decadencia de la Europa capitalista el programa de los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Notas

[1] Artículo escrito en agosto de 2011. Una primera versión de este artículo fue publicado en el EIC Nº 32, en junio de 2011.

Una Tendencia Y No Un Mero Acontecimiento: El Caso Testigo De España

Para Trotsky la historia de la España moderna era la historia de la decadencia de su Estado. El desarrollo atrasado de éste a partir de la decadencia absolutista y del capitalismo español era el rasgo particular más definido. La crisis estructural de España es histórica. La revolución en los '30 fue lo más cercano a hallar una resolución a este problema. Hoy podemos agregar que la crisis de España es más que nunca parte de la descomposición imperialista consolidada a partir de la derrota del proletariado europeo durante la posguerra.

A las políticas "comunitarias" impuestas en los últimos 30 años, le correspondió una superestructura política que, aggiornada a los intereses de la UE, fue legada por Franco. Éste fue siempre el verdadero contenido del Pacto de La Moncloa. La salida que el imperialismo alemán buscó dar a España tras el franquismo sólo exacerbó sus contradicciones, haciendo de la economía española un satélite económico de los capitales excedentes y las inversiones más parasitarias. La caducidad completa de este esquema económico resultó en la crisis terminal del Pacto de la Moncloa. La caducidad completa de este pacto, sostén del bipartidismo, puede verse en las últimas elecciones que "castigaron" al PSOE y revivieron al PP. La falta de opciones para las masas desesperadas ante la crisis es una muestra más de la encerrona a que llega la democracia burguesa española. Ambos partidos burgueses muestran a las masas que sólo existe un programa burgués: la descarga de la crisis sobre las masas trabajadoras, con el desempleo, la inflación y la superexplotación.

Ante un escenario de ofensiva burguesa como éste, nuevamente la burocracia sindical también demuestra su rol de agente burgués en las filas obreras. La política sistemática de la burocracia para limpiarle la cara al régimen en completa crisis y ofensiva contra los trabajadores demuestra que las líneas conciliadoras de la burocracia de la UGT y de las CC.OO. son un muro para frenar y aislar toda iniciativa que signifique la influencia de los sectores del movimiento obrero más decididos a la lucha contra el capital. Las huelgas obreras que vienen estallando a pesar del accionar traidor y estatista de la burocracia son también los antecesores de las luchas que hoy comienzan a hacer los jóvenes. La resolución del problema del desempleo y de la crisis económica toda bajo un programa revolucionario es la tarea que se impone a la vanguardia obrera y que hoy debe llegar a los jóvenes descontentos con el orden burgués.

Los eslabones débiles de la cadena imperialista

en Europa, como lo son España e Italia, son potenciales escenarios para situaciones pre-revolucionarias. Esto no significa que las potencias imperialistas europeas estén exentas de sufrir la crisis en toda su magnitud. Las tareas revolucionarias para la clase obrera son las mismas en toda Europa, pero los ritmos y los tiempos del desarrollo de la crisis determinan diferencias importantes en el accionar de la misma según el país.

Derrotar El Ataque De Los Capitalistas

Hay que pelear por imponer a la burocracia sindical la entrada a los sindicatos de los sectores desocupados, precarizados e inmigrantes; y organizar por ramas medidas que incluyan las ocupaciones de fábricas y edificios educativos, los piquetes obreros, etc., en el camino de preparar una huelga general contra la política reaccionaria del PSOE y PP. La clase obrera es la única clase social verdaderamente revolucionaria que puede ofrecer una salida superadora a la descomposición que ofrece el imperialismo. La desaparición definitiva de la desocupación de los jóvenes está ligada a la desaparición de la desocupación en general. La lucha por que se abran las escuelas y las universidades a todos los jóvenes que quieran estudiar, la pelea para que los sindicatos instauren escuelas de oficios, etc., están ligadas a la lucha por la escala móvil de salarios y de horas de trabajo.

Ni el parlamentarismo actual ni una "democracia más participativa" pueden cambiar el rumbo destructivo de la crisis. Los parlamentos burgueses de cada país están mostrando su carácter reaccionario con las leyes de ajuste que están votando. ¡Abajo la monarquía parásita española! La única solución para España hoy, en la lucha contra el Pacto de La Moncloa, es imponer un Estado obrero, poniendo las empresas bajo control obrero, expropiando a los expropiadores y llevar adelante un plan económico en transición al socialismo.

La lucha de los trabajadores europeos contra la maquinaria estatal europea es vital para el triunfo de la lucha de las masas árabes insurrectas y sería un gran acicate para enfrentar el curso cada vez más restauracionista de la burocracia castrista, restauración que impulsa el capital alemán y español. Los jóvenes y obreros europeos deben levantar en sus banderas: ¡Por el triunfo de la lucha de las masas de Medio Oriente y el Magreb! ¡Por el retiro de las tropas de Afganistán! ¡Contra la intervención imperialista sobre Libia! ¡Por la destrucción del estado de Israel! ¡Contra la política reaccionaria y chauvinista que los estados de la UE mantienen hacia los inmigrantes! Luchando junto a las masas de los países semicoloniales y de los ex estados obreros por expropiar a los expropiadores.

La Crisis Mundial: El Desequilibrio Capitalista Se Acentúa¹



Por: Isabela Arana y Joaquín Morelli

Los últimos meses, y en particular las últimas semanas, han sido momentos en que el desarrollo de la crisis capitalista mundial se ha acelerado, quizás no tanto por lo que los Estados y el conjunto de los capitalistas *hicieron*, sino quizás más bien por lo que *no pudieron hacer*, en relación a aplicar y alcanzar algún éxito con las famosas “medidas anticíclicas”; y por lo que finalmente *debieron comenzar a hacer*, lo que resultó en políticas tendientes a desarticular las relaciones de fuerza y los fundamentos de las instituciones de posguerra. Es decir, la últimas iniciativas políticas de los diferentes Estados imperialistas tienen un sello característico, podríamos decir, hasta

más “clásico” para el imperialismo, al profundizar el *desequilibrio* en una actitud de “mirar hacia adentro” y desde ahí al mundo.

Ante la evidencia de que ésta es una crisis que escapa a sus manuales económicos y políticos, la situación actual también deja a los gobiernos y a los *think tanks* del capital sin modelos a seguir para superarla dentro de las reglas (no siempre escritas) de aquel equilibrio en lo económico, lo político y lo social que fuera establecido en la segunda posguerra.

Es decir, esta cuestión del “desequilibrio” de la situación internacional ha comenzado a ser el eje, cada vez más manifiesto, de un debate que asume la

pérdida de las certezas o los supuestos básicos sobre los que las políticas de los gobiernos capitalistas se desarrollaron en los últimos cincuenta años. Hablamos aquí por ejemplo, del lugar de referencia del dólar estadounidense y a partir de ahí, de las jerarquías y los roles de los diferentes países capitalistas en el movimiento vital del capitalismo mundial.

En este sentido cobran particular importancia los debates entre los diferentes economistas y autoridades de las instituciones económicas supranacionales y también de las instituciones nacionales con peso internacional, los cuales se establecen alrededor de dicotomías “macroeconómicas” de índole monetarista. Las posiciones varían de forma, pero siempre plantean las mismas contradicciones.

Primero fue el debate entre quienes apostaban por una intervención estatal alrededor de un aumento del gasto y el endeudamiento (por ejemplo Paul Krugman) versus quienes se oponían a estas políticas “keynesianas” y abogaban por que los Estados aplicaran líneas de recorte del gasto estatal y de mayores márgenes de maniobra al capital en contra del trabajo (como proponía Niall Ferguson). Si tomamos en cuenta la cuestión de la “Guerra de divisas” y los debates entre los gobiernos europeos y entre estos y EEUU- podemos ver que el debate ya no se da sólo entre economistas, sino entre las políticas contrapuestas de los gobiernos y sus Estados.

En definitiva, si observamos las políticas que efectivamente aplicaron los diferentes Estados durante el último periodo podemos decir que fue una pragmática y ecléctica combinación de nekeynesianismo y políticas de ajuste. Inicialmente con una inmensa inyección de capitales (endeudar a todos para salvar al sistema financiero, encarnado por los grandes jugadores del mismo), hasta las líneas devaluatorias que hoy amenazan con profundizar los graves desequilibrios del mercado mundial. Un mercado que peligra con desarticularse aún más, promoviendo las líneas más proteccionistas y por ende agresivas del imperialismo contra sus competidores, contra los países semicoloniales y contra la clase trabajadora a nivel mundial.

Dinámica De La Crisis Capitalista

Es de esperar que los marxistas reconozcamos en el desarrollo de la crisis el accionar de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como expresión general de la crisis de un sistema regido por la ley del valor-trabajo. Sin embargo, quedarnos en estas afirmaciones generales en pleno desarrollo de las contradicciones vivas del capitalismo en descomposición, no sólo sería un magro aporte, sino que incluso podría ser un error y luego la base de grandes errores políticos. Es por esto que como organización vemos necesario -partiendo de estas leyes tendenciales- continuar elaborando un análisis de la actual crisis en su desarrollo histórico y sus particularidades concretas, claro está, hasta donde nos sea posible.

Pero para poder analizar la situación del capitalismo en concreto, debemos atender a su desarrollo, a la información concreta e incluso a los debates de los economistas y funcionarios burgueses que hoy por hoy se enfrentan unos a otros encarnando las diferentes políticas unilaterales que el capital puede darse a sí mismo para intentar capear la crisis. El análisis de las cuestiones de los flujos de capital, de las transformaciones y las políticas concretas que toman los países respecto de sus economías (sistemas financieros, producción) siguen siendo elementos importantes para comprender la dinámica del proceso.

En este sentido, podemos decir que el eclecticismo de las políticas imperialistas ante la crisis se debe sobre todo a que siempre se limitó a responder a las manifestaciones inmediatas de la misma.

En un primer momento (años 2008 y 2009) se tomó el rumbo de tapar las deudas de un sistema que caía “paradójicamente” no por “falta de fondos” sino por exceso de los mismos. El gran “subsidio” al capital financiero que toda la sociedad hizo con las inyecciones de billones de dólares (endeudándose de forma escandalosa) puede llegar a convertirse en el tiro de gracia a un equilibrio capitalista que dio una relativa paz a la acumulación capitalista en los últimos 50 años.

El hecho de que a fines de 2008 estallara una “crisis de solvencia” significaba en realidad que la economía mundial había entrado en una dinámica de exigencia de crecimiento (motorizada por el enorme desarrollo del crédito blando y la especulación) a la cual no podía responder más. El estallido tenía forma de faltante, pero en realidad era la manifestación de una crisis en la cual no se podía crecer más porque el capital ya no podía “rendir” las ganancias esperadas, imprescindibles para mantener al hiper desarrollado sistema crediticio: era una clásica crisis capitalista de sobreabundancia. Las inyecciones de capital llenaron algunos de los “faltantes” pero de ninguna forma podían eliminar la potencia de esa máquina (el sistema financiero actual) que exigía a la economía tasas de ganancia que ya no podía lograr.

Luego, y ante la debacle de las políticas mal llamadas “anticíclicas” de los Bancos Centrales, los estados imperialistas intentan desviar las contradicciones de la sobreacumulación de capitales, convirtiendo a las factorías de las semicolonias y de los países en vías de reasimilación al capitalismo (mezclados todos en la equívoca categoría de “emergentes”) en los receptores no sólo de los capitales sobrantes (como ha venido ocurriendo en los últimos 30 años) sino también, y esto es lo ridículo del planteo, de los bienes de consumo que ellos mismos producen, en la escala que el consumismo de los países imperialistas exigía. Combinar altas tasas de explotación con alto niveles de consumo es una aporía trágica que sólo los afiebrados imperialistas al estilo de los del The Economist pueden sostener. Sin embargo, para hacer realidad esta fantasía desastrosa el imperialismo no mezqui-

na en los medios. Esto es lo que está a la base de las devaluaciones competitivas, que buscan modificar (peligrosamente) el modo de funcionamiento del sistema monetario mundial. Esta política que todos los países imperialistas desean imponer, pero que sólo Estados Unidos pudo aventurarse a iniciar unilateralmente, no sólo es un medio para un fin desastroso (hacer de China el productor y el consumidor de las mercancías del mundo), sino que a poco de ser lanzada, afectó las relaciones interestatales con Europa y Japón.

China, EEUU Y El "Desequilibrio Mundial"

En la actualidad podemos decir que también el debate burgués respecto de la crisis se centra en los graves problemas de desequilibrio, pero dentro de la concepción de un sistema económico mundial que, a partir de lo que postula la teoría económica burguesa, establece un "equilibrio ideal" al que las políticas económicas deberían aspirar. Esta percepción de la crisis fue en realidad preanunciada por Gordon Brown en 2009, en la reunión del G-20 en Londres, cuando dijo, a raíz de la crisis financiera mundial, que el otrora incuestionable Consenso de Washington ya había terminado.

Esta visión particular de la cuestión del desequilibrio económico mundial en las balanzas de pagos (o global imbalance) fue la principal discusión de la reunión del G-20 en Corea, donde los Estados Unidos propusieron hacer frente a los desequilibrios de cuenta corriente poniendo una meta de que ni los déficits ni los superávits superaran en ningún caso el 4% del PBI. La propuesta del gobierno de Obama cayó en saco roto, pero con sobradas razones por parte de los demás países asistentes a la reunión, ya que se sabía que los EEUU estaban preparando su masiva intervención devaluatoria: la "Quantitative Easing 2" (QE2).

Luego de la aplicación de esta medida de "compra de deuda" por 600 mil millones de dólares se afirmó que se había desatado una "guerra cambiaria", que afectaría aún más la situación ya delicada de las cuentas mundiales. Si bien esto no ha estallado aún en toda su magnitud, sí podemos señalar algunos elementos que se desarrollan en la actual coyuntura de las relaciones entre los EEUU, China, Europa y Japón que denotan la profundidad de la crisis capitalista, no sólo reafirmando el fin del Consenso de Washington sino incluso el fin de las "certezas" de la segunda posguerra.

Como decíamos más arriba, la cuestión del equilibrio y el desequilibrio es una cuestión fundamental para la teoría económica burguesa. Es su piedra de toque para la caracterización de la situación económica en cualquier parte y en cualquier momento. Si bien esta construcción teórica ya fue criticada por el marxismo y su metodología dialéc-

tica, en la actualidad cobra relevancia el hecho de que hacia dentro del ámbito capitalista surge una "autocrítica" de los años '90 en los que el problema de los desequilibrios se desestimaba. Desde 2001 en adelante la visión sobre este problema cambió completamente, poniendo la cuestión del desequilibrio mundial como el problema fundamental de la economía global en crisis. De ahí la notoriedad que han cobrado economistas como Nouriel Roubini, quienes se han convertido en "gurús de la crisis" cuyas propuestas intentan darle una salida capitalista a la crisis que no dudan en calificar de compleja y dura para la población mundial. Dentro de este discurso, que asume la crisis como un hecho, se encuentran diversas posiciones que expresan elementos más o menos aventureros respecto de las acciones que se deberían tomar desde el punto de vista capitalista para campear la crisis.

La situación es entonces muy rica en cuanto a elementos para caracterizar la situación del capitalismo actualmente. Más allá de la necesidad de una "traducción" y de abandonar los prejuicios burgueses que atañen a muchas de las afirmaciones de los economistas, es importante analizar las afirmaciones de los mismos para tener un adecuado panorama de las tendencias concretas que se desarrollan a partir del estallido de la crisis y sobre todo, de cómo "la política", o más bien, la lucha de clases y las relaciones interestatales comienzan a ser determinantes cada vez más directos de los rumbos de la economía mundial. En este sentido tomar algunos ejemplos del desarrollo de la situación actual en China podrá servir para definir más concretamente las tendencias de la actual crisis de sobreacumulación.

Para 2011 muchos capitalistas ponen todas sus fichas en el crecimiento de China que esperan no baje del 9%. Basta echar una mirada a las diversas publicaciones que repiten sin cesar acerca de lo ventajoso de invertir en China en medio de la tormenta de desempleo y bajo consumo generados por la crisis que sigue azotando las economías de Europa, Japón y EEUU. Sin embargo esta nueva ola de inversiones hacia China empieza a tener un carácter diferente del que venía desarrollándose hasta el estallido de la crisis en 2008-2009, ya que se trata de una "plétora de capitales", que en muchos casos quedaron libres luego de la contracción económica en las principales economías desarrolladas, así como de capitales provenientes de los sectores más especulativos de las finanzas que incluso, acrecentados por la crisis, hoy buscan valorizarse en relación a las ridículas tasas vigentes en sus países de origen.

De esta manera, el proceso de asimilación de China al capitalismo, que ha sido el motor del crecimiento de esa economía en los últimos 20 años, puede comenzar a convertirse en algo aún

más caótico, incluso dentro del punto de vista capitalista (ya que el abandono de los vestigios de la economía planificada y de la propiedad estatal de la tierra ya constituye de por sí un elemento de caos económico).

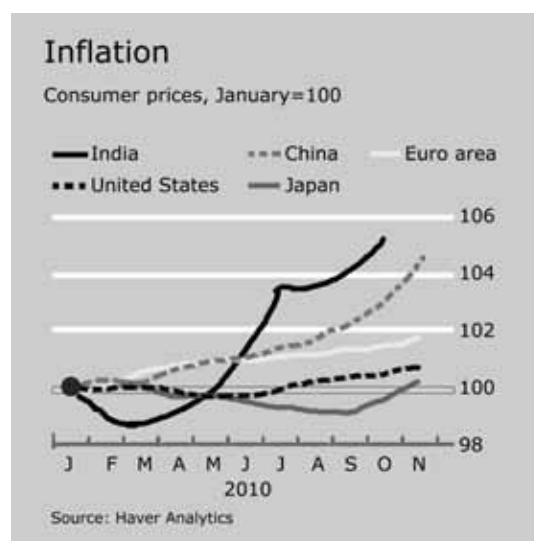
El proceso de asimilación de China absorberá entonces más directa y concentradamente las contradicciones que llevaron a la economía mundial a la crisis en estos últimos años. Esto es algo que el propio Estado chino busca regular poniendo ciertas reglas para la entrada de capitales al país². Sin embargo estas regulaciones serán poco a poco superadas por la fuerza incontenible de una crisis sistémica que empujará a esos capitales fronteras adentro bajo formas más o menos aceptables para la regulación vigente, pero que pueden ser igualmente “tóxicas” para la economía de conjunto.

Y es que si bien los cuatro grandes bancos estatales de China³ pueden ser relativamente protegidos de una ola de especulación, no pasa lo mismo con el conjunto de la industria y los servicios. Las ramas manufactureras, la industria de la construcción, las ramas de transporte, telecomunicaciones y energía, recibirán para el año próximo y los siguientes una entrada de capitales aún mayor⁴, ya que el gobierno chino busca mejorar la productividad de su industria mediante una mejora significativa en la capacidad técnica de la misma, así como de una modernización del sistema financiero.

Ahora bien, podría decirse que el indicador más palpable de las presiones que ejerce el capital en crisis sobre China está hoy en la fuerte tendencia a la inflación que sufre el país (junto con India y la mayoría de las economías emergentes). Es cierto que esta inflación le debe mucho al descalabro cambiario que se generó en los últimos meses (al cual la QE2 aportó mucho) y que se sumará a la eventual escalada del oro, pero también al propio “modelo de acumulación” que fue el motor del crecimiento en China en los últimos 20 años.

Sin embargo, el imperialismo ha encarado específicamente la política de revaluar el yuan, a partir de un modelo monetarista de la economía, como forma de permitir que los países con déficits puedan pagar sus deudas a través de una baja de su gasto y un aumento de sus exportaciones, y de parte de los países “superavitarios” como China, utilizar sus reservas acumuladas para permitir mayores importaciones y así elevar una demanda hoy deprimida por la imposibilidad de países como EEUU de seguir endeudándose. Esta idea monetarista, como toda la teoría sobre la que está basada, ataca las consecuencias y no los problemas de fondo que tiene la economía mundial. Justamente, el llamado problema de los desequilibrios no se debe a cuestiones de “avaricia” de quienes “ahorran en exceso”, sino a procesos más profundos relacionados con la sobreacumulación de capitales. En los países con “superávit” esto se expresa en crisis de sobreproducción, y en los países con altos déficits, se expresa en la bancarrota a la que se llegó por la aplicación de mecanismos especulativos de valorización ficticia

del capital, a través de instrumentos como los derivados financieros y demás, como es el caso de los EEUU. Reducir la crisis capitalista a una cuestión solucionable a través de la revaluación de una moneda y la devaluación de otra, o en concreto, de convertir al país exportador en un país importador y viceversa, habla de políticas completamente alienadas respecto de las fuerzas reales que movilizan a la economía mundial. Por último, pero no menos importante, no hay que olvidar que una política que limite la “competitividad” de la economía China con una revaluación de su moneda, no sólo no mejorará los déficits crónicos de los EEUU, sino que acentuará aún más las tendencias a la explosión de la burbuja china, que es en realidad una potencial crisis de sobreproducción que acabaría por destruir el único nicho de verdadero crecimiento mundial, que es el consumo de China de materias primas y bienes de capital.



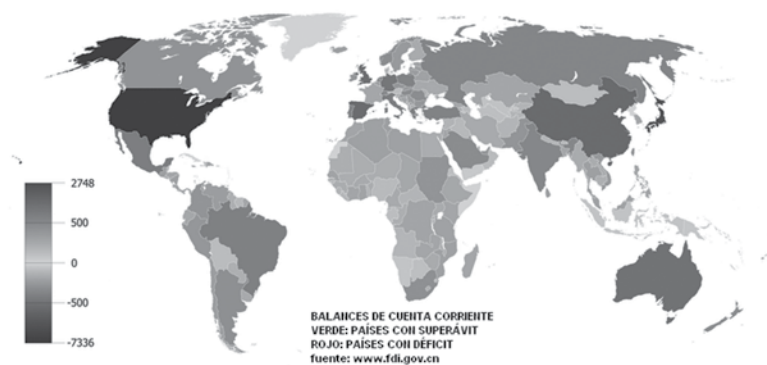
Michael Pettis Y Las Líneas Imperialistas Para China

En este sentido pueden ser interesantes las afirmaciones de algunos teóricos burgueses respecto del proceso de crecimiento Chino y su “vulnerabilidad” ante la crisis. Incluso teniendo en cuenta que parten de la teoría cuantitativa del dinero y de una noción de capital basada en la misma, es interesante analizar sus afirmaciones que denotan los graves problemas que tiene el capitalismo en la actual crisis. En este sentido tomaremos las afirmaciones de Michael Pettis, quien en diversas notas del Financial Times, y que al igual que muchos de sus colegas, viene señalando desde hace meses que los “desequilibrios” entre los diversos países en lo que hace a sus balanzas de pagos (compuestos por la balanza de cuenta corriente y la balanza de cuenta de capitales) es lo que está agravando la crisis económica. En este sentido el principal problema se encuentra, según el mainstream actual (encabezado por Roubini) en la ya insostenible relación entre los inmensos déficits norteamericanos y en el gran superávit chino en lo que hace sobre todo

a intercambio comercial entre los dos países y en general a todo el balance de cuenta corriente de ambos.

Pero más en particular Pettis analiza cómo el mecanismo de desarrollo que China adoptó en los últimos 20 años está a la base de los principales problemas que enfrenta su economía, sobre todo ante una crisis capitalista de esta magnitud.

Como ha podido verse en los últimos meses



alrededor de la supuesta “guerra cambiaria”, la mayoría de los analistas burgueses resumen (con bastante ligereza) que el principal problema entre China y los EEUU es el hecho de que EEUU consume demasiado (lo que lo lleva a endeudarse en demasía), mientras que China exporta mucho y ahorra demasiado. Esta fórmula “nemotécnica” no explica mucho lo que ocurre realmente, aunque es la base de las argumentaciones de muchos economistas y publicaciones especializadas que discuten la cuestión monetaria del “yuan subvaluado”. Sin embargo, cada vez existe menos consenso alrededor de esta idea, sobre todo porque tal devaluación no sólo sería increíblemente problemática para la economía mundial⁵, sino que tampoco rendiría los frutos esperados por muchos respecto de equilibrar las cuentas entre los grandes deudores y los exportadores.

En este sentido Pettis afirma que el problema de los inmensos desequilibrios en los balances de cuenta corriente entre las principales economías se debe principalmente a un efecto de sobreinversión (overinvestment), o más bien, de inversiones “mal colocadas” (misallocation). Pero según este autor la verdadera causa está en las extremadamente bajas tasas de interés que fija China. Dice Pettis:

“Por más devaluado que pueda estar el renminbi (el yuan), estoy convencido de que las más graves distorsiones domésticas en la economía china, y la mayor causa de los excedentes comerciales, son exclusivamente las bajas tasas de interés. Las bajas tasas de interés (junto con su primo, el riesgo crediticio socializado) son las causas principales de las malas colocaciones de capital y el exceso de capacidad en China, y son probablemente las fuerzas principales que lanzan a la baja el ingreso de los hogares y el

consumo de los mismos como porcentaje del PBI⁶”

Pettis afirma que China ha basado su desarrollo en el “modelo del milagro japonés” (que comparte también Brasil) de “subsidio” al estado y los grandes capitales por parte de los “hogares”. Eso debe cambiar según Pettis para que se comience a rebalancear la economía china y las relaciones de ésta con las economías desarrolladas. Para Pettis, China necesita un mecanismo de fijación de la tasa

de interés a partir de los movimientos del mercado –léase tener un verdadero sistema financiero-. Pero el interrogante sería ¿por qué debe hacerlo China en un momento en que todos van hacia una mayor intervención estatal?

Incluso reconoce que la QE2 es nociva para China, pero explica que lo es porque es una economía intervenida en demasía por

el Estado, ya que monetiza todo dólar que ingresa generando una presión inflacionaria. Es claro que la línea de Pettis es la que ya conocemos de crear una China “consumidora”. Lo que preocupa a este autor es que esta reconfiguración que se desea para la economía china sea a la manera de Japón, luego del acuerdo del “Plaza Hotel”⁷ que determinó, según él, el estancamiento del Japón en los ‘90 y del cual aún no se recupera.

Ahora bien, Pettis reconoce el problema de que la petición de Gheithner de que se restrinjan a nivel mundial los desbalances de cuenta corriente entre los países a un +/- 4% del respectivo PBI sería beneficioso para la economía mundial (léase para EEUU, Gran Bretaña y el resto de los grandes deudores) pero sería nocivo para los países que se apoyan en el gran crecimiento de los grandes superávits de cuenta corriente y de capital, y que el cambio en la forma de acumular sería traumático (Alemania y China principalmente). Pero para Pettis esto es cuestión de necesidad, debe hacerse antes o después, afirmando que si se hace tarde las consecuencias serían aún peores. Asimismo, cuando reconoce en el *dèjà vu* chino el proceso de ascenso y caída de Japón, Pettis debe reconocer los intereses reales de China en que las cosas sigan como están, ya que los “beneficios” para el “equilibrio mundial” no son justamente beneficios para China ni los demás “emergentes”.

Es muy interesante analizar que se reconoce el hecho de que existen contradicciones profundas en la economía mundial, como el severo desequilibrio, y cómo la forma de saldarlos por parte del imperialismo es afectar seriamente la situación de países como China, que fueron los motores del crecimiento mundial y principalmente del proceso

de asimilación capitalista en los países donde existieron estados obreros.

La política de la China “responsable” con el equilibrio en los balances comerciales a nivel mundial, de la China consumidora y productora (pero en las mismas condiciones que los países desarrollados), implica en realidad la sumisión de China a las políticas de los países imperialistas para capear la crisis. Es por todo esto que decimos que China puede concentrar en el mediano plazo gran parte de las contradicciones de la acumulación capitalista y de la crisis en general. Este país no sólo ha sido el principal destino para la exportación de capitales a nivel mundial en los últimos 20 años, sino que además su crecimiento se opera bajo un proceso más estratégico de “asimilación al capitalismo”.

Justamente esta condición de proyecto imperialista de restauración lo convierte en un cúmulo de contradicciones que pueden llegar a manifestarse mediante severas crisis nacionales y sociales. Entonces, por su tamaño y porque su Estado no fue aplastado por el imperialismo, China se debate (al igual que Rusia) en torno a qué lugar ocupará dentro de la división internacional del trabajo. Ahora bien, la opción de convertirse en un nuevo país imperialista es algo inmensamente difícil, dada la situación senil del capitalismo actual y la virulencia de una eventual respuesta al desafío chino que lleven adelante las viejas potencias imperialistas.

Quienes ven en China un proceso similar al que levantó a EEUU se equivocan, ya que no analizan las determinantes históricas concretas que llevaron a EEUU a ser el país hegemónico del siglo XX. Es sabido que el impulso de China provino fundamentalmente de la necesidad del imperialismo de colocar capitales. Ahora la economía china se infla peligrosamente, pudiendo estallar en el mediano plazo y llevar a un nuevo nivel la crisis que actualmente se desarrolla. Si la economía china tuviera la oportunidad de desarrollarse más allá de los límites que le imponen las metrópolis, lo haría enferma de los mismos males de la vejez (en un grado mayor) que sufren Europa, Japón y Estados Unidos.

Otro punto importante es el hecho de que China además tiene (junto con Rusia) un rol preponderante para la situación de los países de Asia, que se encuentra actualmente muy convulsionada por la presión de los Estados imperialistas en su decadencia. Esto sucede fundamentalmente porque la asimilación al capitalismo es indefectiblemente fuente de contradicciones mortales para el Estado nacional chino.

Otro elemento a considerar –que preocupa enormemente al imperialismo y al Estado chino– es que la concentración y la centralidad proletaria en este país (que determina las políticas a sus vecinos y al mundo) es un elemento desestabilizante en sí mismo. El capital luchó por décadas contra la centralidad y concentración con las deslocalizaciones, las tercerizaciones, etc. Pero concentrar y dar centralidad era algo que debía hacer en algún país, ese país fue China. Con el desarrollo económico

ocurre inevitablemente un desarrollo de la clase obrera.

El movimiento obrero chino ha dado históricamente muestras de combatividad. Hoy, con más de 400 millones de integrantes entre sus filas, es un poderosísimo coloso que asusta terriblemente a los estados imperialistas. El proletariado chino tiene la importante tarea revolucionaria de recuperar sus organizaciones para destruir el poder de la proto-burguesía china y enfrentar las líneas expoliadoras del imperialismo. La crisis mundial nuevamente le impone al movimiento obrero chino tareas históricas grandiosas.

La presión imperialista por profundizar la asimilación de China (como la de Rusia) y convertirla en un país capitalista moderno, en cuanto a su sistema financiero, su Estado y el consumo interno, ha aumentado. Pero como mencionamos anteriormente, el imperialismo en descomposición no puede crear “otro” país imperialista en ascenso. Esta es una contradicción nueva y muy aguda ya que tiene que ver con el proyecto imperialista de asimilación de los países que tuvieron estados obreros.

La llegada estrepitosa de la crisis a China puede ser muy distinta en la forma aunque similar en esencia. Asimismo, sus consecuencias serían aún más graves por haberse constituido como único punto de apoyo de la economía mundial luego del colapso del sistema financiero norteamericano. El desarrollo de esta crisis en la China actual daría por terminada el período abierto en la segunda guerra mundial con la hegemonía norteamericana, abriendo la situación mundial a una dinámica mucho más caótica e imprevisible.

Europa En La Encrucijada

La llamada “eurozona” ha sufrido severamente los embates de la crisis. Este proyecto imperialista de una zona económica común ha visto de cerca la posibilidad de su anticipado y abrupto fin. También Europa es parte de los debates burgueses sobre los desequilibrios, ya que sufre de inmensas tensiones entre sus estados miembros, demostrando en la práctica la imposibilidad de una “unión” capitalista europea bajo la fase imperialista.

La última crisis ha acentuado la influencia de Alemania en el rumbo de la UE. Su crecimiento económico durante los últimos años hizo que este país se encumbrara aún por encima de Francia respecto de los intentos de solución de los problemas que enfrente la UE. Concretamente, la política económica de Alemania hacia los “eslabones débiles” y la “periferia” europea fue la de una sistemática exportación de capitales, alimentando a sectores económicos que luego serían los focos del estallido de la crisis de insolvencia que destruyó las economías nacionales de estos países.

El efecto inmediato de estas políticas económicas imperialistas, que buscaban ser la “base económica” de la UE, fue el de un crecimiento desmesurado del PBI de estos países. Este aumento

del PBI no redundó en una mejora de sus balanzas comerciales, en realidad los motores del crecimiento del producto bruto fueron el crecimiento de los sectores especulativos y el alto consumo que iba adherido a la gran liquidez que repentinamente tuvieron esas economías.

En este sentido, la crisis demostró que el crecimiento era en realidad dependencia, y que incluso había convertido a las economías de estos países en reservorios de los negocios capitalistas más “tóxicos” para la economía.

Actualmente algunos sectores imperialistas plantean solucionar el problema de la inestabilidad que generan los países defaultados mediante planes de ajuste estructural y más disciplina hacia los dictados del BCE, es decir, hacia los intereses de Francia y Alemania. Esta receta es la que están aplicando actualmente en países como Grecia. Las líneas fundamentales del plan de crisis que viene proponiendo Alemania hacia España, por ejemplo, se componen de líneas de aumento de la productividad vía “reformas del mercado laboral” que permitan una mayor precarización de la fuerza de trabajo. La otra línea fundamental es la de una “fuerte reforma del sistema financiero para dar credibilidad”. Este planteo es realmente dudoso en el sentido de que justamente el desarrollo del sistema financiero de países como España se dio gracias a la recepción de capitales excedentes ávidos de negocios especulativos. Es decir, luego de la crisis no queda mucho de lo que fue el motor del desarrollo de estos países en los últimos años. Un sistema financiero renovado, y no una batería de pequeñas reformas, sólo podría darse si la economía saneara sus bases y creciera, lo cual está descartado mientras la crisis capitalista siga profundizándose.

Por su parte, los países más desarrollados de la UE, Alemania, Francia y Gran Bretaña (cuyo caso es especial, dado que ha mantenido cierta distancia conservando la “libra” como moneda) tampoco han encontrado una receta para superar la crisis. Sólo Alemania puede decir hoy en día que ha proseguido coyunturalmente con su crecimiento apoyado en su fuerte sector exportador de manufacturas y bienes de capital, aunque esta tendencia empieza a mostrar signos de debilidad. En el caso de Francia, y en mayor medida de Gran Bretaña, la crisis capitalista ha calado hondo en sus economías fuertemente determinadas por el desarrollo del sistema financiero de los últimos años. Aunque Alemania sigue estando cerca de Francia y trata de preservar la ilusión de un eje París-Berlín, sus intereses a largo plazo no son los mismos que los de aquella. Las discusiones entre ambos respecto a las políticas y subsidios agrícolas pueden verse entorpecidas por sus divergencias de intereses. También han quedado en evidencia las diferencias que mantienen respecto a cuál debe ser la línea imperialista hacia Medio Oriente. Los vínculos que prioriza

Alemania son con Europa del Este, los Balcanes y Rusia (a los que se ha sumado China en el último período), mientras que Francia mira hacia el continente africano para aumentar su influencia. Y es que la ampliación de la UE hacia el Este ha consolidado aún más a Alemania a expensas de Francia.

Sin embargo, incluso Alemania posee un planteo endeble desde el punto de vista del “equilibrio” que tanto preocupa a los burgueses hoy en día. El crecimiento de Alemania, debido en parte a su alta productividad (y al severo disciplinamiento que hizo de su fuerza de trabajo, con ayuda de la burocracia sindical), se debe también a la apuesta que realizó de expandir la influencia de su capitalismo hacia Europa del Este, Rusia, y China. Estos lugares donde el capital encontró fuentes de valorización importantes, son los destinos de las exportaciones de capitales y bienes terminados. Sin embargo, a pesar de su expansión, el imperialismo alemán sigue teniendo como principal destino de sus exportaciones a la misma UE “deficitaria” (62% de sus exportaciones), ya que en los “países emergentes” el capital alemán se invierte con el objetivo de producir a bajo costo y menos en el sentido de la realización del valor en la venta de las manufacturas terminadas.

La continuidad en plena crisis de esta mecánica económica de Alemania para con sus vecinos menos desarrollados dentro de la UE, cuyo ejemplo más claro es Grecia, traerá tarde o temprano la irrupción de la crisis en su propia economía. Si bien la exportación de la crisis que está realizando le ha dado “tiempo” en lo inmediato, está generando mayores desequilibrios en los eslabones débiles y en la periferia europea, ante los cuales Alemania, como centro de la UE deberá responder. La crisis de la UE está amenazando la estabilidad misma del país germano.

EEUU Y Alemania

La crisis capitalista mundial y el trastocamiento del equilibrio de la posguerra reavivan las viejas tendencias a la competencia interimperialistas. Europa, y en particular Alemania como potencia de la UE, se enfrentan a contradicciones nuevas, que no existen sólo “hacia adentro”, sino también en la arena de la competencia interimperialista. Las reuniones del G-20 repiten sin cesar la “voluntad” de superar los desequilibrios mundiales de la economía a partir de cambios en las políticas económicas de sus miembros. Sin embargo, el equilibrio no es el objetivo para nadie, ya que ninguno de los países dejará de lado sus intereses a favor de un supuesto “bien común”.

Alemania, y más allá de las diferencias también China y otros países, no puede dejar su “rol de exportador neto”. No puede darse el lujo de permitir un mayor consumo interno, de acuerdo a la dimen-

sión de su economía, como pretenderían las líneas de “equilibrio” que sistemáticamente se votan en el G-20. Y es que la crisis ha mostrado cómo los supuestos “pilares” que sostenían las relaciones entre EEUU y Europa en realidad eran delgados hilos que amenazan con cortarse imprevistamente, dejando a Europa nuevamente en una competencia abierta con su competidor histórico, los EEUU.

Sin embargo, la actuación de Alemania dentro de la UE (sobre la que tiene las mayores responsabilidades) ha dejado mucho que desear desde el punto de vista de un país imperialista con tareas a nivel mundial para afianzar, o al menos defender, sus dominios. En este sentido, como dijimos más arriba, la política germana para con sus vecinos ha sido demasiado agresiva, sobre todo cuando los países que motorizaron su crecimiento (en base a ser receptores de sus capitales excedentes) se encuentran en problemas derivados de ese rol. Luego del estallido de Grecia e Irlanda, Alemania sólo atinó a aplicar ortodoxamente las recetas de ajuste estructural que significan un callejón sin salida para sus “socios menores”. Esta línea equívoca de Alemania se denota también en las declaraciones que han hecho sus ministros respecto de España, la cual según dicen, es “demasiado grande para ser salvada”. Justamente, la intervención del FMI en la crisis griega y la ineptitud del BCE para lograr una solución “independiente” de un organismo que le debe más fidelidad a EEUU que a la UE, muestra la debilidad del imperialismo europeo, en particular del alemán, que sólo atiende los problemas inmediatos que se le presentan y no los relacionados con su viejo proyecto de “unificación capitalista” de Europa. Podríamos decir que este accionar “poco responsable” para con sus socios, realmente expresa el verdadero calibre del imperialismo alemán, el cual no sabe o no puede aún medirse con el imperialismo yanqui “cara a cara”, aunque el desarrollo de la crisis lo obliga a hacerlo.

Disputas Comerciales Y Monetarias Con EEUU

Las discusiones burguesas sobre la manera de salir de la crisis han trascendido ampliamente el contexto de los debates entre académicos y opinólogos. Las diferencias existentes entre la política encarada por EEUU y la serie de medidas adoptadas por Alemania (y el resto de la UE) ante la crisis, sobre todo respecto de los “estímulos fiscales” y de las nuevas normas de “regulación del sistema financiero” denotan esta situación. Estas contradicciones se vieron en las discusiones previas a las reuniones del G-20 de Seúl, donde Obama instaba a los países con superávit en su balanza de pagos a reducirlos aumentando el consumo interno. En realidad esta línea dirigida contra China - como hemos visto más arriba - también se destinaba a Alemania, que con sus recortes por 80.000 millones de euros a partir de 2011 impediría esa posibilidad de “abrir su mercado interno” a las exportaciones norteamericanas.

Por su parte, el gobierno de Alemania desacuerda profundamente con la política de subsidios y alto déficit, así como con la propuesta de regulación laxa de los sistemas financieros en lo que respecta a los “fondos especulativos”. Incluso uno de sus ministros afirmó: “*con todos mis respetos, mi impresión es que los EEUU de América están desorientados*”. Ahora bien, más allá de la debilidad que muestran las reacciones del gobierno de Obama es difícil decir que EEUU está “desorientado” si lo que se toma en cuenta son sus decisiones “unilaterales”. En todo caso, con su devaluación (QE2), con su apuesta a seguir aumentando su déficit, con su línea de mantener el funcionamiento del sistema financiero sólo con cambios cosméticos, los EEUU sólo están defendiendo sus intereses, que se contraponen cada vez más con los de la Europa “comandada” por Alemania.

Y es que al parecer, Alemania sí considera el principio imperialista de acción a favor de sus intereses en lo que respecta al accionar con sus vecinos-socios de la UE, pero no así cuando se trata de la relación con los EEUU, con los que a pesar de los desacuerdos expresados en las reuniones internacionales no sienta una acción decidida. Esta actitud se pagó caro cuando Merkel, en la sesión del Consejo Europeo realizada en febrero de 2011, quiso presentar su “plan de competitividad” para Europa con el que esperaba tener una política dura para defender el euro. El plan incluía mayores impuestos a las corporaciones financieras así como una mayor presión sobre los trabajadores. Esta propuesta fue rechazada por casi la totalidad de los representantes en la reunión, quienes a pesar de haber impuesto algunas medidas de ajuste al movimiento obrero, están preocupados por la respuesta que podrían tener si prosiguen con estas acciones en sus países, en medio de un ambiente convulsivo en Medio Oriente y el recuerdo de las grandes huelgas que sacudieron a Europa meses atrás.

Sin embargo posteriormente, en la reunión del Consejo Europeo realizada en marzo, Alemania logró imponer algunos de los puntos que venía exigiendo ante el recrudecimiento de la crisis en los eslabones débiles. En este sentido, los líderes de los 17 países de la zona euro aprobaron los principios del Pacto por el Euro cuyo objetivo es “fomentar la competitividad para afrontar la crisis de la deuda”. El acuerdo se basa en compromisos sobre moderación salarial, contención del gasto en pensiones y prestaciones sociales, flexiseguridad laboral para fomentar el empleo y coordinación de las políticas fiscales. Este pacto promulga asimismo que

“Los Estados miembros que participarán seguirán los objetivos de acuerdo con las políticas que escojan. La elección de las políticas específicas necesarias permanece como responsabilidad de cada país” según el documento.*

Como los mismos analistas burgueses europeos han señalado, pese a consolidar el carácter cada vez más reaccionario de las políticas del imperialismo europeo, el Pacto del Euro es una versión aún

“light” del Pacto por la Competitividad impulsado por Alemania tiempo atrás como requisito para aceptar un aumento del fondo de rescate para los países con dificultades. Uno de los puntos que Merkel exigía y que no fue aprobado, por ejemplo, fue el de prohibir la indexación de los salarios con la inflación, punto que también vienen discutiendo sus competidores norteamericanos. En esta reunión también se aprobó crear un fondo de rescate permanente a partir de junio de 2013 (!), que según los ministros de Economía debería contar con una dotación de 500.000 millones. Asimismo, se analizaron los nuevos criterios elaborados por la Autoridad Bancaria Europea (ABE), concernientes a cómo llevar adelante próximas “pruebas de resistencia” a la banca europea, que incluyen - según la ABE - normas más rigurosas para despejar todas las dudas sobre su solvencia. Sin embargo, estos anuncios no han generado por el momento el impacto que deseaban los líderes europeos.

Por ejemplo, muchos analistas burgueses norteamericanos vienen manifestando su preocupación ante la situación del sistema financiero europeo y sosteniendo que:

*“Para que el euro crezca y se convierta en un adulto feliz y saludable, deben suceder muchas cosas. Lo más importante es que Europa repare su sistema bancario. Muchos bancos europeos, empezando por los de Alemania, están peligrosamente sobre-apalancados, sub-capitalizados y expuestos a la deuda de Grecia, Irlanda y Portugal. Pruebas de resistencia rigurosas seguidas de inyecciones de capital son el paso más importante que pueden dar los gobiernos para asegurar el lugar del euro”*⁹.

Ahora bien, respecto a los criterios de las pruebas de resistencia recientemente votados, muchos no han disimulado su pesimismo al estimar que la diversidad en las formas en la que los países europeos evalúan el capital ha generado cierta inquietud acerca del rigor de las mismas. Su preocupación se centra en la debilidad de las bancas española e italiana. Frente a esta situación de la banca europea, los analistas norteamericanos se preguntan

*“¿Qué le deparará el futuro al euro?”, a lo que responden cínicamente: “Si la historia sirve de guía, los franceses aportarán la dirección y los alemanes pagarán la cuenta. Pero la historia no es una guía infalible. Todo depende de los políticos europeos, cuyas prioridades son desconocidas. Hay buenos motivos para que los escépticos sigan siendo, bueno, escépticos”*¹⁰.

En síntesis, se puede agregar que este profuso giro que quiso realizar el gobierno alemán respecto de su política hacia la Unión Europea y el Euro no fue suficiente para imponer su idea de un “gobierno económico” sobre el continente que, según Merkel, pudiera llevar adelante tales objetivos. El nuevo rescate a Grecia y la reciente aprobación de los países miembros de la UE de una serie de reformas al Pacto de estabilidad no revierten el fracaso

de la UE, sino que sólo refuerzan la vulnerabilidad de las economías más débiles tras la excusa de “detectar y alertar de los desequilibrios fiscales desde una fase temprana”.

Huelga agregar que en realidad las limitaciones de Alemania son las de la Unión Europea como proyecto imperialista. Los objetivos de unidad y de constitución de un supraestado europeo para levantar un nuevo poder imperialista son inalcanzables bajo el capitalismo. Entre muchas cosas, si Europa pretende competir con los EEUU - aún en su decadencia - tiene necesidad de generar un sistema financiero poderoso que sostenga un euro que realmente dispute el rol de moneda mundial al dólar, para lo que es imprescindible (entre otras políticas burguesas) un sistema de bonos europeo que cumpla con las funciones que hoy cumplen los “bonos del tesoro” norteamericanos. Esta medida es reclamada por varios funcionarios de la UE y viene siendo rechazada por el gobierno alemán. Por otra parte, y esto es fundamental, Europa necesita un gran aumento de la tasa de explotación a través de la derrota de la clase obrera. Finalmente, pero no menor, es imprescindible para las aspiraciones imperialistas de la UE y en particular de Alemania y Francia, la unificación de la política de defensa por fuera de la influencia de la OTAN.

En la actual situación de crisis capitalista mundial, donde no existe una recuperación real, la quiebra de los eslabones débiles es el principal indicador de crisis severa de las relaciones interestatales, tanto a nivel interimperialista como en la relación con las semicolonias (Medio Oriente y el Magreb constituyen el caso extremo), y donde existe una amenaza siempre latente de intensificación de la lucha de clases; la Unión Europea, y en particular Alemania, se encuentra en la encrucijada del no va más del equilibrio de posguerra que le dio su forma actual y del todavía no (o nunca) de la “Unión Europea como potencia y supraestado imperialista”.

Aún en medio de su pérdida de poder hegemónico, los Estados Unidos superan a Europa en todas estas cuestiones, por lo que siguen siendo una potencia incuestionable para Europa. La crisis capitalista mundial y los problemas particulares que sufre EEUU pueden hacer que éste último prosiga con sus medidas “unilaterales” chocando cada vez más con los intereses de la UE.

Alemania Y Sus Vecinos Del Este

Como decíamos más arriba, la expansión de la economía alemana aún en tiempos de crisis se debió a su planteo exportador basado en una balanza comercial superavitaria (con un relativamente bajo consumo interno de productos importados), en una mayor productividad del trabajo que el resto de las potencias europeas (debida a una mayor composición orgánica del capital, que permite explotar

el trabajo con una mayor tasa de plusvalía relativa) y a la penetración económica que supo realizar sobre los países del este como Polonia, República Checa y Hungría, entre otros. Estos países proveen a Alemania de trabajo calificado y extremadamente barato, así como también de territorios receptores de capitales excedentes que se valorizan a través de la inversión en la industria manufacturera, que constituye partes específicas de la producción que se termina en la misma Alemania. Estos países se convirtieron de esta manera en cuasi satélites de la economía germana.

Ahora bien, la situación de estos países en lo económico y social dista de ser estable. República Checa ha incrementado su dependencia respecto a Alemania mientras que la economía polaca – que se ha sostenido fundamentalmente debido a un gran estímulo fiscal – alberga un déficit presupuestario que podría alcanzar este año el 8% del PIB, según indican las estadísticas burguesas. La calificación crediticia de Hungría, por otra parte, está sólo un nivel por encima del bono basura, situación que viene enfrentando al gobierno derechista húngaro con las mayores exigencias impuestas por el FMI. El 40% de los polacos y los checos, el 72% de los húngaros y el 62% de los ucranianos y los búlgaros creen que son más pobres que hace 20 años.

La crisis ha aumentado la vulnerabilidad de estas economías a la par que ha incrementado el apetito imperialista germano hacia Rusia, fuente de posibles conflictos. Por su parte, los países de la ex Yugoslavia, en cuyo desmembramiento Alemania (junto a EEUU y GB) desempeñó un papel importante, continúan con sus problemas nacionales históricos que no han hallado solución bajo el “ordenamiento” que impuso la UE. La extrema situación contradictoria y explosiva de toda esta región, contenida por años bajo la bota imperialista, constituye una olla a presión pronta a explotar bajo el agravamiento de la competencia y disputas interimperialistas.

La ex Alemania del este tampoco escapa a esta problemática situación. El 70% de la población de Alemania del este cree que está peor que antes. Hoy en día la tasa de desempleo, de los “Länder” (estados federales) del este es del 17 %, superando el doble del nivel actual en las regiones de la Alemania occidental. Los salarios en el este rondan la tercera parte de los de occidente. La emigración de los llamados “Wessis” ha diezmado localidades enteras¹¹. De los paisajes florecientes que prometiera hace 20 años el entonces canciller Helmut Kohl, al sellar la “reunificación”, algunos han brotado en ciertas regiones, como Sajonia y Turingia, en el este. Pero no todo es tan próspero como en Baden-Württemberg o en la región del Rin-Meno o en el gran entorno de Múnich, en el oeste. La “experiencia” de la “reunificación” alemana ha marcado profundamente a los actuales funcionarios alemanes. Esta experiencia, lejos de los paisajes floridos prometidos, fue completamente traumática. Este proceso explica en parte la actual línea de ajuste promulgada por

Merkel cuyo gobierno aún carga sobre sus espaldas los enormes gastos que implicó la “asimilación” de Alemania oriental y que ha manifestado que no está dispuesto a desempolvar más recursos en otras regiones, por lo menos, por el momento.

Si la “reunificación” fue un proceso reaccionario para Alemania, lo fue aún más para el proletariado germano. Recordemos que entre 1991 y 1993 el país entró en un periodo de recesión. La resultante del trasvase masivo de capital de la parte occidental a la oriental fue la suba de las tasas de interés y de impuestos. La reestructuración de la industria hizo desaparecer miles de empresas en el este, se recortaron las horas de trabajo y salarios, y miles de los obreros fueron despedidos, hasta el punto de que cada vez que una empresa despedía trabajadores subían sus acciones. En total se desmontaron 14.000 empresas públicas de Alemania del Este en el año 1990, las cuales fueron administradas y posteriormente adquiridas o disueltas en su 95% por consorcios del oeste. Eso significó que se perdieran más de 1 millón de puestos de trabajo en una población de 16 millones, sólo en el año 1991. El 90 % de la propiedad inmueble y del suelo de la antigua RDA quedó en manos de alemanes occidentales. Para paliar esto la política del imperialismo de occidente fue generar un flujo de subsidios, para lo cual se dispuso el “Solidaritätszuschlag” (impuesto de solidaridad) que aún sigue vigente. Alemania Occidental ha invertido 1,3 billones de euros en el este¹².

Sobre esta derrota del proletariado alemán se produjo un proceso de modernización de la industria germana, desarrollándose fuertemente la exportación de productos alemanes. Esta dinámica prosiguió a comienzos del siglo XXI, con oscilaciones económicas y reformas flexibilizadoras en el mercado de trabajo. A partir de finales de los años 90 y comienzos del siglo XXI, el desempleo crece persistentemente alcanzando la cifra de 4,5 millones de parados en 2001 (tasa de paro 10,6%). En este contexto, el gobierno verde-socialdemócrata (1998-2005) de Schröder impuso las “leyes Hartz” que favorecieron la flexibilidad laboral, fomentando la creación de empleo a través de las subcontrataciones, los contratos temporales y el trabajo autónomo así como una reorganización de los subsidios de desempleo. Todo ello contribuyó a presionar las remuneraciones a la baja.

Tras la segunda guerra mundial¹³ el imperialismo norteamericano apostó al desmembramiento de Alemania para erigirse como hegemonía mundial, aplastando así a su principal competidor. Actualmente Alemania es uno de los principales países imperialistas, aunque lejos está de reemplazar a EEUU en su función de gendarme mundial. A más de 20 años de su “reunificación”, Alemania tiene entre sus principales amenazas a su proletariado. Entre 1997 y 2010 los salarios reales bajaron el 10% y la productividad horaria aumentó alrededor del 8%, lo que resultó en una reducción general del 25% en el costo unitario del trabajo¹⁴. Según

los Informes Globales de salarios publicado por la OIT, los salarios de los trabajadores de Alemania durante la última década se han reducido más que en cualquier otro país industrializado. Pese a que la clase obrera alemana haya sido derrotada, masacrada y dividida, la historia no ha pasado en vano: “tiene la experiencia histórica de haber dado a luz a dos Internacionales y su ala izquierda ser la clave de la conformación de la III, dio y dará grandes muestras de combatividad.”¹⁵ La unidad de la clase obrera alemana con sus hermanos de clase de Europa del Este, incluida la clase obrera rusa y la de los Balcanes, como con sus hermanos de Europa Occidental constituye una necesidad de primer orden para derrotar la política imperialista de la UE. Esto sería de gran utilidad para las luchas antiimperialistas del proletariado y las masas oprimidas de las semicolonias. El proletariado alemán volverá a levantarse, la socialdemocracia germana y sus versiones “refritas” sólo profundizarán su putrefacción.

El Imperialismo Norteamericano Y Su Decadencia Como Decadencia Del Capital

Durante los últimos cincuenta años los EEUU han sido el “epicentro del mundo”. El imperialismo hegemónico concentraba de esta manera las contradicciones del mundo capitalista en sí mismo. Sin embargo, durante el auge del equilibrio de posguerra los EEUU pudieron sobrellevar tales presiones gracias a situaciones muy especiales. Por ejemplo, ser una economía-continente por sí misma, tener en su poder los hilos del sistema financiero mundial (al manejar directamente la moneda mundial, el dólar), y un control muy especial sobre sus posibles competidores imperialistas - antes aliados en contra de la URSS - lo cual le daba márgenes de maniobra considerables. Estos elementos configuraban una situación en la cual el imperialismo yanqui podía desarrollar su política a nivel mundial, no sin sobresaltos pero dentro de determinadas coordenadas de “orden”.

Hoy esa situación ha cambiado, esos elementos que apaciguaban la presión de las contradicciones mundiales sobre los EEUU han desaparecido o se han debilitado significativamente. Sin embargo, la crisis mundial no ha menguado sino que incluso ha aumentado la fuerza de las contradicciones con las que Estados Unidos tiene que lidiar. Si bien este país imperialista es mucho más fuerte que cualquiera de sus competidores, no sólo en términos de su potencia económica y militar, sino también en lo relacionado con su cohesión y control internos, es cierto también que las fuerzas con las que se debate son inmensas y son producto de su propio accionar. Es por esto que puede decirse que los EEUU luchan contra su propia sombra.

En sus últimos discursos Obama viene realizando un llamado a la “unidad nacional” tras un proyecto imperialista de “volver a ser numero uno”. Es muy probable que el debilitamiento de la hegemonía norteamericana profundice las disputas burguesas hacia el interior del país. El surgimiento de fenómenos como el Tea Party, el asesinato de la congresista en Arizona, y mucho más importante, las huelgas de Wisconsin contra el ataque a los sindicatos, las huelgas de los estibadores portuarios y los conflictos acaecidos en varias empresas automotrices, denotan la existencia de fuertes y agueridas disputas internas entre los partidos tradicionales y las distintas facciones burguesas a la vez que preanuncian una dinámica de clases mucho más violenta. Es cierto además que el gobierno de Obama, en los dos años que lleva su gestión, ha sido para los norteamericanos un gobierno débil, al cual inevitablemente le adscriben los efectos de la crisis capitalista y los reveses de la política aventurera imperialista en Medio Oriente. El altísimo desempleo, el crecimiento de la pobreza, sumado a la cuasi derrota que sufren las fuerzas militares yanquis, es un balance negativo que afecta la estabilidad interna del gobierno.

Un elemento fundamental que puede ser fuente de mayores divisiones internas, es el de la política exterior. Los fracasos en las invasiones terrestres han llevado a todo un debate (ejemplificado en el discurso del secretario de Defensa Robert Gates) en el que se insta a volver a la diplomacia y las acciones navales y aéreas para garantizar el control militar. Esta es una vuelta unilateral sobre sus propios pasos, luego de que se afirmara, no sólo en el gobierno de Bush, que sólo el control militar terrestre tenía la efectividad que los intereses de EEUU requerían. Los resultados de las dos campañas militares asiáticas destruyeron esa idea, pero sin resolver la inquietud que la llevó adelante. Ni el asesinato de Bin Laden ni la intervención imperialista en Libia han podido revertir este fracaso, sólo han aumentado los problemas.

En todo caso es peligroso para una potencia imperialista con el alcance de EEUU reconocer tales debilidades en un aspecto tan esencial como el militar. Esta situación habla claramente de una notoria pérdida de hegemonía por parte de EEUU. Asimismo, esto no significa que no tome acciones aventureras por fuera de la relación de fuerzas. Esto no implicaría en todo caso la recuperación de la hegemonía y el poder perdidos, sino sólo la ejecución de los últimos recursos disponibles.

Como se ha mencionado anteriormente, la crisis capitalista ha golpeado de lleno en su economía. No sólo el estallido de la crisis se dio en su sistema financiero, sino que los enormes déficits ante los cuales su economía se desestabiliza han llegado a un punto límite, en el cual el país debe replantear la forma en que produce y realiza sus intercambios

con el resto del mundo. En este sentido la cuestión de las relaciones de fuerza de este Estado contra su clase obrera se vuelve un elemento fundamental. Por otra parte, las tendencias cada vez más agudas de destrucción del equilibrio de posguerra dejan a la economía yanqui sin la posibilidad de usar plenamente la ventaja de una moneda nacional que a su vez es el dinero mundial. Las acciones unilaterales en el sentido devaluatorio, el enorme déficit comercial y fiscal (que debilitan de por sí a su moneda) pueden servir para mejorar las condiciones de su economía exportadora, pero en el sentido más estratégico son claudicaciones quizás irreversibles.

Este es un momento de incertidumbre en el cual todavía la burguesía norteamericana no ha tomado medidas que “desaten la bestia” de la destrucción total de los capitales excedentes. No puede hacerlo en las actuales condiciones políticas. Pero una vez decidido, y esto dependerá de las relaciones de fuerzas entre los estados y las clases, la acción será implacable. Pero como se sabe, nadie cede nada sin luchar antes, por lo que veremos conflictos de envergadura, ya sea entre Estados (proteccionismo, roces geopolíticos y militares por zonas de influencia) y contra la clase obrera, por la necesidad de aumentar las tasas de explotación.

Frente a esta situación, la única alternativa genuina para la clase obrera y las masas oprimidas de EEUU es pelear por imponer la dominación de los trabajadores, poner las empresas bajo control obrero, expropiar bajo control de los trabajadores el sistema bancario, destruir la maquinaria estatal y tomar los resortes de la economía para llevar adelante un plan económico en transición al socialismo. La organización de los trabajadores en EEUU (nativos e inmigrantes) bajo un mismo programa de lucha contra la burocracia, las patronales y los estados imperialistas y sus gobiernos, así como con la unidad con los obreros de las semicolonias es una necesidad ineludible. La unidad activa, por sobre la competencia interimperialista y el chauvinismo nacionalista, es un objetivo político de primer orden para la vanguardia obrera internacional y para la norteamericana, en particular. Sólo desde esta perspectiva se podrá poner en pie la futura sección nacional de la IV IC reconstruida.

Aliada al proletariado europeo, americano, africano, asiático y a los oprimidos sublevados de Medio Oriente, la clase obrera norteamericana y su vanguardia podrán arrancar el control de la economía mundial al capital norteamericano. Este es el único camino para que las contradicciones que recorren al mundo encuentren su solución de forma íntegra y efectiva a favor de las masas laboriosas.

* * *

La pregunta ante una crisis capitalista no es tanto quién o qué produjo la crisis, que a fin de cuentas es parte del juego, sino quién pagará por ella. En este caso podemos ver que a corto plazo

se acentuarán las contradicciones entre las potencias imperialistas, que lejos de formar una unidad ultraimperialista mundializada, compiten por la valorización de sus capitales a través de relaciones de fuerza impuestas por mecanismos económicos y políticos. A su vez, los países semicoloniales serán nuevamente los rehenes de este juego y la clase obrera de todos los países el principal blanco de la ofensiva del capital.

Hoy más que nunca hace falta la unidad internacionalista de los trabajadores y sus organizaciones, en una alianza que recorra el movimiento obrero desde las potencias centrales hasta las semicolonias, ya que el enemigo es el mismo: el capital imperialista, sus Estados y sus representantes políticos.

La pelea antiimperialista significa que el proletariado de América Latina, Medio Oriente, Asia, África se una a los obreros de los países imperialistas, que también están enfrentando suspensiones y despidos y cuyas direcciones alimentan el nacionalismo. Los capitalistas y sus aliados quieren encerrar a la clase obrera en los estrechos límites nacionales. Hay que plantear ofensivamente ¡Por la unidad internacionalista de los sindicatos!

El programa revolucionario de la clase obrera, la necesidad de un planteo permanentista de la estrategia revolucionaria de la clase se plantea en todos los países. Pero en los países desarrollados, la acción contra las iniciativas del Estado imperialista y sobre todo de sus agentes en el movimiento obrero, la burocracia sindical imperialista, son primordiales. En las semicolonias el programa debe levantar la tarea de la liberación nacional de estos países, pero sólo como parte de la lucha antiimperialista que la clase obrera internacional plantea contra la burguesía, y no separadamente, por vías paralelas. La acción proletaria debe ser unificada, y sólo el partido mundial de la revolución puede llevar a cabo esta tarea.

Sólo desde la estrategia de la revolución mundial y bajo esta perspectiva podremos poner en pie el partido de la revolución mundial, es decir, reconstruir la IV Internacional Comunista.

[1] Artículo elaborado en marzo de 2011. Corregido en el mes de septiembre

[2] Ver referencias en los organismos oficiales sobre medidas regulatorias.

Respecto a la discusión sobre las políticas de esterilización, el analista Fan Gang escribe al respecto: "Poco después del anuncio que hiciera la Reserva Federal estadounidense de una segunda ronda de facilitación cuantitativa (conocida como FC2), el Banco Popular de China (BPC) o Banco Central de China, anunció dos aumentos de 0.5 puntos porcentuales en el coeficiente de reserva obligatoria de los depósitos bancarios (RRR por sus siglas en inglés). El RRR ahora es de 18.5%, un máximo histórico, incluso en términos globales. Mientras que la Reserva tiene planes de inyectar más dinero en la economía de los Estados Unidos, el BPC está tratando de reducir la cantidad de dinero en circulación en China....El RRR es solo un ejemplo de un instrumento de esterilización clásico. Otro, es la venta de bonos gubernamentales en poder del Banco Central con el fin de retirar dinero en circulación -otra vez, justo lo contrario de lo que ahora hace la Reserva. Debido a que el gobierno chino no debe mucho al público, el BPC vendió sus posesiones de bonos gubernamentales en 2005. Por consiguiente, tenía que crear algo más para vender.

El BPC creó las llamadas "Letras del Banco Central", las cuales se supone los bancos comerciales compran voluntariamente. Cuando lo hacen, el dinero que pagan también queda bloqueado en las cuentas del BPC. Hasta ahora, hasta un 5% y 6% de la liquidez total se ha devuelto al Banco Central de esta forma.

Además, el BPC usa ocasionalmente instrumentos no convencionales como "topes de crédito" o "cuotas de créditos" impuestos a los bancos comerciales. Esto puede resultar en "reservas adicionales" que los bancos comerciales no pueden usar para extender sus líneas de crédito. Las cuotas de crédito impuestas a principios de año han dejado a los bancos comerciales con reservas adicionales de entre un 2% y 3%. Una cuestión clave a la que se enfrenta China es cómo reducir los excedentes en el capital corriente y en la cuenta de capital para reducir las reservas de divisas. Si, es necesaria una revaluación del tipo de cambio, aunque ello solo tiene un papel secundario. La tarea más importante de China es reducir la tasa de ahorro".

Fan Gang fue miembro del Comité de Política Monetaria del PBC. Es profesor de Economía de la Universidad de Beijing y de la Academia china de Ciencias Sociales, se desempeña como director del Instituto Nacional de Investigación Económica de China y es secretario general de la China Reform Foundation.

[3] "Hasta 1979 el sistema bancario chino contaba con un solo banco, el Banco del Pueblo de China (BPC), que actuaba como Banco Central y único Banco Comercial. Tras la separación de ambas funciones, el BPC siguió encargado de la política monetaria y la regulación bancaria y el cuerpo principal del sistema bancario chino pasó a estar integrado por tres grupos de bancos.

El primer grupo está formado por los bancos estatales, integrado por cuatro grandes bancos públicos especializados en la concesión de créditos, cada uno de ellos en un área considerada clave para el desarrollo económico del país que abarca el sector agrícola, el industrial, el comercio exterior y el sector de la construcción, los mismos son:

- 1- Banco de China, especializado en transacciones en moneda extranjera y financiación comercial
- 2- Banco de la Construcción de China, su principal actividad es la evaluación, gestión y financiación de proyectos de infraestructura a gran escala y también el desarrollo inmobiliario urbano
- 3- Banco Industrial y Comercial de China, es el mayor banco de China. Es el principal proveedor de créditos para las economías urbanas del país, a través de préstamos a

corto plazo para capital circulante de empresas y proyectos de infraestructura e inmobiliarios.

4- Banco Agrícola de China, especializado en financiación del sector agrícola y servicios de banca mayorista-minorista para los agricultores y otras instituciones y empresas rurales. El segundo grupo está integrado por los bancos comerciales, que aún siendo estatales, excepto uno de ellos, su tamaño financiero es menor. Son los siguientes: 1- Bank of Communication, 2- China Everbright Bank, 3- CITIC Industrial Bank, 4- Shanghai Pudong Development Bank, 5- Shenzhen Development Bank, 6- China Minsheng Bank (privado), 7- Hua Xia BankEn un tercer y último grupo están los bancos extranjeros". En "Observatorio de la Economía y la Sociedad China", Número 1 - Enero 2007

[4] Ver Deutsche Bank delivers its 2010 China investment strategy at DB Access China Conference.

[5] Pettis, citando a un funcionario chino, escribe que "Occidente no está preparado para afrontar el descalabro que generaría en China una política monetaria que liberara el cambio del yuan".

[6] M. Pettis "QE2 and the titanic"

[7] Los Acuerdos del Plaza (septiembre de 1985) fueron un acuerdo entre los ministros de economía de Estados Unidos, Japón, Alemania Occidental, Francia y Gran Bretaña por el cual el valor del dólar americano se devaluaría en contra del resto de las monedas.

Kathy Lien en su libro "Trading diario en el mercado de divisas" escribe: "Estados Unidos sufría un gran déficit por cuenta corriente que no hacía más que aumentar, mientras Japón y Alemania presentaban superávits importantes y también en aumento. Un desequilibrio tan fundamental podía crear graves trastornos económicos, que a su vez causarían distorsión en los mercados de divisas y en la economía internacional". Muchos economistas burgueses coinciden en que "desde entonces, y hasta finales de 1987, el billete verde se depreció entre un 50 y un 55% contra el marco y el yen. Todo un soplo de aire fresco para la economía norteamericana... y un pesado lastre para las demás" (Calvo).

[8] Ver el doc publicado en El País, 13-03-11

[9] B. Eichengreen, 12-03-11

[10] Una moneda política, Steve H. Hanke. 12-03-11

[11] A 20 años de la caída del Muro de Berlín, EIC. COR. 2009. Carolina Vidal

[12] Ibidem

[13] Un dato que muestra cómo los distintos países imperialistas competidores de Alemania apostaron siempre a su liquidación como "oponente" lo constituye el hecho que recién en el 2010 Alemania terminó de pagar la deuda impuesta mediante el Tratado de Versalles en el período entre guerras.

[14] Comisión de la Unión Europea

[15] Ibidem



Equilibrio, Estatismo Y Política Económica Burguesa Ante Las Crisis.



Por: Isabela Arana y Joaquín Morelli

En la reunión del G-20 llevada a cabo en Seúl, el documento firmado por los representantes de los países miembros continuó con la línea de compromisos sobre alcanzar el “equilibrio”, sin definir todavía una línea clara en lo que respecta al funcionamiento de la economía mundial, en particular respecto del sistema financiero, los flujos de capitales y las tasas de cambio de las monedas.

La declaración surgida de la reunión se debate sin un fin claro entre la regulación de los mecanismos financieros, que llevaron al estallido de la crisis, junto con la pretensión de asegurar el “libre mercado” y la libre circulación de los capitales.

Esta contradicción en los términos para la economía burguesa, se logra debido a que el objetivo fundamental que tienen es el de alcanzar el equilibrio económico a nivel mundial supuestamente atacando las causas de los desequilibrios generados a partir de la crisis.

Justamente, esta declaración intenta resolver -sin éxito- profundas diferencias que no son sólo “teóricas” sino en realidad político-económicas, ya que existen intereses muy encontrados entre, por ejemplo, los países con superávit de su balanza de pagos y los países con déficit.

Como dice el economista burgués Nouriel

Roubini, “las reuniones del G-20 parecen ser más las del G-0”, debido a que la combinación de las fuerzas de los intereses de los principales participantes de la reunión dan como resultante una fuerza igual a cero.

Formalmente, las declaraciones de estas instancias se centralizan alrededor de determinados desequilibrios tales como la deuda pública y los déficits fiscales; la relación entre los ahorros privados y la deuda privada, y por otra parte, los desequilibrios en el comercio exterior, ya sea en la balanza comercial y los flujos de inversión y transferencias. Para el análisis que interesa a los cuadros burgueses en los Estados, como a los opinólogos, es fundamental tomar en cuenta además las tasas de cambio y las políticas fiscales y monetarias.

Ahora bien, es importante remarcar aquí que esta división de los desequilibrios en partes, más allá de la pertinencia de analizar los grados y los casos especialmente graves de crisis, intenta ocultar el carácter estructural de la crisis capitalista.

Hemos analizado en otras notas de este número el argumento de determinados sectores burgueses en la discusión entre los países con superávit de balanza comercial y los países con déficit, como lo es la discusión de Pettis respecto de China. Sin embargo, ésta no es la única expresión del problema de los desequilibrios. También, tal como afirman las diversas declaraciones emitidas por las distintas instituciones supraestatales, han surgido a la superficie los graves problemas de las tasas de cambio, desarrollado en una “guerra de monedas”. Otro punto de conflicto es el de los flujos de capital, que se destinan en masa a los países con mayor tasa de interés (países exportadores, que intentan mantener “devaluada” su moneda, como China, Brasil e India). Asimismo también hay que señalar la cuestión de los déficits estatales.

Estos problemas y debates resurgieron en la reciente reunión que mantuvieron los principales jefes de Finanzas del G-20 donde quedaron manifestadas las mayores pujas existentes entre EEUU y la UE y entre Alemania, Gran Bretaña y Francia en particular y entre éstos con China. Las discusiones referidas a cómo evitar el desequilibrio y descalabro de la economía mundial ante el “riesgo sistémico” que presentan los bancos no podrá ser solucionado con supuestas políticas regulatorias ni con supuestas líneas de recapitalización que ya mostraron su ineficacia al exacerbar los problemas ya existentes. La actual crisis capitalista no puede ser resuelta, desde el punto de vista burgués, con una mezcla ecléctica de líneas implementadas en los '30 o '70. Una vez más la economía política burguesa muestra la caducidad histórica de sus planteos.

Algunas Consideraciones Sobre El Concepto De “Equilibrio” En La Teoría Económica Burguesa

Como vemos los debates burgueses respecto de la crisis se reducen a una cuestión de sumatoria de

estos desequilibrios. Es lícito preguntarnos acerca del por qué de ésta obsesión por alcanzar ese “equilibrio perdido” que, dicho sea de paso, nunca se alcanzó. Y es que la noción burguesa de equilibrio, tanto en lo económico, como en lo político, se refiere más a una noción abstracta de estabilidad absoluta. Es decir, es un concepto de equilibrio más ligado a un deber ser abstracto que a la realidad concreta.

Existen diversas definiciones, y leyes asociadas a las mismas, que en la economía burguesa determinan estos supuestos “equilibrios”. Uno de los pioneros en incursionar en el campo de la teoría del equilibrio general fue F. Quesnay (1694-1774). Este economista francés partía de la descripción de una economía agraria de subsistencia. Quesnay planteaba que una nación se reduce a tres clases de ciudadanos: la productiva, la clase de los propietarios y la clase estéril. Realizó esta clasificación a partir del lugar que ocupan los individuos en el proceso de creación de riqueza. En este esquema los ingresos de las tres clases sociales están vinculados con la generación de riqueza bajo la forma de bienes de consumo que se producen con el trabajo de la sociedad. De aquí surgió la noción de “estado estacionario”, en una economía cerrada, como un flujo circular que se repite cada período y que posibilita un equilibrio económico y social a partir de la igualdad entre los ingresos y los gastos de cada clase social.

Posteriormente, desde el liberalismo, Adam Smith (1723-1790) analizó el funcionamiento del sistema manufacturero, nacido con la Revolución Industrial, en donde existirían tres clases sociales: los terratenientes, los trabajadores y los empresarios con sus respectivos ingresos monetarios, es decir, renta, salario y beneficio. Adam Smith sostenía que el mercado tiende naturalmente a un equilibrio económico y social.

Según el economista escocés, la búsqueda para satisfacer el propio interés beneficiaría a toda la sociedad y estaba limitado por el propio interés en el prójimo. Los productores intentarían obtener el máximo beneficio pero, para lograrlo, debían producir los bienes que deseaba la comunidad. Además, debían producirlos en las cantidades adecuadas, de lo contrario, un exceso daría lugar a un beneficio y precio bajo, mientras que una oferta demasiado pequeña originaría un aumento del precio y finalmente un aumento de la oferta.

El mecanismo smithiano de la “mano invisible” entraba en juego asimismo en el mercado de los factores de producción, asegurando la armonía siempre que los factores buscaran las rentas máximas posibles. Se producirían los bienes adecuados a los precios adecuados y el conjunto de la sociedad obtendría la máxima riqueza posible mientras rigiera la libre competencia; sin embargo, si se restringiese la libre competencia, la “mano invisible” dejaría de funcionar y la comunidad cargaría con las consecuencias.

Desde esta concepción, el equilibrio económi-

co y social sería algo natural en una sociedad en donde existiría una “mano invisible” que haría que el interés particular se correspondiera con el interés general.

Sin embargo hubo dos cambios históricos trascendentales que cuestionaron el desarrollo de estas teorías del “equilibrio general”. La Revolución Francesa de 1789 y la situación de la sociedad inglesa tras la sanción de las Leyes de Pobres de Speenhamland (1795) cuestionaron de alguna manera sus postulados armónicos e instalaron el problema de la evolución de la población en la ciencia económica. Thomas Malthus (1766- 1834) formuló en aquel período su planteo concerniente a la “escasez de los recursos” al considerar que el ritmo de crecimiento de la población superaría al ritmo de crecimiento de la producción de alimentos. Uno de sus discípulos más reconocidos fue David Ricardo (1772-1823) cuya obra se centró en la disputa entre terratenientes y empresarios en la teoría de la renta diferencial (1817) donde los empresarios, ante la escasez de tierras fértiles en Inglaterra, debían pagar a los terratenientes rentas cada vez más altas por terrenos cada vez menos fértiles para satisfacer las necesidades de una población en aumento. Una de las principales tesis ricardianas consistía en considerar que el valor total de los bienes se divide en dos porciones: la que constituye el beneficio y la que constituye la mano de obra, definiendo al capital actual como trabajo anterior.

Ricardo, crítico de la teoría del valor de Smith, sostuvo entre sus tesis principales que no se debía confundir el trabajo invertido en la producción de la mercancía con el trabajo que se compraba en la mercancía; que el valor sólo se hallaba determinado por el trabajo invertido y que la determinación del valor por el tiempo de trabajo conservaba su plena vigencia bajo el capitalismo. Consideró el salario y la ganancia como dos partes del valor creado por el trabajo, y llegó a la conclusión de que la disminución del salario eleva la ganancia y su elevación reduce esta última, reconociendo de esta forma la divergencia de intereses entre el proletariado y la clase de los capitalistas.

Jean B. Say (1767-1832) criticó duramente estos planteos de Ricardo poniendo nuevamente el eje del estudio económico en las tesis armónicas al sustraer de la economía el análisis de las clases sociales. Su principal aporte fue la ley de los mercados, donde sostuvo que toda oferta crea su propia demanda².

Posteriormente Schumpeter (1883-1950) retomó los planteos de Say al sostener que la producción aumentaría no sólo la oferta de bienes en el mercado, sino normalmente también su demanda. En este sentido consideraba que la oferta crea el fondo del cual fluye la demanda de sus productos. Consideraba que demanda, oferta y equilibrio son conceptos para describir relaciones cuan-

titativas dentro del universo de las mercancías y los servicios, y en particular que la demanda y la oferta agregadas no son independientes la una de la otra, pues las demandas que componen la demanda total del producto de una industria, o empresas, o individuos, proceden de las ofertas de todas las demás industrias, o empresas, o individuos, y ,por lo tanto, aquella aumenta en la mayoría de los casos si aumentan esas ofertas, y desciende si ellas disminuyen. A partir de estos argumentos concluía que las crisis no hallaban su causa en el hecho de que la sociedad hubiere producido demasiado.

Walras, influenciado por Jevons, partía de considerar a la economía como ciencia matemática. Desde esta idea se esforzó por demostrar empíricamente que los diferentes mercados están interconectados como si fueran un sistema de ecuaciones matemáticas compatibles, de manera que la igualdad entre el número de ecuaciones e incógnitas posibilitara una solución única donde se verificara el equilibrio simultáneo de los mercados.

Walras situaba a la empresa en el centro de la economía y se interesaba por su acción en el marco de una competencia entre agentes, así como en una interdependencia de todos los mercados económicos: los mercados de productos (bienes y servicios) y los de factores de producción (trabajo, tierra y capital).

En este esquema Walras opinaba que la solución al problema del equilibrio general pasaba por la determinación simultánea del precio de los bienes y de los factores de producción, suponiendo un mercado de competencia perfecta y con pleno empleo. Estas ideas influenciarían posteriormente a A. Marshall quien consideró que el equilibrio de mercado era estable, es decir, que si el precio se apartaba de él, tendería a volver al mismo, como un péndulo oscila alrededor de su punto interior.

El interés en la “estabilidad de los equilibrios”, especialmente de los mercados, caracterizó a los integrantes de la Escuela de Lausana, particularmente al sucesor de Walras, Wilfredo Pareto. Una versión más desarrollada de la teoría del equilibrio es expresada por el “Óptimo de Pareto” que postula que ningún individuo puede mejorar su situación sin que empeore la de algún otro. Para esto es necesario que haya un sistema de competencia pura y perfecta. Este tipo de competencia supone el cumplimiento de cinco condiciones: atomicidad de los mercados (tantos compradores y vendedores donde ninguno de ellos pueda influir individualmente en el precio del producto); transparencia y perfecta información (todo individuo conoce perfectamente cuáles son las condiciones del mercado); libre entrada y salida del mercado (no existen restricciones para que cualquier empresa pueda producir lo que desee); libre movilidad de los factores productivos (tanto el capital como el trabajo se dirigen a aquella situación según el precio de los

factores), y homogeneidad del producto (a los consumidores les da igual a quién comprar si todos los productos son iguales).

Junto al austriaco Carl Menger y al británico Stanley Jevons, Walras fue considerado uno de los fundadores de la corriente neoclásica y del marginalismo.

Schumpeter consideraba el equilibrio walrasiano como indispensable para llegar a conocer las relaciones fundamentales que tienen lugar en un sistema económico, y sostenía que no es posible comprender el proceso de desarrollo sin tener en cuenta las condiciones que suponen la ruptura del equilibrio estacionario. La característica fundamental del estado estacionario walrasiano según la visión schumpeteriana, es que se considera que la situación económica se repite, ya sea en la esfera de la producción, ya en la del consumo. Una vez que la competencia haya conducido al sistema hacia la posición de equilibrio, que coincide con la de máximo rendimiento, el proceso se repite en un ciclo siempre idéntico a sí mismo. Toda empresa debe producir siempre los mismos tipos y las mismas cantidades de bienes, combinando siempre en la misma forma los factores de producción³.

Para Schumpeter la ruptura de este estado estacionario y, como consecuencia, el inicio de un proceso de desarrollo, ocurre cuando en el ámbito de la producción se introducen modificaciones que cambian profundamente los sistemas productivos anteriores. Los cambios pueden ser del siguiente tenor: 1) la introducción de un nuevo bien, o una nueva calidad de un cierto bien; 2) la introducción de un nuevo método de producción; 3) la apertura de un nuevo mercado para una industria determinada en la consideración de que los productos de esa industria no habían tenido nunca acceso; 4) la conquista de una nueva fuente de materias primas o de productos semielaborado; 5) el establecimiento de una nueva organización de una determinada industria. Tales cambios son denominados innovaciones. Las categorías fundamentales de su discurso son el concepto de innovación y el concepto de empresario. El empresario capitalista es quien acaba continuamente con el estado estático y estacionario, modificando los procesos productivos mediante innovaciones. El factor causante del cambio es la innovación, que se considera que es hacer las cosas de manera diferente dentro del campo de la vida económica⁴.

El período entreguerras y la crisis de 1929 cuestionaron profundamente estos argumentos. Fue en este contexto que John M. Keynes (1883-1946) desarrolló los postulados principales de su obra polemizando parcialmente con las ideas predominantes. En su crítica a la Ley de Say, Keynes sostenía que la misma sólo funciona cuando un acto de ahorro individual conduce inevitablemente a otro paralelo de inversión y que no es apropiado suponer la existencia de un eslabón que liga las decisiones de abstenerse del consumo presente con las que proveen del consumo futuro. Para Keynes

hay un motivo especulativo que favorece que una masa de dinero que se genera en la producción se fugue hacia el sector financiero en pos de obtener rentas más seguras. Esta tesis cuestiona la idea de equilibrio general de los mercados basada en el libre juego de la oferta y la demanda, presente en los esquemas anteriores. Keynes consideraba que durante las crisis, el mercado no puede garantizar el equilibrio económico, razón por la cual se requiere la intervención del estado para favorecer las inversiones, el producto y el empleo, a partir de estimular la demanda agregada vía el consumo público y privado, aunque esto implique un aumento del nivel general de precios. Más adelante volveremos sobre estos planteos.

Décadas más tardes, los postulados keynesianos fueron cuestionados por los neoclásicos. Uno de sus mayores exponentes es Milton Friedman quien retomó los postulados de la ley de los mercados promulgada por Say y la idea de equilibrio general.

En los apartados siguientes profundizaremos y polemizaremos con tales postulados de la economía política burguesa para aprehender mejor los debates actuales entre los distintos funcionarios y representantes de las corrientes.

Algunos Elementos De Crítica Metodológica A La Economía Política Burguesa

La teoría marxista, a diferencia de la economía política burguesa, toma la cuestión del equilibrio como un concepto contradictorio. Equilibrio y desequilibrio son en la teoría económica marxista conceptos no excluyentes, sino que forman una unidad diferenciada, como todo concepto dialéctico.

La razón principal que tiene el marxismo para hacer uso de este tipo de conceptos es que justamente emprende el estudio del fenómeno vivo, y por ende contradictorio, del capitalismo. En esta formulación metodológica radica su principal ventaja respecto de las teorías económicas burguesas, las cuales se reducen a una serie de deducciones que se hacen a partir de un equilibrio abstracto y estacionario. Para desarrollar esta importante cuestión de la noción de equilibrio en la economía burguesa tomaremos la crítica que Henryk Grossmann realizó en "Marx economía política clásica y el problema de la dinámica", donde intenta elaborar la noción de dinámica de la economía marxista a partir de explotar las contradicciones de los postulados de los economistas burgueses.

El objetivo de elaborar una teoría económica que capte la dinámica y contradicción de los fenómenos concretos fue posible para Marx a partir de una crítica a las teorías económicas de los clásicos como Smith y Ricardo, a partir del método dialéctico, el cual busca capturar lo concreto en el pensamiento. En este sentido, las categorías postuladas

por la economía política clásica, en particular la de valor, fueron tratadas por Marx en sus contradicciones inherentes. Es decir, para Marx los conceptos elaborados por estos economistas tenían, como toda idea dentro de nuestra sociedad, una parte mistificada y una parte real. El objetivo entonces, no era anular una categoría mistificadora y cambiarla por otra, sino explicar la conexión necesaria entre ambas y a partir de eso señalar el carácter aparente de las mismas. Para Marx los fenómenos monetarios no debían ser tomados como los elementos principales de los hechos económicos, sino como formas reflexivas de los mismos, y que el proceso real que afecta a las mercancías debía ser buscado en la producción, detrás del “velo monetario”. Sin embargo, Marx estaba lejos de postular una oposición tajante entre lo “real y lo aparente”. Marx establecía la conexión entre mercancía y dinero al considerar que “la contradicción oculta entre valor de uso y valor de cambio que existe al interior de la mercancía se hace palpable en la oposición externa entre dos mercancías, en la cual una es considerada por su valor de cambio y la otra por su valor de uso.”

Una Breve Introducción Al Problema: El Doble Carácter Del Trabajo Y El Error Fundamental De La Teoría Económica Burguesa

Al desarrollar el carácter contradictorio de la categoría más común de la sociedad capitalista, la mercancía, Marx se introduce aún más en la misma analizando el carácter especial del trabajo como mercancía. De esta manera Marx puede determinar el doble carácter del trabajo, señalando el hecho de que éste crea el valor de un producto destinado al mercado, y a la vez crea un valor de uso necesario socialmente.

A partir de esta distinción fundamental, la crítica marxista a la economía burguesa se dirige justo al centro de los objetivos ideológicos y políticos de la misma, como lo es el de la idea de lograr un “equilibrio” abstracto, que no es más que el reflejo ideológico de los intereses de clase de la burguesía y su Estado.

El mismo Marx decía que el señalamiento del carácter contradictorio del trabajo bajo el capitalismo era un descubrimiento fundamental para la ciencia económica.

Este doble carácter del trabajo señala a su vez el doble carácter de la mercancía, el valor de cambio y el valor de uso de las mercancías. Esta dualidad de las categorías económicas se da en Marx en todos los niveles de la exposición de su teoría, desde los más abstractos como el análisis de la mercancía, como en los más concretos, como el análisis de las

contradicciones entre capital fijo y circulante, etc. Esta metodología dialéctica es fundamental para emprender el análisis de la dinámica del capitalismo, sin caer en el estudio matematizado de los cambios cuantitativos de variables de la economía burguesa, que de esa manera sigue siendo una teoría “estática”.

Lo importante es reconocer aquí el punto de apoyo que tienen los conceptos estáticos de la economía burguesa. Es decir, encontrar dónde se asienta su concepción de equilibrio. En primer lugar mencionaremos el hecho señalado por Grossman de que “la economía política clásica fue siempre una teoría abstracta del valor de cambio”. Esto en el sentido de que su desarrollo se encaminó siempre a enfocarse en los aspectos de la dinámica de la oferta y la demanda (circulación) en detrimento de los procesos relacionados con la producción de valor. Y aquí podemos retomar lo dicho anteriormente sobre “la parte de verdad” de las categorías económicas que la crítica debe tomar en cuenta. Marx señaló que la expresión más pura de la dinámica capitalista era la de la relación entre “valor de cambio” e “incremento en el valor de cambio”. Esta lógica nacida de la visión que posee el usurero o el comerciante se abstrae completamente del origen, no sólo del valor de cambio, sino sobre todo de la razón del incremento del valor. Como marxistas reconocemos el valor central del trabajo en la producción y reproducción del valor, aspecto que, si bien los clásicos como Ricardo o Smith reconocían, no desarrollaban en sus consecuencias para el análisis del capitalismo. Pero volviendo a lo que nos ocupa, necesitamos determinar cuáles son las consecuencias de este pensamiento abstraído de la centralidad del trabajo en la noción de equilibrio.

Tanto para Smith como para Ricardo el equilibrio abstracto era un concepto fundamental en sus teorías. Justamente, la teoría de los “precios naturales”, parte de un equilibrio entre demanda y oferta que es sólo un equilibrio entre valores de cambio, y que sólo refleja en todo caso, las fluctuaciones de los precios alrededor de los valores (hecho existente y que la economía marxista desarrolla).

Como decíamos más arriba, lo que el análisis clásico deja de lado es el aspecto contradictorio del valor, en este caso, la contracara de la dinámica de los precios, que no ocurre en la superficie de los “intercambios comerciales”, sino en la profundidad de la producción. Lo que nos interesa señalar aquí es el hecho de que una teoría económica que absolutiza el valor de cambio termina por dejar completamente de lado la fundamental dinámica del valor de uso de las mercancías, no puede comprender los fenómenos subyacentes al mismo desarrollo capitalista a lo largo de su historia. La dinámica de los valores de cambio abstraída de su contraparte

respecto del valor de uso de las mercancías se convierte entonces en un elemento estático que puede describir los movimientos dentro de los márgenes establecidos para condiciones de reproducción dadas. De esta manera quedan de lado los aspectos relacionados con la reproducción ampliada y los fenómenos de la acumulación capitalista, los cuales son centrales para comprender la dinámica del capitalismo más allá de la coyuntura. Descartando el estudio de la dinámica de los valores de uso, es decir, anulando la contradicción que está en el centro de la problemática del valor, lo único que se elimina es la posibilidad de comprender un fenómeno que se hace cada vez más habitual y violento a medida que se desarrolla el capitalismo, como son las crisis. Es así como por la omisión que se hace de la contradicción inherente de la categoría del valor en el capitalismo se termina operando una oposición tajante entre equilibrio y crisis, que luego sería deducida como un postulado fundamental por los economistas posteriores a los clásicos.

Justamente esta absolutización del valor es lo que para Marx está a la base del error de la teoría de Adam Smith, que postula un equilibrio entre oferta y demanda que determinaría los “precios naturales” de las mercancías, como un equilibrio de valores.

Respecto de Ricardo, ésta absolutización de la dinámica del valor en detrimento de la del valor de uso, se expresaba también en el interés de Ricardo en estudiar la “renta neta” –ganancia entendida como el plusvalor obtenido de la relación de los precios sobre los costos- y en desestimar el estudio de la “renta bruta”, en el sentido de los valores de uso necesarios para sostener la reproducción del trabajo.

Para Ricardo lo fundamental era el estudio de una teoría de la distribución de los valores. Incluso postulaba que la determinación de una relación matemática parte de una totalidad dada que era el único objeto real de la ciencia. Este tipo de fundamentos llevaron a la teoría ricardiana a su característica apriorística y deductiva propia de la economía política clásica y de sus sucesores.

Estos postulados denotaban, como se ha mencionado anteriormente, las profundas contradicciones de la teoría ricardiana misma, donde convivía una teoría del valor trabajo, con una absolutización de la dinámica del valor por encima del verdadero comportamiento complejo del valor. A partir de esto puede comprenderse la existencia posterior de las opuestas escuelas ricardianas “de izquierda” (los igualitaristas), y “de derecha”, quienes intentaron desechar las consecuencias de la teoría del valor-trabajo (en concreto, de que los trabajadores no reciben el producto total de su trabajo) resaltando el estudio de los fenómenos del mercado como el intercambio. Como decía después el fundador de la escuela de Lausana, León Walras, la economía política “es la teoría del valor y del intercambio del valor”, denegando así la posibilidad o el interés de estudiar la producción y la distribución del valor

en la economía.

Justamente, la teoría económica burguesa comenzó a desarrollar, a partir de las incongruencias de la teoría clásica, un método que tenía por objetivo hacer de la economía una serie de postulados lo más abstractos y formales que fuera posible, con el fin de ocultar toda relación con el proceso concreto de la producción y la explotación del trabajo. Concretamente, y siguiendo el objetivo de Ricardo, se intentó crear una teoría de la distribución basada en la dinámica del mercado, para fundamentar la “teoría de los factores”, según la cual todos los factores de la producción (tierra, capital y trabajo) son recompensados en proporción a su intervención en la producción de las mercancías, siendo entonces el salario el pago total del trabajo realizado y no ya una parte del mismo como postulaba incluso Ricardo.

Una vez borrada de la teoría la cuestión del intercambio desigual entre capital y trabajo, era necesario enunciar una teoría del valor acorde con la teoría de los factores. En este sentido se desarrollaron, tal como mencionamos anteriormente, las teorías psicologistas del valor postuladas primero por J.B. Say y luego continuadas por la escuela marginalista.

Estas “teorías subjetivas del valor” postulaban la necesidad de medir la “utilidad subjetiva” de los productos y servicios. De esta manera la teoría de la utilidad marginal intentaba convertir la cuestión del valor en una cuestión psicológica. Respecto de la cientificidad de esta metodología, en cuanto a la medición certera del valor concreto producido por el trabajo, no había más preocupaciones. Lo importante es que esta escuela ya había construido una teoría del valor a la medida de la teoría de los factores de producción, y a partir de ella, de la necesidad de un equilibrio entre los mismos (distribución de acuerdo a su “participación en la producción”). Justamente, la ley de Say y su postulado de que a toda producción asiste su propia demanda, como ley del equilibrio fundamental de la economía, también es subsidiaria de estas concepciones.

Asimismo, en su crítica a la teoría económica burguesa, Grossmann sostiene que, la razón por la cual todas las tendencias dentro de la teoría dominante hicieron hincapié en el carácter estático de la economía, ha sido la necesidad de justificar el orden social actual como “razonable”, como un sistema que tiende a autorregularse. Pero como vimos más arriba, los economistas burgueses clásicos desde Ricardo a Say, comenzaron a fundamentar paulatinamente sus teorías en una idea de equilibrio que se abstraía particularmente del problema de la explotación del trabajo y del intercambio desigual que la misma encarnaba. Grossmann señala al respecto que:

“De cualquier manera, si uno busca establecer la dirección específica del conjunto de la economía, uno debe investigar no sólo las relaciones de intercambio a partir de variables dadas, sino también su desarrollo, crecimiento y fenecimiento o (como dice Mayer)

el “proceso de formación de precios”. No alcanza con mirar hacia las relaciones de intercambio, uno debe también estudiar tanto el proceso de producción como el proceso de circulación, es decir, el proceso como un todo. De esta manera se clarifica el hecho de que los cambios positivos y negativos no se balancean hasta alcanzar un grado cero, sino que asumen valores definidos (por ejemplo, la caída de la tasa de ganancia). Esto es, revelan la dirección del movimiento del sistema como un todo, las tendencias de su desarrollo”⁵⁵.

Grossmann piensa que el énfasis de la economía política burguesa en el concepto de “autorregulación” tiene la intención de desviar la atención de la realidad prevaleciente en el sistema capitalista, caracterizada por la destrucción caótica y frenética de capital; la quiebra de las empresas y fábricas; el desempleo masivo; las crisis monetarias y, la distribución arbitraria de la riqueza. Partiendo de estas consideraciones, Grossmann considera que puede entenderse perfectamente por qué los conceptos de “estática” y “dinámica”, que se originaron en la física teórica, fueron introducidos en la teoría económica burguesa sin ningún tipo de discusión acerca de si tal división antinómica y mecánica de la teoría estaba justificada.

En este sentido, Grossmann concluye que:

“Lo insostenible de tal separación se hace claro cuando se considera que no existen procesos “sin movimiento” en la economía: que la llamada economía “estacionaria” se “mueve”, y que es un proceso circular. De ahí que la característica distintiva de las estáticas y las dinámicas no pueda descansar en el hecho de que una de ellas investigue el “no movimiento”, y la otra los fenómenos móviles o variables. Más aun, caracterizamos como “estático” a un proceso económico cinético que ha alcanzado un completo equilibrio de sus movimientos, como resultado de la persistencia de todas las condiciones objetivas y subjetivas se repiten interminablemente, sin cambios, de un período al siguiente (un circuito). Consecuentemente, una economía dinámica debe comprenderse no como una “economía en movimiento” (ya que la economía “estática” también se mueve), si como un proceso económico que no ha alcanzado el equilibrio, es decir, un proceso que se mueve hacia el desequilibrio mientras pasa el tiempo, lo que simplemente significa que las condiciones del proceso económico cambian de un período al otro, resultando en la situación final del proceso económico –la estructura económica– también en cambio permanente.”⁵⁶

Los Intentos De Actualización De La Economía Burguesa Al Problema De La Dinámica

A pesar de las teorías del equilibrio, fue el mismo desarrollo del capitalismo lo que presionó más a los economistas burgueses para introducir el problema de la dinámica a en sus teorías económi-

cas. La mayor complejidad y los nuevos problemas que aparecían bajo la forma de crisis cada vez más violentas indujeron a los economistas a considerar aspectos de movimiento en sus teorías fundamentalmente estáticas.

El primero de ellos fue J. S. Mill quien quiso introducir “correcciones al esquema estático”. También se desarrollaron teorías como las de A. Marshall, quien intentó llevar adelante, como ya mencionamos, una “teoría de equilibrios parciales”, dependientes de un “equilibrio fundamental”, el cual no era explicado.

Estas reformas en las teorías acusaban la presión de las contradicciones del capitalismo que se expresaban de forma cada vez más violenta. Sin embargo dejaban en pie sus postulados fundamentales en relación al problema del equilibrio. Ya vimos cómo tal concepción se sostiene en determinada concepción de valor, por lo que el abandono de la idea estática era prácticamente imposible. Es por esto que ante el problema de las crisis, las teorías burguesas comenzaron a desarrollar una serie de aditamentos teóricos que partían de un nuevo corolario de la teoría del equilibrio y que puede resumirse en lo siguiente: los fenómenos que alteran el equilibrio son de carácter externo al sistema. De esta manera, se mantenía en pie el edificio deductivo de la teoría del equilibrio y se podía al menos intentar explicar el fenómeno recurrente de las crisis capitalistas. Como dice Grossmann:

“Como teorías del equilibrio, las teorías dominantes no pueden, desde sus propios principios, derivar las crisis generalizadas a partir del sistema, ya que desde su punto de vista los precios representan un mecanismo automático de restauración del equilibrio y para la superación de las alteraciones. Cualquier intento de estas teorías para incluir alguno de los momentos de alteración empíricamente probados acabaría chocando con la siguiente contradicción: una aplicación consistente de los argumentos de la teoría del equilibrio (que ellos utilizan) puede solamente explicar tales rupturas del equilibrio como producidas externamente, es decir, como cambios en las variables económicas dadas.”⁵⁷

Si bien los economistas arriba mencionados intentaron llevar adelante estas modificaciones, otros como los de la escuela de la utilidad marginal, llevaron a un extremo las conclusiones abstractas de la teoría del equilibrio. El siguiente paso dado por esta corriente fue el de llevar al extremo el método de deducir relaciones entre variables dadas. Para estos economistas la evolución de las formas de organización era inherente al capitalismo, pero consideraban que el estudio de tales cambios caía por fuera del objeto de estudio de la ciencia económica, ya que justamente la “noción de equilibrio” no podía ser aplicada a tales cambios. Para autores como W. Jevons, “las leyes del intercambio son análogas a las leyes que gobiernan el equilibrio de

una palanca". Para F. Knight, la economía era una ciencia de "cantidades económicas", por lo que la tarea de la misma era la de establecer las relaciones entre las variables a partir de ecuaciones. De esta manera se recurría a la "matematización" como criterio de rigor para la economía, mientras que se abandonaba el desarrollo conceptual a la selección de algunos (no todos, por ejemplo, la ley del valor trabajo) de los postulados de la economía política clásica.

Es claro que estas concepciones tienden a agudizar la miopía propia de la economía burguesa, al establecer como única posibilidad de movimiento el estudio de los cambios de estado de una variable en el tiempo. En este sentido la teoría del equilibrio se ve fortalecida, ya que todos los elementos de la realidad que pueden imponer relaciones de no equivalentes, y movimientos interdependientes no quedarían dentro del análisis de tal ciencia económica "matematizada". Entre estos dos polos se empezó a desarrollar la idea de una "autorregulación", que siendo externa al desenvolvimiento de las variables económicas, se sostenía en un supuesto mecanismo que, conducido más allá de las posiciones estacionarias, nunca podía ser alcanzado, pero que era la única razón por la cual una economía que carece de un centro de mando no entra en caos.

Un elemento fundamental de la crítica marxista a la concepción formal de equilibrio, es la que menciona Grossmann:

*"El método estático no puede explicar un sistema que se expande... El modo de pensar estático no puede explicar el desarrollo de los nuevos estados sucesivos precisamente por la razón de que el equilibrio del análisis estático no concibe el crecimiento"*⁸

El concepto vulgar de equilibrio, propio de la teoría neoclásica, no puede entonces explicar el carácter dinámico del capitalismo, ya que no considera el hecho de la ampliación del proceso productivo (reproducción ampliada- acumulación capitalista). El equilibrio "formal" de acuerdo a la "ley de Say" sólo es posible en una economía que no acumula, que no amplía la base de su reproducción. Estas variables relacionadas con la acumulación capitalista son dejadas de lado por la "matematización". Un ejemplo claro de esto lo constituye la "paradoja de Jevons" respecto del uso de la energía y las mejoras en la eficiencia tecnológica: dato empírico de ampliación de la reproducción del valor que no es interpretado como tal, sino como una "paradoja", es decir, una contradicción enunciada pero no resuelta⁹.

Ejemplo de este pensamiento absoluto fueron los planteos de Haberler, para quien sólo el equilibrio podía ser interpretado como crecimiento, mientras que el desequilibrio era igual a crisis. Esta oposición formal de dos aspectos del movimiento real de la economía justamente no conceptualiza la sucesión de hechos en su contradicción.

Por el contrario, para Grossmann la cuestión de la totalidad era de fundamental importancia.

Decía respecto de la escuela de Pareto que la misma rompía con la idea de totalidad, desmembrándola en distintos sectores individuales. Dice Grossmann:

*"Las ecuaciones de equilibrio de Pareto se desarrollaron a partir de la conexión funcional entre variables dadas, excluyendo el factor dinámico del proceso de producción o en otras palabras, logrando la completa desdinamización del sistema."*¹⁰

De hecho puede decirse que hacia fines del siglo XIX se asistía a una "bancarrota de la escuela matemática". Los equilibrios matematizados de Walras y Pareto llegaban a postular absurdos como los que postulaban las "ecuaciones de indiferencia" de Pareto.

Vemos así que estos métodos estáticos son básicamente deductivos, ya que parten de una situación dada, y se abstraen del cambio que genera el mismo desarrollo económico a partir de su lógica. Método estático que asigna la tarea del cambio a la "historia" entendida como relato e interpretación de la sucesión de hechos que acaecen.

La "Crítica Pragmática" Dentro De La Economía Burguesa

Analizar la ruptura de un sector de los economistas burgueses con la corriente "neoclásica", es un punto importante, porque permite trazar el nexo entre las teorías del equilibrio más vulgares (por ejemplo, de los marginalistas) con las que propuso esta corriente "crítica-pragmática" burguesa en la que podemos englobar a Hicks, Wicksell y a Keynes, que fue determinante durante el siglo XX.

Es importante señalar que lo que subyace a esta ruptura fue la irrupción violenta del problema de la crisis en la economía política burguesa. Tal ruptura con la noción de equilibrio se expresa metodológicamente en la comprobación empírica de las observaciones clásicas sobre la tendencia a la crisis de sobreacumulación (en Keynes "eficiencia marginal descendente del capital").

De ahí que la búsqueda de mecanismos "contracíclicos" es un objetivo más bien propio de los economistas del siglo XX, a la vez que se desarrollaba una nueva ideología sobre los fenómenos económicos, que incluía la posibilidad de crisis, a la cual sólo podía enfrentarse como herramienta con la irrupción del Estado en los mecanismos del mercado.

Ante estas aporías, algunos economistas burgueses comenzaron a establecer lineamientos parcialmente críticos con el fin de adaptar al pensamiento neoclásico a la realidad del capitalismo desarrollado que se hacía cada vez más divergente respecto de tales teorías del equilibrio absoluto. Ejemplo de esto fue Hicks que junto con otros economistas de su época se vio obligado a criticar la noción de equilibrio estático por ser "irreal". Para Hicks, "el concepto de 'estado estacionario de la economía' es una de las causas del estancamiento en el desarrollo de las ciencias económicas porque niega el problema de las dinámicas". Y es que, como vimos,

las “ecuaciones de indiferencia” de Pareto sólo son válidas en una economía estacionaria donde no exista acumulación de capital, ni ningún otro cambio en la situación dada.

Pero fueron economistas que desarrollaron sus trabajos luego de la revolución rusa y la instauración del primer estado obrero y de las crisis cada vez más graves que comenzaron ya a fines de siglo XIX y que se profundizaron durante el siglo XX, quienes comenzaron a desarrollar teorías que buscaban asimilar la noción de crisis sin alterar los basamentos monetaristas de sus teorías. Un exponente de esta línea de pensamiento fue Knut Wicksell, economista sueco que a fines del siglo XIX intentó incorporar el problema de las crisis a la economía burguesa, intentando idear nuevas herramientas para mitigar sus efectos. Para Wicksell era un hecho que la conexión de la economía con el crédito había trasladado el centro de gravedad del sistema económico hacia lo monetario. Es por esto que para él la clave era atacar las consecuencias cada vez más nefastas de las crisis capitalistas mediante la regulación de las tasas de interés (estableciendo así una “teoría monetaria de las crisis”). Es decir, postulaba la necesidad de lograr un equilibrio entre las balanzas internacionales de pagos junto con el nivel general de los precios, que permanecería constante. En este sentido afirmaba, dentro de la más rancia tradición cuantitativa, que si el flujo de dinero se estabilizaba, las fluctuaciones en la actividad económica desaparecerían y la prosperidad podía continuar indefinidamente.

Knut Wicksell intentó, desde los mismos fundamentos teóricos que sus predecesores, superar la impotencia de las concepciones estáticas sobre el equilibrio capitalista que habían sido cuestionadas por las recurrentes crisis. Intentó hacerlo a partir de ensayar una síntesis entre elementos de la teoría marginalista de Walras con los de la economía política clásica de Ricardo. En 1889, en su trabajo más importante “Interés y precios”, comenzó a trazar los fundamentos de lo que sería una idea de control de los precios a partir de las manipulaciones hechas sobre la tasa de interés. De esta manera diferenciaba entre una “tasa de interés natural”, correspondiente al supuesto punto de equilibrio entre la oferta y la demanda (lo que la hacía “externa” al mercado de capitales) y una tasa de interés bancaria, propia del mercado de capitales. Estas tasas determinaban, según Wicksell, todo el proceso de acumulación, ya que si ambas tasas no se igualaban, entonces tampoco lo harían la demanda de inversión y el ahorro. En este sentido sí, por ejemplo, la tasa de interés del mercado de capitales aumentaba por encima de la tasa natural de interés, entonces disminuiría la demanda de dinero para invertir y aumentarían los ahorros, disminuyendo el consumo y toda la actividad económica. Por supuesto, para Wicksell lo necesario era lograr una expansión económica, ya que

algunos rasgos de estancamiento se vislumbraban en el horizonte de los primeros años del siglo XX.

Esta álgebra de las tasas de interés (y de la fantasmagórica “tasa natural”) tenía su base por cierto en la vieja teoría cuantitativa del dinero. De hecho, el concepto de “tasa natural de interés” parte de la idea de que existiría una cierta cantidad de circulante que mantendría los precios estables. Pero lo importante en esta teoría es el lugar que se le asigna al accionar de los bancos, o más aun, de los gobiernos en el comando de la economía. Para Wicksell era fundamental que se incidiera a través de los mecanismos monetarios para solucionar o mitigar los problemas generados por el mismo desarrollo del sistema capitalista. En este sentido la política de emisión de los bancos centrales era la herramienta fundamental, es decir, debía existir la cantidad de circulante justa para el desenvolvimiento equilibrado entre la oferta y la demanda. Ahora bien, para Wicksell este punto justo se determinaba por la tasa de interés con la cual prestaban dinero los bancos: si esta tasa era inferior a la natural, se generaría un impulso a la inversión (ya que sería más conveniente invertir en la producción que prestar a interés), y en el caso contrario se la restringiría. Si lo que se requería era generar un equilibrio, la tasa de interés de los bancos debía ser igual a la tasa natural, así los precios se mantendrían equilibrados (equilibrio entre oferta y demanda).

Como puede verse la aporía del punto “ideal” de equilibrio sigue en pie, ante todo porque siguen en pie las teorías de las que se deriva. Sin embargo, y para intentar dar una solución práctica a problemas que ya no eran sólo de índole teórica, sino de acuciante necesidad inmediata, Wicksell decía que la tasa natural de interés no debía fijarse “cuantitativamente” sino que los bancos debían tantear el terreno pragmáticamente, siguiendo la regla de que si los precios permanecían iguales, también la tasa de interés debía mantenerse así, y si los precios aumentaban, también debía hacerlo la tasa de interés bancaria y viceversa, manteniéndose idéntica hasta que se produjera una nueva variación.

Este “álgebra” derivado de la teoría cuantitativa del dinero sería de gran influencia sobre Keynes y también sobre la escuela austriaca “rival” de éste.

De esta manera los gobiernos capitalistas tendrían una herramienta para el control de los ciclos económicos, que empezaban a ser una fuerte preocupación para los capitalistas de su época, que ya no creían en la magia de la mano del mercado.

La “Teoría General” De Keynes

A partir estos desarrollos, y ante la profundización catastrófica de la crisis capitalista y de la lucha de clases ocurrida en la primera posguerra, surge la figura de J. M. Keynes. Éste buscaba incorporar el problema de la crisis al análisis de la

economía burguesa intentando superar las limitaciones que inducía la concepción formal de equilibrio e introduciendo, en la línea de Wicksell, la necesidad de la intervención estatal en el mercado con el fin de contrarrestar las tendencias a la crisis.

Keynes se oponía a algunos postulados de la “teoría clásica” (a la que igualaba con el marxismo, al cual desestimaba visceralmente) dejando lo fundamental en pie, a saber, la teoría cuantitativa del dinero y las ideas subjetivistas del valor. Podría decirse que criticó de forma pragmática algunas de las teorías neoclásicas más desacreditadas, imponiendo la idea de la necesidad de la intervención estatal bajo el concepto de “política fiscal”. Afirmaba que las políticas estatales en los campos fiscal y monetario podían atenuar las severas y destructivas tendencias a la crisis cuidando a su vez de no alterar sus fundamentos, como la propiedad privada. Particularmente Keynes debía reconocer el hecho de que la crisis era un fenómeno que se había vuelto la regla y no la excepción. En ese sentido propuso conceptos como la “disminución de la eficiencia marginal del capital” que buscaban describir el fenómeno de la caída tendencial de la tasa de ganancia, el cual en los años ‘20 ya se hacía manifiesto en la superficie del sistema capitalista. Las políticas fiscales eran importantes para Keynes justamente como atenuante, a través del gasto fiscal, de esta caída general en la rentabilidad. El gasto del Estado que generaría un efecto multiplicador a partir del incremento en la demanda agregada, generado por la abundancia de circulante tal como reza la teoría cuantitativa. Este concepto de multiplicador de la demanda agregada, fue quizás el rasgo característico de su teoría. Esta adaptación de los fundamentos neoclásicos se ve asimismo en su obra más importante, “Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero”, claramente basada en los mismos fundamentos de la economía burguesa, pero incorporando a través de las ideas subjetivistas del valor, el elemento de la crisis, ausente en los neoclásicos.

Como decíamos más arriba, Keynes buscaba refutar la idea de la tendencia natural al equilibrio. Postulaba que en todo caso, tal equilibrio del libre mercado dependía de muchos factores no reconocidos por lo que llamaba la “teoría clásica”, por lo que concepciones como la ley de Say “no eran del todo correctas”, ya que el equilibrio entre oferta y demanda era sólo un caso excepcional y no la regla. Ahora bien, la “crítica” de Keynes estaba presa de las mismas concepciones que buscaba superar, por lo que su ruptura con Say era más bien una inversión en los términos de la famosa ley del equilibrio. Si para Say la producción determinaba la demanda, para Keynes era la demanda la que determinaba la producción. Como puede verse en esta “paradoja del huevo o la gallina”, lo que sigue fuera es el problema de la producción del valor, por lo que la Ley de Say sigue intacta. Para Keynes tal “inversión en los términos” se producía debido al hecho de que la propensión a invertir por parte de los capitalistas dependía de la relación existente entre la tasa de in-

terés y la tasa de ganancia para un determinado momento. Como podemos ver este concepto es claramente un calco de lo postulado por Wicksell, por lo que aquél álgebra de la tasa de interés se mantiene inalterado en la “teoría general” de Keynes: si la diferencia entre las dos “tasas” es en favor de la tasa de ganancia, entonces habrá mayor propensión a la inversión. Pero como la ganancia depende de la demanda (y aquí vemos otro postulado intacto de la “teoría clásica” en la “teoría general”), si los consumidores y los inversores se comportan bajo las pautas “racionales” estipuladas por la teoría clásica, y ahorran debido a “tasas de interés demasiado altas” (o a una percepción negativa por parte de éstos respecto de sus ingresos, como también a una posible baja futura en los precios) entonces se afectaría negativamente a la ganancia, por lo que el problema inicial de tasas de interés mayores que las tasas de ganancia se retroalimentaría, generando un círculo vicioso que Keynes llamaría la “paradoja del ahorro”. De esta manera una “tasa de interés demasiado alta” reduciría la demanda agregada, ya que reduciría la demanda de capital para la inversión productiva (demanda de inversión) y por ende reduciría el empleo y la masa de los salarios, por lo que se reduciría aún más el consumo (demanda de consumo), generando así una crisis.

De esta manera, como la necesaria “propensión al consumo” (que Keynes iguala a la inversión y al gasto estatal) no se establecería a través de la mera acción del mercado, era fundamental para éste que interviniera una fuerza que armonizara tales necesidades del sistema para evitar la crisis. Es así entonces cómo aparece la necesidad de la intervención estatal, ya que sólo el Estado podía tener la fuerza necesaria para modificar la situación de los mercados, afectando la mentada relación entre la tasa de interés y la tasa de ganancia.

Rápidamente veamos ahora algunos conceptos importantes que ilustran esta cuestión. En Keynes es fundamental el concepto de demanda agregada, sobre todo si ponemos en el centro del análisis las perspectivas estadísticas que contiene esta teoría.¹¹

Para Keynes, la demanda de consumo, sumada a lo que llamaba la “demanda de inversión” (la intención de los capitalistas de invertir) y el gasto estatal configuran la “demanda agregada”. Este concepto es utilizado para definir una curva que busca establecer el punto de equilibrio entre oferta y demanda, en un gráfico que representa la cantidad de “bienes y servicios” que los habitantes, las empresas y las entidades públicas de un país compran para diferentes niveles de la tasa de interés (o de los precios). El punto donde la bisectriz del gráfico corta a la curva de demanda agregada sería, según este esquema, el punto de equilibrio entre la oferta y la demanda. Asimismo, la pendiente de esta curva, representa otro concepto fundamental del keynesianismo que es la propensión marginal al consumo (pmc). La propensión marginal al consumo es definida por Keynes como “a variación del consumo cuando el ingreso disponible varía en una

unidad, es decir, la relación entre una variación en el ingreso y la modificación correspondiente en el gasto en consumo. El concepto opuesto es la “propensión marginal al ahorro” (pms). Es claro aquí la persistencia de un rasgo propio de la economía neoclásica, la idea de utilidad marginal, de la que proviene la matematización y el carácter formal y cerrado (deductivo) que trae consigo el concepto.

Es importante señalar aquí la propensión marginal al consumo porque constituye al mismo tiempo el famoso multiplicador. Entonces, queda así “matematizada” la idea de Keynes respecto de la relación (inversamente proporcional) establecida entre ahorro e inversión.

Resumiendo: la pmc es la pendiente de la curva de “demanda de consumo”, que es a su vez la misma pendiente de la curva de demanda agregada. La demanda de inversión y el gasto estatal simplemente “se suman” a la demanda de consumo, elevando la curva y dando la curva de demanda agregada. Ésta pendiente (pmc) es lo que busca aumentarse, ya que según la teoría burguesa, en situaciones de crisis y estancamiento (de disminución generalizada de la eficiencia marginal del capital, según Keynes), es necesario recuperar el equilibrio entre oferta y demanda mediante un incremento de la pmc para mejorar el flujo de inversiones, y del gasto estatal para comprar la oferta que no encuentra demanda y lograr alcanzar la producción potencial, es decir, el pleno empleo de los recursos (capital, tierra y trabajo).

Para que la política estatal pueda lograr esto, la teoría keynesiana establece dos clases de mecanismos: El primero de ellos es lo que llama la “política monetaria”, que se basa en la alteración de la relación postulada por la economía burguesa¹² entre las tasas de interés y la tasa de ganancia en favor de esta última. Si la “eficiencia marginal del capital” es mayor que la “tasa de interés”, entonces aumentara la inversión y viceversa. Manipulando las tasas de interés puede beneficiarse la “demanda de inversión”. El otro mecanismo empleado es el de la “política fiscal”, es decir, aumentar simplemente el gasto público para solventar la oferta que no encuentra compradores y el uso de los factores de producción que permanecen ociosos.

En ambos casos el objetivo buscado por la política económica keynesiana es llegar al viejo “equilibrio”, representado por el punto donde la curva de demanda agregada corta a la bisectriz (punto de equilibrio entre la oferta y la demanda). Según esta teoría, si en medio de una crisis, se aumentan el gasto estatal y la demanda de inversión, más puede acercarse el “punto de equilibrio entre oferta y demanda” (el punto donde se intersectan la “curva demanda agregada” con la bisectriz) al “pleno uso de los recursos” o “producción potencial” (la cual no tiene relación necesaria con las variables económicas, de hecho para Keynes puede

haber equilibrio sin “pleno empleo”).

De esta manera la teoría keynesiana continúa sosteniendo una concepción basada en el análisis del consumo y no de la producción. La centralidad de la pmc lo denota claramente. Para Keynes, si la propensión a consumir es débil y las oportunidades de inversión no son lo suficientemente atractivas para los capitalistas, entonces una parte del ingreso que no se consume tampoco se invertirá y la demanda efectiva se reducirá, por lo que la economía se contraerá y el nivel de empleo descenderá.

Pero más allá de las vicisitudes de este “álgebra” deductivo que propone Keynes, lo importante es remarcar el hecho de que como el ahorro y la inversión no siempre están en “equilibrio” (equilibrio de Say), considera imprescindible la intervención del Estado con el fin de asegurar el “nivel de inversión necesario” para aumentar la actividad económica (mejorar el “multiplicador”) y garantizar el pleno empleo.

Si bien la “política monetaria” ya pensada por Wicksell a fines del siglo XIX continuaba siendo una “herramienta válida” para Keynes, consideraba que en la situación de estancamiento generalizado de la eficiencia del capital, era necesario priorizar las políticas de aumento del gasto público, esto es, la “política fiscal”. En este sentido postulaba al menos tres maneras de financiar los nuevos gastos: aumentando los impuestos, emitiendo más papel moneda, o recurrir al endeudamiento fiscal. El endeudamiento fiscal demostró ser la preferida por los keynesianos quienes prefirieron no alterar el valor de la moneda, ni tampoco aumentar los impuestos, optando por el recurso de pagar con los ingresos futuros (por impuestos en una economía que debía crecer obligadamente) las deudas del presente.

La Crisis Capitalista: Estatismo Y Decadencia Imperialista

Luego de este repaso a los mecanismos postulados por el keynesianismo recurriremos a su análisis a través de algunas de las herramientas del marxismo. Mencionábamos más arriba que Keynes operaba en su teoría con una igualación entre gasto e inversión. Esta cuestión es muy importante ya que determina todo el sentido de la teoría keynesiana como ideología rectora de las políticas económicas estatistas que la burguesía aplicó durante casi todo el siglo XX. La ideología “estatista” se basó en estos conceptos teóricos en donde es posible confundir trabajo productivo con improductivo, deudas con activos, etc. Tal confusión es posible desde una concepción subjetiva del valor y de la aplicación de la vieja “formula trinitaria” (la llamada igualdad de los factores de producción: tierra, capital, y trabajo). Ante esto diremos rápidamente que la ley del valor establece un criterio que diferencia entre

gasto improductivo, como lo es el consumo de las clases improductivas o el gasto estatal, e inversión de capital. Esto es así debido a que una masa de dinero no actúa como capital si no es usada para valorizar y ampliar el valor del mismo. Asimismo, podemos agregar que a partir de esa idea errónea de la determinación del valor, también ocurre la confusión entre tasa de ganancia y tasa de interés (Wicksell hablaba solo de “diferentes tasas de interés”, aunque con génesis “muy distintas”).

Como decíamos, la teoría keynesiana busca un punto de “equilibrio” en la curva de demanda agregada en el que se alcance un equilibrio (entre varios) entre oferta y demanda que a la vez alcance el nivel de la “producción potencial” (la “máxima utilización de los recursos”) y por ende el “pleno empleo”. Básicamente esto es lo que sostiene el objetivo político del keynesianismo: ser la teoría que justifique ideológicamente y establezca las políticas de la burguesía como clase detrás de su Estado para superar las amenazas de la lucha de clases desatada con la descomposición del capitalismo y ante la amenaza que representaba la URSS.

Ahora bien, desde el punto de vista de la crítica a la economía burguesa, sabemos que el problema de la teoría keynesiana radica en su deficiente concepción del valor, es decir, que no concibe al valor en su contradicción; como valor de cambio y como valor de uso. Asimismo, hemos visto cómo los mecanismos keynesianos poseen una rigidez derivada de la absolutización de los fenómenos monetarios (a la que yuxtaponen ciertos principios psicologistas, en la tradición de Böhm-Bawerk y demás economistas vulgares) por encima de sus relaciones internas con la producción del valor.

Algunas Consideraciones Sobre La Cuestión Del “Equilibrio” En Marx

Las políticas económicas propuestas por Keynes son planteadas esencialmente alrededor de los fenómenos monetarios. Esto se debe naturalmente a la visión que los economistas burgueses tienen respecto del problema del valor. Para Marx el análisis de los procesos monetarios que ocurren en la superficie del sistema sólo pueden comprenderse adecuadamente a partir de las dificultades que ocurren en la reproducción de los valores y la acumulación. Detrás de las apariencias, los problemas monetarios en realidad son la expresión de los problemas inherentes a la economía de mercado y su relación contradictoria con las necesidades de la producción y el consumo. Sólo a partir de constatar las relaciones conflictivas entre “compradores y vendedores” como relaciones sociales dentro de las normas capitalistas de producción, es que se puede superar la búsqueda infructuosa por el equilibrio entre “oferta y demanda”. Las contradicciones inherentes de la producción y circulación capitalistas, derivadas del doble carácter del valor de las mercancías (valor de uso / valor de

cambio), no pueden ser analizadas desde un corpus conceptual que elude la cuestión de las relaciones de producción. Por otra parte, también las faltas o las abundancias relativas de capital pueden llevar a problemas económicos, que también aparecerán para la teoría burguesa como crisis propias del sistema monetario, sobre todo si se considera que a través del desarrollo del sistema financiero y su carácter especulativo que llevó las expresiones más irracionales de la competencia capitalista a afectar fuertemente las inversiones.

El aspecto de verdad del que partían las concepciones de equilibrio entre oferta y demanda de la economía política clásica se fundamentaba en el hecho de la fluctuación de los precios alrededor de los valores que se da en la dinámica del mercado. Si bien es un hecho que la suma de los valores debe ser igual a la suma de los precios, las teorías del valor de la economía burguesa, que no reconocen el problema de la realización del valor, absolutizan esta dinámica al conjunto del sistema, obviando la contradicción entre valor de cambio y valor de uso que está a la base de las crisis capitalistas. De ahí que, a partir de tal absolutización surge la confusión de que interviniendo externamente (mediante medidas monetarias o fiscales) y alterando así el volumen de oferta o demanda se crea que se puede regenerar el “equilibrio” perdido por la economía en crisis.

Esta visión parcial y reducida a los actos de venta y compra, se relaciona con la visión estrecha del proceso social de producción a través de los ojos del interés individual, cuya maximización mágicamente significaría la asignación a cada individuo del equivalente de su aporte al proceso de producción, generando así el bienestar social. Lejos de esto, el proceso social de producción es mucho más complejo y bajo el capitalismo mucho más contradictorio ya que, como dice Marx:

“el propio interés privado es ya un interés socialmente determinado y puede alcanzarse solamente en el ámbito de las condiciones que fija la sociedad y con los medios que ella ofrece; está ligado por consiguiente a la reproducción de estas condiciones y de estos medios.”¹³

La lucha de todos contra todos que se genera bajo la competencia capitalista no provee el orden necesario para el “equilibrio” que busca la economía burguesa. El hecho de que la ley del valor imponga por la fuerza un punto alrededor del cual fluctúen los precios y un nivel de competitividad mínimo para los capitalistas, no significa que las mismas condiciones individuales desde las que los capitalistas realizan su actividad no caigan bajo las condiciones generales de la producción social, las cuales caen fuera del control de aquellos, y terminan siendo para los capitalistas una dinámica objetiva sobre la cual no tienen una incidencia suficiente. Esta pérdida de control, esta alienación, anula toda pretensión de voluntad subjetiva que realmente sea significativa para la dinámica de la acumulación capitalista, la cual prosigue su camino

en base a una lógica ciega que, como descubrió Marx, lleva la semilla de la crisis estructural del capitalismo.

Todo lo que ocurra en la dinámica de los mercados depende esencialmente de la dinámica de la producción del valor y la distribución. Es importante destacar que esto no significa que no exista ninguna incidencia de los precios sobre el comportamiento de los mercados, pero ésta incidencia tendrá que ver siempre esencialmente con los cambios estructurales ocurridos en la esfera de la producción. Para Marx, lejos de constituir el sistema de precios un regulador de la economía, son los precios los que reflejan las fuerzas que generan las necesidades de producción determinadas por la sed de ganancia de la acumulación capitalista. Incluso, la misma ley del valor que expresan estas fuerzas internas de la producción capitalista también puede ser vista como “regulada” por las necesidades sociales concretas (valor de uso) de la población que por supuesto escapan a la lógica de la acumulación capitalista. Esto último se expresa en el hecho de que la sociedad no puede dejar de producir ni de consumir, por lo que se garantiza la continuidad del proceso de producción social, el cual es en realidad un proceso de reproducción ampliada de la vida social.

Finalmente diremos que el aparente equilibrio buscado por la economía burguesa sólo ocurre como una fuerza impuesta por la ley del valor (más allá de sus fluctuaciones eventuales), pero no en forma gradual y ordenada, como una tendencia a la reproducción sin interrupciones, sino todo lo contrario, expresándose como más o menos violentas interrupciones a la reproducción, que si eventualmente “alcanza el equilibrio” lo hace a merced de la destrucción de capitales acumulados, con la carga de miseria y conflictividad social inherente a una crisis de importancia. De esta forma, el equilibrio nunca puede ser “estacionario”, sino en realidad es un momento en el cual las contradicciones inherentes aún no se desarrollan lo suficiente como para hacer saltar por los aires las condiciones de la acumulación capitalista. La forma adecuada de ver al “equilibrio” buscado por la economía burguesa desde los clásicos hasta Keynes y sus seguidores es la de una irrupción de la ley del valor que no equilibra de ninguna manera la contradicción entre producción y consumo (basada en la dualidad del valor entre valor de uso y valor de cambio), sino que sólo restablece una dinámica relativamente predecible entre la producción y la acumulación capitalista.

Las Políticas Keynesianas Y La Crisis Capitalista

El problema de la tendencia inherente a la crisis que esconde la dinámica de la acumulación capitalista es justamente un aspecto central de la

economía, que incluso en la economía burguesa fue incorporado casi por contrabando por las teorías burguesas más pragmáticas que buscaban dar herramientas para la respuesta burguesa a la crisis capitalista. De hecho, si bien toda la tradición burguesa a partir de Malthus hasta Keynes no reconoce la centralidad del trabajo como fuente del valor, es cierto que tuvo que adaptarse al hecho de que al menos debían contabilizar la injerencia de los salarios para poder cuantificar las magnitudes que manejaba su “macroeconomía”.

El otro hecho que la economía burguesa “tuvo que reconocer” fue el de la caída tendencial de la tasa de ganancia, vista como un descenso paulatino de la rentabilidad media de los capitales. Sin embargo, este reconocimiento del problema básico de la acumulación capitalista no se reconocía como tal, y se lo adjudicaba a problemas como la baja en la fertilidad de la tierra (Malthus), o de las contradicciones en las relaciones entre producción agrícola e industrial, etc.

Para Marx la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia era una “ley fundamental” de la dinámica capitalista. Ahora bien, esto era así porque en un modo de producción como éste, basado en el antagonismo entre los propietarios y los productores, toda la producción está encaminada a generar un aumento cuantitativo de la magnitud del valor en dinero contenida en el capital de los propietarios. Así todo el sistema, toda la producción, es sólo un medio para incrementar las ganancias, lo cual sólo podía ser conseguido si se reproducían las condiciones que permiten la supervivencia de la clase que produce y amplía el valor de los capitales. Esta ampliación constante requiere que para que la propiedad de los capitalistas siga siendo capital, y no una mera cantidad de dinero, se aplique una cantidad mayor de fuerza de trabajo, lo cual implica a su vez una mayor ampliación de la producción y por ende una mayor acumulación de capitales; y de nuevo una mayor necesidad de extracción de plus trabajo para valorizar la masa cada vez mayor de capitales, lo cual define un círculo vicioso que resulta en la cada vez más dificultosa utilización de los valores como capitales y, en particular, la realización de los valores producidos en el consumo. Es así como el propio éxito del sistema capitalista en su acumulación es lo que define su propia crisis.

Este es el fenómeno que buscó ser explicado por Keynes sin modificar sus concepciones subjetivas sobre el valor como “eficiencia marginal decreciente de los capitales”. A esta tendencia a la crisis que se había hecho evidente en su época, fue tomada por Keynes como un problema a resolver a través de las alteraciones externas de la dinámica de la oferta y la demanda a través de la acción de las políticas fiscales y monetarias que sólo los Estados podían llevar a cabo.

Algunas Consideraciones Preliminares Sobre El Verdadero Carácter De Las Políticas Estatistas De La Burguesía

Marx desarrolló su descubrimiento respecto de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia en sus contradicciones internas. De esta manera desarrolló la cuestión de las contratendencias existentes en el proceso de acumulación capitalista que evitaban que el sistema colapsara bajo su propio peso en lo inmediato. Henryk Grossman quien estudio profundamente las implicancias de las contratendencias en el desarrollo del capitalismo, afirmaba que

“... la acumulación prosigue a un ritmo cada vez más acelerado, debido a que el volumen de la acumulación no se desarrolla en proporción al nivel de la tasa de ganancia sino en relación al potencial poseído por el capital ya acumulado”¹⁴

Grossmann se basa para esto en lo que señalaba Marx, cuando decía que

“más allá de determinados límites, un gran capital con una tasa pequeña de ganancia acumula con mayor rapidez que un capital pequeño con una gran tasa de ganancia.”¹⁵

Un elemento central en el planteo de Marx respecto de la crisis de sobreacumulación inherente al desarrollo capitalista, es el hecho de que para que el sistema no colapse de forma acelerada, la acumulación de capitales debe crecer en una progresión más acelerada que la disminución de la tasa de ganancia. Esto debe ser así porque cuanto menor sea el consumo social en relación a la producción social, más plusvalor se acumulará, por lo que simultáneamente, una parte mayor de plusvalor debe ser convertido en capital variable (esto es, el adelanto de capital bajo la forma de salarios) para lo que se necesita una tasa de ampliación del capital mucho mayor. Pero justamente -y aquí está la encerrona de la lógica de la acumulación del capital- tal aceleración produciría finalmente una caída cuasi absoluta de la tasa de ganancia debido al aumento acelerado de la composición orgánica del capital. Es decir, se haría realidad el colapso del capitalismo bajo el propio peso de su acumulación, de su completa madurez histórica.

Sabemos muy bien, sin embargo, por el mismo estudio de las contratendencias de Marx, y por la experiencia histórica concreta, que no existe un mecanismo ciego que conduzca directamente hacia el colapso del capitalismo (aunque no está descartado un camino más o menos indirecto hacia la destrucción de la economía y el retroceso hacia la “barbarie”). De hecho el proceso de acumulación capitalista es retardado por las contratendencias estudiadas por Marx, que determinaron el desarrollo del capitalismo hasta su fase imperialista. Ahora bien, ya dentro de esta fase madura del capitalismo, donde ya no puede superar sus propias barreras (como lo atestigua la competencia de vida o muerte de las economías capitalistas nacionales

por el mercado mundial), quizás podría decirse que los “gastos de capital no productivos”, es decir, del consumo de los valores al no ser reproducidos por el trabajo, no son más que diversas formas de destrucción de capital. Las políticas destructivas son llevadas a cabo durante las guerras en forma directa, pero también a través de las intervenciones estatales en la economía.

Keynesianismo Y Descomposición Imperialista

Es significativo agregar que la crítica marxista a las políticas estatistas burguesas se fundamentó siempre en la ley del valor, lo que le permitió señalar la confusión keynesiana entre “gasto e inversión”. Paul Mattick, en su libro “Marx y Keynes”, realiza una crítica a las ideas estatistas keynesianas. Para este autor, Keynes genera una confusión al enunciar la idea de que el gasto deficitario puede ser financiado con los ahorros que él mismo ha engendrado. Realiza en este sentido una crítica al concepto de multiplicador que afirma crea la idea de que

“...cualquier cantidad dada de ingreso adicional puede multiplicarse simplemente al trasladarse de un grupo de ingreso a otro...”,
cuando en realidad

“No hay multiplicación del ingreso mediante el gasto inicial en sí mismo, aunque puede haber producción de nuevo ingreso; y es solamente en tanto que el gasto original lleva a un aumento de la producción que aquél puede aumentar el ingreso”¹⁶

Asimismo, también critica la idea del crecimiento basado en el endeudamiento fiscal a través del crédito, ya que como pasa con la especulación y el capital ficticio, se crean representaciones de valores a partir de la idea de que se materializarán como tales, cuando eso depende del propio desenvolvimiento sin interrupciones del proceso de acumulación de capitales.

Es importante remarcar, sin embargo, que el análisis de Mattick tiende a absolutizar las cuestiones del gasto estatal debido a la presión del gasto armamentístico durante la guerra fría.¹⁷ Creemos que más allá de haber reflejado en su análisis un hecho de su época, el problema del gasto improductivo y el estatismo excede con mucho a esa situación específica. Prueba de ello es la incapacidad de las políticas neo-ortodoxas (neoliberales) para superar la cuestión del gasto estatal que más allá de deberse a políticas estatales tiene su razón en la presión que ejercen los intereses monopolistas que son la base misma del estatismo.

Para Mattick, en las políticas keynesianas existe una obsesión por la incorporación de ciertos elementos de redistribución del ingreso, a partir del desvío de valores hacia la producción en sectores no rentables. Justamente, lo que Mattick señala es la igualación que hace el keynesianismo entre inversión y consumo, a través de los conceptos derivados del multiplicador y la curva de demanda agregada.

Para Mattick, en las políticas keynesianas existe

*“un elemento de redistribución del ingreso porque canaliza fondos hacia esferas de la producción no lucrativas”.*¹⁸

Este desvío genera un efecto de crecimiento en la producción absoluta de bienes que son consumidos de forma “no lucrativa”, esto es, de capitales que no se reproducen. Es por esto que señala que tal destrucción de capitales bajo la forma de consumo, sería la razón por la que puede desacelerarse la acumulación, lo que redundará finalmente en que la intervención estatal signifique en el corto plazo un atenuante a la crisis de sobreacumulación ya que

*“en vez de ser capitalizada, una parte creciente de la ganancia social se disipa en gasto adicional del gobierno”.*¹⁹

El problema con esta línea, llevada adelante por las políticas estatistas, es que en el largo plazo se genera un aumento inusitado de la deuda pública que, alterando todo equilibrio fiscal, produce un nuevo golpe sobre las ganancias, ya sea directamente a través de los impuestos (que como se sabe son una deducción de las mismas), o indirectamente, a través de la especulación financiera alrededor de los “bonos de deuda soberana”, que imponiéndose como valores ficticios, significan de hecho un descuento sobre la ganancia bajo la forma de intereses.²⁰

Durante los últimos cuarenta años este último mecanismo ha sido el que más se ha desarrollado debido al inmenso auge de la especulación financiera alrededor no sólo del mercado de bonos soberanos sino también alrededor del mercado de derivados financieros. El análisis de esta importante cuestión, de la injerencia del gran peso que cobró el capital ficticio sobre el proceso de acumulación en la economía mundial, es parcialmente abordado en otra nota de este número.

Finalmente podemos agregar una observación provisoria acerca del problema de las relocalizaciones. Es un hecho que estas últimas se han desarrollado como una forma de destrucción de capitales. Las deslocalizaciones son una política cortoplacista que sólo expresa la anarquía del capital, sus tendencias destructivas. La crisis actual muestra que la lógica del capital es su propio límite y que el capitalismo no puede llevar sus tendencias hasta el final. Las discusiones abiertas en la “intelligentzia” burguesa en torno a los costos económicos que les ha traído la política de deslocalizaciones y terciarizaciones en materia de diseño, calidad, etc., en empresas como Toyota, Boeing, entre otras, ilustra esta tendencia cortoplacista y demoledora del capital. El punto fundamental, sin embargo, es el mecanismo de financiamiento de aquellas. El alto costo de inversiones en capital fijo y la simultánea destrucción de capitales ya invertidos en equipos, instalaciones, etc., sólo pudo ser “rentable” dentro de la dinámica del gran desarrollo del capital ficti-

cio acaecido en las últimas décadas. Estas inmensas inversiones difícilmente hayan sido amortizadas debido a que se apoyan en la expectativa sobre las ganancias futuras que hoy podemos decir, ante esta crisis, que nunca se realizarán. A partir de esto podemos decir que el fenómeno de las relocalizaciones posiblemente constituya en cierto grado un gasto improductivo.

Un Ejemplo De Las Políticas Burguesas Ante La Crisis Actual

El desarrollo cada vez más amenazador de la crisis capitalista ha comenzado a levantar las voces de los publicistas de diversos sectores burgueses que, ante la incertidumbre y el pesimismo, buscan rescatar líneas de acción y de pensamiento económico que expresen los intereses de los países o facciones de la clase dominante que representan.

El “periodismo económico”, que llevan adelante conocidas figuras como Joseph Stiglitz o Paul Krugman, se ha convertido en los últimos años en la punta de lanza de toda una línea política dirigida a los sectores que, ante los golpes que sufrirán ante la crisis, deben ser convencidos a toda costa sobre las supuestas posibilidades de reinventarse del capitalismo.

Como ejemplo del razonamiento estatista podemos citar las opiniones de economistas como J. Stiglitz quien realiza desde hace años un publicismo sistemático de las ideas estatistas nekeynesianas. Ante la crisis que se desató a partir de 2008, muchos keynesianos como él han tomado un tono más bien profético y de advertencia que es tomado de forma completamente acrítica, no sólo por los sectores ligados a la burocracia sindical, sino también por parte de grupos que afirman ser parte de la izquierda. En un artículo publicado en titulado pomposamente “Para curar la economía” (To cure the economy), Stiglitz da una imagen breve pero fidedigna sobre la esencia de las políticas estatistas ante la crisis. Por supuesto el tono pesimista que refleja la incertidumbre es claro cuando afirma que

*“La crisis económica iniciada en 2007 continúa; mientras tanto, una pregunta obvia ronda las cabezas de todos: ¿por qué? Si no logramos una mejor comprensión de las causas de la crisis no podremos implementar una estrategia eficaz de recuperación. Y por el momento no tenemos ni lo uno ni lo otro.”*²¹

Al comenzar su análisis caracteriza que si bien la crisis estalló en el sector financiero por su “imprudencia imperdonable”, las razones de la misma son de mayor profundidad. Pero los elementos reales que para este economista definen la crisis no proponen un mayor alcance, sino la recuperación y la imposición de las viejas “políticas estatistas”. En primer lugar afirma que la actual es una crisis de “sobreproducción”, en el sentido subconsumista del término, al afirmar que

“... EE UU y el mundo fueron víctimas de su propio éxito. El acelerado aumento de la productividad en el sector industrial superó el crecimiento de la demanda, lo que supuso una reducción del nivel de empleo en ese sector. Esto implicaba un desplazamiento de mano de obra al sector de los servicios.”²²

Agrega a esta consideración una cuestión adicional relacionada con la desocupación afirmando que ésta se debe también a una supuesta disminución del empleo industrial en países desarrollados, por la presión de las ventajas comparativas de los países subdesarrollados.

Más allá de esta última explicación superficial sobre el problema del desempleo en el capitalismo, Stiglitz se centra en el subconsumo para dirigirse luego al problema tan caro al keynesianismo como es el de la demanda. Para Stiglitz hay diversas razones por las que existe una baja en la “demanda agregada”. En primer lugar debida a la “concentración del ingreso” que produciría un desplazamiento de éstos desde “personas que los gastan” a “personas que no los gastan”. Aquí diremos que, partiendo de su bagaje keynesiano, iguala gasto a inversión, al afirmar que “existe dinero pero no se gasta”, cuando en realidad hablamos de capitales inmovilizados. Esto es claro cuando, asombrado, afirma ante la falta de inversión de las empresas que

*“Las grandes empresas atesoran unos cuantos billones de dólares en reservas de efectivo, o sea, que no es la falta de dinero lo que les impide invertir y tomar trabajadores. Pero para algunas empresas pequeñas, quizá para muchas, la situación es muy diferente: están tan necesitadas de fondos que no pueden crecer, y muchas se ven obligadas a menguar.”*²³

Esta concentración de capitales, que Stiglitz confunde con concentración de simple dinero, como el que brinda el salario al trabajador, es en realidad la acumulación o sobreacumulación de capitales que no pueden reinvertirse sin desaparecer (consumidos como gastos improductivos en inversiones no rentables) en las actuales condiciones del mercado. Por supuesto que esta afirmación se basa en determina concepción rudimentaria acerca del dinero (teoría cuantitativa) pero es importante para nosotros señalar lo rápidamente que salen a la luz las limitaciones conceptuales ante un hecho tan manifiesto como la crisis.

Pero justamente, a partir de esta confusión, el problema que se plantea deja de ser el de la operación adecuada y eficiente de los recursos de la sociedad (los capitales reales y sus representaciones dinerarias) sino el de la distribución de tales recursos, que dicho sea de paso, son despojados de todo su carácter concreto y específico que les da su valor de uso. La destrucción de capitales mediante el reparto del dinero, bajo la forma de rentas, subsidios, gasto estatal, y demás, es el primer gran malentendido que busca imponer la política de endeudamiento keynesiano.

Como vimos, la igualación entre inversión y gasto improductivo es la operación fundamental para la justificación de las políticas de gasto estatal pro-

puestas por el keynesianismo. Pero como vemos, la idea de fomentar la demanda mediante el gasto (el famoso “multiplicador”) parte básicamente de esta idea de que la crisis tiene un elemento de “subconsumo” por “concentración de dinero en pocas manos” y que su remedio natural es la “redistribución del dinero”, confundiendo con la riqueza real, material, de la sociedad, acumulada bajo la forma de capitales.

La misma operación ocurre con las afirmaciones respecto del dinero existente en las reservas de los países subdesarrollados que no se gasta, y en los recortes al gasto estatal en salud y educación que los gobiernos capitalistas combinaron con las muy keynesianas políticas de subsidio o inyección de capitales al sistema financiero. Es importante señalar aquí también respecto de la cuestión de los servicios sociales básicos de salud y educación cómo, a partir de la lógica keynesiana, el “gasto” que se realiza en los mismos está dirigido a fomentar la demanda y no a cumplir con las necesidades de tales servicios. De hecho, el destino concreto de ese gasto termina siendo una consideración de índole “extraeconómica” (“ética”, o “política”) ya que desde la lógica del multiplicador de la demanda agregada, no importa si el estado gasta los capitales acumulados por la sociedad en armar un gran ejército invasor, o en enterrar botellas para luego pagar para desenterrarlas (en la imagen que usaba Keynes para explicar su política)²⁴. Esto es importante, porque en el publicismo de estos autores existe un gran componente demagógico que luego es puesto de contrabando como el centro de las políticas keynesianas, cuando en realidad, todo se trata de mantener la dinámica de concentración de los capitales iniciada por la crisis, sumada a una nueva relación de fuerzas entre capital y trabajo que beneficie al primero con superiores tasas de explotación.

A partir de tales argumentos Stiglitz afirma finalmente que

“La receta para el mal que aqueja a la economía global se deduce inmediatamente a partir del diagnóstico: hacen falta sólidos programas de gasto público que apunten a facilitar la reestructuración, promover el ahorro energético y reducir la desigualdad; y junto con esto, una reforma del sistema financiero internacional que cree alternativas a la acumulación de reservas.”

Más allá de la esencia burguesa de los planteos que analizamos más arriba, que permanentemente buscan ocultar el problema del origen del valor sobre todo ante un momento como el de la crisis donde se manifiesta en la superficie, surgen dos cuestiones adicionales muy importantes. Como dice Stiglitz, existe un problema respecto de los costos energéticos. Ante éstos la única propuesta es la del “ahorro” energético, que si no redundaría en la misma disminución del consumo debe plantear al menos un salto tecnológico que permita resolver un problema estructural del capitalismo y que no casualmente está íntimamente relacionado con la

sobreacumulación (los gastos en materias primas, fundamentales en la industria de la energía, se vuelven cada vez más importantes a medida que progresa la tendencia a la sobreacumulación por el aumento de la composición orgánica del capital). Sin embargo, como el capitalismo en crisis no está en condiciones de realizar tal revolución tecnológica (las mismas no pueden tener causas “endógenas” referidas a un supuesto avance de la tecnología por sí misma, sino que se deben a un determinado salto en la productividad de las fuerzas productivas), es previsible que el ahorro energético sea simplemente una de las tantas formas de la carestía que la burguesía obligará a mantener a las grandes masas.

La otra cuestión importante es la de velada, pero a la vez fuerte crítica a la acumulación bajo la forma de fondos soberanos existente en los países subdesarrollados, ese “dinero que no se gasta”. Esta observación puede significar un llamamiento a la expropiación de tales capitales por parte de las potencias que pueden “gastarlos”, ya sea directa o indirectamente. Cuando Stiglitz habla de “alternativas a la acumulación de reservas” se refiere por supuesto a la implementación de políticas de gasto público también en estos países carentes de capital en comparación con los países imperialistas. Y es que la implementación de políticas de gasto público al estilo keynesiano en países que no poseen un sistema financiero propio, ni una industria fuerte y que por ende no pueden decidir sobre sus economías, significa simplemente la exposición extrema ante la fuerza económica de las potencias imperialistas, lo que sólo puede redundar en una mayor penetración imperialista. Tomando un ejemplo autóctono, podemos decir que la política económica de los dos primeros gobiernos de Perón sea uno de los ejemplos más claros al respecto. Por supuesto que tales dinámicas se complejizan ante la dinámica de la crisis de las relaciones interestatales, la cual bullirá en el escenario de las disputas comerciales que generará en el mediano plazo el proteccionismo y la intervención estatista en general.

La crisis capitalista tiende a abrir el manto con que se cubren las verdaderas causas de la catástrofe social del capitalismo. Pero es justamente en estos momentos cuando la vanguardia de la clase obrera debe ahondar y superar sus concepciones propias del sentido común y explorar los mecanismos reales de la explotación para finalmente abolirlos al superar verdaderamente la causa del actual desastre: el modo de producción capitalista. Superar la ideología estatista, tan arraigada en sectores de masas y tan cara a la izquierda, es una de las tareas a llevar adelante por la nueva generación de revolucionarios para enfrentar la mayor descomposición imperialista.

Notas

- [1] Artículo elaborado en septiembre-octubre de 2011
- [2] “A Treatise on Political Economy, or the production, distribution and consumption of wealth” (1803)
- [3] D. Guerrero, et al. Manual de economía, vol 1. 2001, pág 258
- [4] Ibidem
- [5] Grossmann, “La economía política clásica y el problema de la dinámica”
- [6] Ibidem
- [7] Ibidem, pág 68.
- [8] Ibidem, pág 70-72
- [9] La Paradoja de Jevons, denominada así por su descubridor, William Stanley Jevons (o también Efecto Rebote), afirma que a medida que el perfeccionamiento tecnológico aumenta la eficiencia con la que se usa un recurso, lo más probable es que aumente el consumo de dicho recurso, antes que disminuya. Concretamente, la paradoja de Jevons implica que la introducción de tecnologías con mayor eficiencia energética pueden, a la postre, aumentar el consumo total de energía
- [10] Grossmann, ob. Cit., pág 74.
- [11] En la teoría keynesiana, la demanda efectiva es la variable esencial que determina el nivel de empleo. Un concepto que Keynes adiciona aquí es el de “precio de oferta global”, el cual se define para un nivel dado de empleo, y es “el producto esperado que, a los ojos de los empresarios, es justo suficiente para que valga la pena ofrecer ese volumen de empleo”. No es un precio en el sentido corriente del término, sino el producto mínimo exigido por los empresarios para que acepten contratar los trabajadores que permiten obtenerlo. Como puede verse, en esta economía al revés, el trabajo necesita del capital, y no el capital del trabajo. La demanda efectiva es la demanda anticipada que es igual a la oferta global. Al nivel de la demanda efectiva así obtenida le corresponde un nivel de empleo determinado.
- [12] Es importante notar la diferencia que existe entre relación externa e indiferente que plantean tanto Wicksell como Keynes, y la relación marxista entre tasa de interés y tasa de ganancia, que si bien no es “necesaria” es interna, ya que en Marx el interés es una deducción de la ganancia
- [13] K. Marx, *Grundrisse* t.I cap 2 p.84
- [14] Grossmann, “Ley de la acumulación capitalista...”
- [15] Marx, “El capital”, t.III, cap. 15
- [16] Mattick, Grossmann, Keynes. Citado por D. Guerrero
- [17] Por esta razón Mattick le otorga un carácter de contratendencia.
- [18] Ibidem
- [19] Ibidem
- [20] Ver en este número: “Crisis del sistema monetario mundial y desarrollo de las fuerzas productivas bajo la descomposición imperialista”
- [21] To cure the economy, octubre 2011
- [22] Ibidem
- [23] Ibidem
- [24] “Cuando existe desocupación involuntaria (...) incluso la construcción de pirámides, los terremotos y hasta las guerras pueden servir para aumentar la riqueza. (...) Si la Tesorería (el Estado) se pusiera a llenar botellas viejas con billetes de banco, las enterrara a profundidad conveniente en minas de carbón abandonadas, que luego se cubrieran con escombros de la ciudad, y dejara a la iniciativa privada, de conformidad con los bien experimentados principios del laissez-faire, el cuidado de desenterrar nuevamente los billetes no tendría por qué haber más desempleo y, con ayuda de las repercusiones, el ingreso real de la comunidad y también su riqueza de capital probablemente rebasarían en buena medida su nivel actual. Claro está que sería más sensato construir casas o algo semejante; pero si existen dificultades políticas y prácticas para realizarlo, el procedimiento anterior sería mejor que no hacer nada.” Keynes, Teoría General de la ocupación, el interés y el dinero (1935).

LOS DESBALANCES EN EL MERCADO MUNDIAL

Consideraciones Preliminares Para El Análisis Del Problema Del Comercio Exterior



Por: Isabela Arana y Joaquín Morelli

El G-20 Y Los Desequilibrios De Las Balanzas De Pagos

Algunas de las implicancias del debate sobre la cuestión del “equilibrio” han sido abordadas en otros artículos de este número, por lo que nos referiremos puntualmente aquí a las discusiones sobre los desequilibrios en las balanzas de pagos que tanto aquejan a los gobiernos en la actual crisis.

En este sentido tomaremos como referencia para la discusión los argumentos de A. Shaikh respecto de la teoría de los costos comparativos, que es una de las teorías básicas que según la economía burguesa

determinan el balance equilibrado en las relaciones económicas entre las naciones.

Esta teoría enunciada por D. Ricardo en el siglo XVIII, y sobre la cual se han seguido construyendo diversas versiones más modernas de la misma, postula que si existe el libre comercio entre dos naciones que producen, por ejemplo, dos productos, cada una de las naciones debe concentrarse en producir la mercancía en la que sea más eficiente, e importar la que sea más cara de producir. Por otra parte, la teoría postula también que si existe comercio libre el mismo será regulado por el principio de ventaja comparativa, es decir, sin tomar en cuenta las ventajas

absolutas para la producción (mayor productividad y composición orgánica del capital, etc.), por lo que el comercio terminará beneficiando a ambas partes, aún encontrándose en desigualdad de condiciones.

Para ilustrar esta idea bastante confusa, Ricardo recurría al ejemplo del comercio de telas y vino entre un país desarrollado (Portugal) y otro más atrasado (Inglaterra), siendo ambos productores de tales productos. En este ejemplo, dada la mayor eficiencia de Portugal como país adelantado en esos años respecto a Inglaterra, el comercio sólo se daría en la dirección de la venta de ambos productos por parte de Portugal y el pago directamente con oro por parte de Inglaterra, lo que le produciría una baja en la cantidad de dinero (oro). En este sentido, según la teoría de costos comparativos, debería aplicarse aquí el postulado de la teoría cuantitativa del dinero que afirma que la cantidad de dinero existente en un país determina en forma directamente proporcional el nivel de los precios. Es decir entonces, que la salida de oro de Inglaterra, haría bajar los precios en la misma, por lo que a medida que se desarrollara el comercio, paulatinamente con la baja sistemática de los precios ingleses, resultaría que al menos alguno de los productos producidos aún por Inglaterra comenzaría a ser más barato, y por ende más competitivo ante los producidos por Portugal.

Luego de esta referencia debemos decir que, si bien esta teoría es bastante confusa en su planteamiento, y sobre todo, los resultados que predica no pueden verificarse en la realidad, increíblemente es la base de los planteos actuales sobre el equilibrio mundial sobre el que discuten los gobiernos capitalistas. Claro que, a través de argumentaciones más o menos complejas y aggiornadas.

Derivaciones Contemporáneas De La Ley De Costos Comparativos

Shaikh desarrolla en sus materiales dos de las versiones modernas de la teoría de costos comparativos. Creemos oportuno citarlas para comenzar a delinear el camino entre la formulación básica de la teoría ricardiana y las actuales concepciones sobre la economía mundial y sus desequilibrios que tienen los políticos y economistas burgueses en la actualidad.

Shaikh nombra en primer lugar la llamada "ley de proporciones de los factores" de Hecksher-Ohlin-Samuelson, la cual no es más que una versión marginalista de la teoría de los costos comparativos, que intenta determinar las diferencias de costos de producción en cada país reverenciándolas a las respectivas dotaciones de trabajo y capital que tenga cada nación. De esta manera, habría naciones cuya producción sería más intensiva en capital y otras en las que lo sería más en relación al trabajo, característica que las obligaría a especializarse, según el primer postulado de la ley ricardiana, en la producción donde sean más efectivas.

Partiendo de estas consideraciones, y más allá de las diferencias de matices que existen entre este planteo neoclásico y el planteo ricardiano, no hay dudas que la estructura fundamental de ambas versiones es la misma al converger en puntos nodales tales como que es la ventaja relativa la que determina el patrón del comercio, que éste último constituye una actividad de beneficio mutuo entre los distintos factores económicos (países) involucrados, que cada país es una entidad homogénea sin clases sociales y donde el mecanismo que causa el buen funcionamiento de la ley, favoreciendo el equilibrio, es el mismo.

Luego Shaikh nos da otro ejemplo de la aplicación de la ley ricardiana del intercambio internacional a través del enfoque de saldos monetarios. Esta teoría no es ajena a la idea ricardiana concerniente a que cualquier teoría monetaria que traduzca el déficit comercial inicial del país atrasado en niveles de precios descendentes (en comparación con el nivel de precios en el país más desarrollado) solucionará el problema. Este enfoque establece que una disminución en la oferta de dinero genera una caída en los saldos monetarios de los individuos y las empresas, por lo que, se produce una reducción del consumo y de la inversión en el país que presenta déficit, generando de esta manera una baja en los salarios y los precios, que no tardaría en recomponer la ventaja comparativa, restaurando, claro está, el equilibrio.

Es importante aclarar que el enfoque keynesiano también es partidario de la ley de ventajas comparativas. Esta corriente sostiene que los países participan en el comercio internacional porque les resulta provechoso y ello puede deberse a varias razones, entre las que resaltan la diversidad en las condiciones de producción, entre las distintas regiones y áreas; la existencia de economías de escala, siendo el comercio internacional la herramienta apropiada para resolver los excedentes generados por la especialización; las divergencias en los gustos y en los patrones de consumo de los individuos y el principio de la ventaja comparativa.

Más allá de las diferencias de matiz que existe entre las distintas escuelas y enfoques, y, más allá de las críticas que ha recibido dentro de la misma teoría económica burguesa, la ley ricardiana de costos comparativos que establece la posibilidad de un equilibrio natural logrado por el libre comercio entre las naciones, abstrayéndose de las ventajas comparativas (como la productividad, el acceso al crédito, etc.) continúa presente y siendo dominante en los análisis burgueses sobre comercio internacional. Esta influencia se mantiene en los análisis de los principales economistas y funcionarios actuales.

Imperialismo, Tendencia Decreciente De La Tasa De Ganancia Y Desequilibrios

Retomando la cuestión de los desequilibrios en las balanzas comerciales, nos ocuparemos particu-

larmente del desarrollo que ha hecho el marxismo respecto de la cuestión del comercio exterior, en el sentido de discutir con las posiciones burguesas respecto de la cuestión de los déficits comerciales existentes entre las principales economías del mundo.

Comenzaremos por señalar que existen diversas interpretaciones de los textos de Marx a la base de los diferentes argumentos respecto de la cuestión de la crisis. Sin embargo, la mayoría de las veces tal diversidad se debe al carácter complejo de la teoría marxista, sobre todo respecto de su método, que no admite las comunes tendencias a la abstracción de las formas universales o a la unilateralidad al analizar procesos de la realidad.

En particular respecto de las crisis, Marx definió los aspectos estructurales de la crisis capitalista ligándolos a una dinámica de desarrollo altamente contradictoria del capitalismo. De ahí que el fundamento de la teoría de las crisis es, ante todo, la misma ley del valor trabajo y la contradicción fundamental entre valor de uso y valor de cambio bajo el capitalismo², que no es más que la constatación de que tal modo de producción se realiza en un sistema de contabilidad ajeno al carácter social de

lo que se puede ver en la realidad. Pero fundamentalmente, lo que define este fenómeno es la tendencia a la acumulación de capitales (capital fijo) en detrimento de la tasa de ganancia.

El problema de la sobreacumulación de capitales es la expresión concreta de esta tendencia y tiene diversas manifestaciones, en diversos tipos y subtipos de crisis capitalistas, que ocurren dentro de cierto comportamiento cíclico pero no repetitivo, ya que cada crisis profundiza la tendencia en el desarrollo del capitalismo (diferencia entre las crisis del período ascendente y las crisis del período de decadencia, en la etapa imperialista).

Marx afirma que entre las fuerzas contratendenciales a la TDG se hallan el aumento de la explotación de la fuerza de trabajo, la disminución del salario por debajo de su valor, el abaratamiento de los elementos del capital fijo, la superpoblación relativa, el comercio exterior, y la expansión de las empresas por acciones.

Como se ve a simple vista, estas fuerzas contratendenciales constituyen aspectos importantes del capitalismo en su fase imperialista. Justamente su origen como atenuantes de la tendencia a la crisis por sobreacumulación (que se expresa en la tendencia a la baja de la tasa de ganancia) las emparenta directamente con la fase imperialista. Sin embargo, creemos que el análisis de dos de las fuerzas enumeradas por Marx, el desarrollo del comercio exterior y la expansión de las sociedades por acciones, pueden ayudar a caracterizar la dinámica del desarrollo del capitalismo imperialista.

Lenin había comenzado a desarrollar su análisis del fenómeno ante una situación distinta como fue la lucha política



la producción, teniendo una dinámica inmanente reducida a la necesidad del crecimiento ad infinitum de la ganancia y de la acumulación.

Derivado de esto es que Marx constata la contradicción histórica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la baja tendencial de la tasa de ganancia, que marca profundamente el carácter histórico y limitado de la producción capitalista. La tendencia a la baja de la tasa de ganancia (TDG) debida al aumento acumulativo de la composición orgánica del capital, es decir, la gran acumulación de capital fijo que a través de los años disminuye la proporción de capital variable en la reproducción del capital.

Esta tendencia es estudiada por Marx a su vez en sus propias contradicciones, a las que llama fuerzas contratendenciales, que definen por qué el acceso a la crisis del capitalismo no es más rápido de

contra las tendencias reformistas de la II Internacional, sobre todo contra el análisis de Hilferding y Kautsky. En este sentido, prestó especial atención al problema de las fuerzas contrarrestantes (contratendencias) del capitalismo respecto de su crisis estructural (expresada por Marx en la tendencia a la baja de la tasa de ganancia). Podemos decir en general que Lenin discute contra la absolutización que hacía Kautsky de las “fuerzas contrarrestantes de la caída de la tasa de ganancia”, introduciendo la importancia decisiva de la lucha de clases en el análisis de la situación. El mismo desarrollo de las fuerzas productivas había hecho del capitalismo un modo de producción que había alcanzado su máximo desarrollo y que por ende había comenzado a ser un escollo para el desarrollo de las fuerzas productivas. También había hecho de la burguesía una clase completamente reaccionaria.

Uno de los méritos más grandes de Lenin fue continuar el desarrollo de la crítica al capitalismo hasta su fase de mayor desarrollo. Para Lenin, las tendencias propias del capitalismo, las tendencias de su desarrollo, lo habían conducido, en un movimiento contradictorio, al imperialismo, que tenía como base la tendencia a la desaparición de la “libre concurrencia” (la libre competencia) y la aparición del monopolio. De ahí que para Lenin y el imperialismo podía definirse como una fase avanzada del capitalismo, o también como capitalismo monopolista.

Lo principal para Lenin, contra toda suerte de visiones vulgares sobre el imperialismo como “anexionismo” o violencia sobre países más débiles, es partir de que la base del fenómeno del imperialismo es económica, pero que a su vez, el accionar de éste se desarrolla a través de la política, como su medio principal de desenvolvimiento. Es decir, ya no es la dinámica de la “libre concurrencia” y el desarrollo de las formas más eficientes de producción las que garantizan el éxito en la competencia entre capitalistas, sino más bien, el poderío de los monopolios, de la alianza entre el capital industrial más concentrado y el capital financiero, y su dominio casi total sobre el Estado.

Para Lenin, quien se tomó el trabajo de reunir las partes dispersas del análisis sobre el fenómeno que los propios burgueses desarrollaban, el problema del imperialismo era también la respuesta a la necesidad de “exportar” las contradicciones políticas y sociales (agudización del enfrentamiento entre las clases fundamentales) y sobre todo, económicas del capitalismo (sobreacumulación de capitales).

Creemos que Lenin desarrolló su particular visión del desarrollo del capitalismo de forma profundamente coherente con Marx. Sobre todo si consideramos que para Lenin el imperialismo no es una “opción política”, sino que surge a través del mismo desarrollo del capital en sus últimas tendencias, que constituyen, a su vez, parte de las “contratendencias” (o fuerzas contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia) descritas por Marx. En particular, como hemos dicho más arriba, respecto de la extensión del capital financiero a través de la sociedad de los grandes bancos con el gran capital industrial, que dieron pie a las corporaciones por acciones, que son la condición de posibilidad de las grandes empresas monopólicas y los trusts, con sus grandes volúmenes de capital fijo. La otra contratendencia que podemos verificar en su gran desarrollo, es la de la expansión del

comercio exterior a escala mundial, que no debe ser entendida sólo como la extensión del intercambio de mercancías a nivel mundial (cosa ya existente desde los inicios del capitalismo), sino de la exportación de capitales y la creación de mercados capitalistas, propia de la expansión colonial inusitada que se dio luego de 1880 y que continuó, a pesar de estar el mundo “ya repartido” (cuestión que no

mermó, sino que acentuó tal tendencia). El imperialismo puede verse entonces, como un desarrollo de las contratendencias del capital, que como tales, aplazan las crisis aumentando su fuerza destructiva.

Marx, Las Leyes Del Intercambio Capitalista Y La Teoría Marxista Del Dinero. Reevaluación Marxista De La Ley De Costos Comparativos

Marx explicaba que el comercio exterior actuaba como contratendencia debido a que:

“Cuando el comercio exterior vende a mejor precio los elementos del capital constante o los medios de subsistencia de primera necesidad en que se desembolsa el capital variable, contribuye a hacer que aumente la cuota de beneficio, aumentar la cuota de la plusvalía y a disminuir el valor del capital constante. Por una parte, acelera con esto la acumulación y, por otra, fomenta la disminución del capital variable con respecto al capital constante y, por consiguiente, la disminución de la cuota de beneficio. De la misma manera la expansión del comercio exterior, en los principios del régimen capitalista de producción fuese la base de ésta, a medida que el régimen de producción capitalista se desarrolla, va convirtiéndose en su propio producto por necesidad interna de él, y por su apetencia de mercados cada vez mayores.”³

Marx a continuación se pregunta si la elevación de la cuota general de beneficio es aumentada por la cuota de beneficio más grande que se obtiene invirtiendo el capital en el comercio exterior, y en particular en el comercio colonial. A esta pregunta cuya respuesta no es desarrollada completamente, ya que el tomo de El capital destinado al comercio exterior debía exponerse más adelante, por lo que nunca se comenzó⁴, Marx contesta afirmativamente. Por un lado, debido a que en la competencia entre las mercancías producidas por los capitales de mayor composición orgánica se podrán vender a precios de mercado inferiores incluso a los valores de las mercancías producidas por los capitales del país atrasado. Por otra parte, en lo que respecta a la inversión de capitales en países atrasados donde la



tasa de ganancia es mayor, Marx nos dice:

“...los capitales invertidos en colonias, etc., pueden proporcionar mayores cuotas de beneficio en relación con el bajo nivel de desarrollo que en general presenta la cuota de beneficio en los países coloniales, y también con el grado de explotación del trabajo que allí se obtiene mediante el empleo de esclavos, culís, etc (...)”

El país beneficiado obtiene en el intercambio una cantidad mayor de trabajo de la que exporta, aunque la diferencia, el superávit, vaya a parar a los bolsillos de una clase determinada, como sucede con el intercambio entre capital y trabajo en general. Por tanto, cuando la cuota de beneficio sea mayor por serlo siempre en los países coloniales, esta cuota mayor puede coincidir perfectamente con precios bajos de las mercancías si en los países coloniales se dan las condiciones propicias para ello. Se efectúa entonces una nivelación, pero no a base del nivel antiguo como dice Ricardo.”⁵

Marx también desarrolla los límites de la contratendencia:

“Pero el mismo comercio exterior fomenta en el interior el desarrollo de la producción capitalista, y, a la vez, el descenso del capital variable respecto al constante, mientras que, por otra parte estimula la superproducción en relación con el extranjero, con lo cual produce a la larga el efecto contrario.”⁶

Hechas estas consideraciones, podemos empezar aquí a analizar las consecuencias de las relaciones comerciales entre países con desarrollo desigual a partir de la teoría de Marx. Por supuesto, las conclusiones serán muy diferentes a las esbozadas más arriba por las teorías burguesas. Un breve repaso a la cuestión nos ayudará luego a encarar el problema desde una perspectiva más actual.

En primer lugar, es necesario decir que para el marxismo, justamente al tener una teoría del dinero completamente distinta a la de Ricardo, las conclusiones y consecuencias son diametralmente opuestas. Recordemos que la teoría del dinero de Marx⁷ se basa primero en una Ley del valor-trabajo diferente de la de Ricardo, en la que los valores-trabajo son el centro de gravedad de los precios de mercado a través de la determinación que tienen hacia los precios de producción. A partir de esto la teoría del dinero de Marx asigna una distinción fundamental entre el valor y el precio en dinero, siendo este último no el determinante del valor, sino simplemente la medición de éste.⁸ Para la teoría del dinero de

Marx la suma de los precios de las mercancías puede aumentar, pero no en base al aumento nominal del dinero, sino al incremento de los valores existentes en el mercado, ante los cuales eventualmente aparecerá un aumento en la cantidad del dinero debido a la mayor necesidad de circulante.

Justamente, y volviendo a la teoría de los costos comparativos, si aplicamos la teoría del dinero de Marx, los resultados del comercio entre dos países con desigual desarrollo son muy diferentes a los postulados por Ricardo y repetidos por el resto de los economistas burgueses aún hoy. En primer lugar, si tomamos los países del ejemplo clásico de Ricardo, cuando comenzara el comercio entre la atrasada Inglaterra y el desarrollado Portugal, la fuga de dinero hacia el segundo haría crecer la tasa de interés en la primera (el cual es el verdadero efecto que tienen los cambios en la masa de dinero disponible en un país), a la par de que la producción inglesa de vino y telas comenzaría a sucumbir. Por lo tanto la desventaja de Inglaterra produciría en realidad un déficit comercial crónico compensado con una salida permanente de oro que se acumularía en Portugal. Ciertamente es que el alza en la tasa de interés atraería a los capitales a ser invertidos en Inglaterra mediante empréstitos concedidos por Portugal y que la primera necesitaría desesperadamente. Esto sólo prorrogaría el colapso inevitable, ya que Inglaterra tendría que pagar los préstamos y sus intereses sin poder compensar el verdadero origen del problema de su balanza comercial deficitaria.

Con la ayuda de este ejemplo esquemático podemos analizar la cuestión del comercio exterior y la cuestión de las transferencias de valor.

Henryk Grossman Y La Cuestión De Las Transferencias De Valor En El Mercado Mundial

Para Grossmann el desarrollo del mercado mundial bajo el imperialismo tenía una dinámica en la cual la acumulación capitalista genera la acentuación de las desigualdades del desarrollo de los países y finalmente en la creación de nuevos desequilibrios. Justamente respecto del comercio exterior Grossmann desarrolla

la idea de las transferencias de valor entre países producto de los diferentes niveles de productividad de las economías. En particular, las diferencias que se establecían entre la producción que se realizaba entre capitales de mayor y menor composición



orgánica.

Para Grossmann, el fenómeno de la exportación de capitales, típico de la fase imperialista del capitalismo, estaba a la base de todo un proceso de transferencias de valor desde las colonias y semicolonias hacia las metrópolis imperialistas. Sin embargo, más allá de las apariencias iniciales, para Grossmann este efecto no se daba como consecuencia de las mayores tasas de ganancia que se podían lograr en los países atrasados con mucha menor composición orgánica del capital. Dice Grossmann

*"(...) la ganancia de los países capitalistas más desarrollados representa una transferencia de la ganancia del país menos desarrollado (...) se crea para el país más desarrollado, junto al plusvalor producido en el mismo, un plusvalor adicional, que fue producido en el país poco desarrollado y transferido al país más desarrollado con la ayuda de la competencia en el mercado mundial, o sea, por la vía del intercambio desigual, un intercambio de no equivalentes."*⁹

Este plusvalor obtenido mediante los mecanismos de la competencia en el mercado mundial, contribuye así a mejorar la tasa de ganancia de los capitales del país imperialista, haciendo de sus ganancias superganancias superiores a las establecidas por la tasa media. De esta manera, el comercio exterior actúa como una de las contratendencias a la baja de la tasa de ganancia generada por la acumulación del capital.

Este efecto de la exportación de capitales actúa también a través del desarrollo del capital financiero, ya sea a través de la creación de las compañías por acciones, o por la creación de inmensas sumas de capital-dinero-prestable que a través del crédito buscan valorizarse mediante movimientos especulativos. La exportación de capitales dinerarios bajo la forma de préstamos es una forma de valorizar los capitales excedentes.

Como dice Grossman:

*"La exportación de capital hacia el exterior y la especulación en el interior del país son fenómenos paralelos y nacen de una misma raíz"*¹⁰

La Economía Política Burguesa Y La "No" Transferencia De Valor En El Mercado Mundial

Tal como se expuso anteriormente, la teoría de costos comparativos parte de la teoría cuantitativa del dinero para sus argumentos respecto de los intercambios entre dos países. Su error principal, que es coherente con el planteo cuantitativo, es el de abstraerse del carácter específico de los valores transados en el comercio internacional. Estas ideas burguesas son las que actualmente dominan el análisis y las políticas imperialistas.

Últimamente ha cobrado relevancia una idea sostenida por muchos publicistas burgueses sobre la nueva época que abriría para el capitalismo el crecimiento de los "países emergentes". Los principales interesados en este tipo de propaganda son muchas veces fondos de inversión y demás enti-

dades que buscan captar inversionistas para proyectos en Asia, África, Medio Oriente y América Latina. Según estos especuladores, el crecimiento de los países emergentes, dado a partir de los altos precios de las materias primas de la última década y la alta demanda de los mismos por parte de China, puede tomarse como una norma de crecimiento. De esta manera, y a partir del flujo de capitales que ha entrado a estos países en los últimos años, afirman que tales naciones no tardarían en alcanzar el nivel de desarrollo de los países imperialistas. Las falacias sobre las que se sustenta esta teoría son variadas, pero comenzaremos diciendo que son un buen ejemplo de aplicación de la teoría de costos comparativos, ya que sostienen aquel principio de que cada país se dedique a producir los productos donde posea mayor eficiencia abstrayéndose del carácter de los que se intercambia. Ahora bien, el caso del intercambio de materias primas por bienes manufacturados, bienes de capital y capital-dinero no es justamente el caso de un intercambio de "equivalentes". Los altos costos de las materias primas, son más un costo para el capital imperialista (que agrava la caída de la tasa de ganancia) que una verdadera ganancia para los países subdesarrollados productores de las mismas. Si sumamos a esto el hecho de que la producción de materias primas poco a poco es monopolizada por las inversiones imperialistas (salvo en los países donde por razones políticas la burguesía semicolonial busca mantener su posición) obtenemos un cuadro en el que los países productores de materias primas obtienen divisas, pero pagan por los capitales que necesitan altos costos que no tienen los países imperialistas. Entonces la imagen del intercambio superavitario o siquiera equilibrado pasa a ser su exacto contrario apenas existe una leve modificación de los precios de los productos de los países subdesarrollados.

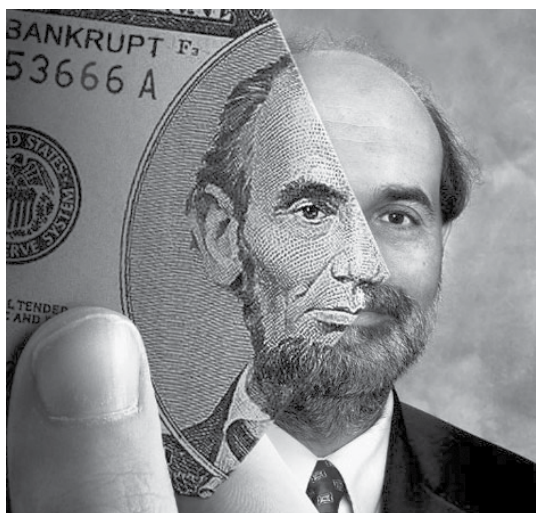
Aquí vemos cómo la crítica contra la ley de costos comparativos es válida no sólo contra los liberales defensores del free trade bajo el imperialismo, sino también contra quienes sostienen la "teoría del desacople", e incluso algunos "profesores" marxólogos (Shaik, Guerrero, Astarita) quienes niegan uno de los hechos que está a la base de la teoría del imperialismo como es el de las transferencias de valor.

Partiendo de estos elementos teóricos podemos analizar algunas de las posiciones de prominentes economistas y opinólogos burgueses que hoy tienen bastante influencia en el debate de la crisis.

Los Representantes Actuales De La Teoría Económica Burguesa Y La Crisis Capitalista

Si bien las teorías burguesas antes mencionadas en los distintos artículos de este número se encuentran a la base de las discusiones y las políticas llevadas adelante por los funcionarios capitalistas, es necesario decir que las mismas son producto en realidad de combinaciones eclécticas de diversas

versiones, a veces opuestas, del pensamiento de las diferentes corrientes económicas burguesas. Precisamente en las sucesivas declaraciones del G-20 se expresa una mezcla de líneas muchas veces contradictorias entre políticas de corte librecambista (en la línea de M. Friedman) junto con otras de tipo keynesiano. Actualmente, entre los representantes de la teoría económica burguesa destacan figuras como Bernanke, Krugman y Fergusson, razón por la cual es importante polemizar con algunos de sus postulados.



Ben Bernanke: El Pragmatismo Más Abjecto Al Comando De La FED

El actual responsable de la Reserva Federal de EEUU, quien durante toda su carrera fue parte de la cohorte de Friedman¹¹, hoy lleva adelante políticas de intervención estatal en la economía que habrían hecho empequeñecer al mismo Keynes. Las brutales inyecciones de capital a las instituciones financieras en quiebra y ahora la intervención monetarista de compra de deuda para devaluar al dólar (que contradice la preferencia de su mentor por el “cambio flotante”) constituyen uno de los ejemplos más claros del carácter de los cuadros imperialistas ante la crisis. Estas contradicciones no son sólo un problema para tal o cual individuo, sino que en realidad constituyen la bancarrota de todo un edificio teórico que dominó la economía mundial en los últimos 40 años.

Para indicar más claramente el contraste podemos citar como ejemplo el hecho de que para Friedman los déficits no eran una preocupación, ya que según toda salida de capitales tendía a equilibrarse automáticamente mediante el mercado a través de la circulación, aunque fuera en el largo plazo. En este sentido, incluso en el peor de los casos, en el que las divisas no se recuperaran mediante el comercio, el país con déficit podría seguir

obteniendo los bienes necesarios a cambio de papeles producidos a bajísimo costo. Es claro aquí que la “teoría” de Friedman sólo podía funcionar para el país que cuenta con el control absoluto de la cotización del “dinero mundial” (dólar), que podía realizar la operación de cambiar bienes por más deuda, tal como hizo sistemáticamente EEUU en las últimas décadas a través de la emisión de “bonos del tesoro”, siempre bien recibidos por los países exportadores. De esta manera, según Friedman, los déficits comerciales que tienden a sufrir los países “consumidores” (léase, los EEUU, y tal vez también el Reino Unido) sólo significaban la “ventajosa” posibilidad para los consumidores de que gracias al crédito, pudieran obtener y disfrutar de más bienes a precios más bajos. A la inversa, según él, los consumidores de los países “exportadores” (léase Alemania o Japón) que obtenían superávit de sus balanzas comerciales, pagarían más por los mismos bienes que recibían. Incluso más aún, Friedman siempre defendió el supuesto hecho de que los EEUU mantenían un “equilibrio” en su balance de comercio exterior a través de los intercambios entre deudas, debido al brumoso hecho nunca comprobado de que EEUU invertía en acciones, mientras que los países extranjeros invertían en bonos de deuda. Ante semejante “pensamiento económico” no deben sorprendernos las líneas de emergencia para China, señaladas en otra nota de este número, cuando los EEUU ya no pueden sostener más tal modelo de comercio exterior, y deban buscarlo en la imposición a China de un aumento extremo en su consumo interno.

Es importante señalar también que para Friedman otro mecanismo de autocorrección de los déficits era la libre flotación de la moneda, la cual alentaría o desalentaría las importaciones de acuerdo a la fortaleza de la moneda (determinada por la salida o la entrada de divisas al país en base al comercio exterior). Ahora bien, como señalan muchos economistas burgueses, en realidad la idea del cambio flotante es más una utopía que una realidad, ya que los ajustes supuestamente automáticos no llegan cuando los déficits comerciales siguen aumentando. Estados Unidos es el ejemplo más cabal de esto. Agregaremos a esto una “clásica” observación marxista que se comprueba hoy en la práctica con la ineffectividad de las políticas monetaristas para salir de una crisis en etapa “deflacionaria”: el nivel de los precios no depende del volumen del circulante, sino de los valores producidos, es decir, no existe un control monetario directo de la demanda y la oferta como creen los monetaristas, sino efectos indirectos que alientan o restringen la producción y el consumo.

Más allá de los sinsentidos de la teoría de Friedman, tuvo que desarrollarse una crisis como la que se inició en 2008 para que tales postulados fueran parcialmente puestos en cuestión por el jefe de la

reserva federal y el conjunto de economistas burgueses. Ahora bien, el “cambio” llegó de la mano de una “vuelta a Keynes” que si se mira detenidamente no configura un giro tan pronunciado en lo que respecta a los objetivos de la política económica imperialista.

Llegado este punto es lícito preguntarnos qué tan opuestas son las líneas librecambistas de Friedman y las de regulación estatal de Keynes. Es importante decir que ambas tendencias burguesas parten de supuestos fundamentales comunes. En primer lugar, comparten una teoría del valor “subjetivista” (la propensión al gasto define los valores) así como también ambas sostienen la misma teoría cuantitativa del dinero. Podríamos afirmar que el punto de divergencia se encuentra justamente en los problemas concernientes a la crisis, donde la “evidencia empírica” de los mecanismos automáticos de toda la escuela neoclásica fallan miserablemente. En este sentido los matices propuestos por Keynes a las teorías burguesas parten más de la experiencia y necesidad de los gobernantes burgueses de lidiar con la crisis capitalista mediante la herramienta más grande en su haber que es el control estatal sobre la economía de conjunto.



Paul Krugman: Un “Halcón Neokeynesiano”

Ubicado en la supuesta vereda opuesta del llamado “neoliberalismo” del cual hoy casi nadie dice ser partidario, Paul Krugman, desde su lugar como columnista del New York Times y de ganador del premio Nobel, reiteradamente brinda la opinión del sector burgués que plantea la necesidad de una mayor intervención estatal ante la crisis. Concretamente, Krugman es parte de la ofensiva “neokenesiana” que tiene su caballito de batalla en las intervenciones estatales que intenta recuperar el equilibrio perdido con la crisis.

Como todo keynesiano la contribución teórica de Krugman es la de lograr algún compromiso de las teorías neoclásicas con la realidad. La imposible articulación de los postulados de las teorías marginalistas con la aparición de las crisis capitalistas tuvo su respuesta en la revisión keynesiana de los postulados del equilibrio absoluto basados en los modelos de competencia perfecta y de pleno uso de los factores de producción (tierra, trabajo y capi-

tal). Justamente, algunos de los “aportes” de Keynes referidos a la “crítica a la ley de Say” (como enunciado sobre un equilibrio perfecto entre la oferta y la demanda), o también en la irreal premisa marginalista del pleno empleo, tienen su solución en la intervención estatal como recurso ante la crisis.¹²

Los aportes de Krugman en el sentido de reconocer parcialmente los desequilibrios inherentes al desarrollo del mercado mundial en lo que respecta al comercio internacional tienen su sustento en estos intentos de Keynes de conciliar la realidad de la crisis con la preservación de los irreales postulados neoclásicos.

En su artículo “La crisis no cesa”¹³, Krugman agudiza su posición respecto de los déficits mostrando que lo suyo no es una mera cuestión de teorías sino una cuestión de política en el más puro sentido imperialista. En esta nota el premio Nobel desarrolla algunas de las causas complejas de la crisis alrededor del problema de la expansión incontrolada de los instrumentos financieros, no sólo en EEUU sino también al otro lado del Atlántico. En este sentido, y tomando en cuenta las diferencias entre las políticas norteamericanas y europeas, Krugman quiere mostrar que más allá de las discusiones monetaristas que generan lo que llama una “parálisis autoinducida” (retomando un concepto usado por Bernanke para Japón en los ‘90) existe la imperiosa necesidad de dejar de lado los supuestos abstractos sobre el equilibrio fiscal, y lanzarse a la creación de empleo y la reactivación de la economía mediante el aumento del gasto público. En este sentido dice Krugman:

“Entonces, ¿qué recomendamos hacer? Prácticamente todo lo que pueda estimular la economía. Si es políticamente imposible gastar más en infraestructura, al menos promoverlo y golpear a los oponentes por su obstruccionismo (vale la pena notar que la reciente propuesta del presidente Obama para hacer un banco nacional de infraestructura es muy parecida a una propuesta que ha sido apoyada, nada más y nada menos, por la fuertemente anti Obama Cámara de Comercio). Recortes de impuestos temporales, dirigidos –como los incentivos temporales para la inversión mercantil también propuesta recientemente por Obama– no son nuestra política preferida, pero son mejor que nada. Y la expansión monetaria debería impulsarse por todas las rutas posibles. Sí, es incierto cuán efectiva puede ser cualquier medida, pero esa no es una razón para no intentarla.”¹⁴

Para Krugman el resultado de la crisis aún no termina de verse, por lo que advierte que respecto de las discusiones económicas es necesario pasar a la propuesta concreta intentando naturalizar el problema de los desequilibrios que llevaron a la crisis. En este sentido cita el trabajo de Hyman Minsky, para quien las eras de estabilidad financiera crean el escenario para las crisis futuras, porque fomentan una amplia variedad de actores económicos para que asuman cantidades aún más grandes de deuda e incurran en especulaciones cada vez más arriesgadas.

En algo que podría parecer paradójico para muchos, esta reivindicación sitúa a Krugman en la tradición de Von Mises, Hayek y demás “padres del neoliberalismo” que también pensaban que cuando existían “crisis de sobreinversión” y bajaba acusadamente la tasa de interés, los empresarios comenzaban a tomar créditos e iniciaban proyectos costosos, haciendo que las industrias de bienes de capital se expandieran a una tasa más alta que las que producen bienes de consumo, y los precios de los bienes de consumo aumentarían. De esa manera se generaba un crecimiento desproporcionado entre las ramas, y sin coordinación. Los bancos financiaban el consumo, pero llegado un punto no podían seguir haciéndolo, aumentando las tasas de interés. Esto hacía que la inversión se detuviera repentinamente, planteando una crisis de sobreacumulación, tras la que sobrevendría el crack y la recesión.

Para Krugman el problema mundial luego del pánico de la crisis, se encuentra en que si bien no se cayó en un colapso gracias a las “inyecciones de liquidez”, tampoco se generó una recuperación económica que restaurara el empleo. Según el Nobel, el mundo se encuentra en una “trampa de liquidez”, es decir, en una situación en donde prima aquello que decía Keynes que constituía una de las causas de los problemas de la economía que era la “excesiva propensión al ahorro”.

Según Krugman el mayor peligro es caer en la “parálisis autoinducida” que ocurrió en Japón en los ‘90, donde según él no se supo sortear la deflación por el hecho de seguir al pie de la letra las recomendaciones monetaristas de austeridad fiscal. En este sentido Krugman recupera al economista Richard Koo, para quien ante la actual crisis los gobiernos pueden seguir prestando y gastando, ya que la situación es muy similar a la que vio Keynes en los ‘30, en donde existía un mar de ahorros sin lugar para ser colocados, llegando a decir que

“hasta en los países con ahorros reducidos, tales como Estados Unidos y el Reino Unido, la recesión actual es el resultado del ahorro del sector privado”.

Para Krugman la salida es clara:

“A corto plazo la única manera de evitar una depresión cuando casi todo el sector privado trata de pagar la deuda simultáneamente es que el gobierno vaya en la dirección contraria: convertirse, en efecto, en el prestamista de último recurso, emitiendo deuda y siguiendo con el gasto, mientras el sector privado retrocede.”¹⁵

A esta idea de entregarse a los déficits, Krugman le suma otra línea que termina definiendo el verdadero carácter de toda esta política, y que aclararía que lo que hace EEUU no tiene nada que ver con una “confusión” como piensa el gobierno alemán. Para Krugman, el aumento del gasto estatal debe ligarse a una fuerte caída del dólar, para que se de un fuerte impulso a los exportadores norteamericanos

y se de un estímulo a la economía.

Y finalmente es inevitable plantearse la pregunta -ante semejante “situación de “parálisis”- de: dónde está el ahorro, o más bien, ¿quiénes son los “avaros”? A lo que Krugman responde:

“... tal como el desbalance global -el exceso de ahorro creado por el superávit en China y otros países- jugó un papel importante en crear la burbuja inmobiliaria, tiene un rol clave en bloquear la recuperación ahora que la burbuja ha explotado. (...) el problema esencial de la economía mundial, en este momento, es un exceso de ahorro y la insuficiencia de prestatarios; países que siguen incurriendo en gran excedente comercial en este ambiente -como China y Alemania- están sosteniendo sus propias economías a expensas del resto del mundo.”¹⁶

Y ante estas “pruebas infalibles”, Krugman exige que, según su propia expresión, se “bombardee la economía”, tomando Estados Unidos:

“... una línea mucho más dura con China de lo que ha hecho hasta ahora; China ha subvaluado su moneda deliberadamente y eso es, pura y simplemente, una política destructiva desde el punto de vista global. También quiere decir que el resto de Europa necesita empezar a responsabilizar a Alemania: los alemanes pueden verse a sí mismos como modelos, pero sus excedentes después de 2000, inundando el resto de Europa con dinero barato, jugaron un gran papel en crear la burbuja inmobiliaria en las economías periféricas de Europa. Y la continua confianza que Alemania tiene en el crecimiento dirigido a exportaciones es, de hecho, una estrategia de mendigo ante el vecino, creciendo a expensas del vecino.”¹⁷

Estas palabras resuenan cuando vemos que luego de la reunión que Obama y Merkel tuvieron en junio, Obama cínicamente condecoró a Merkel con el título de “presidenta de Europa”. Todo indica que EEUU ha vuelto a intervenir como imperialismo hegemónico con la línea de toda su historia: aprovecharse de las rivalidades que existen entre sus enemigos. De esta manera los EEUU en crisis parecen no haber perdido sus mañas y están interviniendo en la política europea en un momento en el que todos los países de la “periferia” europea y los “eslabones débiles” estallan bajo el peso de las contradicciones que las potencias europeas introdujeron en ellos. Es significativo el hecho de que los paquetes de ayuda a estos países, destruidos por el accionar de los capitales especulativos alemanes, ingleses y franceses, sean diseñados por el “norteamericano” FMI, en vez de ser realizados exclusivamente por el BCE, el cual aporta la misma “cuota” invertida por los países europeos en la intervención militar en Libia dentro de la OTAN. Estos signos de la decadencia de los pactos e instituciones que signaron la posguerra no son casuales. Tanto en lo político, como en lo económico, e incluso en lo militar, las potencias imperialistas de uno y otro lado del Atlántico comienzan a quedarse

“sin tema de conversación”.

Las palabras de Krugman como vocero autorizado del keynesianismo y del “imperialismo democrático y multilateral” norteamericano confirman aquella experiencia histórica del verdadero rumbo que tienen las políticas keynesianas que, al plantear toda una teoría de los beneficios del endeudamiento del Estado imperialista, aceleran las tendencias de éste a lanzarse a aventuras en contra de sus competidores y en la búsqueda del cumplimiento de sus objetivos nacionales a expensas del resto del mundo.



Niall Ferguson: Un “Dinosaurio Colonialista”

Al igual que Krugman, Ferguson es un catrónico que actualmente debate la cuestión de qué políticas deben encarar los Estados para salir de la crisis. Autodefinido como liberal a ultranza, defiende en contra de las líneas de los keynesianos, la política de ajuste fiscal y libre mercado como única forma de superar la crisis. En este sentido, el problema del déficit norteamericano le parece el punto nodal de la crisis y el objetivo principal que debe darse el gobierno yanqui. Su tesis fundamental tiene una pretendida dimensión histórica: los imperios caen al sucumbir sus economías domésticas. En este sentido para Ferguson el principal motivo de la decadencia norteamericana se encuentra en el déficit fiscal. En algunas ocasiones ha polemizado con Krugman al respecto. Su línea parece ser más cercana a la de austeridad encarada por la UE, especialmente por Angela Merkel, y ahora por Zapatero, que lo tiene como “asesor”.

Asimismo afirma, siguiendo a Milton Friedman, que lo que deben recordar los gobiernos es que pase lo que pase los que nunca deben quebrar son los bancos. En este sentido para Ferguson los problemas de Europa no están en los déficits de los países europeos de la “periferia” (los PIIGS) sino que están en el mismo centro de la UE; en concreto en los bancos alemanes. En este sentido, para él los bancos alemanes deben sanearse y no culpar de los problemas que generaron a las instituciones financieras de países como España.

Posteriormente, en una entrevista¹⁸ en la que lo consultaban sobre la crisis y las perspectivas de Europa, afirmó que los principales problemas que

se enfrentan los estados ante la crisis no son los de meramente recortar el gasto estatal, como hacen actualmente los gobiernos europeos. Para Ferguson el problema son las diferencias de competitividad las cuales, como sabemos, están relacionadas directamente con las diferentes productividades del trabajo de cada país. En realidad lo que el catrónico escosés exige es que el ataque a la clase obrera europea no sólo incluya el recorte de varios de sus derechos, sino que los estados aumenten en grado considerable las tasas de explotación y que disciplinen efectivamente a sus proletariados para mejorar así sus déficits.

Nueva Reunión Del G-20: Nuevos “Desbalances” Y Mayores “Des-equilibrios”

Como puede verse, las soluciones burguesas propuestas por los referentes de la burguesía sólo atacan las manifestaciones superficiales del problema estructural. Incluso tampoco pueden lograr una solución burguesa consensuada a la crisis capitalista. El verdadero contenido de la discusión que tenemos que encontrar en las reuniones del G-20 es el de instancias donde comienza a descomponerse el andamiaje institucional creado en la posguerra, vaciándose paulatinamente de su contenido. Ahora bien, que estas discusiones burguesas muestren el proceso de dismantelamiento de las relaciones interimperialistas desarrolladas en la posguerra no quiere decir que los Estados imperialistas no estén desarrollando líneas de “resolución” de la crisis bajo los ejes del aplastamiento de la clase obrera de sus respectivos países.

La nueva reunión del G-20 prevista para noviembre en Cannes no podrá resolver, más allá de repetir las recetas que discutieron en París durante los días 14 y 15 de octubre los jefes de Finanzas, los graves problemas que recorren las principales economías del mundo: el fracaso de las políticas monetaristas; el fiasco de las líneas de recapitalización de los bancos europeos, las mayores disputas interimperialistas entre EEUU y la UE (y entre Alemania, Francia y Gran Bretaña en particular); el agravamiento de las tendencias recesivas y la mayor predisposición al default europeo, entre otros problemas acuciantes que irán, desde la fragmentación del mercado mundial, pasando por políticas proteccionistas más aguerridas, hasta los inconvenientes que traerán las graves crisis de sobreproducción.

La bancarrota del sistema monetario-financiero mundial conlleva en sus entrañas el estallido de todo el andamiaje político-económico y social gestado en las últimas décadas, incluidas las “reglas” que regimentaban el funcionamiento del comercio exterior.

Medidas Monetaristas Para La Liquidación De Capitales

La crisis de sobreacumulación en medio de la escasez es posible sólo gracias a la anarquía capitalista. La producción capitalista está guiada en su génesis por la contradicción irresuelta, e irresoluble (porque es un límite inherente del capitalismo), entre el valor de uso y valor de cambio de las mercancías.

El “plan” económico burgués en tiempos de bonanza es el de aumentar la ganancia y la acumulación indefinidamente, es decir, transitar por el camino de la crisis hasta que ésta estalle. La lógica del “valor de cambio” tiene esta cualidad, la falta de límites, pero por otra parte, la lógica del “valor de uso”, si posee límites marcados, y las crisis expresan este elemento contradictorio entre el motor de la economía capitalista, la búsqueda de la ganancia y las necesidades concretas de la sociedad. Es por eso que toda crisis de sobreacumulación es también en parte una crisis de sobreproducción, aunque de ninguna manera se reduzca sólo a esto último.

Las diferencias manifestadas en el G-20 en torno a la implementación de políticas de “ajuste” o de “estímulo” se encuadran en este marco donde está en juego el nivel de competitividad de cada país. Ambas líneas plantean la necesidad de recrear nuevas condiciones para la acumulación capitalista, y coinciden en que para que existan esas condiciones tiene que haber una liquidación de capitales, con lo cual están legitimando que hay una crisis de sobreacumulación. Es decir, desde su visión superficial, pragmática o empirista, llegan a esas conclusiones con políticas que son totalmente parciales tales como relocalizar, aumentar las exportaciones o emitir moneda. Las diferencias entre ambos radican solamente en cómo implementar esta liquidación: a través del mismo funcionamiento del mercado o a través de la participación del estado.

De todas maneras, ninguno de estos sectores puede dar al problema una salida en un sentido no-destructivo a la crisis capitalista. La única salida que le puede dar la burguesía al capitalismo es “destruir para volver a hacer”, porque el capitalismo no puede superar sus propios límites inmanentes.

El mundo entero está atrapado en la crisis de un orden económico en descomposición. Aunque atravesase períodos de estabilización y booms va a profundizar su putrefacción y, tarde o temprano pondrá ante la masa de millones de trabajadores el horizonte de la revolución y de la insurrección. El problema de saber si el capitalismo es capaz de regenerarse se convierte justamente en un problema de lucha entre fuerzas vivas: la de las clases y los partidos.

La crisis capitalista actual exige retomar la cuestión de la revolución socialista como una salida concreta, estratégica, al callejón sin salida en que ha entrado el capitalismo en su fase decadente imperialista.

Notas

[1] Artículo elaborado en marzo 2011. Corregido en octubre de 2011.

[2] Ver en este número el artículo titulado “Equilibrio, estatismo y política económica burguesa ante las crisis”

[3] Marx afirma que lo referido a la nivelación de las tasas de ganancia vale también para los casos del comercio entre países:... “Supongamos que en un país europeo la tasa del plusvalor es del 100%, o sea que el obrero trabajaría medio día para sí mismo y medio día para su empleador; en un país asiático, digamos que la tasa del plusvalor es = 25 %, o sea que el obrero trabajaría las 4/5 partes del día para sí mismo y 1/5 para su empleador. Pero supongamos que la composición del capital nacional en el país europeo es de $84c + 16v$, mientras que en el país asiático, donde se emplea poca maquinaria, etc., y donde en un tiempo dado una cantidad dada de fuerza de trabajo consume relativamente poca materia prima en forma productiva, la composición sería de $16c + 84v$. Tendremos entonces el siguiente cálculo:

En el país europeo: valor del producto = $84c + 16v + 16pv = 116$; tasa de ganancia = $16/100 = 16 \%$.

En el país asiático: valor del producto = $16c + 84v + 21pv = 121$; tasa de la ganancia = $21/100 = 21 \%$.

Por tanto, en el país asiático la tasa de ganancia es más de un 25 % mayor que en el europeo, a pesar de que, en aquél, la tasa de plusvalor es cuatro veces menor que en éste.”. El Capital tomo III, cap 8, Ed Folio, pág 594

[4] Ibid

[5] Ibid. p.651

[6] Ibid

[7] Ver en este número “Crisis del sistema monetario mundial y desarrollo de las fuerzas productivas bajo la descomposición imperialista

[8] Ver las determinaciones formales del dinero según Marx

[9] H. Grossmann, p281 “La ley de la acumulación y el derumbe del sistema capitalista” ed. Siglo XXI

[10] Ibid. 345

[11] Ver discurso de Bernanke ante el 90º aniversario del nacimiento de Friedman

[12] Ver en este número el artículo “Equilibrio, estatismo y política económica burguesa ante las crisis”.

[13] “La crisis no cesa: ¿Por qué?” Paul Krugman y Robin Wells. Marzo 2011.

Otras notas de PK de interés: La tapadera de Wall Street 19/12/2010; ¿Tiene salvación Europa? 16/01/2011; Comámonos el futuro 14-02-2012; How to Kill a Recovery? 03-03-11; Degrees and Dollars 06-03-11;

[14] Ibidem

[15] Ibidem

[16] Ibidem

[17] Ibidem

[18] “El problema de Europa no son las cajas, sino la banca alemana,” El País, 27/02/2011

risis Del Sistema Monetario Mundial Y Desarrollo De Las Fuerzas Productivas Bajo La Descomposición Imperialista¹



Por: Isabela Arana y Joaquín Morelli

La crisis que estalló en 2008 tiene particularidades que la hacen la más profunda de los últimos sesenta años. En este sentido podemos señalar cómo, dentro de sus particularidades, aparecen cambios fundamentales como lo es por ejemplo la crisis del sistema monetario mundial. En la siguiente nota trataremos de señalar cómo estos cambios tienen su raíz en el desarrollo anárquico del capitalismo en su fase imperialista.

Es necesario señalar aquí, contra las visiones monetaristas de la economía, que justamente la fisonomía particular del sistema monetario mundial está estrechamente ligada al desarrollo explosivo

del sector financiero especulativo, el cual creció explosivamente a partir de la importante sobrevida que le dieron las catástrofes militares del siglo XX con su inmensa destrucción de capital acumulado, la derrota del movimiento obrero y el aplastamiento y aislamiento de los procesos revolucionarios comenzados desde principios del siglo. De ahí que cuando hablamos de la profundización de las contradicciones que genera la mayor importancia de las especulación financiera (y el sistema monetario que le corresponde, en este caso el dólar flotante como moneda mundial), realmente estamos partiendo de reconocer cómo el desarrollo de las llamadas “fuerzas

contrarrestantes” están en el fondo de la profundización de las contradicciones. Como decía Marx, el crédito lleva hasta el límite la natural elasticidad del proceso de reproducción, esto es, lleva hasta un máximo la tensión entre el potencial desarrollo que permiten las fuerzas productivas y las barreras que el propio capitalismo levanta ante sí.

Creemos pertinente llevar adelante este análisis sobre las particularidades del sistema monetario y su crisis actual en el sentido de continuación y aplicación de la teoría del imperialismo de Lenin. Contra la visión vulgar, la teoría leninista del imperialismo no señala una “opción política” de los países poderosos, sino el desarrollo del capitalismo cuando sus barreras inmanentes lo introducen en una crisis estructural. Lenin estudia este fenómeno a partir de las “contratendencias” (o fuerzas contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia) descritas por Marx. En particular, como hemos dicho más arriba, respecto de la extensión inusitada del capital financiero, expresada en el mayor poder de los bancos y la generalización de la especulación. La otra contratendencia que podemos verificar en su gran desarrollo, es la de la expansión del comercio exterior a escala mundial, que no debe ser entendida sólo como la extensión del intercambio de mercancías a nivel mundial (cosa ya existente desde los inicios del capitalismo), sino de la exportación de capitales y la creación de mercados capitalistas, propia de la expansión colonial y que continuó, a pesar de estar el mundo “ya repartido” (cuestión que no mermó, sino que acentuó tal tendencia). El imperialismo puede verse entonces, como un desarrollo de las contratendencias del capital, que como tales, aplazan las crisis aumentando su fuerza destructiva.

Las fuerzas centrífugas que liberó esta crisis tienden a destruir el sistema monetario establecido a partir de 1944 y que se mantuvo, no sin importantes modificaciones, durante la segunda parte del siglo XX. Con esto, naturalmente, se ve cuestionado todo el equilibrio capitalista de la posguerra. Por otra parte, la elección realizada en este artículo de desarrollar brevemente la historia y fisonomía del sistema monetario actual fue tomada a partir de que consideramos al mismo como el lugar donde se expresan condensados los movimientos de todo el sistema capitalista a nivel mundial. Lejos de ver en esto el núcleo del capitalismo, como creen los economistas burgueses monetaristas, creemos que en estas sombras proyectadas del sistema monetario se expresan movimientos fundamentales como la exportación de capitales a las semicolonias, la competencia interimperialista (y sus particularidades de posguerra), el auge de la especulación y la acumulación de capital ficticio, e incluso el proceso de asimilación al capitalismo que buscan imponer los países imperialistas sobre Rusia y China.

Por otra parte podemos decir que la crisis del sistema monetario basado en el dólar y en concreto, en la potencialidad de la economía norteamericana, en realidad es la principal fuerza “centrípetas” que hoy afecta a los EEUU como núcleo principal del

capitalismo mundial. El sistema monetario en crisis, constituido a imagen y semejanza de la economía norteamericana, hizo marchar a su ritmo a todo el mundo (incluidos sus competidores) por más de sesenta años. Esto significó una ventaja estratégica adicional para los EEUU que obtuvo privilegios de señoreaje sobre la economía mundial. Ahora bien, esta crisis es la reacción proporcionalmente contraria dirigida justo hacia el centro de su economía. A diferencia del desarrollo de la crisis en Europa y Japón, que caen por el peso de sus propias contradicciones, en el caso de la crisis de los EEUU podemos decir que es el peso de las contradicciones de todo el sistema capitalista mundial lo que lo lleva al desastre. Su hegemonía se trocó finalmente en exposición a la decadencia y descomposición históricas del capitalismo imperialista.

Finalmente queremos señalar que este trabajo intenta ubicarse en el debate abierto dentro del trotskismo respecto del problema del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el imperialismo. Esta discusión dividió a las filas del trotskismo, todavía lo hace, ya que a partir de la misma se determinan importantes cuestiones estratégicas. En el centro del debate está la afirmación de Marx acerca de que: “Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más elevadas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado dentro de la propia sociedad antigua”². Asimismo Trotsky afirmaba en el Programa de Transición que las fuerzas productivas (FP) estaban estancadas en 1938, lo que definiría una madurez extrema de las condiciones objetivas para la revolución. Justamente, lo que se encuentra en el centro del debate acerca de las FP es la cuestión de la revolución, o más precisamente, de si las condiciones para la misma han madurado hasta la putrefacción (lo que definiría que la revolución es “objetivamente posible” desde hace décadas) o si, por el contrario, la recuperación de la economía capitalista desmentiría tales afirmaciones, abriendo paso al programa reformista.

De nuestra parte, nos planteamos el objetivo de superar esta dicotomía absoluta en la que ha caído el debate del centrismo de posguerra, que ha mal interpretado de forma abstracta y ahistórica los planteos de Trotsky, y que en concreto ha llevado a muchas corrientes a todo tipo de posicionamientos unilaterales y finalmente impotentes cuando son llevados a la política.

El Sistema Financiero En La Posguerra. El Desarrollo Del Sistema Financiero Bajo La Hegemonía De EEUU: De Bretton Woods Al Dólar Flotante Y El Auge Del Mercado De Derivados

La actual crisis capitalista expone de forma clara

los fundamentos de la crítica al modo de producción basado en la explotación asalariada. El desarrollo de las fuerzas productivas en la segunda posguerra tuvo características derivadas de las ya vistas por Marx en el siglo XIX, pero desarrolladas en un grado nunca antes visto.

El “giro monetarista” que la burguesía imperialista realizó en la posguerra, del que Bretton Woods es el mayor exponente, describe una ideología económica basada en el fetiche del capital que se valoriza a sí mismo, es decir, la preponderancia del capital a interés. Por su parte, la teoría monetarista burguesa, deriva la totalidad de los fenómenos económicos de una particular teoría del dinero que tiene sus orígenes en las bases mismas de la economía política de Ricardo, la “teoría cuantitativa del dinero”. Es por esto que si bien pueden exponerse la serie de crisis que el sistema capitalista sufre a partir de sus propios límites, es necesario encontrar un argumento que penetre en la cuestión fundamental, a saber: que detrás de toda fantasmagoría de la teoría cuantitativa del dinero, y de su desarrollo en las modernas teorías monetaristas, sólo puede existir como amalgama que explique la miríada de fenómenos monetarios el funcionamiento de la ley del valor-trabajo. Pero para lograr esto, es necesario a su vez partir de la crítica marxista a la teoría del dinero. En esta crítica Marx define las “determinaciones” que sufre el dinero y que configuran su dinámica contradictoria (que esta a la base de los estallidos periódicos que se ven en la superficie del sistema capitalista, pero que expresan a su vez las contradicciones profundas del mismo.) Justamente, el poder analítico de la teoría marxista en lo que se refiere a los fenómenos monetarios está en la descripción minuciosa que se puede hacer de los mismos, a diferencia de lo que ocurre en la teoría burguesa, donde nunca queda definido el rol del dinero, el funcionamiento del capital, y las interacciones entre los diferentes agentes capitalistas. Las diferentes “determinaciones formales” del dinero explican las distintas formas en que se despliega el valor en la circulación (ya que el dinero es la mercancía universal que domina la circulación de las mercancías). Justamente, en este momento, en el cual la operación sobre el tiempo es un elemento cualitativo, el despliegue del “concepto dinero”, explica el desarrollo de la diversidad de fenómenos monetarios que la ideología burguesa fetichiza en descripciones pragmáticas que carecen de un eje articulador.

Breve Explicación De Las Determinaciones Formales Del Dinero Según Marx

La teoría marxista del dinero desarrolla, a partir del método dialéctico, las diferentes “determinaciones formales” del dinero, o si se quiere, sus

diferentes funciones, las cuales ayudan a describir los diferentes momentos de esta “mercancía universal” dentro de la fase de la circulación. Para Marx³ el dinero cumple tres funciones: como medida del valor, como medio de la circulación, y como dinero propiamente dicho, ya sea como medio de pago, o medio de atesoramiento, o dinero mundial.

Como dice Marx:

“La primera función del oro consiste en proporcionar al mundo de las mercancías el material para la expresión de su valor, o bien en representar los valores mercantiles como magnitudes de igual denominación, cualitativamente iguales y cuantitativamente comparables. (...) En cuanto medida de valor, el dinero es la forma de manifestación necesaria de la medida del valor inmanente de las mercancías: el tiempo de trabajo” (Marx, 1999, p. 115).

Para cumplir esta función de medida del valor el dinero debe ser un tipo particular de mercancía que encarna la expresión general del valor de todas las mercancías, como una mercancía especial “existente al lado y al margen de las demás mercancías”.

El siguiente “momento” del desarrollo del concepto del dinero es el del dinero en la circulación propiamente dicho. Aquí el dinero tiene asignada la función de medio de cambio, donde no sólo se expresa el valor que tiene el dinero, sino el “precio tentativo” con que las mercancías llegan al mercado. Recordemos que precio no es igual a valor, ya que el precio se encuentra mediado por la competencia entre los capitales, situación donde se determina la tasa media de ganancia. Como dice Marx:

“En esta determinación de puro medio de circulación, la determinación del propio dinero consiste sólo en esta circulación que él efectiviza en tanto su cantidad está predeterminada”.⁴

En la circulación el dinero se convierte en puro medio, y en ese sentido queda enfrentado al resto de las mercancías como valor de cambio, frente al valor de uso de cada una de aquellas. El dinero en la fase de circulación permite el desdoblamiento del acto del intercambio en la compra y la venta. Marx dice que justamente la circulación:

“... escinde, en la antítesis de venta y compra, la identidad directa existente aquí entre enajenar el producto del trabajo propio y adquirir el producto del trabajo ajeno”⁵

Se establece así una diferencia entre el momento de la venta y la compra que puede extenderse más o menos en el tiempo. Este manejo del tiempo entre ventas y compras es lo que abre la posibilidad al dinero de convertirse durante la circulación en diversas formas de crédito, por lo que se abre la puerta a la creación ficticia de valores.

Ahora bien, si bien se establece esta escisión entre valor de cambio y valor de uso, y también entre venta y compra, es importante señalar que la unidad del acto del intercambio no se pierde nunca. De hecho si bien la mercancía realiza su “salto mortal”

(la venta se produce escindida de la compra) si la última se realiza en un tiempo demasiado largo o no se realiza, la vuelta violenta a la unidad del intercambio se plantea bajo la forma de una crisis.

Por otra parte, es en este momento del dinero como medio de circulación propiamente dicho donde, a partir del desdoblamiento, el dinero puede ser también representado por signos de valor, por papeles que representan un valor ausente en el mismo momento del intercambio, pero existente como garantía. De esta manera es posible el surgimiento del papel moneda, o billetes de curso legal. Como afirma Marx:

*“El hecho que el propio curso del dinero disocie del contenido real de la moneda su contenido nominal, de su existencia metálica su existencia funcional, implica la posibilidad latente de sustituir el dinero metálico, en su función monetaria, por tarjetas de otro material, o símbolos ”.*⁶

El desarrollo de este momento del dinero en la circulación alcanza incluso formas que tienen que ver con valores no existentes que circulan como dinero, como ocurre con los créditos monetizados, como son por ejemplo los cheques y las letras de cambio.

Finalmente, el dinero cumple la función de ser dinero en sí mismo, ya sea como medio de atesoramiento, como medio de pago y como dinero mundial. Es decir, hablamos aquí del dinero “contante y sonante”, ya no la estimación tentativa del valor de una mercancía, o circulación de los valores en los actos (desdoblados) que componen el intercambio, sino del dinero como mercancía a ser intercambiada por otras mercancías. Es por esto que esta mercancía-dinero se puede guardar como reserva lo cual constituye el atesoramiento. Por otra parte, su segunda función como dinero propiamente dicho es la de servir de medio de pago de deudas o de mercancías como ocurre por ejemplo en el intercambio entre países. Justamente a partir de este último caso el dinero propiamente dicho adquiere la función de equivalente mundial ante las mercancías que intercambian los diferentes países en el comercio internacional. De esta manera, el dinero “propiamente dicho” es la medida aceptada globalmente para definir los valores. Para Marx el oro contiene, oculta, toda la riqueza material desplegada en el mundo de las mercancías.

Históricamente el rol de mercancía dinero fue siempre del oro, y en menor medida la plata. Sólo el desarrollo de las fuerzas productivas y el aumento de la productividad del trabajo (y por ende los mayores requerimientos de dinero) hicieron del “dinero metálico” una base monetaria no sustentable, que fue reemplazada parcialmente por el uso en la función de equivalente mundial de billetes emitidos por los bancos centrales de los países con las economías más fuertes, siendo el dólar estadounidense el más importante de ellos.

Estas distinciones no son comprendidas por la economía burguesa que tiene siempre a confundirlas, sobre todo respecto de las funciones de medio

de circulación con las de medio de pago, diferencia que podríamos sintetizar diciendo que mientras el dinero en la circulación puede no ser intercambiado por un equivalente (debido al desdoblamiento en el tiempo entre la venta y la compra), en el caso del medio de pago, es imprescindible el intercambio por un equivalente, (generándose de vuelta la unidad del intercambio o la simultaneidad de los actos de venta y compra).

El Papel Del Crédito En La Producción Capitalista

El otro eje fundamental es el del crédito.⁷ Tomaremos aquí algunas referencias importantes que Marx desarrolló respecto del capital a interés. Es importante mencionar que para Marx el crédito aparece como una “palanca” que “acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y la instauración del mercado mundial”. Es decir, tiene la importancia de permitir la realización de la misión histórica del capital. Pero al mismo tiempo esta palanca “acelera las explosiones violentas que son las crisis”, al forzar al máximo la elasticidad del proceso de reproducción, debido al simple hecho de que los principales agentes en el manejo de las grandes masas de capital no son ya sus propietarios directos sino especuladores y banqueros que manejan la masa del capital social con un mayor desembarazo. Convierten así al sistema capitalista en “el más puro y gigantesco sistema de juego y especulación, reduciendo cada vez más el número de los contados individuos que explotan la riqueza social”. Pero al mismo tiempo este movimiento que acelera las contradicciones del capital determina para Marx el establecimiento de “la forma de transición hacia un régimen de producción nuevo”, justamente debido a que la centralización y concentración de los capitales tienden a hacer que la expresión “capital social” sea una realidad cada vez más inmediata. Para Marx el papel del crédito es entonces el tender constantemente a romper las barreras inmanentes del capital basadas en el carácter privado de la propiedad y el antagonismo de la producción, tendencia que no puede llevarse nunca hasta el final, generando contradicciones más profundas que son la base de la tendencia a la crisis propia del capitalismo.

Dicho esto podemos enunciar algunas características sobre el papel del crédito en la economía capitalista.

En primer lugar para Marx el crédito era un vehículo necesario de la nivelación de la tasa de ganancia.

En segundo lugar, contribuye a la “reducción de los costos de circulación”, economizando el costo del dinero (metálico) al ser directamente omitido en gran parte de las transacciones reales. También se reducen sus costos al acelerarse su circulación o cuando se lo sustituye por papel. Además también mediante el crédito se acelera la “metamorfosis mercantil”.

Algunos Puntos Relevantes Sobre El Análisis Marxista Del Capital A Interés

Una tercera característica importante es la constitución de las “sociedades por acciones” que implica la expansión de la escala de la producción por la centralización y concentración de capitales que permite, luego, el carácter más bien “social” de estas empresas constituidas por una miríada de capitales privados. Por otra parte, destaca el hecho de la aparición de los rentistas, pero sobre todo la aparición de los “administradores de capital ajeno”, enfrentado a “todos los individuos realmente activos en la producción, desde el director hasta el último jornalero”, lo cual implica un punto de inflexión necesario para la futura reconversión del capital en “propiedad de los productores”. Otra característica que Marx señala en el comportamiento del capital bajo el crédito es el hecho de que los dividendos que pagan las empresas por acciones a los inversores se rigen por la tasa de interés, sin participar en la nivelación de la tasa general de ganancia. De esta manera, el crédito funciona como una contratendencia que tiende a posponer la baja de la tasa de ganancia. Finalmente, señala el importante hecho de que los capitalistas que operan con el crédito pueden disponer del trabajo social sin arriesgar su capital, su propiedad, sino la propiedad social, haciendo de la expropiación hacia los pequeños y medianos capitalistas el núcleo mismo de la tendencia a la centralización de los capitales.

Marx señala, por otra parte, la constitución del “capital bancario” a partir de la reserva dineraria (liquidez), y además, los “títulos y obligaciones”. Actualmente esto es lo que se expresa con las distinciones M1 (dinero líquido) y M2 y M3 (depósitos a plazo fijo, acciones y bonos). Lo importante de esto es que Marx señala el hecho de que para los banqueros todo rédito que surja de sus operaciones aparece para ellos como el “interés de un capital”. Es decir, los bancos no diferencian respecto del origen de sus ganancias el hecho de que sólo una parte proviene de riqueza “real” y que otra parte (cada vez más importante a medida que se desarrollan las fuerzas productivas y el crédito) sólo constituye el interés que proviene de una deuda que aparece como capital. En este sentido se señala cómo las operaciones con capital ficticio (bonos de deuda estatal por ejemplo) son parte importante de las operaciones de los banqueros, aunque en realidad sean sólo representaciones nominales de capitales ya gastados (créditos a Estados) o de capitales que existen en la industria o el comercio. En este sentido esta “acumulación” de capitales ficticios no suma en nada a la “riqueza de la nación”. De hecho estos valores que se asientan sobre otros valores son cotizados no a partir de, por ejemplo, las mejoras en la productividad; sino a partir de lo que “se espera” que esos capitales industriales ganen en un futuro (caso de las acciones), o peor aún, de los impuestos que se cobrarán en el próximo año (caso de la deuda pública).

En primer lugar, nombraremos la compleja relación entre capital dinerario y capital real que se establece a partir de la existencia de plétores de capital dinero disponibles fuera de la producción y el comercio. Marx se pregunta dos cosas al respecto: si esta plétora de capital-dinero es un indicio de exceso de capital real (productivo o comercial), y si, por el contrario, su eventual “estrechez” tiene que ver con una escasez real de capital o más bien una escasez de medios de circulación. Marx nos dice que los activos financieros (títulos accionarios, letras, etc.) tienden a cotizar y a aumentar su valor con la baja tendencial de la tasa de interés (baja que es reflejo de la baja tendencial en la tasa de ganancia). De esta manera este “dinero crediticio” siempre tenderá a crecer a niveles ilimitados. Ahora bien, por otro lado, Marx señala cómo respecto del crédito comercial su crecimiento va de la mano del crecimiento del capital industrial, por lo que la parte que interviene como capital dinero prestable representa en realidad aquel capital fijado o que se encuentra en el proceso de reproducción, y no capital sobrante y ocioso. Es por esto que la posibilidad de expandir el crédito al máximo equivale a la utilización más plena del capital industrial. Por otra parte, también las crisis hacen que exista capital ocioso que ya no es usado por el achicamiento de la base del proceso de reproducción.

De esta manera, Marx nos dice que no todo aumento del capital dinero prestable equivale a la ampliación del proceso de reproducción.

Otro tema importante es la situación del medio de circulación bajo el sistema crediticio. Más allá de las apariencias que emergen de la dinámica del dinero crediticio, Marx afirma que la masa de dinero siempre está determinada por los precios, más allá que el crédito regule la velocidad de circulación del dinero. La masa de circulante depende de las necesidades del comercio y no a la inversa. De esta masa de circulante hay que diferenciar la que efectivamente circula, de la que permanece como reserva en los bancos. Esta proporción variable entre las dos masas de circulante determina la tasa de interés, o como se dice, la “abundancia” (cuando aumenta la cantidad de dinero en el banco) o la “escasez” (cuando se reducen las reservas del banco). La tasa de interés se determina de acuerdo a la evolución de estas proporciones durante el ciclo industrial. Por ejemplo, en momentos de crisis el interés es máximo, porque lo que se requieren son medios de pago, dinero líquido. Justamente respecto de este punto, Marx señala el fabuloso poder que obtienen los especuladores a partir de la fijación de las famosas “tasas de interés de equilibrio” por parte de los bancos centrales, las cuales permiten alterar la determinación de la tasa de interés según sea la

conveniencia de los grandes financistas.

En su polémica contra la “Escuela de la currency” Marx y Engels señalan el hecho de que toda modificación del nivel de los precios es “totalmente independiente del flujo y reflujo áureos y del tipo de interés”, aunque entre los dos últimos sí haya una estrecha vinculación, tal como mencionamos más arriba respecto de la “escasez” o la “abundancia” de dinero. Marx discute aquí con una teoría derivada de la teoría cuantitativa ricardiana y afirma incluso que, contrariamente, la reducción de la cantidad de oro solamente aumenta la tasa de interés.

Finalmente citaremos la discusión de Marx respecto de la relación entre el cambio y flujo de metales preciosos a una economía. Si bien Marx analiza la dinámica que se genera en un sistema monetario de base metálica (y no un patrón basado en un papel moneda como el dólar como es en la actualidad), algunas de sus apreciaciones pueden ser de mucha utilidad al analizar la dinámica del sistema monetario y del sistema financiero actuales. Es importante la mención que hace de la afluencia de dinero mundial (oro en la época de Marx) a partir de la cual se producen fuertes perturbaciones en la economía mientras más desarrollado esté el sistema crediticio (habla de una “hipersensibilidad”), debido a las fluctuaciones que se producen en la tasa de interés, por lo que el sistema de conjunto se arriesga a la alta posibilidad de que se generen corridas (necesidad de transformación súbita de los activos financieros en dinero líquido). Por eso, para Marx, si bien el capital dinero es sólo una especie particular y marginal de capital cuando se analiza al sistema capitalista en su génesis, su dinámica se convierte en la más importante cuando se trata de analizar al sistema bancario, y constituye una parte fundamental del análisis de la reproducción ampliada del capital. De aquí la conocida ironía de Marx al respecto del sistema capitalista y su desarrollo a través del sistema crediticio, cuando dice que el sistema monetarista (de base metálica) sería “esencialmente católico”, y el sistema crediticio “esencialmente protestante”, por lo que así como el protestantismo no se puede emancipar de sus fundamentos en el catolicismo, tampoco puede el sistema crediticio emanciparse de su base monetaria real.

Luego de retomar estos ejes fundamentales de la crítica marxista a estos aspectos complejos y a la vez más “ceranos a la superficie”, nos abocaremos a la cuestión de la historia reciente del capitalismo, en particular de los lineamientos que se establecieron luego de la segunda guerra mundial y que hoy se encuentran en una profunda crisis.

El Fin Del Sistema De Bretton Woods Y La Inflación

El sistema monetario basado en la convertibilidad oro-dólar que dejó Bretton Woods expresó en sus inicios la situación del capitalismo mundial luego de la segunda guerra mundial, donde Europa estaba devastada y los EEUU se imponían como la

mayor economía del mundo. La mayor productividad de su economía, así como su inmenso tamaño, le permitían producir con igual o mejor calidad que sus competidores, en mayor cantidad y a menores costos. Esta era la base del dólar estadounidense que se expresó en los acuerdos de 1944. La reconstrucción de la posguerra y la exportación de capitales hacia Europa, en el marco de la existencia de la URSS y del estallido de la revolución en China, determinaron la recuperación del imperialismo europeo, bajo la “protección” norteamericana. Al cabo de unos pocos años, nuevamente el capitalismo se vio envuelto en nuevas crisis derivadas de la sobreacumulación. La expresión de estas crisis tuvo formas variadas, comenzando por la típica crisis de balanza de pagos que comenzó a sufrir EEUU en su rol de emisor del dólar-oro. Pero también se expresó en crisis monetarias, en particular, en una “espiral inflacionaria” derivada justamente de las contradicciones del dólar como papel moneda (signo de valor) y dinero mundial convertible con el oro.

Justamente la burguesía buscó atacar esta expresión inflacionaria de la crisis del capitalismo, que era el problema que más claramente se le planteaba. Una causa inmediata de la espiral inflacionaria a nivel mundial se debía a la relación insostenible de convertibilidad oro-dólar. Básicamente, el aumento de la productividad debido al desarrollo de las fuerzas productivas ocurrido luego de la segunda guerra mundial, no se condecía con la relativamente baja productividad que se obtenía en la producción del oro. Pero el oro no ajusta sus precios a la productividad de su rama. La rama de la producción de oro, en un sistema de convertibilidad en oro, no se ajusta a la formación de precios que sufren las demás ramas, ya que su demanda es sostenida por las mismas necesidades de medios de circulación que tiene el sistema capitalista, sobre todo en épocas de expansión. Entonces, lo que se generaba era un valor “artificialmente” alto del oro, y precios cada vez más bajos (en oro) del resto de las mercancías cuyas ramas habían logrado mejoras sustanciales en la productividad.

Dice Mandel al respecto:

“La expresión “precio del oro”, que obviamente es un sinsentido bajo el patrón oro, toma un sentido indirecto cuando hablábamos de un sistema basado en el papel moneda, donde se registran fluctuaciones en la masa monetaria y variaciones en los valores de las diversas monedas nacionales en términos de fluctuaciones de este total. Si no consideramos la tremenda inflación que ha ocurrido a escala universal durante la última mitad de siglo, vemos que los precios de la mayoría de las mercancías en términos de precios en oro han declinado considerablemente” ¿Significa esto que bajo un sistema monetario basado en el papel moneda atado al patrón oro, cada expansión de la masa monetaria automáticamente causa aumentos en los precios? Eso sólo sería cierto si el total de la producción y la productividad del trabajo se mantuvieran estables. Apenas la producción y la productividad crezcan, la masa monetaria total puede

expandirse considerablemente sin un incremento en los precios.”

La productividad de los Estados Unidos bajó en determinadas ramas respecto de las de sus competidores Europeos y Japoneses. Esto le generó una progresiva degradación de su balanza de pagos que pasó a ser deficitaria. Desde ya que el debilitamiento de su hegemonía en lo económico por parte de EEUU no se debió sólo al comercio con sus competidores. En realidad podría decirse que el rol de centralizador mundial de la economía que comenzó a cumplir EEUU luego de la segunda guerra, expuso a su economía a las contradicciones del sistema capitalista a nivel mundial. Pero volviendo a las particularidades del asunto, es necesario prestar atención a la cuestión de la emisión de papel moneda bajo un sistema como el de Bretton Woods. Si bien no es cierto que la expansión en los medios de circulación conduzca a un aumento de los precios (como reza aquel axioma de la teoría cuantitativa ricardiana), cuando hablamos de papel moneda, puede ocurrir que, si a la par de la emisión de billetes, no existe una ampliación de la base productiva y de la productividad de las principales ramas, es posible que se genere un aumento generalizado de los precios. Esto significaría a la vez, que más allá de las apariencias de una “inflación generada por la simple emisión”, en realidad la inflación se deba al estancamiento económico, y que la emisión adicional sólo amplifique el efecto inflacionario inicial. Es importante agregar aquí que este fenómeno ocurre principalmente en los países imperialistas, ya que las causas de la inflación en las economías semicoloniales es mucho más compleja y en gran parte es un hecho derivado de su carácter dependiente (por ejemplo, el caso de la “inflación importada”).

Es posible que la relación entre un estancamiento de la productividad de EEUU, relativa a los competidores internacionales (Alemania y Japón) en determinadas ramas de la economía, y la consecuente caída en una balanza de pagos deficitaria, junto con la posibilidad de “señoreaje” de los EEUU, de poder emitir dinero papel moneda como si fueran medios de pago internacionales, hayan configurado el núcleo de la espiral inflacionaria que comenzó a sufrir la economía mundial, y que se acentuó a fines de los '60.⁸

Resta decir cómo es que esta inflación se convirtió en “patrimonio” del conjunto de la economía. La convertibilidad oro-dólar, ya sea en un sistema puramente “metálico”, como el que imperó hasta 1914, o en un sistema como el de Bretton Woods (en que las reservas se componían de una combinación de oro, dólares, libras esterlinas, e incluso créditos internacionales), tiene la particularidad de requerir el ajuste del dinero circulante a la cantidad de reservas, establecida por un porcentaje dispuesto por el banco central (por ej. 25% del circulante está respaldado por reservas). El problema ocurre aquí

cuando por un eventual déficit en la balanza de pagos en el país emisor de la moneda de reserva (como ocurrió a fines de los '60) permite a este país saldar sus deudas simplemente con emisión de billetes, es decir, convirtiendo al papel moneda, devaluado por la simple impresión de billetes, en medio de pago internacional. De esta manera, estos dólares que entraron al mercado mundial ampliaron la existencia de dólares, no sólo como medios de circulación, sino también como reservas (o lo que es igual, como medios de pago y como dinero mundial). Se produjo así una generalización hacia el conjunto de los países del aumento de la inflación que se generó en el país emisor del dólar.

Crisis De Sobreacumulación Y Políticas Monetaristas

Es importante recordar el hecho de que las mismas contradicciones internas de la lógica del capital (las barreras que el mismo capital levanta ante sí, como decía Marx)⁹ son las fuerzas que en determinado momento no permiten la continuidad de la expansión de la base económica. De hecho estas barreras se expresaron repetidas veces en la historia capitalista a través de las crisis de los sistemas monetarios.¹⁰ Podemos verificar esto en la existencia de la inmensa acumulación de capitales y la consecuente baja tendencial de la tasa de ganancia. La imposibilidad de superar esta barrera inmanente comprometió al capitalismo a intentar superar sus problemas magnificándolos. Mandel afirmaba en ese sentido que la economía de occidente se encaminó a la prosperidad en un océano de deudas, de créditos y de inflación de papel moneda. Esto es algo que se hizo mucho más palpable en las últimas décadas. Por otra parte, debemos recordar que una de las razones profundas de la crisis del capitalismo es la crisis de sobreacumulación, cuyas variadas expresiones configuran la fisonomía del imperialismo de la segunda mitad del siglo XX.

Respecto de esto último, fue a través de las políticas monetaristas establecidas en la segunda parte del siglo XX que se intentó recuperar la tasa de ganancia a costa de alterar la tasa de acumulación efectiva del capital. Y es que bajo la presión de la sobreacumulación, las posibilidades intrínsecas del sistema capitalista no permitían ya a los mercados y a las ganancias crecer lo suficiente como para asegurar la utilización de la capacidad instalada (del capital acumulado que está inmovilizado como capital fijo) que a su vez determinara una tasa de desempleo que no degenerara en una crisis social y política desestabilizadora de los regímenes burgueses.

Es por esto que los capitalistas, a través de sus principales ideólogos, como Keynes, comprendieron en el siglo XX que no podían dejar libremente a sus propias determinaciones la dinámica del sistema capitalista. El estancamiento en el crecimiento y en



la tasa de ganancia no permite al capitalismo reducir el alto desempleo o incluso realizar una utilización plena de la capacidad instalada. La intervención estatal a través de políticas monetaristas que tendían a generar inflación y endeudamiento (propias del keynesianismo) fue una solución pragmática y temporal entre la realidad de la crisis permanente del sistema capitalista en su declinación y los intereses de la burguesía como clase. Las políticas nekeynesianas aplicadas en la posguerra tuvieron la intención de garantizar un crecimiento en base a la expansión del crédito y el endeudamiento que, mientras tuvo vigencia el patrón-cambio oro, repercutían directamente en la inflación de los precios en dólares.

Luego, y con la crisis generada por la “solución keynesiana”, la burguesía continuaría el intervencionismo monetarista siguiendo la teorías “neorortodoxas” de Friedman y Hayek (lo que vulgarmente se conoce como “neoliberalismo”), que postulaban una engañosa “vuelta al libre mercado”, y que pusieron como objetivo acabar con la inflación, aunque en realidad sólo eran la continuación del endeudamiento keynesiano por otros medios.

Por Qué Las Políticas Nekeynesianas Implicaron Crecimiento A Través De La Inflación Por Endeudamiento

Luego del estallido de la crisis de 1929-32 el capitalismo mostró claramente su incapacidad para sortear la crisis a la manera que lo había hecho en su período de ascenso (por ejemplo, como ocurrió en la crisis de los años 1870). A partir de 1914 en adelante la crisis del capitalismo se había hecho infranqueable sin la destrucción de inmensas sumas de capital acumulado (tanto fijo como circulante). Las políticas económicas de los años '20, habían hecho que el crecimiento propio de la reconstrucción de la posguerra y del ascenso de EEUU fuera la base para que las contradicciones del capitalismo estallaran nuevamente a partir de la burbuja especulativa generada en el ascendente EEUU, pero que rápidamente se propagaría por todo el mundo a través de un sistema monetario sumido en la crisis a partir de la primera guerra mundial.

En este contexto de crisis generalizada, que era la continuación bajo nuevas formas de la crisis estructural que el capitalismo sufría ya desde principios del siglo XX, surgen las teorías burguesas basadas en la intervención estatal a través de mecanismos monetarios, como la teoría keynesiana.

El postulado keynesiano del multiplicador de la demanda agregada es como se sabe un concepto destinado a plantear el supuesto rol motorizador de la economía que tendría el gasto estatal, o más bien, a partir del endeudamiento estatal. A partir de esta teoría aplicada desde principios de los '30, la política de la burguesía se centró en la intervención estatal de la economía, no sólo a través de la regulación sino sobre todo a través del endeudamiento.

De hecho desde la política norteamericana del new deal, hasta el corporativismo fascista, pasando por el estatismo francés e inglés de los '30, el conjunto de la burguesía hizo entrar a la economía mundial en una espiral de endeudamiento a través del gasto estatal, en la misma medida en que aumentaba el proteccionismo y acentuaba la fractura de un mercado mundial que aún no se había podido recomponer luego de la conmoción de la gran guerra.

Igualmente es importante señalar el hecho de que las tendencias a solventar el crecimiento de la economía a partir de capital ficticio no comienzan sólo con el estatismo, sino que venían desarrollándose bajo la burbuja especulativa de la segunda parte de la década del '20, donde ocurrió un “boom crediticio”.

El endeudamiento estatal de los '30 tomó mucho de esta dinámica pero en una escala mucho mayor y destinada conscientemente al esfuerzo militarista que constituía un elemento de vital importancia para el imperialismo en aquellos años. De esta manera los gobiernos burgueses adoptaron técnicas inflacionistas keynesianas para la superación de la crisis. Como forma monetarista de controlar la sobreproducción, estimulando la demanda mediante el gasto público (en infraestructura y equipo militar), y controlando el desempleo, de la misma forma y también con el subsidio directo (seguro de desempleo).

Es importante hacer notar que el endeudamiento estatal no significaba gasto en el sentido corriente de la palabra sino que se convirtió en una manera de sostener a las grandes empresas y trusts que organizaban el trabajo en la preparación para la inminente segunda guerra mundial. En todos los países imperialistas se dio el caso de las corporaciones automotrices, siderúrgicas, químicas, petroleras, mineras, y demás que crecieron de forma espectacular de la mano del “gasto estatal” y de los beneficios del “lobby” del Estado. La competencia capitalista estaría de aquí en más mucho más mediada por la intervención del Estado imperialista.

Y es que justamente, el aumento inusitado del endeudamiento estatal propiciado por las políticas keynesianas fue el determinante de una tendencia permanente a la inflación monetaria¹ que llegó a un extremo en los '60. El inmenso desarrollo de esta inflación y su relación con el endeudamiento podía verse en la expansión artificial del crédito respaldado en la emisión de títulos de deuda soberanos que poseían los bancos como garantía de esos préstamos. La inflación de la segunda parte del siglo XX ya no aparece sólo como un aumento del circulante en papel moneda, sino que aparece bajo la forma de incrementos en la existencia de capital ficticio basado en la negociación de los títulos de deuda pública. De esta manera comienza a generalizarse el uso de los títulos de deuda como capital ficticio, o incluso como capital dinero ficticio, configurando algo que luego sería de lo más corriente, el uso de los bonos de deuda como dinero, en sus funciones de medio de pago y de reserva.

Como dice Mandel:

“Por lo demás, diversas características de la fase de decadencia del capitalismo refuerzan la tendencia inflacionista fundamental de nuestra época. Citemos sobre todo las prácticas de amortización acelerada, el autofinanciamiento y, en general, la excesiva liquidez de los grandes monopolios. Esta liquidez tiene como consecuencia el alza de los precios, incrementando así el volumen de la circulación monetaria sin que este dinero encuentre una contra-partida en el mercado, ya que la duración del ciclo de renovación real del capital fijo no se ha reducido en las mismas proporciones que la del ciclo de amortización financiera y contable. Si están depositados en el banco, estos efectivos reingresan en el circuito monetario, estimulando así la inflación del crédito. O bien se emplean para la compra de papel del Estado a plazo corto o mediano, que “financian” los déficits o gastos presupuestarios improductivos, y crean así la inflación pura y simple.”¹²

Luego de la gran destrucción de fuerzas productivas y de capitales que generó la guerra, el capitalismo encaró rápidamente una expansión inusitada, que superó la reconstrucción de las potencias devastadas (como cerco en contra de la URSS y luego de China), a través de la aplicación de muchas innovaciones tecnológicas y organizativas en la producción que, o no habían podido aplicarse antes de la guerra, o que habían sido desarrolladas durante la misma. Se operó así una gran renovación del capital fijo y la reconstrucción y ampliación de toda la infraestructura dañada o destruida en la guerra.

Ahora bien, cabe preguntarnos aquí acerca de la naturaleza de esta recuperación capitalista, que tan sólo 25 años después mostraría fuertes signos de agotamiento. ¿Fueron los mecanismos de la acumulación capitalista de la segunda posguerra similares a los del capitalismo en plena expansión del siglo XIX? ¿O este crecimiento tuvo en su dinámica mucho de lo “aprendido” en los años del crecimiento mediante el endeudamiento que deformó completamente a las economías de la preguerra?

En primer lugar retomaremos la caracterización de que la crisis de sobreacumulación, estructural e histórica del capitalismo engloba todas las manifestaciones parciales que se sucedieron desde 1914 en adelante. De hecho puede señalarse que el mismo “boom de posguerra” configuró una continuidad con los mecanismos de endeudamiento implementados a partir de los ‘30.

Sin embargo, esta continuidad tuvo sus modificaciones en el hecho de que la mayor porción del endeudamiento fue tomado por las empresas privadas, las cuales fueron el motor de la reconstrucción en Europa y de la expansión de la economía de EEUU. En este sentido fue la inflación del crédito el principal medio por el cual se garantizó el estímulo para el llamado “boom de posguerra”. Esto básicamente por dos razones: porque permitía ampliar los merca-

dos de consumo más allá de la capacidad de pago de los asalariados y rentistas, y sobre todo, porque permitió a las empresas expandirse y crecer en sus inversiones a partir de inmensos créditos que ponían a estas empresas ante la posibilidad de hacerse de cantidades de plusvalor mucho mayores a las que les hubieren correspondido de acuerdo a la magnitud de su verdadero capital acumulado. De esta manera, el desarrollo de la economía de la posguerra fue real, y expresó un crecimiento de la capacidad de las fuerzas productivas, que redundó luego en un crecimiento del mercado mundial que permitió a su vez un mayor desarrollo desigual y combinado del capitalismo en las semicolonias.

Es posible decir entonces que el capitalismo continuó desarrollándose de forma anárquica a través del endeudamiento, lo cual equivale a aquello que afirmaba Marx respecto del funcionamiento del crédito en la economía capitalista que tensa al máximo la natural elasticidad del proceso de reproducción, ya que permite a los capitalistas disponer de capitales ajenos y manejarse de maneras mucho más arriesgadas. La contracara de este crecimiento fue en todo momento la permanente y creciente tendencia inflacionaria, expresión directa del endeudamiento estatal y privado de la economía mundial.

Retomando entonces el hilo de la cuestión sobre los hechos que culminaron con el fin del patrón cambio oro-dólar de 1971, debemos analizar, a partir del señalamiento que hicimos de los mecanismos de que se valió el capitalismo para desarrollarse sin superar las barreras infranqueables de la sobreacumulación, qué determinó la agudización de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, y finalmente una nueva caída en la crisis para el orden imperialista. En este sentido se pueden mencionar algunas contradicciones que desarrolladas dentro del llamado “boom” ocurrido entre 1945 y 1968, fueron determinantes para su estancamiento. Tomaremos aquí a Mandel, quien señalaba varias tendencias que condujeron a la crisis a fines de los ‘60. En primer lugar señalaba el aumento de la composición orgánica del capital que inevitablemente ocurriría luego de la reconstrucción de Europa y Japón, pero también relacionada con el encarecimiento de los precios de las materias primas, en particular de las necesarias para producir energía, debido a que el desarrollo de estas ramas no se condecía con el gran desarrollo ocurrido en las ramas manufactureras destinadas al consumo. Por otra parte también señala el hecho de la generalización de las ventajas tecnológicas que proporcionaban ganancias extras a determinadas empresas, lo que su vez, determinó un aumento del capital necesario para hacer innovaciones. En lo que respecta a la rotación de los capitales, cuya aceleración mejora la tasa de ganancia, también observó un freno en la aplicación de estas mejoras debidas en parte a los impedimentos que significan para el capital la existencia de fronteras nacionales.

También señala la agudización de la tendencia a la crisis de sobreproducción debido a la saturación de la capacidad de consumo, que tardaba en asimilarse al incremento en la productividad. El principal efecto negativo de esta tendencia se expresaba para Mandel en una significativa baja tendencial en la ocupación de la capacidad instalada, sobre todo en los EEUU. Por último, afirma que el hecho reconocido por los propios burgueses de que la inflación se convertía cada vez más en un freno para el crecimiento, ya que no permitía la ejecución de planes de inversión en gran escala. En palabras de Mandel:

“la tasa negativa de interés “real”, la tendencia a hacer más dudosos (y por ello más difíciles) los proyectos de inversión a largo plazo desde el punto de vista de los cálculos y las expectativas de ganancia.”¹³

Al repasar estas contradicciones puede verse como están interrelacionadas, y cómo al ser una expresión de las otras, es claro por qué no puede domárselas por separado, a riesgo de caer en la unilateralidad. La forma en que las políticas imperialistas intentaron posponer el efecto crítico de las mismas puede servirnos para explicar cómo prosiguió con otros instrumentos el desarrollo del endeudamiento, que más allá de formas particulares, continuó en la misma línea de posponer y magnificar las contradicciones inherentes e infranqueables del capitalismo.

El Sistema Monetario Después De Bretton Woods

En definitiva, el cuadro que mostraba el capitalismo a fines de los '60 del siglo pasado era el de un sistema que sufría de crecientes dificultades para su expansión, y que se había vuelto dependiente de la inflación y el endeudamiento (en particular para poder solventar las inversiones necesarias).

La presión inflacionaria creada por la insustentabilidad de Bretton Woods (envío de oro a bancos centrales por cada dólar emitido por EEUU) por parte de un EEUU que necesitaba financiar sus déficits emitiendo moneda, fue resuelto de alguna manera por los EEUU con la devaluación de 1971. Esto puede verse en la ilustrativa frase de J. Connally, ministro de finanzas de Nixon: “El dólar es nuestra moneda pero es vuestro problema”. Esto era justamente lo que señaló el economista norteamericano R. Triffin, y que se conoció luego como la “paradoja Triffin”. Ante el grave problema inflacionario, la política de la burguesía yanqui, a través del gobierno de Nixon, fue la de abolir la convertibilidad fija del dólar con el oro (establecida por Bretton Woods) y permitir la “libre flotación del dólar” respecto del oro. Esto tuvo un impacto directo, tal como se esperaba.

Aquel crecimiento artificial que se daba apelando a la inflación, vía la mayor emisión de dólares-moneda mundial por parte de EEUU, continuó fundamentándose en el endeudamiento, pero modificó parte de su mecanismo a través de la utilización masiva del “dinero de crédito”, es decir, de la utili-

zación de bonos soberanos (t-bonds) “a la manera de dinero en dólares”. Fue esta expansión del dinero de crédito lo que frenó la inflación a nivel mundial (y que significó un giro monetarista ortodoxo) y permitió la continuidad del dólar como medio de pago y dinero mundial, ya liberado del patrón cambio con el oro. Como no podía ser de otra manera, estos cambios no anularon, sino que profundizaron aquella contradicción del dólar como medio de circulación (los sectores que dependían del mercado de EEUU) y el dólar como medio de pago y dinero mundial (los que poseen dólares como reservas).

De ahí en más las contradicciones del capitalismo imperialista expresadas en sus crisis monetarias se expresarían fundamentalmente a través del desarrollo del dinero de crédito. Sin embargo, esto no cambió de la noche a la mañana, siendo justamente los '70 una década en la que la inflación continuó desarrollándose. Pero sí significó un cambio completo en las políticas económicas que comenzarían a establecer un “giro monetarista” en la versión de la Escuela de Chicago de Milton Friedman en combinación con las políticas más estratégicas del monetarismo de línea keynesiana.

En todo caso, el capitalismo se enfrentó de repente a principios de los '70 con la resaca del crecimiento del “boom” de posguerra. La inflación, que los monetaristas señalaron como la causa y a la vez el efecto de todas las crisis, era en realidad la expresión superficial de las contradicciones acumuladas por el capital, tanto de los problemas históricos no solucionados por las dos guerras mundiales, como también de los problemas generados en la posguerra. La inestabilidad monetaria era el signo de la crisis, pero a la vez fue utilizada, a partir de las políticas neokeynesianas de los '50 y '60, como el motor del crecimiento. La expresión de la inflación denota su carácter de simple manifestación cuando se la analiza junto con los demás problemas típicos de la crisis capitalista como los problemas en las balanzas de pagos, el aumento de los costos para la ampliación de la industria, y el crecimiento descontrolado de los índices de precios al consumidor. Ante todo esto, la respuesta burguesa se dio a través de políticas monetaristas que intentaron reducir la cantidad de dinero circulante y de levantar las tasas de interés (partiendo de las nociones más básicas de su teoría cuantitativa del dinero).

La espiral inflacionaria generada en las primeras décadas de la posguerra se trocó finalmente en una explosión del crédito, y en particular del dinero crediticio. Luego de la anulación del patrón cambio-oro que establecía Bretton Woods con el dólar norteamericano, las políticas monetaristas más “ortodoxas” que provenían de los ideólogos de la Escuela de Chicago, intentaron controlar la inflación en la superficie del sistema mediante políticas deflacionistas. Sin embargo, y como lo atestigua el “acto fundacional” de la liberación del patrón- cambio oro que fundamentó la imposición de las políticas monetaristas luego conocidas como “neoliberales”, lo que realmente ocurrió fue que la espiral inflacionaria con-



CRISIS MUNDIAL

tinuó desarrollándose a través de la expansión del crédito y el endeudamiento estatal (primero en los estados semicoloniales, luego incluso en los estados imperialistas) y privado (tanto en las grandes corporaciones como en los consumidores individuales).

Lo fundamental es que las diferentes políticas burguesas denotan esa relación necesaria entre, por un lado, los límites internos de la acumulación capitalista; y por el otro, el crecimiento de la “plétora de capital” y el exceso de capacidad instalada. Por su parte, el desempleo creciente y estructural también está relacionado con estos límites inherentes del capitalismo.

Desarrollo De La Especulación Financiera Y El Desarrollo De Los Mercados De Derivados

El crecimiento expansivo de la “oferta de dinero” que propició el abandono del patrón cambio oro mostró desde el principio un desfase respecto de la capacidad de acumulación del capitalismo de conjunto. Esto es, el aumento de la plétora de capital no se concedía con un aumento en la acumulación del capital. Este “dinero excedente” tuvo que invertirse entonces en alguna forma que lo valorizara aunque fuera a través de intereses. Es así como la especulación financiera tuvo un fuerte impulso con el nuevo esquema monetario. El crecimiento del capital ficticio a través del endeudamiento y la creación de títulos negociables con los mismos fue el correlato de la baja que se expresaba en la tasa de ganancia (a principios de los '70) y la aparición de una plétora de capitales que o bien provenían del retiro de la actividad productiva o bien provenían de las posibilidades que abría a partir de 1973 el dólar flotante y la especulación con valores sustentados en materias primas (en particular el petróleo). Además, en esos años existía una gran acumulación de deudas a nivel mundial. Esta acumulación luego creció más aún con la aparición del los “petrodólares”, que eran grandes depósitos de valor, propiedad de los países productores de petróleo y que fueron usados por los grandes bancos internacionales para el otorgamiento de préstamos cuantiosos a los Estados semicoloniales de Asia y América Latina.

Así como en el período de vigencia del patrón cambio oro, el Estado cobró una importancia fundamental en el desarrollo de las tendencias inflacionarias luego del “default” encubierto de 1971. La intervención estatal continuó teniendo una importancia similar continuando con la línea de endeudamiento estatal. Se procedió a desarrollar la monetización de las deudas soberanas, lo cual puso a disponibilidad de los especuladores financieros inmensas sumas de valor ficticio que serían la base para la próxima etapa en el desarrollo del capitalismo imperialista.

Como hemos afirmado más arriba, el Estado

es una fuente primordial del dinero de crédito. La base de estos créditos está en la plusvalía que el Estado puede embolsarse a futuro mediante los impuestos. Por supuesto, estos “valores” sostenidos en las deudas del Estado configuran el capital ficticio por antonomasia, ya que se refieren a los impuestos que se pueden cobrar, los cuales no guardan ninguna relación con el uso que se dio a los capitales que el Estado recibió en concepto de préstamo. El mecanismo por el cual se desarrolla este endeudamiento en una nueva plétora de capitales que pasan a disponibilidad de los especuladores es el siguiente: Particularmente en los países imperialistas ocurre que los bancos centrales transfieren estos bonos de deuda a los bancos comerciales bajo la forma de letras comerciales que se intercambian por títulos. Como contraparte, el banco central también puede controlar esta “masa de valor” ficticia a través de la venta de títulos en su posesión en contra de los bonos que inicialmente transfirió. Bajo este mecanismo la deuda pública se transforma en circulante aparentemente tan válida como el dinero real. Por supuesto, que esta supuesta igualdad descansa en la abstracción u ocultamiento del hecho de que todo crédito es esencialmente diferente del dinero, en que representa en realidad un faltante, lo cual se expresa en la fecha de pago de la obligación que encarna.

La posibilidad de estos desarrollos ficticios de valor viene dada por el importante rol del crédito en la economía capitalista. Si bien la acumulación de dinero que generan los capitales productivos es la fuente decisiva para el capital prestable, también es cierto que sin un sistema crediticio la reproducción ampliada del capital dependería completamente de la escala de la propia acumulación del capital en cuestión. A través de la concentración de fondos acumulados se abre para los capitalistas la posibilidad de disponer del capital acumulado por la sociedad. A partir de esta situación, el capital dinero aparece también como una mercancía, cuyo valor de uso se presta al precio del interés. Luego de la transformación del capital en mercancía que rinde intereses, llega el turno de la transformación del crédito y la inversión en mercancías, convertidas en activos financieros. A esto las teorías burguesas le llaman “capitalización”.

En esta expansión de los valores y del circulante monetario vía endeudamiento crediticio se encuentra la posibilidad del capitalismo desarrollado de aumentar la masa monetaria a partir de los activos financieros. Esta tendencia expresa la necesidad del capital de ampliar la base de su reproducción, en este caso, con la posibilidad de extenderse más allá de su carácter de mercancía como expresión universal del valor del resto de las mercancías. Las posibilidades de desarrollo de estos valores ficticios radican justamente en el hecho de que, si bien tienen su base real en un derecho de apropiación de parte

de la plusvalía producida, su misma lógica de valorización inmanente (el efecto aparente del “dinero que produce dinero”) hace que la determinación de su cotización tenga un carácter aparentemente independiente del movimiento de los valores, y que es determinado por la tasa de interés. Hemos visto cómo la determinación irracional del capital a partir de su valor de uso, que determina el interés, puede a veces contradecir momentáneamente su fundamento en la ley del valor-trabajo (en la confusión entre tasa de interés y precio del dinero, propia de la economía burguesa). Pero justamente, lo central es este aspecto momentáneo del mismo, este tiempo en el que estos valores ficticios aparecen, se desarrollan y desaparecen es a su vez la confirmación del límite fundamental para la lógica irracional del valorización del capital llevada hasta su última expresión (D-D’).

Más arriba desarrollamos sintéticamente cómo durante la etapa decadente del capitalismo, éste continuó desarrollándose de forma contradictoria e inestable a partir del endeudamiento, que tuvo su expresión más palpable en la inflación monetaria estructural, generada principalmente por la intervención distorsiva del Estado en la economía. Lo que nos interesa llegado este punto es mostrar los mecanismos que primaron luego del fin del patrón-cambio oro en 1971.

Actualmente el desarrollo de los mercados de derivados ha impuesto nuevas formas de desarrollo del capital dinero que han sido la base del crecimiento de la economía, particularmente en los últimos 40 años. Esto determinó un crecimiento basado en el apalancamiento especulativo, que creó inmensas sumas de valores ficticios a partir de capitales relativamente pequeños.

Esta tendencia que siempre acompañó al capital, se desarrolló mucho más bajo su fase imperialista. Pero en particular, las últimas décadas del siglo XX, luego de la liberación del dólar respecto de su paridad con el oro, fueron momentos donde el desarrollo de la especulación y de los capitales ficticios creció enormemente.

Si bien luego de la crisis de los ‘30 los capitalistas intentaron regular el desarrollo de estas tendencias especulativas más extremas, de la cual los acuerdos de Bretton Woods fueron una piedra fundacional, fue la imposibilidad de sostener tales rigideces (la inflación galopante generada por la paridad oro-dólar) lo que llevó nuevamente a “desregular” y a abrir el paso a la especulación bajo las nuevas alas que le daba el hecho de que la moneda mundial era un papel moneda como cualquier otro, con una relación flotante con el dinero metálico. Si bien esto daba a EEUU nuevas posibilidades para el desarrollo de la especulación y la posibilidad (al menos en el corto plazo) de sobreendeudarse casi sin límites, al controlar la emisión del dinero mundial, los demás países imperialistas bajo la hegemonía yanqui pudieron superar las presiones inflacionarias inmediatas.

Como se planteó anteriormente, lo fundamen-

tal para el imperialismo luego de Bretton Woods era acabar con la inflación. Esto tuvo su reflejo ideológico en el encumbramiento de las teorías monetaristas de Friedman, Hayek y demás ideólogos de la economía burguesa. Lo paradójico, si se quiere, es que esta respuesta antiinflacionaria se hacía fundamentalmente contra los postulados de otra teoría de cuño monetarista como la keynesiana, que había sido aplicada en la arquitectura del sistema monetario mundial de la posguerra, en particular respecto de la idea de paridad fija entre una moneda fuerte y el oro.

Sin embargo no paso mucho tiempo para que algunas de las manifestaciones destructivas de estas orientaciones “monetaristas” se expresaran (crisis de deuda soberana en los años ‘81-’82, crisis especulativa de 1987, etc.) por lo que se hizo necesario nuevamente establecer “regulaciones” a la actividad bancaria comercial. Producto de estas discusiones surgieron los Acuerdos de Basilea (1988), los cuales exigían límites máximos para el apalancamiento, y límites mínimos para los capitales de base con que podían operar los bancos.

La crisis empujó al “rediseño” de los acuerdos de Basilea los cuales, en su segunda versión, intentan contemplar los “nuevos instrumentos” especulativos pero dando a los bancos un plazo de diez años para cambiar su accionar.

La Expansión Del Dinero De Crédito

A partir del desarrollo del sistema financiero, y en particular del proceso de “capitalización” de las deudas, se genera la posibilidad de hacer que todo tipo de activo financiero pudiera circular como dinero. De esta forma, la determinación de la tasa de interés comenzó a jugar un rol fundamental en las políticas monetaristas que encararon los gobiernos capitalistas. Es un hecho que en el capitalismo desarrollado el dinero de crédito se convierte en la forma dominante de dinero, sin por eso quedar anuladas las bases reales del dinero como “mercancía universal”. Desde ya que esto no es nada nuevo; ocurre desde la época de Marx con la especulación alrededor de las letras comerciales. Sin embargo la magnitud con que esto ocurre en la actualidad es inédita. Ahora bien, estos activos financieros que circulan como dinero (dinero crediticio) determinan su precio en referencia a la tasa de interés vigente. De esta manera se llega al absurdo de que este “dinero” determina su valor a través de la tasa de interés. El precio de este circulante subirá o bajará de acuerdo a la tasa de interés en una relación inversamente proporcional, esto es, si la tasa de interés baja, el valor de los bonos aumenta, y viceversa. Esto porque las alzas o bajas de su valor dependen de la magnitud del descuento que se le hace al vender el bono antes de su fecha de expiración. Si la tasa de interés es alta, el “rendimiento” para quien venda ese bono antes de su fecha de expiración será menor, porque será mayor el descuento, y viceversa.

Este funcionamiento indirecto, abstraído de la ley del valor, es como todo interés, una deducción del plusvalor producido efectivamente, por lo que finalmente el “valor” de este dinero crediticio es sólo indirectamente similar al valor que tiene el dinero real.

Lo que es importante señalar en este punto es que este mecanismo determina gran parte del valor que circula y se acumula según la contabilidad capitalista¹⁴ Es importante también señalar el rol fundamental del sistema bancario en la creación de estos valores ficticios ya que de ellos, y de sus propios objetivos para hacer ganancias, surgen las fluctuaciones de la tasa de interés, que encuentra aquí su importancia dentro de los mercados de la actualidad. De hecho, he aquí la pretendida efectividad de las medidas monetaristas que encaran los gobiernos burgueses al subir o bajar las tasas de interés para controlar la “emisión monetaria”, cuando intentan controlar la inflación o superar la deflación. Es así como en los años de boom económico (los ‘50 y los ‘60) existía un aumento en la cantidad de dinero, mientras que en los años de recesión (los ‘70 y ‘80) existía una contracción del mismo.

Sin embargo en los ‘90, luego de la liberalización de los mercados financieros que permitió un explosivo desarrollo del mercado de derivados, de la mayor apertura a la penetración imperialista en las semicolonias y en los países del ex bloque socialista, fue que se desarrolló un fuerte flujo de inversiones imperialistas basadas en activos financieros (derivados, bonos, etc.). En EEUU, luego de la salida de la crisis de los primeros años de la década del ‘90, se asistió a un aumento del circulante. Entre 1980 y 1997, la composición de la masa de dinero varió sustancialmente. Si se la considera dividida en M1, M2, M3¹⁵ y comparamos cada una con el PBI, puede verse que desde la última década del siglo XX a la actualidad M1 ha permanecido constante, mientras que M2 creció en un 100% y M3 en un 145%. No sólo esto, la cantidad de los activos M3 era en 2008 casi un 700% más alta que la cantidad de activos “líquidos” M1.

De esta manera, la expansión del “dinero crediticio” continuó siendo una mera expansión de deudas, pero a un ritmo muy acelerado, lo cual hizo de esta “abundancia de dinero” (y su correlato de bajas tasas de interés de referencia que retroalimentaban el proceso) un elemento fundamental de las burbujas especulativas que estallaron en diferentes oportunidades a partir de la crisis del “efecto tequila” en 1995, la crisis de los “tigres asiáticos” en 1997, la crisis rusa de 1998, y la crisis de las “punto.com” en 2001.

Esta seguidilla de crisis que culminaron en el estallido de 2008 expresan la naturaleza volátil de esta acumulación de valores ficticios. Esto ocurre por que estos activos no poseen verdadero valor, sino no es través del hecho de que son derivados del in-

terés, constituyen meros títulos de propiedad sobre plusvalía aun no existente (o ya gastada, como en el caso de los bonos de deuda soberana). Esto lo atestigua el hecho de que en momentos de tensión en los mercados de dinero estos valores caen cuando sube la tasa de interés o cuando son puestos a la venta simultáneamente de forma masiva para ser convertidos en dinero líquido. La pregunta que surge es ¿por qué la destrucción de estos valores ficticios mediante la constatación de su carácter especulativo tiene efectos tan fuertes sobre la economía? De hecho, cuando son destruidos estos capitales, también son destruidos capitales reales que se valorizaban a través de la circulación de estos valores ficticios. La respuesta a esto radica nuevamente en la importancia del crédito en la reproducción capitalista. La expansión de estos valores crediticios cumple la función de llevar a un extremo la elasticidad natural del proceso de reproducción. De esta manera, su presencia es constante y su influencia se extiende a los últimos rincones de la producción y la circulación capitalistas.

La Crisis Y La Contradicción Del Dólar Como Medio De Circulación Y Como Moneda Mundial

Como hemos mencionado antes, el endeudamiento bajo diversas formas fue una tendencia dominante en el desarrollo del capitalismo imperialista en la segunda posguerra. También mencionamos el hecho particular de que a partir de la liberación del dólar respecto de su base metálica en 1971, el dinero crediticio tuvo una expansión inédita en la historia del capitalismo. Este auge explosivo del endeudamiento con forma monetaria tuvo desde entonces su epicentro en la economía de los EEUU, haciendo del dólar la moneda mundial y a la vez el receptáculo del inmenso proceso de endeudamiento que crecía a nivel mundial. Los EEUU incrementaron su deuda de forma violenta, llegando a perder su condición de acreedor neto en 1985. Bajo todo este movimiento existía el postulado de que la deuda pública de los EEUU (que ya no se convertía en “inflación”) podía aumentarse sin límites. Para los capitalistas, esto se sustentaba en la fuerte demanda que siempre tendrían los títulos del tesoro (T-bonds) por los inversores internacionales, por lo que las tasas de interés siempre permanecían bajas (o eran bajadas por imposición de la FED).

A esto se suman los beneficios arbitrarios que EEUU puede ejercer al controlar la moneda de reserva mundial. Más allá de algunas ventajas que obtiene en el proceso técnico de circulación de mercancías y capitales, el principal beneficio de EEUU es la posibilidad de liquidar sus deudas súbitamente a través de la desvalorización. Por supuesto que este tipo de maniobras no acaba realmente con las deudas contraídas, sino que las hace “patrimonio”

del conjunto de la economía, es decir, cambia su expresión como déficit en una disminución general del valor de los capitales en todo el mundo (con consecuencias nefastas para la economía), y saca del centro de la tormenta, al menos por un tiempo, a los EEUU, fuertemente expuestos a los violentos vaivenes del capitalismo en crisis.

Este caos contenía una contradicción insalvable para el sistema monetario basado en el dólar: el déficit fiscal asociado con el endeudamiento general de la economía comenzó a alterar la relación entre el dólar como equivalente nacional y su función como dinero mundial. Al ser el dólar la moneda de reserva internacional,¹⁶ la tendencia general que se desarrolló durante más de veinte años, tenía que estallar en algún momento haciendo inmediato el peligro de una desvalorización generalizada de activos basados en el dinero de crédito norteamericano.

Sin embargo el dato importante es que un volumen creciente de las reservas dejó de acumularse incluso en dólares, y con el auge de la especulación, comenzó a acumularse en “activos financieros”, es decir, como capital ficticio. A la acumulación de títulos del tesoro, se sumaron en los últimos años bonos emitidos por empresas y deudas hipotecarias, acciones y demás.

El crecimiento de la acumulación de activos financieros como reservas, como los T-bonds, implica un grave peligro de default para el conjunto de la economía mundial. Si recordamos que los bonos sobre los ingresos en impuestos de un Estado tienen que ver directamente con la salud de sus cuentas fiscales, el problema del déficit norteamericano¹⁷ se convierte en un problema que trasciende ampliamente las fronteras nacionales. Si bien el Estado norteamericano “pagará” sus deudas, todo indica que comenzará a hacerlo a través de la utilización del privilegio de su manejo discrecional del dólar. De esta manera, la bancarrota será generalizada, a través de la violenta desvalorización de los activos del resto de las economías del mundo.

En este sentido algunos economistas hablan de que es posible que se esté desarrollando un escenario de desvalorización súbita de activos como la que predijo allá por los '60 Robert Triffin, cuando el precio-oro del dólar desapareció en una devaluación que exportó la deuda a los competidores a través de la desvalorización de los activos basados en dólares.

La Crisis Capitalista Mundial Y La Chispa Del 2008

Si bien los acuerdos de Basilea rodearon de un cerco sanitario al núcleo de los bancos comerciales en los países imperialistas, no determinaron límites para todos los nuevos instrumentos financieros que se crearon a partir del impulso que tuvieron las ideas de la Universidad de Chicago, entre otros. Entre estas nuevas formas que adquirió la especulación se encontraban los “bancos de inversión” y toda la



arquitectura especulativa de los mercados de derivados (que habían aparecido en 1973, a partir de los futuros de materias primas de la bolsa de Chicago). Ya en los '90, los bancos de inversión podían operar casi sin capital propio, trabajando con depósitos a corto plazo que a partir de complejos apalancamientos, podían ofrecer altísimos rendimientos a los inversionistas, que aceptaban el alto riesgo de las inversiones que hacían estos bancos. A partir de esto los negocios de esta banca “desregulada” se expandieron de forma explosiva. Ya en 2007 los cinco bancos más grandes de inversión de los EEUU tenían una valorización de sus activos que sumaban más de dos tercios de todo el sistema bancario comercial de los EEUU. Algunas de estas instituciones operaban con capitales de base (equity) que eran al menos treinta veces menores que sus activos. En comparación, los bancos comerciales operaban con capitales que representaban 12 veces sus activos. Esta “banca en las sombras” apareció en los '90. Operaban a través de los llamados “bancos de inversión” con muy bajos o ningún recurso propio, pero aseguraban a quienes invertían sus depósitos en ellos altísimas ganancias gracias a enormes maniobras de apalancamiento.

El “apalancamiento”, es la base del negocio de los bancos, los cuales justamente, reciben depósitos a corto plazo a los que devuelven bajas tasas de interés, y a su vez prestan a más largo plazo con altas

tasas de interés. Mientras la actividad del banco es normal, el banco puede hacer frente a sus obligaciones de corto plazo (pago de intereses de plazos fijos, por ej.) sin mayores problemas. Pero si un banco debe recurrir a pagar sus obligaciones con sus clientes con su propio capital de base, entonces el banco está en problemas. Los altos niveles de “apalancamiento” característicos de los bancos de inversión, hacen que cualquier interrupción en sus negocios (ya de por sí volátiles) redunden rápidamente en una “corrida bancaria”, es decir, en el retiro abrupto de los depósitos y en el cobro inmediato de las obligaciones contraídas por el banco.

A partir de la llamada crisis “subprime”, que fue la chispa que comenzó el incendio, es ampliamente conocido el hecho de la fuerte especulación que se dio en el sector de los bienes raíces, donde también inmensas masas de capital fueron invertidas para obtener ganancias especulativas, aprovechando las bajas tasas de interés debido a la “abundancia de dinero” (el viejo malentendido de la teoría cuantitativa). El aumento de la demanda de bienes inmobiliarios hizo crecer el precio de las mismas, garantizando a los primeros inversores ganancias y descontando sus deudas a través de ellas. El traspaso de estas deudas de mano en mano como forma de pago que hacía crecer la burbuja especulativa, cada vez más termina como es de esperarse en la bancarrota de quienes llegan último al hasta ese momento “increíble negocio” de la especulación, ya sea porque no cumplió con las irreales expectativas que existían sobre las ganancias o porque el costo de endeudarse aumenta debido a la profundización de la crisis (recesión). Más aún, a partir de las grandes expectativas de ganancias rápidas, se cotizaron fuertemente los “valores” de los derivados, los cuales, dado el gran auge de la especulación, tenían también altas cotizaciones.

El desarrollo del sistema financiero a partir de la incrementada plétora de capitales excedentes, junto con la libre flotación del dólar, permitieron la creación de todo tipo de artificios especulativos. Pero incluso en el sector más tradicional del mercado de acciones comenzaron a aparecer posibilidades de inversión de “alta rentabilidad y alto riesgo”, que acumulan grandes sumas de capital de propietarios que son literalmente engañados con estos negocios. Otro tanto es lo que hacen los fondos de inversión (hedge funds) los cuales aumentan artificialmente su cotización a través de la adquisición cortoplacista de activos. Lo esencial del capital financiero se expresa entonces de forma acentuada en estas prácticas usurarias que, dada la magnitud de las operaciones que llevan a cabo, se han vuelto “relevantes para el sistema” (tal como se dijo sobre los bancos de inversión que quebraban en 2008), por lo que el conjunto de la sociedad debe, según los gobiernos capitalistas, financiar sus rescates.

Todo este gran mercado de derivados fue lo que

permitió luego el desarrollo de las inmensas burbujas especulativas que han estallado año tras año desde 1995 a la fecha. La crisis financiera de 2008 mostró que el riesgo propio de la banca de inversión se había esparcido por todo el sistema bancario, ya que era la fuente de financiamiento directa e indirecta de innumerables actividades productivas y comerciales. El alcance del poder destructivo de este crash financiero acuñó un nuevo término: “toxicidad”. Y es que la influencia de esta inusitada plétora de capitales ficticios acumulados por décadas ya se habían convertido en algo fundamental para el sistema. De hecho, esta fue una de las razones por las que se aprobaron las “inyecciones de capital” en el sistema financiero. Los rescates financieros de 2009 evidenciaron que las inyecciones de capital sólo podían servir para saldar las deudas de los especuladores quebrados, sobre todo de los más importantes, ya que las tasas de interés de los bancos no bajaron, ni tampoco subió el volumen de los préstamos (necesarios para la actividad económica), mientras que se recuperaron los valores que estas instituciones poseían como valores “tóxicos” que se esfumaron con la crisis. Es decir, las inyecciones de capital con que los gobiernos imperialistas beneficiaron a los bancos quebrados, se usaron nuevamente para la especulación. Detrás de una merma de sólo el 2,4% en los activos de los bancos, aparece una reducción de dos dígitos en el otorgamiento de préstamos a la industria y la construcción.

Si bien es cierto que la especulación es un “juego de suma cero” respecto de la real producción de valor, todo cambia cuando analizamos aunque sea sólo el derrotero del sistema monetario capitalista y vemos en la generación espontánea, repetida y catastrófica de estas “burbujas” especulativas nada más ni nada menos que la deuda crónica, estructural del sistema capitalista como un todo. Deuda generada a partir de la recuperación económica de los años '20, que terminó en el crash del '29, o de las fuertes políticas de endeudamiento estatal de la preguerra y durante la guerra, como también durante los mismísimos años del “boom”, donde el sector privado y también la potencia hegemónica EEUU adquirieron inmensas deudas.

A Modo De Conclusión

Como pudo verse en el transcurso de la nota, hemos intentado señalar los rasgos de la descomposición capitalista tanto en el sistema monetario como en el sistema financiero. Éstos han desarrollado, durante décadas de políticas económicas monetaristas, pasivos estructurales que expresan el límite máximo del forzamiento del proceso de reproducción capitalista a través del crédito. La bancarrota capitalista a la que asistimos actualmente tiene entonces una dimensión estructural. Es decir, no hablamos aquí de una crisis más que se une a

la seguidilla de crisis especulativas que estallan en sucesión desde los '90. De hecho podemos decir que cada una de estas crisis "parciales" en realidad estaba preparando el terreno para la subsiguiente, que sería más profunda que la anterior. Hemos visto cómo el desarrollo capitalista a través del siglo XX, se manifestó a través del endeudamiento crónico y el desarrollo hipertrofiado del sistema financiero. Justamente por esto podemos señalar en la crisis que hoy se desarrolla, una dimensión histórica, que viene a actualizar las contradicciones históricas del capitalismo imperialista.

El límite histórico señalado por la guerra mundial hace casi cien años no ha podido ser superado aún a través de las masacres imperialistas, la profundización del desarrollo del mercado mundial y el desarrollo contradictorio de las fuerzas productivas bajo el imperialismo. No es posible para el capitalismo en descomposición desarrollarlas sin caer en terribles desequilibrios que alimentan a la siguiente crisis de forma más profunda, destructiva y después de un intervalo de tiempo siempre menor. Para el marxismo este límite histórico del capitalismo está determinado por una tendencia general inevitable y propia al sistema capitalista: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Sin embargo es imprescindible pasar a un nivel de análisis más concreto, en el que puedan delinearse con mayor certeza elementos como la aceleración del proceso abierto de crisis.

La actual crisis puede resumirse en el hecho de que la economía mundial se encuentra ante un problema estructural, ya que no puede seguir sosteniendo el esquema de intercambio mundial vigente hasta el momento. Los esfuerzos de los gobernantes capitalistas para franquear los efectos más nocivos del desfase que existe entre las instituciones creadas durante el equilibrio de posguerra (aún vigentes, pero establecidos a través de una configuración particular de las relaciones interestatales que hoy tiende a desaparecer) y las urgencias de la crisis generan innumerables contradicciones.

De hecho todo el arsenal teórico de la burguesía parece haber llegado al límite de la caducidad. Podemos decir que durante todo el siglo XX el debate entre monetaristas (keynesianos y ortodoxos) simplemente fue configurando la historia económica mundial con idas, venidas y combinaciones eclécticas de ambas teorías. Ya pasada la primera década del siglo XXI la actual crisis actúa a la manera de balance concreto de tales políticas que sólo prorrogaron los efectos más perjudiciales de la crisis. De hecho ambas corrientes de pensamiento económico burgués aportaron a su manera al cúmulo de contradicciones, cuyas manifestaciones monetarias y sobre el sistema financiero vimos más arriba.

Es importante recordar que el epicentro de la crisis está en los países imperialistas. EEUU concentra hoy las contradicciones más grandes de la economía mundial. Su rol de motor del capitalismo fue siguiendo el desarrollo caótico de la economía, que tras cada crisis de envergadura golpeaba en el centro

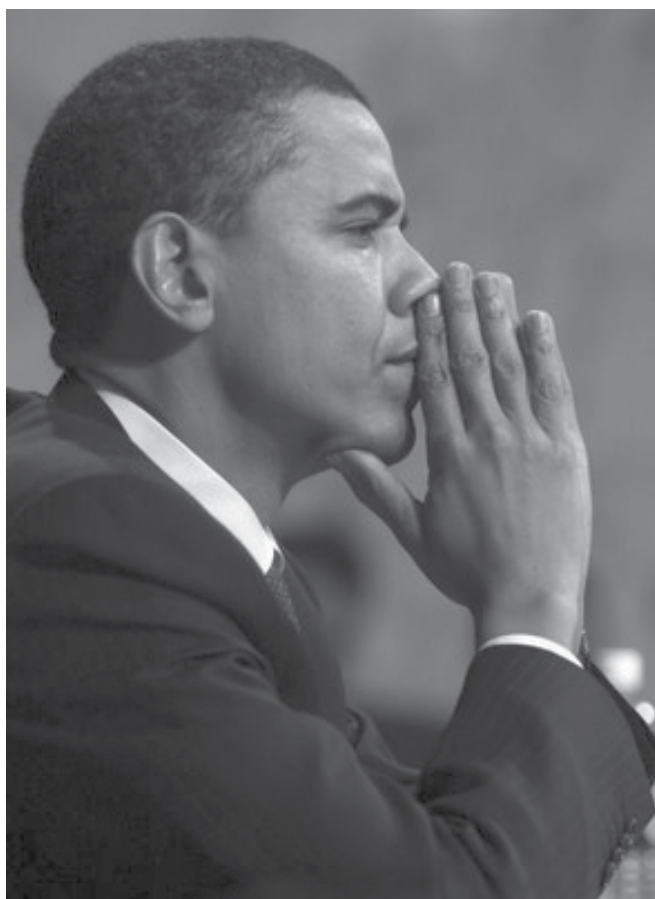
imperialista que fue en estos sesenta años EEUU. A partir de los '80, luego de las crisis de deuda y de la ofensiva burguesa contra los trabajadores y contra la URSS (que encarnaron Thatcher y Reagan), EEUU comenzó a desarrollar aún más su sistema financiero a partir de políticas desreguladoras y también a partir de las nuevas plétores de capital que se acumulaban tras cada crisis económica ('73, '82, y '87). A pesar de que esta liberalización de los mercados financieros mejoró la situación relativa de los EEUU (respecto de Japón y de Europa) en realidad estaba profundizando su declinación. Los déficits públicos y el endeudamiento privado que aumentaron exponencialmente a partir de los '90 hablan de que esa momentánea prosperidad iba a tener un alto costo. Y es que el capitalismo no era una "propiedad" de los EEUU, lo que hoy se ve con la crisis que está carcomiendo los cimientos de la economía norteamericana desde adentro.

Este país-continente es víctima de su propio rol en la cadena imperialista. Su presencia hegemónica le sirvió para imponerse sobre sus competidores y para obtener siempre la mejor ubicación sobre las semicolonias. Pero también lo puso en el centro de la tormenta, absorbiendo las contradicciones del capitalismo mundial. El peso de su propia economía, de su sistema financiero y su moneda convertida en "moneda mundial" lo ayudaron a mantenerse como potencia mundial indiscutida. Por otra parte, el uso de su moneda como reserva y dinero mundial, se expresó finalmente en el gran déficit comercial y en la inmensa proliferación y dependencia hacia los nuevos "productos" del sistema financiero: el mercado de derivados. Todos estos elementos, sumados a cierta escasez de mercados solventes para la gran oferta de la economía mundial, convirtieron a los EEUU en el principal consumidor global. Hoy ante la actual crisis capitalista el país se encuentra ante el mayor endeudamiento de su historia, siendo de hecho el principal deudor del mundo. La deuda pública total es de aproximadamente 14,2 billones de dólares (casi el 100% de su PBI), mientras que el déficit presupuestario del Estado es de 1,65 billones de dólares, equivalente a casi el 11% del PBI.

El cambio de acreedor neto a deudor neto no es sólo signo de su decadencia general, ya que de hecho no existe un retador serio a su hegemonía (como sí ocurrió en la relación entre Inglaterra y los EEUU a principios del s.XX). En realidad su debilitamiento no es en provecho de otro país "en ascenso" sino una consecuencia directa de la influencia violenta que tienen las contradicciones del capitalismo actual. Su hegemonía sobre Europa con la persistencia de la competencia interimperialista es algo que ha sido muy costoso para la salud de la economía norteamericana, debiendo financiar la deuda histórica de una Inglaterra que comenzó su desindustrialización, o por contratara, de una Alemania "exportadora neta", a la cual EEUU compra bienes de capital y de consumo durables. Estas relaciones "insanas" dentro del capitalismo, prolongadas en el tiempo, son las que han llegado a defor-

mar a la misma economía norteamericana. Estados Unidos no dejará de ser en lo inmediato una potencia mundial, pero cambiará mucho respecto de lo que fue en el siglo XX. No podrá dominar efectivamente al mundo, sino que deberá competir con los demás países imperialistas por establecer en él sus zonas de influencia exclusiva. Esta tendencia es la fuerza centrífuga más grande que sufre el equilibrio capitalista actualmente y es la que puede llevarlo a su anulación completa. El imperialismo yanqui es una enfermedad también para la economía de los EEUU.

La crisis capitalista, que para los burgueses es hoy una “crisis de deuda”, introdujo en los EEUU la forma de la vieja discusión de la “dicotomía” entre “estado o mercado”. Concretamente, en EEUU, con las severas convulsiones que sufre (con las que hace sufrir también al resto del mundo) en relación a este tema, la cuestión se convierte en algo más pro-



fundo e inmediato de lo que aparenta.

En los últimos meses se venía desarrollando la actual crisis política que vive la democracia imperialista. El debate sobre el “techo de la deuda”, que históricamente ha sido un mero “trámite” que se ha hecho 72 veces desde 1962, se convirtió en estas circunstancias en una crisis política de carácter histórico, donde el presidente Obama fue literalmente chantajeado por la oposición republicana que obtuvo a merced de amenazar con dejar que

ocurriera un “default técnico” con tal de obtener mejoras impositivas y recortes en la seguridad social. Pero más allá de estos hechos propios de una “república bananera”, lo sustancial ocurre debajo de los fuegos de artificios del ultraderechista Tea Party versus los demócratas del medicare.

En realidad lo que se está poniendo en juego es la política económica que aplicará el Estado imperialista ante una crisis que esta haciendo es- fumar enormes sumas de valor acumulado por la economía mundial. La propia posición del Partido Demócrata, se muestra como continuista con la línea de aumento del gasto estatal y de hacer más o menos caso omiso de la deuda, para así tratar de campear la crisis. Esta posición que sostienen, entre otros, economistas como Paul Krugman, significaría en los hechos la eventual caída en default para los EEUU. Por supuesto que no a la manera “Tea Party”, sino en el sentido de un accionar unilateral

de los EEUU respecto de la economía mundial. Este fue siempre el límite absoluto del pensamiento keynesiano: la estrechez chovinista del burgués imperialista ante la crisis. El endeudamiento monstruoso del Estado generado por las políticas de aumento del gasto público sólo puede ser solventado a costas de los competidores. Si bien esto aseguraría cierta recomposición a la economía en recesión, tal como dice Krugman, redundaría también en la liquidación final de la hegemonía norteamericana tal como la conocimos hasta ahora, dinamitando su herramienta más importante para su hegemonía económica mundial que es el dólar. Por otra parte, la posición de los republicanos parece ser la de dejar que la crisis “haga lo suyo”, dejando que la crisis despedace la economía y lo construido alrededor del endeudamiento. Todas las líneas de ajuste, como las que impone Alemania sobre Grecia, por ejemplo, tienen la misma estructura y objetivos que las viejas políticas “deflacionarias” (ya que como hemos mostrado inflación y endeudamiento son dos formas del mismo fenómeno). Estas políticas que intentan llevar la deuda “a cero” condenan a inmensas partes de la

industria a la bancarrota, lo cual demostrará tarde o temprano cómo la crisis especulativa será pagada por el conjunto de la economía. Y cómo el caso de aplicación de las políticas “ortodoxas” es igual, pero a la inversa: la cancelación de las deudas a través de la liquidación de la economía no significa que llevará a la economía a un nuevo amanecer, ya que la recesión muy posiblemente se sume a una inflación proveniente de los galopantes costos en energía y alimentos.

En Europa, por su parte, la crisis está cuestionando profundamente el proyecto reaccionario de unidad capitalista del continente. El euro probó ser sólo un instrumento de expoliación de las economías más débiles del continente. El euro posiblemente termine su historia habiendo logrado ser sólo un remedio tardío, fracasado y regional del dólar. La unidad capitalista tan mentada por los ideólogos “Europeistas” sólo se sostenía en el aumento y la exportación de inmensas sumas de deuda. La descomposición del capitalismo europeo muestra que sus más de 100 años de imperialismo no fueron en vano. Ninguna de las economías europeas escapa a esta cuestión, ni en los casos más evidentes, como el Inglés, donde la desindustrialización y el desarrollo inusitado de la especulación financiera han deformado completamente la economía, ni tampoco en los casos “engañosos” como el de Alemania, que tras una fachada de país industrial exportador esconde la sujeción de los países de la periferia Europea (del Este y del Mediterráneo) mediante la exportación de capitales excedentes y ficticios. Las masas europeas comienzan a pagar con esta crisis los costos reales de la aventura del euro y de la reunificación capitalista alemana.

Respecto de las semicolonias, la política internacional mostrará en un plazo, sino corto mediano, que cualquier teoría del desacople es un gran engaño. En primer lugar, el desorden del sistema monetario llevará a la crisis a las semicolonias que han ahorrado en los años de “bonanza” de venta de materias primas a China, en dólares, bonos del tesoro, euros, y demás papeles que cotizarán de acuerdo a los intereses imperialistas en juego. Por otra parte, la misma situación de ofensiva aventurera de los países imperialistas puede poner a las semicolonias entre la espada y la pared, terminando con sus ideas de un mundo de países emergentes. Un indicador que muchos de los entusiastas de las teorías del desacople, o del mundo multipolar, etc., es el del flujo de capitales entre países, que tiende a crecer entre países imperialistas y semicolonias y no entre países imperialistas como era lo usual. Interpretan esto como el crecimiento de las economías emergentes olvidando el pequeño detalle de la propiedad de estos capitales.

Otro punto fundamental de las relaciones interestatales que cambia sustancialmente con la crisis es el de los procesos de asimilación al capitalismo de Rusia y China. En el primer caso, este país desmantelado, devenido en productor de petróleo y gas para Europa, puede ver comprometida su estabilidad interna debido a los redobladas amenazas de los países imperialistas ávidos de este recurso que se encarecerá cada vez más. Por otra parte, el caso de China será más complejo aún. El crecimiento económico chino dependió en los últimos veinte años de su comercio con occidente, en particular con los EEUU (lo que se expresó en sus reservas compuestas en gran parte por T-bonds). La caída abrupta de la demanda del gran consumidor mundial no podrá ser reemplazada por la insostenible demanda de su mercado

interno. Asimismo, desde 2009 en adelante, China ha sido receptáculo de toda clase de capitales que huían de la crisis en los mercados especulativos europeos y norteamericanos, generando un tipo especial y enorme de burbuja compuesta por inversiones en infraestructura, en vivienda y hasta en industrias manufactureras. Entonces es posible que China esté pronta a sufrir de lleno el golpe de la crisis bajo la forma de una crisis de sobreproducción, lo cual por su parte, arrastrará al resto de los países atados a su economía, sobre todo las semicolonias grandes exportadoras de materias primas.

Volviendo a la discusión sobre la crisis de hegemonía norteamericana, huelga agregar que en EEUU ninguna de las facciones de la burguesía imperialista enfrentadas posee una orientación burguesa que represente una política coherente a largo plazo. De hecho, la línea de los republicanos que mencionamos más arriba no necesariamente está reñida con la idea de “defaultear” y abrir la disputa interimperialista contra sus competidores. Más aún, esto ocurre tanto a uno como al otro lado del atlántico. Podríamos decir que lo que ha primado hasta ahora han sido las combinaciones eclécticas entre intervención estatal al estilo keynesiano (inyecciones de capital en el sistema bancario), como las políticas más “ortodoxas” de ajuste estructural, como las que se están aplicando a Grecia e Irlanda. La discusión febril entre republicanos y demócratas evidencia la situación de crisis política a partir de las tensiones, la incertidumbre y la debilidad que ha mostrado hasta ahora el estado norteamericano.

Lo que sí es cierto es que cualquiera de las “opciones” de política monetarista planteada por demócratas o republicanos redundará en un ataque directo a las masas trabajadoras, dado que ya sea con la inflación “keynesiana”, o con el ajuste y el desempleo estructural de los “ortodoxos”, los trabajadores recibirán todo el peso de la crisis sobre sus espaldas. Además, otro elemento siempre ocultado, pero que es palpable en cada reunión bilateral, en cada desencuentro a cada lado de los océanos, es el de las tendencias a la fragmentación del mercado mundial. Esto se ve en la cada vez más difícil unificación de criterios ante la crisis. De hecho, si las líneas erráticas que hoy vemos al respecto continúan profundizándose, podremos ver quiénes serán los actores principales en el estallido de la UE, y en la crisis política histórica de los EEUU. Hemos dicho cómo el uso y abuso del dólar por parte de EEUU puede hacerle perder su posición hegemónica absoluta, pero no su poder. Por su parte, los demás países intentarán también imponerse en zonas de influencia más o menos exclusiva. La posible caída del sistema monetario impuesto, aún con modificaciones a partir de 1945, puede ser un indicador muy serio de procesos de cambios muy violentos en la dinámica de clases y en las relaciones interestatales como las hemos conocido a la fecha.

[1] Artículo elaborado en agosto de 2011.

[2] C. Marx, Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política

[3] ". El Capital tomo III, cap 8, Ed Folio, pág 594

[4] Ibidem, p. 138.

[5] Ibidem.

[6] Ibidem, Libro 1º, cap 3

[7] Ver El Capital, tomo 3.

[8] Y decimos esto en una dimensión desde la cual se puede explicar desde la caída de imperialismos coloniales europeos (Francia e Inglaterra), hasta la destrucción de los imperialismos alemán y japonés, así como la "paradójica" reconstrucción de estos como países imperialistas por parte de los EEUU en contra de la URSS. Su rol como potencia imperialista principal, como hegemón, expuso su economía relativamente sana respecto de las europeas, a la descomposición histórica del capitalismo.

[9] H. Grossmann, p281 "La ley de la acumulación y el derumbe del sistema capitalista" ed. Siglo XXI

[10] Ibid. 345

[11] Respecto del rol de la inflación en relación al nivel de los salarios: "La inflación permanente, incluso cuando es más o menos "moderada" o "congelada", como ocurre actualmente con Estados Unidos (y como ocurrió con la Alemania nazi), implica siempre una redistribución de la renta nacional.

Sus primeras víctimas son los titulares de ingresos estables, así como todas las capas de asalariados que no disponen de los medios y de la fuerza sindical necesarios para defender sus ingresos reales.

Sin embargo, cuando la economía continúa en expansión general, esta redistribución no implica necesariamente una agravación absoluta del nivel de vida de los trabajadores (lo que no ocurrió, por ejemplo, en Estados Unidos, entre 1945 y 1958). Pero implica que la parte correspondiente a los asalariados en el producto social creciente es menor que la que les hubiera correspondido con una moneda estable. La inflación es en este caso un medio de neutralización relativa de la fuerza sindical, y no, como afirman imprudentemente los medios conservadores, el "resultado de la presión sindical". E. Mandel: "Tratado De Economía Marxista -Tendencia permanente a la inflación monetaria".

[12] Ibidem.

[13] Ibidem

[14] El flujo de operaciones de los mercados de derivados tuvo un desarrollo explosivo durante en las últimas dos décadas. Pasaron de ser 50 billones dólares en 1995 a representar un valor de 500 billones de dólares en 2007. Esta cifra significa casi cinco veces el PBI mundial de ese año.

[15] Existen "diversos grados de liquidez" de los depósitos. La forma más líquida de todas es la que existe como dinero contante y sonante, como dólares, euros u oro. Estos son denominados activos "M1". Luego, los depósitos a plazo fijo son denominados "M2". Finalmente, los menos "líquidos" de todos, son los bonos de deuda, las acciones y todo tipo de derivados financieros, los cuales son denominados "M3".

[16] El dólar es la moneda más utilizada en las transacciones internacionales. Según Goldberg su uso representa el 85% (sobre 200%), en tanto el euro el 39%. Asimismo es la moneda en que se denominan la mayoría de los precios mundiales. El mismo autor estima que en marzo de 2009 circulaban por fuera de EEUU unos 580.000 millones de dólares en dinero físico. En 2009 el 46% de los títulos de deuda se emitían en dólares; el 52% de los créditos internacionales se realizaban en dólares; y el 59% de los depósitos internacionales. Además, el dólar es demandado como reserva de valor. En 2007, 89 países tenían sus tipos de cambio fijados con respecto al dólar, y otros 7 tenían sus economías dolarizadas, o bajo alguna forma de régimen

de convertibilidad (Goldberg, 2010).

[17] Varios analistas advierten que está disminuyendo la capacidad fiscal de EEUU con relación a la envergadura de la economía mundial. Ejemplo: el stock de deuda de EEUU en 2011 equivale al 99,5% de su PBI; la deuda neta al 72,4%, y el déficit del balance primario al 9% del PBI. En 2011 la suma de la deuda que vence y del déficit fiscal equivale al 28,8% del PBI (IMF, 2011).

[18] "El problema de Europa no son las cajas, sino la banca alemana," El País, 27/02/2011



Sobre La Mecánica Del Programa De Transición



Por: Guillermo Costello y Carolina Vidal

Nota Preliminar

La idea de que un programa nace o surge de las necesidades materiales, que impulsan la acción del hombre y la lucha de clases, podría aparecer un tanto obvia para un marxista que se precie tal, y sin embargo es una de las tantas “obviedades” que el centrismo trotskista ha olvidado. Lo que primó durante la posguerra en el seno de las corrientes marxistas, ya sea en su versión más sofisticada como el “neocapitalismo” de Mandel, la versión politicista de los frentes únicos de Lambert o Pablo, o su expresión bárbara en Nahuel Moreno con la inversión de la

Ley de Causalidad histórica, fue la jerarquización idealista de los factores subjetivos por sobre los objetivos.

Mandel caracterizó a la posguerra como el período de desarrollo del “neocapitalismo”, signado por una onda de expansión económica a largo plazo. Según él, fue justamente esta expansión la que amplió a niveles inéditos el margen de negociación entre la burguesía y el proletariado. Planteando que, de esta manera, los regímenes se consolidaron sobre la base de concesiones hechas a los trabajadores en los países imperialistas, es decir, un régimen basado en la colaboración estrecha entre la burguesía expansiva

y las fuerzas conservadoras del movimiento obrero, y fundada en una elevación tendencial del nivel de vida de un sector de los trabajadores.

Pero al mismo tiempo, para Mandel, la naturaleza misma del neocapitalismo implicaba la intervención creciente del Estado en la vida económica, para evitar a toda costa, que en medio de la “guerra fría” se desarrollase una crisis grave como la del 1929-1933. La intervención estatal se convierte así entonces en “anticíclica”, o “anticrisis”, donde son los factores políticos los que impiden que se desaten las leyes objetivas del capital.

Mediante una “revolución tecnológica permanente” (sic) y el surgimiento de nuevas capas de trabajadores ligados a este fenómeno, -el pleno empleo y las concesiones- la clase obrera satisface sus necesidades materiales mínimas y por lo tanto debe concentrarse, como parte de la resistencia activa al neocapitalismo y al cuestionamiento de su régimen, en los aspectos políticos, culturales, de género, etc. Pero sobre todo, y basado en estas nuevas capas asalariadas con mayor nivel cultural y tecnológico, se podía desarrollar la lucha por la planificación económica mediante la autogestión y la lucha por la verdadera democracia. Podría pensarse entonces que la irrupción de una crisis que truncase esta larga onda expansiva echaría por tierra la teoría mandelista. Todo lo contrario, con la crisis del 81- 83 no sólo la sostiene, sino que la profundiza.

Por eso en la conferencia de Atenas del 1 de junio de 1983 dirá:

“La defensa de la teoría marxista de las crisis no es sólo un deber de honestidad científica, de capacidad de comprender, de explicar y prever la marcha de la economía mundial. Desempeña también un papel preciso en la lucha ideológica que se desarrolla hoy en el seno de la opinión pública, es decir de la lucha de clases política, de la lucha de clases en el sentido más directo. Desempeña un papel aún más preciso en las líneas divisorias en el interior del movimiento obrero internacional, entre aquellos que, bajo las formas más diversas y con las excusas más contradictorias, aceptan a la crisis como inevitable y se contentan con proponer recetas para administrar esta crisis con dosis graduales de austeridad, y aquellos que quieren organizar, ampliar y generalizar el rechazo de toda política de austeridad, la resistencia militante y activa contra la ofensiva del capital, la lucha contra la desocupación mediante la introducción inmediata de la semana de 35 horas sin reducción de salario semanal y con contratación obligatoria, la lucha por una alternativa anticapitalista de conjunto a la política de austeridad. Esta línea divisoria contrapone en último análisis a todos los defensores de la colaboración de clases y a todos los partidarios irreductibles de la independencia política de clase del proletariado, por la cual Marx se batió toda su vida a partir de 1850.

Esta crisis sólo será resuelta si las masas toman en sus manos la gestión de sus propios asuntos, de la economía, del Estado, de la sociedad. Esta crisis sólo será resuelta por la socialización de los grandes medios de producción, su puesta en funcionamiento

planificada sobre la base de objetivos prioritarios fijados democráticamente con el pluralismo político indispensable a la democracia, por la masa de los productores-consumidores mismos, por la gestión de la economía por los productores asociados, por la creación de una Federación Socialista Mundial, basada en el poder de los trabajadores, el poder de los consejos obreros y populares en el mundo entero.”

El programa que plantea Mandel se restringe a una medida « anticrisis » de imponer las 35 horas y la contratación obligatoria (para volver al pleno empleo), más autogestión pluralista y democrática.

Lambert, el mismo año en que Mandel publicaba sus escritos sobre el neocapitalismo, decía:

“[tanto la política del] imperialismo norteamericano como las que procuran tomar los imperialismos secundarios y en particular, en lo que nos concierne, el imperialismo francés, expresan la tendencia inherente del capitalismo agonizante a dislocar el mercado mundial. Estas medidas expresan también la voluntad de hacer pagar a los trabajadores en cada país la supervivencia del régimen de la propiedad privada de los medios de producción, para intentar superar el caos económico, financiero, político y social que la dislocación del mercado mundial comporta”¹

Pero curiosamente, al igual que Mandel, sostiene que la línea del capitalismo desde 1949 es evitar a toda costa una crisis como la del 29, inyectando presupuestos militares en la economía norteamericana y otorgando algunas reivindicaciones a los trabajadores.

“Pero, dice- ¿podemos calificar de “progreso económico sin precedentes” este gigantesco derroche de trabajo humano de que las fuerzas productivas accionadas por los explotados se transformen en fuerzas destructivas, como definieron Marx, Lenin y Trotsky? ¿Cabe hablar de un salto adelante de las fuerzas productivas cuando los hechos demuestran hasta qué punto tenían razón Marx y Engels al predecir que en cierta fase de su desarrollo, el coste de la supervivencia del régimen capitalista sería más elevado que lo que este régimen da a la humanidad? Con el imperialismo, reacción en toda la línea, tal como Lenin lo definía, la fuerza del trabajo de los trabajadores se despilfarra; con la militarización de la economía, pesa sobre la civilización humana la amenaza de verse hundida en la barbarie de la tercera guerra mundial, barbarie cuyos primeros síntomas hallamos en la guerra de Vietnam y el exterminio de los ‘bengalíes’. Atolladero de la economía, crisis monetaria, crisis de sobreproducción que amenaza. De bancarrota en bancarrota, si el proletariado mundial no acaba con el régimen capitalista en cada país, los capitalistas del mundo entero arrastrarán a la humanidad a la bancarrota final de la barbarie.”

Sin embargo, frente a todas estas calamidades que se avecinan, ¿cuál será el programa de la OCI en 1971? Indemnización de 200F; escala móvil... de precios!!!! Nacionalización bajo control obrero de todos los trusts, “remodelación” de las empresas de servicios nacionalizadas, y un gobierno obrero, llamando a construir un verdadero partido obrero y

ser parte de la OCI.

Ya a principios de los 80s, mientras Mandel proponía medidas anticíclicas para enfrentar la crisis, Lambert desarrollaba su teoría de los campos burgueses progresivos y afirmaba que “En ese combate contra la burguesía, sin tomar la menor responsabilidad por el gobierno de Mitterrand, estamos en el campo de Mitterrand en sus acciones de resistencia a la burguesía”² para ya en los 90- desarrollar la “línea de la democracia” y el “programa de la democracia”.

Como vemos, evolucionistas y catastrofistas terminan levantando un programa de medidas capitalistas de estado, cuya efectivización la garantizaría tal o cual corriente. La sobredimensión de los factores políticos por sobre los económicos los llevó de lleno al régimen burgués y a la lucha por la democracia.

No nos detendremos aquí a versiones más bizarras como la de Moreno que coqueteó en su debido momento tanto con mandelistas como con lambertistas, bajo la proclama del frente único antiimperialista.³

Moreno desplazó de manera tan extrema el eje de la política, destruyendo la concepción materialista del programa revolucionario, que llegó al punto de plantear que había un “programa de transición moral”.⁴ Programa anticrisis, programa de la democracia, programa de transición moral, son las consecuencias de abandonar el método marxista de la elaboración de un programa, condición necesaria para que una corriente se constituya en un partido revolucionario y no en un mero grupo de intelectuales.

Introducción

“La concepción materialista de la historia parte de la tesis de que la producción, y con ella el intercambio de sus productos, es la base de todo orden social; de que en todas las sociedades que desfilan por la historia, la distribución de los productos, así como la división social en clases o estamentos, se rige por lo que se produce y cómo se produce y por el modo de intercambiar lo producido. Según eso, las causas últimas de todos los cambios sociales y de todas las revoluciones políticas no deben buscarse en las mentes de los hombres ni en la idea cada vez más clara que se forjan de la verdad y de la justicia eternas, sino en los cambios operados en el régimen de producción y de cambio; han de buscarse no en la filosofía sino en la economía de la época de que se trata. Cuando nace en los hombres la consciencia de que las instituciones sociales vigentes son irracionales e injustas, de que la razón se ha tornado en sinrazón, y la caridad en plaga, esto no es más que un indicio de que en los métodos de producción y formas de cambio se han producido imperceptiblemente mutaciones con las que ya no concuerda el orden social, cortado por el patrón de condiciones económicas anteriores. Con lo

*cual queda dicho que en las nuevas condiciones de producción tienen que contenerse ya forzosamente – más o menos desarrollados- los medios necesarios para poner término a los males descubiertos. Y esos medios no han de sacarse de la mente de nadie, sino que es la mente la que tiene que descubrirlos en los hechos materiales que nos ofrece la producción”.*⁵

Este documento surge de la necesidad de volver a la premisa marxista -lamentablemente olvidada por la mayoría- de la preeminencia de los factores objetivos sobre los subjetivos, o mejor dicho, la expresión material de la relación entre estos factores en la producción y la relación de fuerzas que se establece a partir de ello.

Esto es justamente lo que Trotsky dilucidaba al plantear la contradicción entre la madurez de las condiciones objetivas necesarias para la victoria de la revolución socialista y la inmadurez de las condiciones subjetivas, cuestión que fue malinterpretada al circunscribir el Programa de Transición a la simple tarea de “superar las insuficiencias del factor subjetivo” (Mandel).

Lo que intentamos demostrar con este documento es que existe una mecánica en el Programa de Transición ideado por Trotsky que parte de la relación entre las tareas históricas y las reivindicaciones y demandas de la clase obrera, ya que, parafraseando al gran revolucionario, las normas programáticas sólo se realizan si son la expresión generalizada de las tendencias progresivas del proceso histórico objetivo.

Por ello, con este esbozo, intentamos recuperar esa norma programática como guía para la acción revolucionaria en esta situación signada por una decadencia imperialista sin precedentes y cuya expresión constituye la actual crisis capitalista mundial. Queremos demostrar que existe una continuidad teórica política en la elaboración del programa revolucionario y la superación histórica del programa mínimo y programa máximo iniciada por la III internacional, desarrollado por Trotsky y los revolucionarios de la IV.

Al mismo tiempo buscaremos establecer la relación entre el Programa de Transición -incompleto- y el programa comunista, que para Trotsky no era otro que el programa de la Revolución Permanente.

En este sentido, partimos de la concepción marxista de que el programa revolucionario es parte de la elaboración teórica de un partido, ya que implica la generalización de las experiencias anteriores para el desarrollo de las experiencias ulteriores del proletariado.

Cómo Nace Un Programa

El programa revolucionario es fundamental para la existencia de todo partido. Trotsky decía que el mismo es la expresión de la comprensión común

de las tareas (“Completar el programa y ponerlo en marcha”) Para Lenin, sin programa no hay partido, sino un mero grupo de intelectuales, ya que el programa es una guía para la acción revolucionaria.

Toda concepción materialista, no idealista del programa, debe partir de las necesidades materiales como fuerza motriz, condicionante de la existencia humana.

Esto significa que el programa no parte de una idea caprichosa en la cabeza de un intelectual ni de las especulaciones idealistas alrededor de “lo que las masas quieren”, sino que debe inspirarse en la premisa marxista de que los factores objetivos se imponen por sobre los subjetivos.

En la dinámica entre economía y política, entre estructura y superestructura, entre objetivo y subjetivo, es que se configura el programa y por tanto, la política y la táctica.

Como Trotsky plantearía en 1923:

“El paralelismo de los sucesos políticos y los cambios económicos es, sin duda, muy relativo. Como regla general, la “superestructura” registra y refleja nuevas formaciones en la esfera económica con un considerable retraso. Pero esta ley debe apoyarse en una concreta investigación de aquellas complejas interrelaciones.

Si el reemplazo periódico de auges “normales” por crisis “normales” encuentra su proyección en todas las esferas de la vida social, entonces una transición de toda una época entera de ascenso a otra de declinación, o viceversa, engendra los más grandes disturbios históricos, y no es difícil demostrar que en muchos casos las revoluciones y guerras se esparcen entre la línea de demarcación de dos épocas diferentes de desarrollo económico, por ejemplo, la unión de dos segmentos diferentes de la curva capitalista. Analizar toda la historia moderna desde este punto de vista es realmente una de las tareas más gratificantes del materialismo dialéctico”.

Esta “desincronización” o desfase entre los cambios en la economía y su expresión en la esfera política es central para determinar cómo se articula el programa en el terreno de la orientación política, que incluye toda la labor del partido en una situación determinada, ya que

“Las oscilaciones de la coyuntura económica (auge-depresión- crisis) conforman las causas y efectos de impulsos periódicos que dan surgimiento a cambios, ora cuantitativos, ora cualitativos, y a nuevas formaciones en el campo político. Las rentas de las clases poseedoras, el presupuesto del Estado, los salarios, el desempleo, la magnitud del comercio exterior, etc., están íntimamente ligados con la coyuntura económica, y a su vez, ejercen la más directa influencia sobre la política. Esto sólo es suficiente para entender cuán importante y fructífero es seguir paso a paso la historia de los partidos políticos, las instituciones estatales, etc., en relación con los ciclos del desarrollo capitalista. Pero nosotros no podemos decir que estos ciclos explican todo: ello está excluido por la sencilla razón que los ciclos mismos no son fenómenos económicos fundamentales, sino derivados. Ellos se

despliegan sobre la base del desarrollo de las fuerzas productivas a través del mecanismo de las relaciones de mercado. Pero los ciclos explican una buena parte, formando como lo hacen, a través de las pulsaciones automáticas, un indispensable resorte dialéctico en la mecánica de la sociedad capitalista. Los puntos de ruptura de la coyuntura comercial e industrial nos llevan a un contacto mucho más íntimo con los nudos críticos en la trama del desarrollo de las tendencias políticas, la legislación, y todas las formas de la ideología”.

Sin embargo, las grandes convulsiones como las crisis las guerras y las revoluciones, tienden a unir economía y política. Por eso, ante la actual crisis capitalista es el desafío de los marxistas revolucionarios comprender a fondo esta conexión, como diría Trotsky, entre una

*“economía capitalista, que ha llegado a la cima de su saturación, con la política capitalista, que se ha transformado hasta ser completamente desenfrenada”.*⁶

Reivindicación. Demanda. Consigna

Un debate extendido entre los marxistas es cómo establecer la relación entre las reivindicaciones comunes de la clase obrera, producto de su condición de asalariados, y de la relación específica entre patrones y obreros, junto con las demandas que impulsan los movimientos espontáneos o sindicalistas, y el programa y las consignas de los revolucionarios. Un programa que niegue las reivindicaciones y las demandas es un programa muerto, propio de una secta. Un programa que se base exclusivamente o que incorpore de manera pura las reivindicaciones de una clase o sectores de clase es un programa sindicalista, parcial o espontáneo.

Como hemos dicho, hacer programa es hacer teoría revolucionaria. En tanto generalización, el programa y las consignas de los revolucionarios deben establecer una relación particular con la demanda espontánea, para trascender la simple relación obreiro-patrón y sentar las bases para la lucha política, es decir, fortalecer las organizaciones obreras para romper el mando capitalista.

El no comprender esto, reduce al programa a una serie de demandas mínimas o en todo caso a medidas de capitalismo de estado. Pero justamente, es esta relación dialéctica entre reivindicación-demanda-consigna, la base de la mecánica del Programa de Transición que se basa en una dinámica de clases dada para desarrollar un movimiento revolucionario y su “potencia efectiva”. Para establecerla o tan siquiera abordarla debemos hacer un recorrido histórico sobre las discusiones de los marxistas revolucionarios.

Programa Mínimo Y Máximo.

“...en lugar del programa mínimo de los reformistas y de los centristas, la IC coloca la lucha por

*las necesidades concretas del proletariado, por un sistema de reivindicaciones que, en su conjunto, demuelen la potencia de la burguesía, organizan al proletariado y constituyen las etapas de la lucha por la dictadura del proletariado, y en la que cada una de estas reivindicaciones en particular da su expresión a una necesidad de las grandes masas, incluso si estas masas no se colocan aún, conscientemente, en el terreno de la dictadura del proletariado”*⁷

Este sistema de reivindicaciones es un gran avance en la dinámica del programa y en las tácticas que se desprenden de ella.

Toma el elemento temporal (que Lenin desarrolla en su Teoría del Imperialismo) como un eje central de la política revolucionaria y el análisis de la dinámica concreta entre las clases en un momento histórico dado, es decir, el paso del periodo orgánico del capitalismo, a su periodo crítico, donde se pierde equilibrio político y social, que es un periodo de transición (que crea una nueva base para la táctica). Para la III, este periodo está entre estos dos momentos, (el orgánico y el crítico) tomado desde el punto de vista de la teoría del imperialismo (ausencia de reformas a largo plazo).

De esta manera, la III internacional en su etapa revolucionaria abandona la idea de programa mínimo y máximo superándolo por un “sistema de reivindicaciones”.

Es interesante desmenuzar esta mecánica que establece la III. Para la dirección de la internacional, este sistema de reivindicaciones debe servir para destruir el poder de la burguesía, organizar al proletariado y constituir las etapas de la dictadura del proletariado.

La III internacional se dirigía a los partidos comunistas de vanguardia para armarlos teórica, política y programáticamente, para dirigir los procesos revolucionarios que surcan Europa y que permiten a la Tercera caracterizar la situación de “objetivamente revolucionaria”.

Podemos decir entonces que fue un hecho material, histórico concreto, lo que saldó las viejas discusiones entre los marxistas alrededor del programa “mínimo y máximo”. Fue la revolución Rusa, el surgimiento de una dirección revolucionaria internacional, lo que puso fin a la vieja distinción entre programa mínimo y máximo y sentó las bases para su superación dialéctica.

Trotsky en cambio, parte de condiciones bastante diferentes, con una brutal crisis de dirección revolucionaria, con el aplastamiento de procesos revolucionarios por la acción de los frentes populares y el fascismo, y las políticas del estalinismo y la socialdemocracia; todo eso combinado con procesos de movimientos de masas en los países oprimidos y en EEUU, pero con una gran experiencia de haber sido hacedor de la revolución rusa y la construcción de la III internacional. La idea de Trotsky de plantear el carácter transitorio del sistema

de reivindicaciones tiene que ver con la necesidad de establecer ese puente entre dos generaciones, y encarar ese salto histórico que marcó el giro hacia la contrarrevolución de la III. Por ausencia de esos partidos de vanguardia, Trotsky tuvo que recuperar el programa que estaba siendo destruido por la burocracia estalinista y fue continuidad del método de la III; si bien debía basarse en la intervención en los movimientos de masas e impulsar una vanguardia que sacara lecciones de las derrotas y preparar la ofensiva.

Justamente por esto, el Programa de Transición escrito por Trotsky no podía abarcar los tres elementos fundantes de la concepción programática de la III internacional en su etapa revolucionaria: destruir el poder de la burguesía, organizar al proletariado y constituir las etapas de la dictadura del proletariado, sino que –como bien advertía Trotsky en “Completar el programa y ponerlo en marcha”– el Programa de Transición llevaba al proletariado hasta el umbral de la revolución proletaria, o dicho de otro modo, se quedaba en el primer aspecto de la concepción programática de la III. El Programa de Transición de Trotsky no se plantea organizar al proletariado en el sentido de la III, es decir, la preparación inmediata y consiente de partidos de vanguardia, constituidos y agrupados en una internacional revolucionaria para la toma del poder y la insurrección. Tampoco busca constituir las etapas de la dictadura del proletariado, ya que como T. plantea, no se está hablando de la revolución social,

*“de la toma del poder mediante la insurrección, de la transformación de la sociedad capitalista en la dictadura, de la dictadura en la sociedad capitalista”; con lo cual el Programa de Transición sólo se constituye como un programa de acción “hasta el comienzo de la revolución socialista”*⁸.

Por tanto hablamos de un programa incompleto, cuyo objetivo es destruir el poder burgués, ya que como plantea el mismo Trotsky en el Programa de Transición:

*“...la cuarta internacional propone un sistema de reivindicaciones transitorias, cuyo sentido es el de dirigirse cada vez más abierta y resueltamente contra las bases del régimen burgués”*⁹

Desde la concepción de Trotsky, por tanto, completar el programa no significa agregarle consignas, sino superar la crisis de dirección revolucionaria y construir la IV internacional, y en este aspecto se perfila como continuidad del leninismo.

Bajo esta perspectiva, Trotsky plantea una relación concreta entre reivindicación, demanda y consigna. La articulación programática no niega, sino que contiene las reivindicaciones elementales del proletariado, pero a la vez condensa la preparación de la clase obrera para las tareas de su dictadura, aunque no las desarrolla.

Como conclusión, podemos decir que Lenin y Trotsky comparten el mismo método al establecer

una relación determinada entre demanda-reivindicación-programa revolucionario, en la idea de un “sistema” de reivindicaciones: el primero, con la necesidad de la lucha inmediata por el poder, y el segundo, en la necesidad de superar la crisis de dirección revolucionaria. No comprender este método significa separar “sistema” de “reivindicación”, ya por la vía de plantear “bloque de consignas”, o simplemente levantar las reivindicaciones inmediatas.

Por último, es necesario señalar que el internacionalismo de la III y el del Programa de Transición tienen distinta expresión concreta. Para la III se encarnaba en partidos constituidos y agrupados en la internacional revolucionaria, con la autoridad de una revolución y un estado obrero. Para Trotsky significaba recuperar el programa internacional, abandonado por el estalinismo para enfrentar el chovinismo imperante en los albores de la segunda guerra, construir la IV internacional al calor de esta gran prueba para el proletariado mundial, y realizar la revolución política en la URSS para recuperarla como dirección de la revolución mundial.

Método Y Sistema

La superación de la distinción entre programa mínimo y máximo en un sistema de reivindicaciones planteó para los revolucionarios la tarea de la revolución mundial y la construcción de partidos comunistas de masas. Pero, producto de la derrota posterior, se vieron obligados a un repliegue táctico manteniendo las posiciones teórico políticas, ya que no sólo desde la burguesía, sino también desde el estalinismo que hablaba en nombre del Estado Obrero, se intentaba liquidar la memoria histórica de nuestra clase. Por ello no es casual la utilización en Trotsky de la palabra “transitorio”, ya que intentaba recuperar el programa en una etapa donde la injerencia socialista del estado obrero en la sociedad capitalista alcanzaba otra dimensión histórica.

Trotsky enfrentó al etapismo estalinista a la luz de la experiencia de la Revolución Rusa y el proceso de transición.

“En otros términos, la coalición democrática de obreros y campesinos sólo podía considerarse una forma preliminar del ascenso al poder, una tendencia, pero no un hecho. La conquista del poder debía romper la envoltura democrática, imponer a la mayoría de los campesinos la necesidad de seguir a los obreros, permitir que el proletariado realizara su dictadura de clase, y por razón idéntica, poner al orden del día, paralela a la democratización radical de las relaciones sociales, la injerencia socialista del estado obrero en los derechos de la sociedad capitalista”¹⁰

Desde este punto de vista, la dictadura del proletariado era comprendida como un proceso que tenía sus inicios aún antes de la toma del poder, en su preparación. La existencia del estado obrero planteó el carácter internacional de este proceso y tuvo implicancias programáticas. Pero la burocratización de la dirección de la revolución proletaria vino a interrumpir este proceso para convertirlo en

su contrario.

Ya no se trataba de una situación objetivamente revolucionaria como lo era para la III, sino que en 1938, se combinaba un “período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización” con una brutal crisis de dirección.

En la III internacional Lenin opinaba que la vanguardia mundial había sido ganada ideológicamente y por tanto se trataba de levantar un programa que fuera la *“expresión de la necesidad de las grandes masas, aún si estas masas todavía no se ubican conscientemente en el terreno de la dictadura del proletariado”*,¹¹ mientras que Trotsky debía forjar una nueva vanguardia, y desde el punto de vista práctico, lo más importante era como podían guiar a los *“diferentes estratos del proletariado en la dirección de la revolución social”*¹²

Trotsky, con el sistema de reivindicaciones transitorias, buscaba establecer un puente, es decir la ligazón de las reivindicaciones actuales y la conciencia actual del proletariado, y el programa de acción para la conquista del poder.

Sin embargo, este programa no está “acabado” ni podría estarlo, ya que es un programa de acción, que deja el proletariado en el “umbral” de la revolución. Es decir, está incompleto, o más bien es parte de un programa más histórico que es el programa del comunismo.

Trotsky aclara los límites del Programa de Transición del 38:

“El proyecto de programa no es un programa acabado. Podemos decir que en este proyecto de programa faltan cosas y hay otras que, por su naturaleza no pertenecen al programa. Las cosas que no pertenecen al programa son los comentarios. Este programa no sólo contiene consignas, sino también comentarios y polémicas contra los adversarios. Pero no es un programa acabado. Un programa acabado debe tener una explicación teórica de la moderna sociedad capitalista en su fase imperialista. Las razones de la crisis, el crecimiento de la desocupación, etc.; y en este proyecto, este análisis está brevemente resumido sólo en el primer capítulo, puesto que hemos escrito sobre estas cosas en artículos, libros, etc. Escribiremos más y mejor. Pero para fines prácticos, lo que se dice acá basta, ya que todos somos de la misma opinión. El comienzo del programa no está terminado. El primer capítulo es sólo un apunte, y no una expresión acabada. También el final del programa está incompleto, puesto que no hablamos aquí de la revolución social, de la toma del poder mediante la insurrección, de la transformación de la sociedad capitalista en la dictadura, de la dictadura en la sociedad capitalista. Esto lleva al lector sólo al portal. Es un programa para la acción, desde ahora hasta el comienzo de la revolución socialista. Y, desde el punto de vista práctico, lo más importante ahora es cómo podemos guiar a los diferentes estratos del proletariado en la dirección de la revolución social”¹³

Sin embargo, el hecho de que sea un programa incompleto no significa que no conserve toda la vigencia de su método, ya que establece la mecánica correcta entre reivindicación y programa.

Por un lado, el Programa de Transición no niega las reivindicaciones, sino que las contiene, mientras mantengan su fuerza vital.

Lo que importa no son las reivindicaciones en sí, como consignas aisladas, sino “el carácter que puede y debe tomar la lucha por estas reivindicaciones en las condiciones de la crisis social actual”. Y eso no implica otra cosa que, para obligar a los capitalistas a hacer concesiones serias, es necesario quebrar su voluntad, es decir quebrar el mando capitalista.

Por ello no se debe confundir sistema de reivindicaciones transitorias con sistema de reivindicaciones “inmediatas”. Parece un juego de palabras, pero esta confusión resulta letal para la política revolucionaria. Como plantea Trotsky, se trata de la tesis marxista general:

“las reformas sociales no son más que los subproductos de la lucha revolucionaria; en la época de la declinación capitalista tiene la importancia más candente e inmediata. Los capitalistas no pueden ceder algo a los obreros, más que cuando están amenazados por el peligro de perder todo”.

Este sistema de reivindicaciones transitorias permite poner en movimiento las demandas cotidianas en función de tareas históricas, y eso condensa la preparación del proletariado como clase dominante, su organización y su intervención despótica en el derecho de propiedad. Por ello el programa transicional condensa las tareas del futuro estado obrero, porque prepara al proletariado para las tareas de dominación, si bien lo deja en el umbral.

Dicho en otras palabras, el sistema de reivindicaciones transitorias condensa una etapa histórica determinada -transicional- y contiene la experiencia de la clase y la vanguardia en la etapa de las crisis, las guerras y las revoluciones.

Al contrario de lo que comúnmente se interpretó, cuando Trotsky se refiere o hace una especie de distinción esquemática entre reivindicaciones democráticas, transitorias y tareas socialistas, lo hace refiriéndose a cómo se expresan en los países atrasados, pero no para establecer “bloques de consignas” -método que nada tiene que ver con el marxismo- sino para demostrar distintos estadios de la lucha de clases que el programa generaliza como un todo y por eso, para la concepción programática transicional de Trotsky “no están separadas en la lucha por etapas históricas distintas, sino que surgen inmediatamente las unas de las otras”¹⁴

A Modo De Ejemplo

Si bien sostenemos que es un error separar los elementos programáticos de Trotsky para verlos aisladamente, con fines analíticos y sólo a modo de ejemplo, tomaremos algunos aspectos para ilustrar la mecánica a la cual nos estamos refiriendo.

Por eso queremos detenernos en cómo Trotsky parte del rol fundamental de la producción y dis-

tribución capitalista para establecer su método programático.

En este sentido, el control obrero, por ejemplo, no se plantea como una salida eventual anticrisis y democrática sino como ataque a la desorganización económica de la burguesía. Como decía Engels,

*“La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista se manifiesta ahora como el antagonismo entre la organización de la producción dentro de cada fábrica y de la anarquía de la producción en toda la sociedad”.*¹⁵

En la época imperialista, el colapso capitalista y las crisis exacerbaban esta contradicción, y es en este sentido, que Trotsky plantea la idea de control obrero, como escuela de economía planificada.

Pero cuando Trotsky sostiene la necesidad de la escala móvil de horas de trabajo y salario, no lo hace sólo como medida para paliar los efectos de una crisis, sino que se trata del “sistema de trabajo de una futura sociedad socialista”. Sólo desde aquí puede entenderse por qué “escala” y no “reparto”. El planteo de escala móvil intenta meterse en la raíz de los problemas de la producción y distribución del capital, mientras que reparto sólo es una medida anticíclica.

Engels, discutiendo contra Dühring sobre la equivalencia del tiempo de trabajo, decía:

*“si la equivalencia del tiempo de trabajo pretende decir que cada obrero produce en el mismo espacio de tiempo valores iguales, sin que por consiguiente haya necesidad de establecer un promedio, la tesis es falsa a todas luces. Entre dos obreros, aún de la misma rama industrial, el producto del valor creado en cada hora de trabajo se distinguirá siempre en razón de la intensidad del trabajo y de la habilidad del trabajador”.*¹⁶

Si bien Trotsky plantea la expropiación parcial, es decir de ciertas grandes ramas, tiene el objetivo de preparar al proletariado, desorganizando a la burguesía, y toma como base la expropiación de los apropiadores como restauración de la propiedad individual, pero basada en la propiedad social de la tierra y los medios de producción fabricados por el propio trabajo; al decir de Engels

*“esto significa que la propiedad social se extiende a la tierra y demás medios de producción y la propiedad individual a los productos, esto es, a los artículos de consumo”.*¹⁷

Por eso para Trotsky, en su Programa de Transición, la necesidad de levantar la expropiación parcial en la agitación cotidiana, y no sólo desde un punto de vista propagandista y general, se deriva del hecho de que

*“las diversas ramas de la industria se encuentran en un distinto nivel de desarrollo, ocupan lugares diferentes en la vida de la sociedad, y pasan por diferentes etapas de la lucha de clases”.*¹⁸

La ligazón que programáticamente establece Trotsky entre el partido y las masas se encuentra ex-

presada en su política para los sindicatos:

“La finalidad del partido comunista es llevar a la clase obrera al poder. Sólo puede cumplir esta misión revolucionaria si gana la mayoría del proletariado y, por tanto, sus organizaciones de masas, especialmente los sindicatos. La lucha del partido por influenciar a los sindicatos debe ser llevada de forma que no frene las tareas presentes de la organización de masas, que no la escinda, que no haga germinar entre los obreros la idea de que los comunistas desorganizan el movimiento de clase. Los principios de esta lucha ya fueron enunciados en el Manifiesto del Partido Comunista, desarrollados por la teoría y la práctica posteriores del movimiento obrero, y han encontrado su expresión más elevada en el bolchevismo.”

Desde esta perspectiva, Trotsky incluso llega a plantear que el Programa de Transición es el programa para los sindicatos: “En este sentido, el programa de consignas de transición adoptado por el último congreso de la IV Internacional no es solo un programa para la actividad del partido sino que, en rasgos generales, es el programa para la actividad de los sindicatos”.¹⁹ Sin embargo, no lo plantea en el sentido de que éstos lo absorban en abstracto, sino para acercar el partido a las organizaciones de masas, partiendo de la hipótesis de que, ante la crisis de dirección revolucionaria, la lucha por el poder podía comenzar con el control de las mismas. Esto cobra singular expresión si tenemos en cuenta que el Programa de Transición, como dijimos, se circunscribe al primero de los tres aspectos o tareas que plantea la III, esto es, desorganizar a la burguesía; y por ello debe dirigirse a los sindicatos, ya que son estas organizaciones las que tiene relación directa con la producción y por ende, una política revolucionaria en los sindicatos implica un ataque a la base del régimen burgués.

Como podemos ver, de conjunto al establecer una relación marxista entre bases económicas y sus expresiones políticas, permite preparar las condiciones económicas y políticas para un régimen socialista.

Programa, Dictadura Del Proletariado Y Puente

En este punto es muy importante desarrollar qué significa la dictadura del proletariado para los marxistas revolucionarios y la relación entre ésta y el programa. La dictadura del proletariado no es una “perspectiva” o estrategia lejana por la cual hay que luchar mientras levantamos un programa de reivindicaciones inmediatas, sino que de hecho articula el conjunto del programa comunista y, como veremos, también el Programa de Transición.

Pero a esta altura cabe preguntarse: si el Programa de Transición deja “en el umbral” al proletariado... ¿Qué relación encuentra con su dictadura de clase? ¿El Programa de Transición sólo es un programa para enfrentar el colapso capitalista? Creemos que así la pregunta estaría mal encarada. Si el Programa de Transición es parte del programa

comunista, que al decir de Trotsky es el programa de la revolución permanente, quiere decir que hay una relación, o en todo caso incluye los elementos de la dictadura del proletariado. Para abordar esto, nuevamente nos vemos en la necesidad de tomar las elaboraciones de la III Internacional en su etapa revolucionaria y la IV internacional de Trotsky.

Como hemos visto, para la III, se trataba de elaborar un “sistema de reivindicaciones” que permitiera desorganizar a la burguesía, organizar al proletariado y prepararlo para las etapas de la dictadura del proletariado.

En este punto, debemos detenernos en qué considera el marxismo revolucionario como “etapa” de la dictadura. Para Marx,

“entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”²⁰

De esto, Lenin interpreta que

“En consecuencia, la dictadura del proletariado es ‘un período político de transición’: es evidente que también el Estado de este período es una transición al no-Estado, es decir ‘no es más un Estado en el verdadero sentido’...”²¹

Pero este período político de transición hacia el no-Estado, es decir, hacia su extinción, atraviesa diferentes momentos o etapas.

Como plantea Marx, discutiendo contra Lasalle en su crítica al programa de Gotha,

“de lo que tenemos que ocuparnos aquí no es de una sociedad comunista, tal como se ha desarrollado en sus propias bases, sino por el contrario, tal como acaba de nacer de la sociedad capitalista; por lo tanto, una sociedad que en todos sus aspectos, económico, moral e intelectual, lleve todavía los estigmas de la vieja sociedad de cuyo seno ha surgido, (...) mas estas dificultades son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal como ha surgido de la sociedad capitalista después de un prolongado y doloroso alumbramiento. El derecho no puede jamás superar el nivel de la forma económica de la sociedad y su correspondiente desarrollo cultural”²²

Marx distingue dos fases de la sociedad comunista, la primera o inferior, signada por la desigualdad de la distribución, en la cual, como dirá Lenin, todavía subsiste el derecho (semiburgués) y por tanto el Estado (semiburgués), y la segunda o superior, donde se supera esta desigualdad, “cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades”; acabándose el antagonismo entre trabajo intelectual y manual, deviniendo el trabajo en la primera necesidad de la existencia, y con un poderoso desarrollo de las fuerzas de producción que propiciarán la completa extinción del Estado.

Pero la fase inferior del comunismo implica partir de lo más avanzado que haya dejado el capitalismo, como dirá Trotsky:

“...Marx entendía por ‘etapa inferior del comunismo’ la de una sociedad cuyo desarrollo económico

*fuera, desde un principio, superior al capitalismo avanzado*²³

Analizando el Estado obrero ruso, Trotsky llega a la conclusión de que “es más exacto, pues, llamar al régimen soviético actual, con todas sus contradicciones, transitorio entre el capitalismo y el socialismo, o preparatorio al socialismo, y no socialista” es decir, en la URSS ni siquiera se había alcanzado la primera fase comunista. Y no obstante, existe un periodo político de transición que es la dictadura del proletariado. Todo esto significa que la época imperialista complejiza el problema de las etapas, agregando nuevas, ya que el imperialismo se ha convertido en el obstáculo principal para el progreso económico y político.

Pero si además entendemos a la dictadura del proletariado no como un acto sino como un movimiento, no sólo la insurrección (que para Lenin era parte constitutiva de la dictadura), sino las tareas preparatorias mismas son parte de estas etapas.

Por eso hemos dicho

*“La dictadura del proletariado no es algo uniforme, en todos los momentos de la revolución. Según Lenin, posee distintas etapas: de preparación, que incluye primordialmente la construcción del partido revolucionario y su ligazón con las masas; la misma toma del poder, el momento de la insurrección como coronamiento de la guerra civil iniciada en la última etapa preparatoria. Finalmente, la dictadura no culmina con la toma del poder, sino que más bien se agudiza en la etapa de transición al socialismo, que abre el nuevo poder obrero”*²⁴

Para Trotsky, el Programa de Transición es un programa de acción para una de las etapas de la dictadura (preparatoria) aunque no la dictadura misma (por eso se queda en el umbral). Esta mecánica es compleja pero nos aleja 100% de los intelectuales que han pretendido convertir al Programa de Transición en el programa acabado de la IV internacional, cuya resultante siempre es y ha sido escindirlo de la lucha por la dictadura del proletariado, quitándole su cohesión estratégica y convirtiéndolo, por tanto, en un conjunto de medidas anticíclicas o de capitalismo de estado.

Por eso, cuando Trotsky establecía que el Programa de Transición era un “puente” por un lado, entre las reivindicaciones actuales y las tareas de la dictadura del proletariado y por el otro, con un componente generacional (superar la confusión y desmoralización de la vieja dirección, por un lado y la falta de experiencia de la joven) no pensaba en encontrar una fórmula mágica para elevar la conciencia de las masas, sino en cómo encarar las tareas preparatorias de la dictadura del proletariado, es decir, cómo desarrollar al proletariado como clase dominante, lo cual constituye una tarea fundamental de su dictadura de clase.

Por eso Trotsky asegurará que

“la dictadura del proletariado por su propia

*fuerza, puede y debe ser la suprema expansión de la democracia proletaria. Para realizar una grandiosa revolución social, el proletariado necesita la manifestación suprema de todas sus fuerzas y de todas sus capacidades: se organiza democráticamente precisamente para terminar con sus enemigos”*²⁵

El Programa de Transición prepara al partido para la dirección de las masas (es decir de las instituciones de masas), enfrentando a las instituciones del Estado burgués. Pero bajo la perspectiva del programa comunista se prepara (y prepara a sus cuadros) para ejercer la dictadura del partido como parte de la dictadura del proletariado y como parte del estado mayor proletario que es la internacional. Negar este papel, para reemplazarlo por un rol de educador o simple elevador de la conciencia, es no enfrentar al Estado burgués y llevar la lucha revolucionaria a los estrechos marcos de la democracia capitalista.

El “Permanentismo” Del Proceso Programático

Si el programa de transición es un programa de acción hasta la toma del poder, tenemos que detenernos aquí en la distinción con el programa comunista, es decir el programa de edificación del socialismo mediante la dictadura del proletariado. Cuando hablamos de “programa comunista” no nos referimos a cuestiones generales o de mística revolucionaria, como gustan hacer los adalides de la distinción entre programa mínimo y máximo, sino de las tareas concretas del partido y la dictadura proletaria en una sociedad de transición al socialismo concreta, y dada históricamente. Para esto, la experiencia de la revolución rusa será de vital importancia y lo fue, de hecho, para uno de los más grandes aportes programáticos de Trotsky: la revolución política. El programa de transición prepara la aplicación del programa comunista, por eso es muy importante comprender los procesos transicionales históricos. Por ejemplo, el Manifiesto Comunista también era un programa de transición del capitalismo al socialismo, en una etapa determinada del capitalismo, pero en la era imperialista el programa votado por la IV internacional expresa las tareas transicionales de la época.

Por ello, en esa transición de un estadio a otro, la distinción más importante entre programa de transición y programa comunista, es que el primero está pensado para una etapa en donde las fuerzas productivas sociales no están siendo organizadas de manera voluntaria y consciente por parte de una sociedad dada. Al lograr superar el primer estadio transicional del umbral de la toma del poder, la transición tiene un carácter estatal de destrucción y creación planteando otras tareas, por lo que para el programa comunista la tarea primordial es la planificación, el desarrollo dirigido de las fuerzas produc-

tivas y la extensión de la revolución mundial.

En la era de la decadencia imperialista, programa transicional y programa comunista se interrelacionan de un modo histórico determinado y esa interrelación será dada de acuerdo a la mecánica de la revolución mundial. Por eso no se puede pensar el programa de transición sólo desde el punto de vista nacional, aunque las particularidades sean nacionales. Y tampoco el programa de edificación del socialismo puede ser pensado meramente en el terreno nacional, lógica estalinista que los trotskistas supieron combatir aunque las revoluciones sean nacionales y la dictadura del proletariado tenga -eventualmente- un carácter nacional.

Y dado que las revoluciones no tienden a ser simultáneas, el programa de transición y el programa comunista coexistirán y se articularán de manera específica conforme vaya avanzando el proceso revolucionario internacional y será desafío de la IV internacional reconstruida, generalizar su mecánica.

Por último, el programa de transición y el programa comunista dependerán de las condiciones específicas de la dictadura del proletariado, es decir, en el desarrollo de la revolución en países atrasados y países imperialistas.

Conclusiones

“Transición” significa un salto en calidad. Es por eso que la pelea por imponer un programa es una lucha permanente con nuestros enemigos de clase.

En este sentido, es importante señalar que el Programa de Transición tiene un carácter “permanente”, ya que es expresión concreta del programa comunista en una época dada -de crisis guerras y revoluciones- y parte de una relación particular entre las fuerzas motrices de la revolución y la crisis de dirección revolucionaria. Es en esta dinámica -esta contradicción entre clase, partido y dirección- que se debate el Programa de Transición y plantea las tareas objetivas del proletariado en la lucha por su liberación.

Como ya marcamos al inicio, es importante tener en cuenta que cuando la III internacional discute sobre la necesidad de un “sistema de reivindicaciones” lo plantea, entre otros elementos, por el paso del periodo orgánico del capital a su período crítico, y este periodo daba una nueva base para la táctica.²⁶

Y es en este punto que queremos detenernos. En este ensayo, hemos recorrido los elementos de continuidad marxista que perviven entre el programa de la Internacional Comunista en su etapa revolucionaria y el Programa de Transición de Trotsky y la IV Internacional. El primero se enfrenta a una nueva relación con las instituciones burguesas y los Estados capitalistas que ya no se encuentra en “formación” (tareas encaradas por las burguesías en el periodo orgánico del capital), sino en decadencia y mostrando sus aspectos más reaccionarios, que se profundizan producto de la fase imperialista del

capitalismo, es decir signados por el “período crítico”, cuestión que ni siquiera el desarrollo de fuerzas productivas en la segunda posguerra pudo ocultar. Sin embargo, la curva descendente del capitalismo ha implicado, a la salida de la posguerra, un salto en la decadencia imperialista, con importantes niveles de descomposición.

Esto implica que el “período crítico” caracterizado por Lenin, adquiere ciertos elementos catastróficos que determinarán el período que viene y afectarán el conjunto de las relaciones de clase. Ya estamos viendo los primeros cimbronazos, donde toda la ideología burguesa está siendo cuestionada y por lo tanto sus instituciones.

Por eso la clase obrera no puede esperar a que las columnas capitalistas caigan por su propio peso, y mucho menos sustituirlas por “nuevas” instituciones burguesas “democráticas”. El desafío del proletariado y su vanguardia es poner en pie sus propias instituciones para quebrar el mando capitalista. Hay que adelantarse a los planes imperialistas, que ante la imposibilidad de cooptar económicamente, intentará hacerlo políticamente, generando nuevas mediaciones, quebrando la voluntad del enemigo; y en base a esto, construir la dirección revolucionaria internacional.

Si por el contrario, las corrientes de izquierda persisten en tomar el Programa de Transición como un método de presión sobre el Estado o de exigencia al mismo, no podrán salir del fetichismo democrático y alejarán a la vanguardia de las tareas de preparación de las etapas de la dictadura del proletariado.

El Programa de Transición al proponerse desorganizar a la burguesía, intenta liberar a la sociedad de las ataduras de producción capitalista; toma este desafío tratando de dar las líneas generales para enfrentar a la burguesía en su terreno y delinear las futuras instituciones proletarias del futuro Estado obrero, recuperando las organizaciones de masas como los sindicatos y creando el partido revolucionario.

Por eso, el Programa de Transición no pretende “desorganizar a la burguesía” en el terreno del régimen político -por más de que incorpore demandas democráticas- como creen los centristas, sino que la concepción de desorganización es en la producción, y desde allí se irá formando una nueva dirección obrera que pueda tomar en sus manos las riendas del Estado y la economía planificada.

En este sentido, es importante entender que “completar” el programa implica entender su mecánica desde una idea de totalidad, en cuanto a los diferentes estadios de los procesos revolucionarios a nivel internacional, ya que nuestro programa se nutre de las distintas experiencias de la lucha de clases.

Nuestra corriente acepta el desafío propuesto por Trotsky: completar el programa y ponerlo en marcha. Entendemos que completar el programa no se circunscribe a su mejor aplicación o a la sumatoria de consignas y medidas. Significa recuperar el

programa abandonado por las corrientes herederas de la IV internacional y su desviación centrista de la posguerra. Por ello, entendemos que la mejor forma de completar el programa y ponerlo en marcha implica colaborar, recuperar y complejizar el método de análisis de las tendencias imperialistas y las tareas de los revolucionarios, en la superación de la crisis de dirección revolucionaria mundial y la reconstrucción de la IV.

Asimismo, completar el programa significa comprender su carácter permanentista, es decir histórico, y nos negamos a convertir el programa en la mecánica de los “momentos” (sindical, político, militar...), que no es otra cosa que teoría burguesa adornada, como decía Marx, con la “letanía de la democracia”, es decir, llevar a programa los estados de ánimo de las masas abstractas; porque entendemos las palabras de Trotsky

“el programa debe expresar las tareas objetivas de la clase obrera antes que el atraso de los obreros”.²⁷

Esperamos que este trabajo pueda aportar a este desafío.

Notas

- [1] Declaración del Buró Político de la Organización Comunista Internacionalista, 20 de agosto de 1971
- [2] Proyecto de informe político preparatorio al XXVI Congreso de La OCI (U) sacado de, Correspondencia Internacional Nro. 15, 1981
- [3] Al respecto, ver actas del buró internacional de la CORCI en discusiones con el SU 1979 y también la carta de la CORCI al SU 1979
- [4] Ver La Moral y la actividad revolucionaria 1987
- [5] F. Engels, Anti Dühring, pág. 217. Ed Cartago
- [6] Trotsky, “La curva del desarrollo capitalista” Conferencia 21 de Abril 1923
- [7] Tesis la IC, “Los combates y reivindicaciones parciales”, redactadas por Radek y aprobadas por el III Congreso, junio 1921
- [8] L. Trotsky “Completar el programa y ponerlo en marcha” de la compilación “Escritos”. Traducción de Victoria Rojo.
- [9] L. Trotsky “El Programa de Transición” 1938
- [10] L. Trotsky “Lecciones de Octubre”
- [11] V. Lenin “Tesis sobre la táctica” aprobadas por el III Congreso de la IC junio 1921
- [12] L. Trotsky “Completar el programa...”
- [13] Ídem
- [14] L. Trotsky, “Programa de Transición”
- [15] F. Engels, “Anti Dühring”
- [16] Ídem
- [17] Ídem
- [18] Ob. Cit.
- [19] L. Trotsky, “Los sindicatos en la era imperialista”.
- [20] K. Marx, “Crítica al Programa de Gotha”
- [21] Notas de V. Lenin al Programa de Gotha.
- [22] Ob. Cit.
- [23] L. Trotsky, “La Revolución Traicionada”
- [24] J. Morelli, I. Arana “Sobre la dictadura del proletariado”
- [25] L. Trotsky, “A dónde va Francia”
- [26] Ver por ejemplo, V. Lenin “La nueva época y el nuevo parlamentarismo”, Comp. “Los Cuatro Primeros Congresos de la IC”
- [27] L. Trotsky, “El atraso político de los obreros norteamericanos” de la compilación “Escritos” año 1938

